



MANUEL F. REIS

UN VERANO
DE ALMAS
PERDIDAS

MANUEL F. REIS

UN VERANO
DE ALMAS
PERDIDAS

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Un Verano de Almas Perdidas \(Almas Entrelazadas, #1\)](#)

[Copyright](#)

[01](#)

[02](#)

[03](#)

[04](#)

[05](#)

[06](#)

[07](#)

[08](#)

[09](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

UN VERANO
DE ALMAS
PERDIDAS

Copyright

Este es un trabajo de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos representados en esta obra son productos de la imaginación del autor o son

de uso ficticio.

Las referencias a canciones o arte mencionadas en esta obra pertenecen a sus respectivos escritores, artistas y/o cantantes, y se utilizan con propósitos narrativos. Los derechos

de autor de dichas piezas están protegidos y no se pretende infringirlos.

Primera edición en este formato: Abril 2024.

Copyright © 2024, Manuel F. Reis.

Todos los derechos reservados.

Título original: Un Verano de Almas Perdidas.

Diseño de cubierta: Manuel F. Reis.

ISBN tapa Blanda: 978-989-35387-6-0

El autor no asume ninguna responsabilidad por cualquier uso indebido o interpretación errónea del contenido de esta novela. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta novela en cualquier formato, incluyendo copias electrónicas, impresiones, grabaciones o cualquier otro medio, sin el permiso expreso y por escrito del titular de los derechos de autor.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y las menciones a canciones, marcas registradas u obras artísticas se utilizan con propósitos narrativos y no tienen la intención de infringir ningún derecho de autor.

A todos los que una vez sintieron que nadie podía amarlos como solo ellos merecen

Alex

El encuentro.

Frío al tacto, un escalofrío que se desliza por cada rincón de mi ser. No solo hablo del helado hueco en el pecho en este momento, sino también de la gélida superficie de la ventana que desdibuja mi reflejo desde el apartamento.

No me siento como el protagonista de mi propia vida, aunque soy yo quien intenta dirigir los pasos torpes que me guían. Mi imagen se desdibuja en el cristal, revelando a un hombre de treinta años, compartiendo su existencia con un único confidente de pelaje blanco, un gato.

Quizás busco ese cliché de comenzar de nuevo después de haber terminado mi última relación, pero cerrar ciclos me resulta más doloroso de lo que estoy dispuesto a reconocer.

¿Qué estarías dispuesto a hacer por un final feliz? La pregunta del anuncio frente al edificio despierta mi curiosidad y me quedo sin respuesta clara. Los finales felices parecen esquivarse; siempre hay alguien o algo que se interpone y solo me pregunto: ¿Hasta qué punto los problemas externos son capaces de desmoronar lo que tanto ha costado construir?

Llevo horas sentado en el sofá que ha sido mi cama durante estos días, tratando de reunir fuerzas para llevar la caja que tengo a mi lado a la tienda de correos. He pasado noches sin dormir, días sin apetito, y la sola visión de la caja de cartón con sus etiquetas me atormenta.

Resulta absurdo pensar que tantos meses de nuestra vida juntos quepan en esa caja. Es diminuta en comparación con todo lo que compartimos. Sin embargo, al mirarla con detenimiento, parece que dentro hay espacio de sobra para contener el amor que alguna vez sintió por mí.

Me levanto de un salto y Sebastián, mi gato, salta de mis piernas al sofá mientras me despido de él antes de salir de casa. Cargo la mochila con ropa sucia sobre la espalda, la cual aprovecharé para lavar antes de enviar el paquete por correo. No quiero más excusas que me impidan deshacerme de esta maldita caja.

Desciendo por la extensa calle, sintiendo el helado aire de la mañana golpeando mi rostro, y me encuentro con una lavandería de aspecto antiguo y deteriorado. El olor a detergente flota en el aire, mezclado con un dejo de humedad que impregna el ambiente. Dentro, apenas vislumbro a alguna persona entre el suave murmullo de las máquinas. Siendo nuevo en el barrio, apenas conozco la zona.

Entro y arrastro la caja hasta una lavadora vacía. Descargo la mochila de la espalda y comienzo a apretar toda la ropa dentro del aparato. Un estruendo repentino me hace saltar, cuando me doy cuenta de que un hombre está tirando con fuerza de la puerta de otro aparato. Habla en lo que parece ser francés, aunque no logro entender nada. A pesar de vivir en Bruselas durante al menos diez meses, apenas consigo entender algo de francés y alemán.

Cierro la tapa del aparato y presiono el botón para que comience a funcionar. Después de un largo bostezo, me siento frente a ella, y aparto la pesada caja a un lado, tratando de ocultarla un

poco. No quiero verla.

El hombre a mi espalda no para de gritar y nadie más en la lavandería reacciona a ello. Mis intentos de distraerme con el teléfono son en vano, así que me levanto y me acerco a la ventana con los brazos cruzados. No quiero prestarle demasiada atención; ya tengo suficiente con mis propios problemas. Mi mente solo se enfoca en los miles de recuerdos del dueño de las cosas que llevo dentro de esa caja.

El movimiento de las personas a lo lejos me golpea como látigos, recordándome aquella noche. Una que preferiría borrar de la memoria.

Estaba de vacaciones en Lisboa, la ciudad donde crecí, visitando a mi familia. El frío de diciembre se abalanzaba contra mi rostro mientras subía los escalones hacia el apartamento de Claudia.

Globos coloridos decoraban las paredes, botellas de alcohol reposaban sobre las mesas y la música pop de fondo parecía ignorada por todos. Estaban todos ahí, al menos el círculo más cercano. Compañeros de su trabajo convertidos en amigos, otros pocos de la infancia reunidos con los años, y entre ellos, Esteban, mi novio.

«La palabra novio comienza a resonar amargamente».

Esteban resaltaba en aquel apartamento del centro de la ciudad: alto, jodidamente atractivo, y el único hombre que llamaba toda mi atención. Había venido conmigo desde Bruselas donde vivíamos juntos hace pocos meses.

Nos conocimos por primera vez a través de una aplicación a principios de marzo. Él era nuevo en la ciudad, recién llegado de Madrid hacía unas semanas y yo también llevaba muy poco tiempo en ella.

Pero mientras observaba a las personas pasar fuera del cristal de la lavandería, los recuerdos de aquella noche regresaron con una claridad desgarradora. Cada palabra hiriente resonaba en mi mente como un eco persistente, recordándome cómo mi vida se transformó drásticamente a partir de ese momento.

Esa noche...

—Que calor hace ¿no? —inquire Claudia, empujándome hacia el balcón con una fuerza animal. Estaba sin chaqueta y el frío comenzaba a mordirme la piel.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto, tambaleándome por el mareo que ya me producía el alcohol.

Cerró la puerta a su espalda, dejándonos atrapados en el helado inicio de invierno. Las luces de los postes frente a su edificio empezaban a martillearme los ojos.

—¿Todo bien? —insisto, desconcertado.

—Pues eso te pregunto yo a ti. ¿Qué ha pasado con este fulano?

—¿Esteban? —asiente y suelto un suspiro—. No seas pesada con ese tema Claudia, estamos juntos que es lo que importa —la vista se desvió al vacío, apoyándome en la baranda para sostener el peso de la cabeza.

Me miró con cierto desafío, su expresión casi retadora mientras permanecíamos en el frío del balcón.

—¿Juntos? ¿Entonces ya es oficial? —su mirada escrutadora perforaba la conversación—. ¿O siguen fluyendo? Porque recuerdo que hace unas semanas dijiste que seguían fluyendo.

Fluyendo.

La mención de esa palabra me hizo entrecerrar los ojos, incomodado por su significado. ¿Quién carajo fluye? Me apoyé más en la baranda, buscando mantener el equilibrio ante su mirada desafiante.

—No, no lo hemos oficializado, pero ¿quién pregunta eso hoy en día? —mi voz suena aturdida— ¿Acaso tenemos quince años o vivimos en los setenta?

En su rostro veo la respuesta que no quiero escuchar.

—¿Por qué me sacaste al balcón con esa prisa y a qué viene esa pregunta de la nada? —fijo mi atención en las luces que titilaban en la lejanía.

—¡Joder Alex! Despierta del transe en el que vives constantemente. Estás saliendo con un chico desde hace meses, pero no le gusta que los vean juntos en la calle ni quiere presentarte a su círculo social ¿Te parece normal eso?

Un ruido detrás de Claudia nos hizo voltear al mismo tiempo. Las puertas francesas se abrieron, revelando a un apuesto hombre español, que se asomaba al balcón.

—¿Todo bien por acá? —indaga Esteban.

—Todo en orden —respondo con una sonrisa forzada—. Ahora entramos.

Esperé ansiosamente unos segundos hasta que las puertas se cerraron de nuevo. Me acerqué a mi mejor amiga, dejando que mi voz reflejara mi incomodidad.

—¡Es que eres una puta pesada Claudia! Ya te he dicho que tampoco me gustan las etiquetas como para tener que decir que somos novios o no, además ya hemos hablado de que no quiero que se sienta presionado a hacer algo que no quiere.

—¿Y desde cuándo no te gustan las etiquetas? —su mirada me escaneaba hasta los glóbulos rojos—. Porque que yo recuerde siempre te he visto viendo películas románticas y cuando éramos adolescentes no parabas de escuchar música de Taylor Swift. ¿O se te olvida las veces que cantamos Love Story juntos en mi habitación después de clases?

Solté un suspiro pesado.

—Quizás desde que me di cuenta de que nadie te quiere como lo hacen en esas canciones o películas —me siento en el frío piso de cerámica, una sensación helada me recorre la espalda al sentir su contacto frío.

—Igual considero que hay muchos huecos en esta historia que no estás viendo completamente —puso los ojos en blanco antes de sentarse a mi lado y abrazarme—. Sabes que estoy siempre para ti, ¿no?

—¿Ni la distancia me salva de ti? —susurro con una risa entre sus brazos.

Al regresar al apartamento y lograr descongelar un poco el cuerpo tieso cerca de la chimenea, no dudé en buscar una nueva copa de vino tinto. A estas alturas de la noche, había perdido la cuenta de cuántas llevaba y después de la conversación con Claudia, necesitaba al menos dos copas más para sobrellevar ese trago amargo.

Casi era la una de la madrugada cuando quedábamos pocos en el apartamento. La música, que antes había sido testigo de nuestras risas, ahora reposaba en silencio, dejando que una densidad incómoda se adueñara del ambiente. Me despedí de Claudia con un abrazo fuerte y salí del edificio acompañado de Esteban. Teníamos que apresurarnos para alcanzar el último metro antes de que cerraran por completo las estaciones debido a la hora.

Cada bocanada de aire parecía convertirse en agujas heladas, atravesándome la garganta y depositando un frío que se arraigaba en el pecho. El sonido de nuestros pasos resonaba en el silencio nocturno, un eco inquietante que reflejaba la tensión en el aire. Esteban se detuvo de golpe, su figura recortada por las luces distantes, una sombra estática en el lienzo oscuro de la calle. Giré hacia él, tratando de descifrar sus ojos evasivos bajo la tenue luz de la calle. Las

manos se me aferraron a los bolsillos de la chaqueta, tratando de contener el temblor que comenzaba a recorrer la piel expuesta al gélido aire nocturno

—Tenemos que hablar —anuncia en un tono seco.

—¿Y tiene que ser ahora? —cuestiono sin aliento, señalando hacia la estación—. Vamos a perder el metro.

—Alex... te voy a ser completamente honesto...

«Aquí viene la mierda», pienso.

—Eres el tío más increíble que he conocido en la vida y me mola estar contigo, sobre todo en la cama —hace una mueca con su cara que me da algo de vergüenza ajena—, pero la verdad es que siento que no estás respetando mis límites.

La sangre comienza a calentarme el cuerpo helado y la tensión hace que el alcohol se disipara por algunos minutos.

—¿Cómo que no estoy respetando tus límites? —mis palabras salieron crispadas.

—Pues sí, tío, es que imagínate, insistes en que venga contigo a Lisboa, me presentas a tus padres, me traes a la fiesta de tu amiga y todos nos miran como si fuéramos pareja y me siento un poco agobiado... recuerda que yo aprecio mucho mi libertad.

—No entiendo de qué mierda hablas, ¿llevamos cuánto? ¿Siete? ¿Ocho meses saliendo? Es normal que la gente piense que estamos juntos.

—Es que eso es lo que no entiendes —su voz raspaba los oídos como unas uñas arrastrándose sobre una textura rígida, atormentándome.

—¿Qué es lo que se supone que no entiendo?

—Que necesito mi libertad completa —levanta los brazos, como buscando paz. Los puños se me tensaban aún más—. Comprende algo, tú eres la leche y no hay duda de eso, pero cuando veo a alguien jodidamente guapo, quiero sentirme totalmente libre de hacer lo que me dé la gana con él. Además, llevo muy poco tiempo en la ciudad y...

Solté un suspiro tan grande y prolongado que debió haber resonado a kilómetros de distancia.

—Qué puto asco me das, Esteban —el pulso me temblaba, aunque no sentía el frío de la ciudad—. ¿Has estado con alguien más mientras estábamos juntos?

—No empieces con dramas...

—Responde... ¿Cuántos?

—No se la cifra exacta.

Tragué en seco y contuve el dolor que me perforaba el pecho. No iba a llorar frente a él, no iba a permitirle verme así.

—Vale —digo antes de dar la vuelta y seguir caminando hacia la estación, aunque sabía que estaría cerrada, solo quería alejarme lo más rápido posible de él.

—¿Así que te da igual? —se queja Esteban acercándose rápidamente detrás de mí—, es que tú estás loco de verdad.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres libertad completa, ¿no? Pues ya la tienes, ve y fóllate a quien quieras.

—Bueno, pero tampoco tenemos que perder el contacto, el sexo que tenemos está de puta madre —sus palabras eran un sinsentido.

Me detuve en la calle frente a la puerta cerrada de la estación, conteniendo los brazos con la mayor fuerza posible para no reaccionar violentamente.

—No, gracias —espeto rápidamente—. Conmigo es todo o nada.

—Creo que deberías replantearte las cosas, porque si no, vivirás siempre miserable en la vida, Alex.

—¿Perdona?

—Dudo mucho que alguien en Bruselas te aguante estos dramas...

El nudo en la garganta era tan fuerte que cuando intenté hablar, apenas salió aire. Estaba completamente atónito por la situación. Aceleré el paso, saqué el teléfono y pedí un Uber que me llevara a casa lo más rápido posible. Noté de reojo que Esteban se alejaba por otro camino y sentí un gran alivio en el pecho, aunque luego se convirtió en un dolor profundo.

Las lágrimas de frustración y dolor comenzaron a arderme en las mejillas mientras esperaba al conductor. No me importaba dónde pasaría su velada, o si se perdiese en la ciudad. Aquella noche se había vuelto la más larga y pesada de mi vida.

Cuando finalmente llegué a casa de mi madre, no recuerdo cuántos litros vomité, acompañados de tantas lágrimas que derramé. El recuerdo de esa noche es borroso, apenas puedo recordar verlo el día en que tuvimos que regresar a Bruselas. Fue esa misma tarde cuando me pidió que abandonara su casa. No fue una sugerencia, sino una exigencia.

Desempleado y con apenas unos pocos días de margen, me vi obligado a buscar un trabajo para no acabar consumiendo mis escasos ahorros o, peor aún, terminar sin techo. Por suerte, conseguí este nuevo empleo que me llegó en el momento justo. La oportunidad de ser reubicado en uno de sus apartamentos en el centro era como un regalo del cielo. No lo dudé ni un instante.

Despierto de mis pensamientos y noto que el tipo no ha parado de gritar frente a su lavadora, y casi todas las personas han abandonado la lavandería. Pongo los ojos en blanco y me acerco para intentar entender qué sucede.

—¿Necesitas una mano?—pregunto casi a la defensiva, preparado por si reacciona de mala manera.

El hombre aparta la mirada de la máquina y sus ojos grises se encuentran con los míos. Por alguna extraña razón, siento una enorme carga de nostalgia recorrerme el pecho. Jamás había visto su rostro.

—Esta maldita máquina parece que tiene un problema y no me abre la puerta —dice y su tono de voz es sorprendentemente calmado a pesar de la frustración evidente en sus movimientos momentos antes—. Siempre me hace lo mismo.

Me acerco un poco para revisarla, aunque no soy un experto en aparatos de lavandería, quería entender qué estaba pasando e intentar ayudarlo para dejar de escuchar sus gritos.

—El ciclo terminó hace más de cinco minutos, pero no me desbloquea la puerta, sigue con el candado —señala el botón rojo iluminado en la pantalla.

Asiento y suelto un puñetazo fuerte contra la pantalla, el impacto me rebota en los huesos de la mano y sé que me dejará marca. El hombre a mi lado da un paso atrás como reacción, y como por arte de magia, la puerta se abre como si todo hubiera sido planeado, y ambos soltamos una carcajada.

—¡Joder, gracias! —exclama el tipo, y en ese preciso instante, noto que mi máquina comienza a avisarme que ha acabado su ciclo. Me acerco apresuradamente y comienzo a deslizar la ropa hasta la secadora, mientras el hombre de ojos grises rompe el silencio de la lavandería solitaria.

—¿Sueles venir a lavar aquí? —indaga mientras dobla lo que parece ser su ropa interior de... ¿Dinosaurios? Suelto una risa y él baja la mirada a sus manos, avergonzado.

—¡No son más! Son... —trata de justificarse, pero decido interrumpirlo.

—Tranquilo, no juzgo —contesto con una sonrisa tranquilizadora, cerrando la tapa de la secadora y encendiéndola—. Pero no, soy nuevo en el barrio.

De repente, un grito de frustración rompe el aire, y me doy cuenta de que el aparato del tipo comienza a arrojar agua a chorros, formando un charco que se expande rápidamente por el suelo.

—Pero ¿qué pasa? —corro hacia él, sintiendo el pánico apoderarse de mí, y comienzo a tocar todos los botones de la máquina en un intento desesperado por detenerla antes de que inunde el local—. ¿Habrá sido el golpe?

—Pues no creo que le haya gustado el puñetazo en toda la cara —responde y su tono sarcástico apenas ocultando su preocupación.

—¿Cómo sabes que la pantalla es su cara? —pregunto, tratando de mantener la calma a pesar del caos que nos rodea.

—¿No lo es? —su voz es seria, pero hay un destello de humor en sus ojos grises—. Toda su estructura sería su cuerpo, y la puerta... espera, la puerta sería su boca, entonces la pantalla sería... ¿sus ojos?

—¿En serio me preguntas eso en este momento? —suelto una carcajada nerviosa, sintiendo la tensión del momento desvanecerse por un instante ante su comentario absurdo.

—¿Te estás sonrojando? —pregunta, y siento cómo mi sistema nervioso explota ante la situación.

—¡¿Pero qué está pasando aquí?! —grita un hombre alto desde la puerta, y se acerca rápidamente al fondo de la lavandería. Tras mover algunas cosas, el agua comienza a dejar de correr por la puerta de la máquina.

Pasados unos segundos, el hombre regresa y se detiene frente a nosotros.

—¿Están bien? —pregunta con genuina preocupación, y asentimos al unísono—. Ha pasado mucho tiempo desde el último mantenimiento de las máquinas y algo debe de haber provocado este desastre.

Siento un peso de culpa por haber sido yo quien golpeó el aparato, así que propongo:

—Si quiere, podemos ayudar a limpiar un poco.

—Nada de eso, ya me pongo yo a limpiar

—Gracias, gracias...

Asiente con una sonrisa y se aleja, dejándonos en un silencio tenso, pero finalmente liberado de la tensión previa. Me vuelvo hacia el tipo de ojos grises, aun sintiendo el calor en mis mejillas por alguna razón que no comprendo.

—Eso fue... inesperado —dice, tratando de romper el hielo que se ha formado entre nosotros.

Respondo con una sonrisa, tratando de ocultar mi ligero nerviosismo, pero no puedo evitar bajar la vista hacia la bolsa negra que contiene su ropa. A través del plástico translúcido, distingo claramente la ropa interior con estampado de dinosaurios.

—Supongo que las lavanderías son lugares propicios para los encuentros inesperados —agrega, su tono es ligero.

Nos quedamos allí por un momento, compartiendo una mirada cómplice. Las palabras se me acumulaban en la boca, pero era incapaz de soltarlas.

Finalmente, con una inclinación de cabeza mutua, nos separamos, cada uno sumergiéndose nuevamente en sus propios pensamientos.

Después de algunos minutos, la máquina de secado emitió un pitido, indicando que mi ropa estaba lista. Comencé a guardar todo de nuevo dentro de la mochila.

Cuando levanté la mirada, noté que el hombre de la tienda había limpiado todo el suelo, y el tipo de los ojos grises estaba sentado en unos bancos detrás de mí. Me agaché para recoger la

pesada caja que contenía los recuerdos de mi pasado, y me sorprendí al notar que se sentía más ligera de lo que recordaba.

Moví la cabeza hacia un lado y me encontré con esos ojos grises que ahora me observaban con una sonrisa.

—¿Te ayudo?

—No hace falta —respondo, negando con la cabeza—. Solo debo llevarla a la tienda de correos, que queda a una cuadra de aquí. —Soltó la caja, pero el movimiento brusco casi me hizo perder el equilibrio. Reaccionó rápidamente y la sostuvo, devolviéndome una sonrisa reconfortante.

—¿Seguro? —insiste.

Hice una mueca resignada, aceptando finalmente su ayuda. Por alguna razón, mis mejillas comenzaron a arder de nuevo.

—¿Te mudas? —investiga como detective cuando llegamos a la tienda de correos. Me doy cuenta apenas ahora de que tiene el cabello rojizo, un detalle que había pasado desapercibido hasta ese momento.

—Sí... digo, no —me ahogo con las palabras al intentar explicarme—. Acabo de mudarme, pero nada en esta caja es mío.

En el brillo de sus ojos logro ver cómo comprende lo que intento decir.

—¿Basura entonces?

—No podría describirlo de mejor manera —suelto una pequeña risa irónica.

—¿Al menos es desecho que trae recuerdos buenos o solo malos?

—Un poco de ambos, supongo. Algunos buenos y otros demasiado amargos.

—Si te hace sentir mejor, podemos darle unas patadas para liberar tensiones.

Suelto una carcajada que hace eco en la tienda y tengo que taparme la boca para controlarme.

La mujer del mostrador llama a mi número y me acerco con la pesada caja. Mi acompañante espera sentado en la entrada mientras yo relleno un pequeño formulario.

—¿Qué contiene la caja? —indaga la mujer rubia, con una expresión neutra en su rostro.

No puedo decirle que es basura. A pesar de que ahora me duele ver su contenido, en su momento cada objeto tuvo un significado especial para mí. Decir lo que tiene en voz alta me aprieta el pecho.

—Ropa... como unas tres camisetas, una pelota de fútbol porque es mega fan del Real Madrid —enuncio, enumerando lo que contiene la pesada caja—, libros de Harry Potter, aunque faltan los últimos dos —la mujer arruga el ceño—, un rompecabezas de Star Wars episodio... cinco si no estoy mal. Es que lo comenzamos a armar, pero nunca terminamos...

—Vale —me corta la mujer con un tono monótono—. Serían ciento cuarenta y tres euros.

—¿Cuánto?

Ella sube la mirada del monitor y me repite la cifra sin mostrar ninguna emoción en su rostro, más allá de la molestia por estar trabajando un sábado.

—¿Va a avanzar con el envío o no?

La relación no solo había terminado conmigo, sino que también quería dejarme sin dinero. Aunque podría haber tirado todo en un contenedor de basura, mi conciencia no me dejaría dormir tranquilo.

—Sí... sí —respondo, resignado, mientras pago la cifra ridícula.

La mujer se queda con la caja, y aunque me he quedado con menos dinero, siento un alivio al liberarme de su peso cuando salgo de la tienda sin nada en las manos.

Louis

Revelaciones.

El martilleo de nuestros pasos me resonaba en los oídos, convirtiéndose en el único sonido que rompía nuestro silencio desde que salimos de la tienda de correos. Él parecía que aún estaba procesando el acto de enviar aquella caja, y no sabía cómo romper ese silencio. Visualicé la esquina al final de la calle y supe que allí nos despediríamos. Pero por alguna razón no quería.

Trataba de pensar en algo que pudiera decir para prolongar nuestro tiempo juntos, aunque no entendía bien por qué sentía esa necesidad de repente. Una mezcla de náuseas se arremolinaba en mi estómago, pero una parte de mí quería descubrir por qué no quería despedirme.

Dejó caer su mochila al suelo y yo solté la bolsa negra que llevaba sobre el hombro.

—¿Por qué no secaste la ropa? —pregunta de repente, y solté una risa tonta ante su comentario. Tampoco quería irse.

—No me di cuenta de que no la sequé —respondo, sintiéndome un poco avergonzado.

—¿Cómo? ¿Te olvidaste de secarla?

Ambos comenzamos a reír en unísono.

La realidad es que me había distraído con tantas cosas que sucedieron que olvidé poner la ropa a secar. Desde el agua saliendo de la máquina hasta su forma de querer ayudar a un desconocido, pasando mi ropa interior a la vista y el rubor en sus mejillas.

Pero no, no fueron sus ojos oscuros lo que me distrajo. Mi mente estaba tan abrumada por la idea de enviar la caja y la incertidumbre sobre lo que podría suceder después de nuestro encuentro en la tienda de correos, que simplemente olvidé el detalle más básico de la tarea.

—Bueno, debo irme por aquí —señala a su derecha, y odié darme cuenta de que debía tomar la calle de la izquierda—. Gracias por ayudarme a llevar la caja.

—Louis —interrumpí, extendiendo mi mano hacia él—. No me di cuenta de que no me había presentado aún.

—Alex —responde, y noto que el tacto de su piel es frío.

—¿Qué harás ahora?

—¿Ahora? —titubea, sus ojos aún fijos en los míos—. Llevar la ropa a casa y... bueno, eso es todo, la verdad.

De repente, un silencio incómodo se cierne entre nosotros.

—¿Y tú? —rompió finalmente el silencio.

—Nada en particular... ¿Te apetecería ir a tomar algo? Quizás un café o algo...

Asintió con una sonrisa y nos encaminamos juntos por la misma calle que habíamos recorrido apenas unos momentos antes, en dirección a una antigua cafetería que solía frecuentar. El ambiente estaba impregnado de un frío penetrante y el peso de la bolsa con la ropa húmeda se hacía sentir. Al llegar al local, nos encontramos con la puerta cerrada de golpe, lo que fue una sorpresa desagradable. Estaba fuera de servicio. Vi la decepción reflejada en los ojos de Alex y me esforcé por encontrar una solución, cualquier cosa, por más descabellada que fuera, con tal de evitar que nuestra conversación llegara a su fin. Quería seguir compartiendo tiempo con él.

—¿Te gustaría ir... al karaoke? —mi corazón late con fuerza, pero no comprendo por qué.

Una risa brota de sus labios, iluminando sus ojos, y veo cómo su cabello rizado se agita con la brisa fría.

—¿Esta noche? —pregunta.

—Ahora mismo —contesto con determinación—. De lo contrario, corro el riesgo de que no aparezcas. Sé que apenas te conozco lo suficiente como para asumir eso, pero dime, ¿me equivoco al pensar que podrías hacerlo?

—No te equivocas —susurra, apenas intercambiamos una mirada fugaz, pero la complicidad entre nosotros es palpable.

—¿Hay algún karaoke abierto a esta hora?

—Conozco un lugar —le aseguro, guiándolo por las calles y hablando sobre nuestras canciones favoritas y las veces que hemos desafinado en público.

El local estaba prácticamente vacío, lo cual no era sorprendente para esta hora del día. Me acerqué a la barra y pedí dos cervezas antes de dirigirnos hacia un cubículo cerrado frente a una enorme pantalla. Le entregué su vaso y ambos chocamos en un brindis silencioso. No sabía qué había deseado él, pero yo solo deseaba que cantara un poco conmigo.

—¿Qué quieres cantar? —pregunto, sosteniendo el control remoto de la máquina en la mano.

—No sé cantar, Louis —responde con una nota de nerviosismo en su voz.

—Es ilegal saber cantar en un karaoke. Esos deberían tener prohibido entrar a estos sitios.

Soltó una risa nerviosa y presioné el botón de *play* en la primera canción que reconocí. Pronto, comenzó a sonar "*What They'll Say About Us*" de Finneas.

Comienzo a cantar la primera estrofa y lo observo con atención, notando que tiene los brazos cruzados y que aprieta el micrófono contra el pecho. Sin embargo, su expresión no revela si está disfrutando la canción o si se siente incómodo. Decido romper el silencio con una pregunta suave, aprovechando la música de fondo:

—¿No te la sabes?

—No me vas a hacer cantar —su rostro está rojo de nuevo.

—*Tenemos el tiempo para tomar el mundo y hacerlo mejor de lo que nunca fue. Eso es lo que dirán de nosotros.*

Le guiño el ojo, esperando con expectación a ver si tiene el valor suficiente para acompañarme. Una sonrisa se me dibuja en los labios cuando lo veo acercar el micrófono a los suyos.

—*Si digo un cliché, es porque lo digo en serio. No podemos alejarnos, tenemos que meternos en el medio.*

Solo ahora me doy cuenta de que no elegí la mejor canción. Expresa demasiados sentimientos, mucho compromiso y quizás promesas que puedan malinterpretarse. Solo es una coincidencia que haya seleccionado esa en particular. No fue a propósito.

—*Y cuando despiertes, creceremos juntos, así que no te rindas.*

Después de varias cervezas y cantar al menos unas veinte canciones, sentía que mi voz estaba demasiado débil para seguir cantando, así que salimos del karaoke conversando un poco sobre nosotros. Era curioso verlo, cuando hablaba parecía que su cabello tenía vida propia, se movía

como olas de mar. Sin embargo, mi mente divagaba un poco, hasta que una pregunta directa me hizo volver al momento presente.

Después de varias cervezas y cantar al menos unas veinte canciones, sentía que mi voz estaba demasiado débil para seguir cantando, así que salimos del karaoke conversando un poco sobre nosotros. Era curioso verlo, cuando hablaba parecía que su cabello tenía vida propia, se movía como olas de mar. Sin embargo, mi mente divagaba un poco, hasta que una pregunta directa me hizo volver al momento presente.

—¿Me estás escuchando? —pregunta, y yo agito la cabeza para concentrarme.

—Disculpa, me distraje un poco... Hablabas de tu trabajo nuevo.

Asiente.

—Debo comenzar el lunes en esta nueva empresa y los nervios me consumen por dentro.

—¿Qué te produce tanto miedo?

—Así soy yo —dice con la vista fija en el suelo—. Soy demasiado introvertido para mi gusto.

—No lo veo como algo malo —menciono y veo que sigue pensando en lo mismo—. Yo soy un poco extrovertido y a veces me canso de mí mismo.

—Es que son demasiados cambios que están sucediendo en mi vida ahora.

—Te entiendo —admito—. Llevo años trabajando para esta empresa y el año pasado me dijeron que soy candidato para ser promovido para un nuevo cargo que me hace mucha ilusión tener. Es algo que me ayudaría muchísimo a salir de algunos problemas.

—¿Te dieron el trabajo?

—No lo han anunciado aún. Pero todo señala a que sí me lo darán.

Suelta una risa y nos detenemos en la misma esquina de antes. Trago en seco cuando me doy cuenta de que debemos despedirnos.

—Bueno... —comienza a decir y me quedo en blanco—. Gracias por el día de hoy, disfruté mucho cantar un poco... creo que me hacía falta.

¿Por qué siento ganas de abrazarlo y al mismo tiempo quiero vomitar?

—Ha sido un placer —contesto y me odio por no poder decir otra cosa.

—Bueno.

Extiendo la mano y deslizo la yema de los dedos sobre la piel de su mejilla. Es suave, fría y noto que cierra ligeramente sus ojos y recuesta un poco su rostro sobre mi mano.

De pronto quiero decir tantas cosas, pero realmente no sé ni qué estoy experimentando en este momento. Todo se siente extrañamente familiar.

—Ha sido un placer —logro decir entre los labios.

Lo veo darse la vuelta y ajustar la mochila en su espalda. Da algunos pasos lentos y siento la necesidad de decir alguna cosa, pero cuando reacciono apenas veo su silueta a lo lejos.

El golpeteo en la cabeza me hacía cuestionar si volver a la cama o convertirme en un experto en pastillas para la migraña. Anoche, salí de fiesta con algunos compañeros del trabajo y probablemente exageré con el alcohol. La cena con los colegas de trabajo se convirtió en un recorrido entre bares, convirtiendo el viernes en un laberinto temporal.

Anoche no dejé de pensar en Alex. En sus ojos oscuros, en su cabello rebelde y en lo idiota que fui al no hacer nada más que despedirme sin pedir su número o alguna forma de contactarlo.

Al intentar levantarme del sofá, una oleada de mareo amenaza con oscurecer la habitación. Prefiero ignorar el malestar lo mejor que puedo; antes de tener que agregarlo también a la lista de

quejas. Evitar conflictos matutinos era mi objetivo.

—Hasta que sales del sofá —bromea Sophie desde la cocina—. ¿Te unes al desayuno?

Con un gesto de afirmación, me encaminé hacia el baño primero, murmurando palabras que apenas logré entender, incluso para mí mismo. El breve intercambio con mi amiga me dejó exhausto; más bien, si se le podía llamar intercambio a lo único que logre murmurar.

Vivir con ella y su esposo, Julien, ya era un hábito de más de algunos años. Hoy, por alguna razón, caí en cuenta de que habían pasado más de novecientos días desde que empecé a hospedarme aquí por un favor que se prolongó más de lo previsto.

—Parezco un muerto —mascullo al enfrentarme al espejo, viendo unas ojeras más oscuras que mi ánimo y la piel clamando por agua y jabón.

El agua tibia de la ducha me acariciaba la piel, enviando escalofríos por las zonas más frías, abrazando el contraste del clima exterior. Tomé el jabón líquido, no por preferencia, sino por la aversión compartida a las barras de jabón, y comencé a formar espuma en las manos.

Hacía días desde que no sentía manos ajenas recorrer la piel. Cada contacto en el pecho desencadenaba un remolino de sensaciones. Decidí concentrarme en esa zona, explorando con la mano izquierda mientras dejaba que la derecha bajara hasta la cintura y disfrutara de los efectos liberadores del agua caliente.

Al salir de la ducha, me topé con las quejas de Sophie, quien insistía en que me apresurara a comer porque se moría de hambre.

—Podían haber empezado sin mí —entré a la cocina, replicando.

—Ya lo hice —suelta Julien con una risa.

—Es que si no comemos juntos nunca te veo, Louis —señala Sophie frustrada—. A veces pasó días sin verte... y vivimos juntos.

Me senté y arrastré hasta mí el plato de pancakes frías.

—Siempre puedes entrar a la sala a saludar —respondo, tomando algunas mordidas—. Nada te lo impide.

—Pero es que nunca estás en la sala cuando estoy despierta, incluso hasta llegas en la madrugada un martes. ¿Quién sale de fiesta un martes?

Puse los ojos en blanco.

—Déjalo, Sophie. Se le nota que tiene una resaca tremenda. ¿Y tú, encima, le regañas? —Julien interviene.

—No te metas, Julien —mi amiga replica más rápido que el dolor que empezaba a palpitarme en la cabeza—. Además, ve encendiendo el carro.

—¿Van a salir? —pregunto con la boca llena.

—¿En serio, Louis? Llevo un mes diciéndote que hoy es el cumpleaños de mi madre y vamos a visitarla.

Me levanté bruscamente de la mesa, casi volcando el plato, lo que llevó a Sophie a llevarse las manos al rostro en señal de frustración. Entré en mi habitación, que más bien era la sala, y busqué en la cómoda una pequeña caja envuelta en papel rojo con un lazo plateado.

—¡Toma! —exclamo al entrar de nuevo a la cocina y entregarle la caja a Sophie—. Es un regalo que le he comprado a mi suegra.

Julien soltó una carcajada mientras se dirigía hacia la puerta, sabía que bromeaba cuando me refería a la madre de Sophie como suegra.

—¿Le compraste algo a mi madre?

—Claro —me burlé, sentándome para terminar las pancakes que, para entonces, se habían convertido en dos bloques de hielo.

Mi amiga tomó la cajita y me dio un beso en la mejilla.

—¿Seguro no quieres venir?

—Nada hará que vuelva a pisar ese pueblo.

—No sé qué hacer contigo, Louis. Me encantaría que encontraras a alguien que te sacudiera a puñetazos y te hiciera más responsable.

Bromeo un poco con su comentario y me levanto para lavar el plato mientras Sophie se ponía la chaqueta para salir.

—No creas que se me olvidó lo de ayer —comenta con firmeza—. Cuando regrese mañana, me debes una explicación, porque ayer demoraste demasiado para lavar ropa y aun así regresaste con ella mojada.

—¿Mañana?

Sophie rodó los ojos, visiblemente frustrada.

—Pues claro, no vamos a conducir más de tres horas para volver el mismo día. Además, así estoy un poco con mis padres que ya no los veo hace meses. Regresamos mañana al final del día... y creo que no hace falta decir que no quiero que traigas visitas a la casa.

—¡Ya puedes irte! —exclamo casi rogando.

Después de quedarme solo en casa, me recosté en la cama con la esperanza de dormir un poco más para aliviar el dolor de cabeza persistente. Al despertar, comprobé la hora en el teléfono y noté que ya eran las seis de la tarde, el dolor seguía allí, recordándome la noche anterior. Lo desbloquéé y les escribí a algunos amigos para confirmar la salida de esta noche. Quizás no fuera lo más prudente, pero la resaca ya había disminuido y no tenía ganas de quedarme en casa un sábado por la noche.

A medida que más personas confirmaban el lugar de encuentro en el grupo de *WhatsApp*, decidí preparar algo de comer rápido para llenar mi estómago antes de la noche que se avecinaba. La idea era reunirnos en un pequeño bar cerca de casa antes de descender a la discoteca que se encontraba justo debajo del mismo local.

Mientras veía otro episodio de *Friends* en la televisión, una sensación de amargura me invadió cuando Chandler y Mónica discutieron en la serie. Era como si su relación estuviera condenada al fracaso desde el principio. Tal vez por eso, nunca me he sentido atraído por la idea de las relaciones. Siempre he creído que son efímeras y destinadas a terminar. Aunque he tenido oportunidades, nunca he buscado activamente una relación. Prefiero vivir el presente y dejar que el futuro se revele por sí mismo. A veces me pregunto si realmente quiero que llegue el día en que esté listo para comprometerme.

Cuando el reloj marcó las nueve, salí de casa como si fuera Cenicienta huyendo del castillo. Llevaba puesto un pantalón beige con una chaqueta azul eléctrica. La verdad es que no se me da muy bien elegir prendas extravagantes, pero me sentía bien con mi conjunto. Después de todo, solo buscaba divertirme un poco.

Cruzo la puerta de la discoteca con paso seguro, pero una mezcla de nerviosismo y anticipación me late en el pecho. El sonido ensordecedor de la música electrónica me golpea los oídos mientras los ojos se me ajustan a la penumbra intermitente de las luces de neón. El aire está cargado de una mezcla de fragancias, desde el perfume dulce hasta el sudor y el humo del cigarrillo.

Me adentro en la multitud, dejándome llevar por la marea de cuerpos que se mueven al ritmo de la música. Cada paso que doy está acompañado por el bombeo de la vibración del suelo bajo

los pies, haciéndome sentir la energía eléctrica del lugar, palpable en el aire cargado y en los destellos de luz que iluminan fugazmente las caras de los presentes.

Busco con la mirada a Lukas y Céline, mis amigos de trabajo, entre la multitud, pero la densa masa de personas dificulta la tarea. Aunque estoy rodeado de gente, me siento un poco solo en medio de la multitud, como si estuviera flotando en un mar de desconocidos.

Me dirijo directamente hacia el bar y pido un trago rápido para calmar mis nervios. El camarero me sirve un vaso de *whisky* y sin pensarlo mucho, lo bebo de un solo trago. La sensación de calor que me recorre es instantánea y me hace sentir más cómodo en medio de la multitud. Pero en lugar de detenerme allí, decido pedir otro trago. Y luego otro.

Mientras me sumerjo en la música y comienzo a bailar en medio del bullicio del local, me doy cuenta de que he perdido de vista a mis amigos en la multitud. Siento que todo comienza a girar a mi alrededor, y mi mente se dispersa enseguida.

El tiempo parece perder su significado mientras me dejo llevar por la euforia de la noche. Las risas se mezclan con las luces parpadeantes y el sonido ensordecedor de la música. Ya no tengo idea de cuánto he bebido en este punto, pero sinceramente, no me importa.

Algo llama mi atención al final de la pista. Veo a alguien, solo, moviéndose al ritmo de la música. Sus ojos parecen buscar los míos, y en sus labios vislumbro mi nombre. Sin pensarlo mucho, me abro paso entre la multitud, empujando a algunos y deslizándome entre los espacios vacíos para acercarme.

«¿Alex?»

Quizás sea por la confusión que me causa todo este ambiente, su rostro parece un poco diferente. Siento el impulso de hacer lo que no pude hacer ayer. Me acerco y deslizo mis manos por su cabello. ¿Se lo habrá cortado? Faltaban rizos y era corto. Apenas puedo pensar cuando sus manos encuentran mi cintura y nos acercamos más.

Nos besamos intensamente, como si ambos tuviéramos un hambre desesperada. Pero algo no se siente bien, no cumple mis expectativas y eso me enfurece. Separo mis labios de los suyos y me doy cuenta de que sus ojos son de color avellana. Juraría que eran oscuros cuando lo vi ayer. Me tambaleo un poco, tratando de mantener el equilibrio, cuando él me aprieta aún más hacia él y comienza a besarme y lamerme desesperadamente el cuello.

Le devuelvo el beso y deslizo mis dedos suavemente sobre su rostro. Es áspero, seco y cálido, completamente diferente a la sensación que experimenté la última vez que lo toqué. Comienzo a dudar si realmente es él, si todo esto no es más que una invención de mi mente. Pero cuando me extiende unos *shots* de tequila y tomo tres seguidos, su rostro comienza a parecerse más al de ayer.

Nos besamos como dos almas hambrientas, necesitadas de llenar un vacío en el pecho. Sin embargo, cuanto más lo beso, más vacío me siento por alguna razón desconocida.

Entre risas entramos al baño, lo veo quitarse la ropa y me bajo el pantalón. Me duele demasiado la cabeza y me sujeto de las paredes para no caerme. Después de eso, ya no recuerdo lo que sucedió.

Alex

Nuevos horizontes.

Los rayos matutinos se filtraban con delicadeza a través de la ventana entreabierta, pintando la sala con una paleta de tonos naranjas que conferían una sensación acogedora y cálida. Busqué a tientas el teléfono entre la manta y noté que ya era mediodía. El ronroneo insistente de Sebastián llenaba la habitación mientras reclamaba su desayuno en el tazón, impulsándome a dirigirme hacia el armario de madera en la cocina para satisfacer su demanda. Al abrirlo, la puerta se desprendió con el mínimo esfuerzo, dejándome con la puerta en la mano y el mueble de cocina sin puerta.

Serví su comida y me preparé unos huevos fritos con pan tostado. Al terminar, me encaminé hacia la ducha, dejando que el agua se calentara mientras me deshacía del pijama. Mi cuerpo desnudo ansiaba el contacto con el agua caliente, pero la corriente seguía saliendo fría, haciendo que la piel se erizara y los pezones se endurecieran como piedras.

Pasaron cinco largos minutos y el agua se mantenía fría, sin signos de calentarse. Mi cuerpo está completamente desnudo apenas cubierto por las manos.

—¡Esto es una maldita broma! —exclamo frustrado.

Cerré el agua de golpe y me envolví con una toalla mientras caminaba hacia la sala para llamar a la persona correspondiente de la empresa que me había asignado el apartamento. Cuando acepté este trabajo me ayudó demasiado el hecho de que ofrecieran un apartamento. Había venido como anillo al dedo después de que Esteban prácticamente me botara de casa.

Sin embargo, mis llamadas quedaron sin respuesta, así que dejé un mensaje urgente en WhatsApp, con la esperanza de recibir una explicación sobre la repentina falta de agua caliente. La idea de enfrentar el invierno sin calefacción me llenaba de ansiedad y preocupación, imaginando noches heladas y duchas frías que me sumergían en un estado de incomodidad constante.

Me estaba acostumbrando a vivir solo de nuevo, después de pasar varios meses compartiendo mi espacio con mi ex. Llevaba semanas sin saber de él, pero tampoco era algo que me preocupara corregir. El día que envié su caja, me di cuenta de que había bloqueado mi número, así que tuve que deshacerme de sus cosas lo más rápido posible.

Todavía me acuerdo de los últimos restos de sol sobre el suelo frío de madera y los muebles gastados. De su olor sobre nuestra cama y de cómo Sebastián le huía siempre.

Mañana es mi primer día en mi nuevo trabajo, y no podía permitirme pasar otra noche sin dormir.

Sigo pensando también en él.

Louis.

En porque no me besó.

Era la primera vez que hablábamos, que apenas nos conocíamos, pero había algo diferente en él. Algo extrañamente... familiar.

Quizás, lo que él quería en realidad era ir lento y tomarnos nuestro tiempo. Que no tuviéramos prisa y que diésemos marcha atrás si las cosas iban demasiado deprisa de lo que nos sentíamos cómodos. Pero no tenía ninguna forma de contactarlo y pedirle que...

Quería sentir la textura de su chaqueta en la cara. Que me abrazara y rodearle los hombros con los brazos. Quería descubrir el olor que perfumaba su piel, sus axilas, el aroma vago que solo desprendía su cuerpo.

Quizás lo mejor fue que nunca sucediera nada, talvez me imaginé cosas que no existieron más allá de alguien muy simpático.

Si, solo fue eso.

Salí a hacer unas compras y de regreso a casa, dejé caer las bolsas en la entrada después de dar una vista más fresca al estado de mi departamento. Apenas tenía una semana viviendo ahí. Sin agua caliente, muebles que se quedaban sin puertas, colchón con mal olor. Una maldita pesadilla. Entre las cosas que compré había una manta notablemente cálida y unas sábanas nuevas para la cama. No estaba dispuesto a pasar otra noche en una cama que se sintiera tan ajena.

Saqué jabón del mueble y calenté una olla con agua para comenzar a limpiar el colchón lo mejor que pude. Necesitaba deshacerme del olor que se había impregnado en él. Dejé el colchón secándose con la poca luz solar que entraba y me ayudé con un secador de cabello.

A la mañana siguiente, me desperté muy temprano, no solo porque no había logrado dormir nada en el colchón un poco húmedo, sino porque, no dejaba de pensar en ellos dos.

Tenía que estar en la oficina antes de las nueve. Como era mi primer día, necesitaba que alguien me mostrara las instalaciones y también debía encontrar a quien que me ayudase con el tema del agua caliente en casa. No podía seguir bañándome todos los días con cubos de agua caliente.

Al salir de mi edificio observé una multitud de gente transitando por las calles en todas direcciones, lo que me dejó claro que ya no era fin de semana. Decidí caminar casi media hora para llegar a la oficina en lugar de tomar el metro o algún otro transporte público para así ir conociendo un poco más el barrio.

Después de una larga caminata, finalmente llegué al lugar marcado en el mapa. Observé el imponente edificio que se alzaba ante mí y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Di mi primer paso derecho, rezándole a quien fuese para que hiciera alguna diferencia en mi suerte, y empujé las enormes puertas de cristal para adentrarme en la enorme recepción llena de gente transitando.

—Bu... buenos días —saludé al grupo de personas que esperaban el ascensor. Algunos respondieron con sonrisas cordiales y otros solo me miraron. Me sentí un bicho raro, pero traté de restarle importancia.

Todos se precipitaron por las puertas metálicas en cuanto se abrieron. No había espacio para ni un alma más, así que me quedé con una sonrisa forzada, esperando al siguiente. Detrás de mí se abrieron otras puertas y me apresuré a entrar en el ascensor, revisando en el teléfono cuál era el piso correcto.

—¿A qué piso te diriges? —indaga una mujer elegante que entraba, luciendo un blazer verde que resaltaba su cabello castaño claro.

—¿Yo? —inquirí nervioso—. Piso nueve.

La mujer me regaló una sonrisa y presiona el botón antes de cruzarse de brazos.

—¿Es tu primer día? —indaga.

—¿Se nota mucho?

—Un poco —se ríe—. Verás que los nervios se disipan hoy mismo — extiende su mano— Soy Camille, un placer.

Le digo mi nombre al apretar su mano.

—¿A qué departamento te unes?

El sonido del ding del ascensor indicó que habíamos llegado al noveno piso y nos bajamos.

—Hoy comienzo en el departamento de historias juveniles.

—¿En serio? Trabajo justo en el ala este de la oficina donde esta tú nuevo equipo —su afirmación me tranquilizó—. No sabía que hoy se unía alguien nuevo.

Unos sonidos graves y pulsantes como martillazos contra el suelo me hicieron girar con pánico en la mirada.

—¿Señor Santos? —cuestiona una mujer alta de cabello rubio que se acercaba a nosotros. Me sentí desconcertado al verla, quizás fue su estructura facial o su cuerpo tan alto y atlético, pero su presencia me intimidó por completo dejándome con las defensas bajas.

—Soy yo mismo —respondo en voz baja.

«Deja de estar tan nervioso», me repito mentalmente.

—¿Cómo está, Señor Santos? —la mujer parece forzar una ligera sonrisa—. Soy Manon Volkov, directora de los departamentos juveniles e infantiles y formo parte del comité directivo. —su mirada se posó en la mujer a mi lado— ¡Camille! ¿podría acompañarlo para que deje sus cosas en nuestra sala mientras preparo algunas cosas?

—¡Por supuesto!

La señora Manon se despidió y junto a Camille me dirigí al lado este del edificio. Me temblaban las piernas sin control mientras pasamos por varias salas de reuniones repletas de personas, a pesar de aún no ser las nueve de la mañana.

—No te dejes intimidar —me advierte Camille.

—¿De quién hablas? —pregunto, aún nervioso.

—De Manon... A ella le gusta infundir miedo en los demás, no caigas en su juego.

Solté un suspiro largo.

—Ya lo he notado.

—¿Puedo darte otro?

Asentí.

Entramos en una sala inmensa, donde al menos unas veinte mesas estaban abarrotadas de computadoras, muebles y enormes pizarras, creando una atmósfera de actividad frenética y creatividad desbordante.

—No te conozco y quizás estoy juzgándote sin razón, pero siento que eres reservado... Trata de evitarlo.

—¿Cómo así?

—No quiero ser negativa, pero Manon pondrá mucha presión sobre ti como manager, además si no ve que interactúes con el equipo probablemente se agarre de esa excusa para deshacerse de ti.

Asentí sin nada más que decir. Primer día y ya me sentía intimidado por todos lados.

La sala comenzó a llenarse de gente y empecé a escuchar un taconeo que se hizo cada vez más intenso. La señora Manon entró y se puso frente a una gran pizarra blanca, llena de apuntes y notas. Tomó el borrador que estaba sobre una mesa y sin piedad comenzó a borrar todo.

—Buenos días, espero que hayan descansado lo suficiente este fin de semana, porque a partir de hoy comenzamos a trabajar en serio —declara Manon en tono frío—. Tengo varias noticias que me gustaría anunciar. La primera es que hoy se une a nuestro equipo el Señor Santos como Manager del departamento de historias juveniles —los pocos aplausos estallaron, y los nervios se intensificaron cuando sus ojos se detuvieron en mí—. ¿Le gustaría decir algo?

Abrí los ojos como platos mientras sentía las manos frías comenzar a sudarme sin control.

—Buenos días a todos... —susurro.

—¿Podría hablar un poco más alto, Señor Santos? —exige la directora.

Un estremecimiento recorrió la piel.

—Buenos días a todos —repito, elevando la voz, aunque aún con cierta inseguridad—. Soy Alex, no hace falta el título de señor ni de Alexandro —dejé escapar una sonrisa—. Vengo de Lisboa, aunque ya llevo viviendo en Bruselas casi un año... espero que pronto podamos conocernos mejor y crear historias fascinantes juntos.

Hubo unos leves aplausos.

—Gracias, Señor Santos. Ahora, recordatorio para todos: hoy comenzamos un nuevo proyecto para los Prix de la Jeunesse Littéraire. Como saben, solo un proyecto por departamento podrá participar, y la sede, como todos los años será en París a mediados de agosto. Tanto la Señora Bakker como el Señor Santos liderarán los diferentes equipos para desarrollar algo extraordinario y mantener el prestigioso premio que nuestra empresa ha ganado en los últimos cinco años.

Sentí cómo la presión se me acumulaba en los hombros.

—No espero menos de todos —concluye la directora—. Tienen hasta finales de Enero para presentar sus mejores proyectos por departamento...

—¡Buenos días! —exhala alguien de voz grave al entrar a la sala, interrumpiendo el discurso de la directora—. Perdón por llegar tarde.

Intenté ver su rostro desde mi asiento, pero restantes compañeros bloqueaban mi vista.

—Creo que no es necesario recordarle su horario de entrada, Señor Johnson.

—Perdón, me quedé dormido, pero no creo que sea demasiado problemático.

—¿No le parece problemático ser impuntual e irresponsable en su ambiente de trabajo? —replica Manon con severidad.

—Lo lamento, Manon.

—Espéreme en mi despacho —escupe la directora, y el ambiente se vuelve aún más tenso—. El resto de ustedes ya sabe qué hacer, ¡pónganse a crear cosas increíbles!

Ambos salieron disparados hacia el ala oeste de la oficina, mientras los nervios me devoran por dentro. Mientras algunos compañeros se acercan para presentarse, siento cómo mi equilibrio se desvanece cuando alguien me jala del hombro, sacándome abruptamente de mi intento de integrarme al nuevo entorno.

De repente, todo a mi alrededor comienza a girar sin control, como si el suelo se hubiera desplazado bajo los pies. No podía ser, era imposible. Intenté enfocar mi vista en la figura que estaba frente a mí, pero todo se difuminaba en un torbellino caótico. Un nudo en la garganta me quemaba por dentro, y entre el torbellino percibí un destello de cabello rojo.

—¿Alex? —pregunta claramente confundido.

Los ojos se me abrieron tanto que sentí la tensión en mis párpados, como si estuvieran tratando de abarcar todo a mi alrededor. El pecho me latía con fuerza y el pulso acelerado parecía querer provocarme un ataque.

Abría la boca, pero tenía las palabras ahogadas en la garganta que, aunque tragaba con fuerza no lograba deshacerme del nudo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajo aquí —apenas respondo con dificultad—¿Tú que haces aquí?

—¿Se conocen? —interviene Camille a mi lado.

—No —respondo en tono seco.

—¿Cómo qué no? —contraataca algo ofendido y se cruza de brazos.

—¿Sí o no? —insisten ambos en unísono.

—¡Si! —exploto casi gritando. No entendía porque me estaba costando tanto hablar como alguien normal. Había pensado en él sin parar desde el viernes y ahora que lo tenía enfrente fingía que no lo conocía—. Perdona, Camille. Nos conocimos hace unos días en...

—Una lavandería —él se ríe y completa mi frase.

—¿Una qué? —arruga su cara— muy poco convencional para una cita.

—¿Cita?! —respondo sintiendo mi cara en llamas—, no, no.

—Vale, vale —me corta Louis y se acerca dejando caer su brazo sobre mi hombro.

Camille asiente y se aleja un poco hacia el grupo que no ha parado de chismear desde que la directora se fue.

—¿Alex que haces tu aquí? —su tono es mas de preocupación que de sorpresa.

—¿Por qué lo preguntas con pánico en el rostro? —me comienza a latir el pecho—. ¿no querías volver a verme?

—No es eso. Sino que...

Comienzo a escuchar balbuceos a lo lejos que se intensifican cada vez más. El hombre de cabello oscuro que había llegado tarde entra al ala este como una bala y comienza a recoger algunas cosas de lo que percibo es su escritorio y la directora se planta en la entrada del pasillo.

—Que no se le olvide nada —está de brazos cruzados y en su cara percibo una ligera sonrisa de placer—, sino botaremos lo que quede a la basura.

El hombre sale de la oficina y comienzo a escuchar entre murmullos que ha sido despedido. Estoy completamente en blanco, no solo con haberme encontrado a Louis en la oficina sino también con presenciar un despedimiento por haber llegado minutos fuera del horario.

Cuando Camille me dijo que la directora se alimenta del miedo que le tienen los demás, no mentía.

Louis me jala un poco del brazo y nos alejamos un poco hasta quedar ligeramente aislados del drama que sucede en la oficina. Mientras observo de reojo cómo la señora Manon abandona la escena, el murmullo de los demás revela que están comentando sobre el destino de Johnson.

—Así que eres el nuevo manager ¿no?

Asentí y noté decepción en sus ojos.

En ese preciso momento, mi mente retrocedió a nuestra conversación del viernes, donde me había contado sobre el cargo que tanto deseaba tener y que todo indicaba que se lo iban a dar. Sin embargo, un desgraciado le había arrebatado la oportunidad.

Y para mi horror, ese desgraciado era yo.

Louis

Encuentros y Desencuentros.

El hombre de cabello castaño dorado que conocí hace unos días en el último lugar donde esperaba encontrar a alguien, ahora resulta ser mi nuevo jefe. ¿Cómo la vida podía jugar estas cartas?

Me masajee las sienes, tratando de encontrar algo de calma en medio de toda esta pesadilla. No solo debía enfrentar la cruda realidad, sino que también debía hacerlo frente a alguien que, para mi sorpresa, despertaba mi atención.

Todo este desequilibrio emocional que me recorre la piel me hace revivir mi infancia, cuando pasaba horas sentado en las escaleras de piedra fría frente a casa, esperando a mi padre que nunca regresaba.

Aquel recuerdo me golpeó con su cruda realidad. Han pasado años desde entonces, y mi madre, con su crueldad, desapareció de mi vida hace diecisiete años. Desde entonces, me ha tocado vivir una vida amarga desde demasiado joven.

El cargo que tanto anhelaba significaba más de lo que dejaba entrever; era como el fugaz sueño de que mi padre finalmente regresara y resolviera todos mis problemas. Esta era mi oportunidad para una vida mejor, donde podría salir finalmente de casa de mis amigos. Pero siendo honesto conmigo mismo, a mis treinta y tres años, sé que depositar tal esperanza en alguien o algo es absurdo y desquiciado.

El suelo de piedra gris y gélida de esas escaleras parecía reflejar el vacío que yacía en mi interior. Durante los días abrasadores del verano, su indiferencia gélida era palpable, pero en las noches invernales, el viento implacable azotaba con la misma crueldad con la que la vida me había golpeado. Lluvias furiosas parecían fusionarse con las lágrimas que, de vez en cuando, se me deslizaban por las mejillas.

—¿Qué estás haciendo sentado ahí otra vez? —preguntó mi madre con furia desde detrás de mí, mientras el cielo se oscurecía y apenas se iluminaban las calles del pueblo.

Giré lentamente, con los párpados húmedos por las lágrimas.

—Estoy esperando a papá —susurré apenas, encogiéndome de hombros en un gesto de impotencia.

—¡Es que de verdad eres idiota! Tu padre se fue, Louis, se fue ya hace más de un año y no piensa volver. Se fue con una zorra que seguro le prometió cosas que yo no pude darle.

Abracé las piernas con fuerza mientras cerraba los ojos y pedía que mi madre me dejara solo o que dejara de pronunciar esas palabras que me castigaban como látigos.

—¿Mamá? —volteé con los ojos como dos luceros— ¿Por qué papá no me llevó con él?

Mi madre no tuvo compasión de mí ese día. A pesar de solo tener seis años, no dudó en empujarme por los escalones que me separaban del suelo de pavimento grisáceo y comenzó a gritarme como una desquiciada.

—¡Si no me quiso a mí porque te querría a ti?

Mi rodilla comenzaba a sangrar del impacto áspero que había recibido contra el suelo y a pesar del ardor en la piel y el pecho, mi postura fue dura.

—Papá va a volver, yo lo sé.

—¡Eres un idiota igual que él!

La indignación y el dolor me quemaban la garganta y cada fibra de mi pequeño cuerpo. Mi mente y mi alma se aferraban a la negación de esa realidad. Él regresaría.

—Si no fueras tan mala, él no se hubiera ido —grité con el poco aliento que me quedaba.

La ira en su mirada me dejó completamente desarmado. Entró en casa y cerró la puerta de madera oscura con llave. Aquella noche oscura y la brisa fría fueron mi única compañía en la primera de muchas noches que pasé durmiendo en los escalones helados, envuelto en dolor y lágrimas que se mezclaban con el ritmo de las gotas de la lluvia.

Había pasado más de una hora desde que me encontré con Alex en la oficina e intercambie apenas algunas palabras; él estaba encerrado en una reunión con Camille en una de esas oficinas con paredes de vidrio que, desgraciadamente, no dejaban filtrar ni una palabra de lo que hablaban. Mientras su charla fluía, yo luchaba por concebir alguna idea decente para el proyecto de París. Esta oportunidad era clave si aspiraba a una promoción próxima; si mi idea resultaba ganadora, podría fácilmente convertirme en el próximo Manager antes de que termine el verano. Quizás entonces pueda dejar el sofá de mi mejor amiga atrás.

Con los años que llevo en esta empresa, he aprendido que el ascenso solo lo logra quien es lo suficientemente astuto y hábil en las artes de la estrategia y la manipulación. No me agrada ir en contra de mis valores, pero soy consciente de lo que me corresponde. De lo que es mío.

El puesto de Alex.

En mi pantalla el programa estaba abierto, la línea parpadeaba en espera de alguna pulsación de tecla. La maldita situación me ponía terriblemente nervioso. Me levanté de mi silla tan rápido como pude en cuanto vi a Alex salir de la oficina. Me aproximé casi corriendo, deslizando entre las mesas y evitando no atropellar a nadie en el camino. Por lo general, prefería sentarme lo más alejado posible, dándole la espalda a la ventana para que nadie husmeara en lo que trabajaba.

—¡Alex! —exclamo, casi sin aliento y cruzándome de brazos.

Me mira y en sus ojos recuerdo el brillo que tenía cuando cantamos juntos. Vuelvo a sentir una sensación extraña en el estómago, pero lo ignoro.

Noté que Camille se había detenido a su lado, observándome con curiosidad, escrutándome con esos ojos entreabiertos. No tenía ningún vínculo con ella, ya que era la Manager del departamento infantil. Sin embargo, siempre estaba lista para destilar chismes en los próximos treinta minutos, como máximo.

—¿Podemos hablar a solas? —traté de sonar lo más natural posible, ahogando el verdadero tono que quería usar para espantar a esa mujer.

Le propuse bajar a la cafetería del primer piso para tomar un café, un lugar más discreto para hablar sin la presencia de colegas de nuestro departamento o cualquier otra persona que pudiera malinterpretar nuestra conversación. Alex aceptó, mencionando que necesitaba un té de manzanilla para calmar los nervios del primer día.

Las manos se me volvieron húmedas, el sudor perlándome las palmas cuando las puertas del ascensor se cerraron, dejándonos a solas. Una extraña fuerza magnética me empujaba hacia él, aunque no lograba comprender por qué me sentía así. Era como si su mera presencia ejerciera un hechizo sobre mí. A simple vista, parecíamos polos opuestos: él, meticuloso en su atuendo,

mientras que yo prefería dedicar mi tiempo a cosas más significativas. Cuando dirigí la mirada hacia Alex, observé cómo sus mejillas se tenían un tono rojizo. Sentí la necesidad de volver a sentir la textura de su piel, de sentir sus mejillas y confirmar si estaban tibias. El silencio se apoderó de nosotros y por alguna razón mis ojos bailaban con desespero buscando su atención. El timbre al abrir la puerta del ascensor nos sobresaltó y ambos nos echamos a reír. Tal vez era la mejor manera de romper el hielo.

—¿Manzanilla? —le pregunto acercándome al mostrador.

Asintió.

—Tengo tantas cosas que preguntarte que no sé por dónde comenzar —necesitaba descubrir que sucedió aquel día y porque a pesar de querer odiarlo por tener el cargo que me correspondía sentía la necesidad de acercarme a él, como un jodido imán.

—Mientras no tenga nada que ver con la señora Manon todo bien —susurra con la voz un poco ahogada.

—¿Señora Manon? —interrumpo, dejando escapar una risa—. ¿Cuántos años tienes? ¿Cinco?

Frunce los labios y roda los ojos, lo que aumentó mi risa. Me aproximé al mostrador y pedí mi café expreso y el té de manzanilla para el nervioso hombre de ojos oscuros.

Al llevar la bandeja hasta la mesa cerca del enorme ventanal donde me esperaba, me quemé un poco los dedos con la taza humeante.

—Te he traído azúcar, porque no sé cómo tomas el té —informé, colocando la bandeja sobre la mesa antes de sentarme frente a él.

—¿Té con azúcar? —preguntó, frunciendo los labios de nuevo, lo que me hizo sonreír involuntariamente—. ¿Qué será lo próximo? ¿Té con chocolate?

Su risa llenó mis oídos nuevamente, haciendo vibrar mi pecho.

—Creo que no te he preguntado sobre tu adaptación al barrio —una extraña parte de mi evitaba que la conversación se detuviera. Quizás y solo quizás era porque el tono de su voz despertaba mis sentidos. Nunca había experimentado algo así con otra persona que no sobrepasara el deseo sexual, pero Alex...

—Normal la verdad —se encoge de hombros—, son muchos cambios al mismo tiempo, pero trato de irme acostumbrando poco a poco.

Su taza comenzaba a vaciarse y mi tiempo se agotaba.

—Voy al grano —digo con seriedad y cruzándome de brazos—. Me confundes.

—¿Cómo que te confundo? ¿No me explico bien con las palabras?

—No es eso —corrijo— es que hay algo en ti demasiado extraño —lo vi arrugar la cara y traté de aclarar a que me refería—: a ver, no lo llesves a mal es que cuando hablamos o te veo, se siente como si te conociera desde hace mucho tiempo y no desde hace... ¿dos días?

—Lo sé, me sucede igual, pero... quizás es demasiada casualidad.

—¿Por qué solo casualidad?

—¿Qué más podría ser? —sus ojos centelleaban bajo la luz que se filtraba por el cristal. El silencio pesaba entre nosotros, como una losa sobre mi piel—. Debo subir —insistió—. Hay asuntos que resolver y organizar, además de que aún no me han entregado el ordenador y...

Tragué saliva con dificultad, luchando contra el absurdo pánico que me atenazaba la garganta.

— ¿Por qué estás evitándome?

—No estoy evitándote —negó con la cabeza lentamente, sus ojos aún fijos en el suelo.

Contorneé la mesa y me aproximé a Alex por la derecha, notando cómo su cuerpo se petrificaba por completo. A medida que me acercaba, su mirada perdida buscaba desesperadamente algún punto de apoyo mientras su cuerpo temblaba sutilmente. Logré comenzar a escuchar su respiración agitada.

—¿Te estoy acosando? Si es así, dime que me desaparezco.

—No lo hagas —su voz es suave, débil.

—Alex, yo... —me acerco aun manteniendo una ligera separación, lo último que quiero es que se sienta incomodo conmigo. Elevé la mano casi para tocar la suya, pero la detuve en el aire —. No te niego que puede que una parte de mí te odia por haberte quedado con el cargo que era para mí —se encogió de hombros y suspiró— y quizás lo hago un poco. Pero hay algo en ti que... hay algo en ti.

Acerqué aún más la mano hasta que quedaba solo la separación de un dedo entre nosotros. Quería tocar su rostro, no solo lo deseaba, sino que sentía que era una nueva necesidad que mi cuerpo me exigía. La atmósfera de la cafetería se volvía más íntima, como si el espacio se redujera exclusivamente a ese pequeño rincón que ocupábamos.

—Louis... —murmura.

—Dime que me detenga y me voy.

Pero no respondió.

Rocé su mano con la punta de los dedos y percibí su piel congelante. Un ligero escalofrío me recorrió el brazo, en contraste con la cálida sensación de la mía.

—Hay algo en ti —repetí una vez más, pero en tono tan bajo que hizo que se acercara para escucharme mejor. Su olor me llegaba débil y necesitaba acercarme más.

El silencio que nos envolvía hablaba más que las pocas palabras que lográbamos pronunciar. Con un movimiento rápido Alex rompió la atmosfera, girando sobre sus talones y apresurándose hacia el ascensor, dejando un rastro de tensión palpable en el ambiente mientras mis dudas cada vez eran mayores.

Me quedé sin aliento cuando se alejó de mí. Sin despedirse, dejándome completamente sin aliento. No me atrevía a parpadear. Me dolían los ojos y los sentía secos. A lo mejor debía quedar todo, así como siempre estuvo. Dos desconocidos.

Regresé a mi escritorio, noté que Alex estaba sentado hablando con Camille mientras ella lo ayudaba a configurar su portátil. En ningún momento desvió su mirada hacia mí, a pesar de que pasé justo frente a ellos y Camille me sonrió por cortesía. El cielo se mostraba oscuro y las nubes anunciaban la llegada de fuertes lluvias, una situación a la que ya me había acostumbrado por completo durante los inviernos. Abrí de nuevo el programa y la línea intermitente me martillaba los ojos esperando que introdujera algún texto. Rescaté algunos archivos que solía utilizar en momentos de bloqueo creativo y comencé a hojearlos en busca de algo que me inspirara. Algún milagro.

Faltando apenas media hora para el almuerzo, decidí dirigirme a la biblioteca en busca de libros que pudieran ayudar a despertar mi creatividad. Necesitaba algo fresco, un escritor desconocido que tal vez pudiera ayudarme a superar este bloqueo.

Al llegar, saludé con una sonrisa a la señora Marta, quien siempre se encargaba de la limpieza de nuestro piso. Era una mujer simpática que, cada vez que visitaba a su familia en México, no dejaba de traerme algunos dulces o sorpresas.

—¿Buscando algo interesante que leer? —curioseas Marta pasando un trapo sobre el estante a mi lado.

—Más bien buscando un milagro —bromeo, intentando ocultar mi frustración. Marta tenía el cabello recogido como una bola y me recordaba un poco el peinado que usaba mi madre. Entre reojo la vi dejar su trapo de limpieza sobre su carrito y se acercó a mí con un aire de curiosidad.

—Louis... —susurra lo suficientemente bajo para que nadie nos escuchase. A pesar de estar solos en la biblioteca. Era como si compartiéramos un secreto — ¿quién es ese hombre que lleva todo el día con Camille?

—Es Alex, no recuerdo su apellido, pero es el nuevo Manager del departamento Juvenil.

Marta giró su cabeza y me miró con los ojos bien abiertos.

—¿Manager? Pero tú...

—Lo sé —me encogí de hombros—. Pero la vida da muchas vueltas y... —guiñé un ojo—. Bueno, Marta, veré si algún libro aquí me ayuda a superar el bloqueo y logro ganarme el puesto de manager después del proyecto de París.

—¿Pero si trabajas para el departamento juvenil ¿no tienes solo la opción de ser manager de ese departamento?

Asiento.

—¿Entonces que sucedería con el nuevo?

—Pues —digo intentando no sonar cruel e ignorar las chispas que me suben por las piernas—. Digamos que dejaría de estar en nuestro equipo.

Marta se llevó las manos al pecho, parecía impactada con mi comentario.

—No pensé que serías capaz de hacer algo así.

—Muchas cosas dependen de que me den ese cargo.

Marta esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos y volvió a su trabajo, mientras yo me adentraba entre los estantes, tratando de encontrar algún libro que capturara mi atención y me sirviera de inspiración.

Cuando regresaba a mi puesto cargado con una pila de al menos cinco libros que habían llamado mi atención, noté que Alex estaba discutiendo en el pasillo con Audrey, la directora de recursos humanos. Me acerqué con la curiosidad picándome las orejas, ignorando el refrán sobre el gato y su destino fatal.

—¡A ver, no puedo pasar el invierno completo con agua fría, es absurdo! —se quejaba Alex, su tono lleno de frustración. Estaba cruzado de brazos y su rostro estaba completamente rojo.

La mujer intentaba calmarlo con lo que parecía un intento fallido, sus palabras no parecían resolver el problema.

—¿Todo bien por aquí? —indago acercándome con pasos cautelosos.

Ambos giraron rápidamente sus rostros, sorprendidos por mi intromisión. La expresión de Alex era difícil de descifrar.

—Si —aclaras Alex. Esta de brazos cruzados y su pie nervioso golpea el suelo—. Estoy lidiando con algunos problemas en casa.

—¿Pero estas bien?

Soltó un suspiro derrotado.

—No tengo agua caliente.

—Bueno, perdón que lo corrija Alexandro —intervino Audrey levantando las manos—. Posee un calentador de agua en su casa, hemos inspeccionado el apartamento antes de dejarle las

llaves. El problema que me ha presentado el día de hoy requiere asistencia técnica y, como le estoy mencionando varias veces, demora algunos días encontrar un técnico para programar la visita y reparación.

Alex frunció las cejas y apretó los brazos sobre su pecho. Su mirada intensa mostraba una profunda frustración mientras absorbía las palabras de Audrey.

—Bueno, perdón que me meta donde no me han llamado —intervine—. Si necesitan arreglar su calentador, quizás yo pueda ayudar.

—¿Tú? —preguntaron ambos al unísono.

—A ver, ser excelente creando historias no implica que no sepa arreglar una caja que calienta agua, ¿no?

Audrey me miró con brillo en sus ojos directamente a los míos, aparentemente interesada en resolver la situación lo más rápido posible. Sonrió ampliamente.

—Había olvidado de sus habilidades, señor Van Damme.

—Con Louis basta —corregí un poco seco.

La mujer aclaró su garganta antes de continuar.

—Como decía, Louis puede ayudar con la situación y cualquier gasto que requiera puede traerme la factura para que la empresa cubra los gastos.

Observé cómo Audrey se despidió y se alejaba por el gran pasillo a toda velocidad hasta desaparecer. Cuando me di cuenta, Alex también había desaparecido de mi lado, así que me dirigí al escritorio para dejar la pila de libros. Entrando al ala este lo vi sentado frente a su ordenador.

—Cuando salga de la oficina esta tarde, puedo acompañarte a arreglar tu problema en casa —sugerí acercándome un poco.

Levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron.

—No hace falta, tampoco quiero aprovecharme de la situación. Ellos deberían resolverlo.

—Como veo, tienes dos opciones —carraspeé—. Puedes quedarte esperando semanas a que te envíen a alguien para arreglar eso o... me dejas a mí solucionarlo hoy mismo para que puedas darte un buen baño caliente.

—No lo sé.

—¿Seguro dejaras pasar esta oportunidad? A ver que no te voy a hacer nada y mucho menos obligarte a cantar.

Soltó una risa que parecía música y aceptó.

—Aceptaste tan rápido que aún no hemos acordado como me pagaras.

—¿Qué?

—Tranquilo que con unas cervezas basta.

Demasiados pensamientos, dudas recorren mi mente al mismo tiempo que me siento en mi lugar. Es solo un favor de compañeros de trabajo.

Solo eso.

Alex

Expectativas.

El tic—tac del reloj parecía ensordecedor mientras el almuerzo se convertía en una tortura de nervios. Cada segundo se estiraba como si el tiempo se burlara de mi ansiedad por la junta con la directora y Camille. El corazón me palpitaba desbocado, y un nudo se enredaba en el estómago, apretándome las entrañas con fuerza. Los aromas del comedor, una mezcla de comida recién preparada y murmullos de conversaciones, parecían desvanecerse en el telón de fondo de la mente, eclipsados por la angustia que me embargaba.

Me hallaba en una mesa larga, rodeado por mi colega, Louis y otros compañeros. Louis, con sus ojos grises parecían clavados en mí, y la incertidumbre de cómo me sentiría si su atención se apartara de mí se colaba en la mente.

—¿Estás bien, Alex? —indaga Camille con un atisbo de preocupación en su rostro.

—Sí —miento, tratando de disimular la tormenta de emociones que me invadía. Jugeteaba un poco con el tenedor sobre la comida. Tenía el estómago revuelto.

—Tu aura me dice que estas muy nervioso. ¿Es por la reunión con Manon?

—Sí —confieso en un susurro apenas audible—. Esa tipa intimida, su altura y porte...

Ella suspiró comprensivamente.

—Además en mi primer día encontrarme con que despide a alguien por llegar apenas algunos tarde.

—Es normal —me suelta golpecito en el hombro—. Antes de él fueron otros, ella no empatiza con nadie. Pero no dejes que te afecte. La jefa tiende a infundir respeto a través del miedo, pero como te digo antes, no caigas en su juego.

Las manos se aferraron con fuerza a las rodillas, luchando por contener los nervios que se agitaban en mi interior.

—Haré todo lo posible por no demostrarlo.

Una notificación en el teléfono interrumpió nuestra conversación, anunciando que quedaban apenas diez minutos para las dos. Nos pusimos de pie y noté cómo Louis se levantaba a la par nuestra, aunque no hubiéramos intercambiado ni una sola palabra en la mesa, su presencia era innegable.

—¿Puedo preguntarte algo? —me aventuré a consultar.

—Claro —acepta mi compañera con amabilidad.

—¿Por qué la señora Manon hizo el comentario de que siempre llegas tarde?

No quería que mi pregunta sonara a «¿Y porque a ti no te han despedido si llegas siempre tarde?»

Una risa escapó de sus labios.

—Te lo digo, Alex, la mujer está fuera de sus cabales —rodó los ojos con exasperación—. Llegué cinco minutos tarde por primera vez a una junta el jueves pasado y montó un drama y como ves, no dejará de recordármelo.

Un suspiro se me escapó de los labios y apresuré el paso para subir a la sala de reuniones en el ala este. Lo último que deseaba era verme envuelto en dramas innecesarios desde mi primer día.

Camille se sumergía en su teléfono mientras aguardábamos en la sala de reuniones la llegada de la directora. Cada segundo que pasaba parecía incrementar los temblores internos. Sabía que debía mostrarme firme, resistirme a caer en su juego de poder, pero siendo mi primer día, la tarea se volvía imposible.

Una idea fugaz de abrir la ventana y huir cruzó la mente, hasta que la realidad me recordó que estábamos en el noveno piso. Las paredes grises, en tonos pálidos y fríos, parecían estrecharse a mi alrededor, mientras una gota de sudor me recorría todo el largo de la espalda.

—Es sorprendente verla tan temprano en la reunión —gruñe la directora al entrar. Su postura me quemaba los nervios y me miró fijamente cuando dejó unas carpetas sobre la mesa.

Miré a Camille, notando su esfuerzo por contener cualquier gesto de desdén o respuesta, prefiriendo el silencio como respuesta.

La directora se sentó frente a nosotros, desplegó su portátil colocando su amplia agenda y varios libros a su izquierda antes de comenzar a teclear con determinación. Observaba atónito, sintiéndome fuera de lugar al ver a Camille escribiendo también en el suyo, mientras mi portátil permanecía cerrado.

—Disculpen, ¿debo tomar notas? —inquiero con voz apenas audible.

—Señor Santos...

—Puede llamarme Alex.

—Preferiría que no —aclara la directora—. ¿Tiene alguna pregunta en particular antes de comenzar?

Tragué saliva con dificultad, sintiendo su mirada clavada en mí, como si quisiera devorarme vivo.

—Pues... la verdad es que no sé por dónde empezar ni cuáles son las tareas diarias que debo cumplir...

—Señor Santos —interrumpió con firmeza—, comprendo su preocupación, pero en este momento no es mi trabajo explicarle eso. Estoy aquí para exigir resultados del equipo. La Señora Bakker será lo suficientemente amable para esclarecer sus responsabilidades.

—¿Yo? —salta Camille, visiblemente sorprendida.

—Correcto.

—Perdona, Manon, pero ya tengo demasiadas cosas encima, sobre todo considerando que hoy iniciamos la preparación para el proyecto en París y mi equipo depende demasiado de mí.

—Permítame preguntarle algo —la directora aclaró su garganta y se giró hasta estar de frente a Camille—. ¿Debo recordarle su posición? —mis ojos se abrieron de par en par—. Cuando ascendió a Manager del departamento de historias infantiles, le advertí que sería un desafío demasiado fuerte para usted, pero aun así aceptó. ¿Está ahora bajo demasiada presión? —La ceja de la directora se alzó tanto que parecía tocar la raíz de su cabello—. Porque si es así, puedo resolver ese problema rápidamente.

—No, Manon —replica Camille, encogiéndose de hombros y con la mirada fija en la mesa—. Me encargaré de todo.

—En cuanto a usted —voltea a verme—. Le asignaré una tarea adicional, no solo para esta semana, sino para los próximos meses —hace una pausa, y noto que mis músculos se tensan involuntariamente—. Sorpréndame.

—¿Cómo? —cuestiono, perplejo ante su solicitud.

—Esa es una de sus tareas más importantes si quiere mantener su puesto de trabajo. Demuéstreme por qué lo contratamos a usted en lugar de darle su posición a otro miembro del equipo.

Asentí con la cabeza, pero el movimiento resultó rígido y apenas perceptible. Escasamente habían transcurrido pocos minutos desde que la directora había entrado a la sala de reuniones, y mi inquietud aumentaba con cada segundo que pasaba. Cada músculo parecía petrificado por el miedo que se intensificaba sin control.

Tras una reunión extenuante que se extendió durante casi dos horas, la directora enfatizó repetidamente sus expectativas y los estándares mínimos que esperaba de nuestro trabajo antes de finalmente permitirnos retirarnos. Me sentí completamente exhausto, como si acabara de completar una maratón. Además de las expectativas, la reunión interminable estuvo plagada de advertencias. No bastaba con ocupar un cargo alto; sino que también era crucial estar alerta a las empresas competidoras, especialmente una que parecía tener la mirada fija en nosotros. *Echo*.

De vuelta en el escritorio, pasé toda la tarde con Camille mientras me explicaba los intrincados procesos de la empresa y del proyecto. Con cada nueva revelación, un nerviosismo abrumador me invadía al comprender la gran responsabilidad que recaía sobre mis hombros. En medio de esta revelación, comenzaron a surgir dudas sobre si había tomado la decisión correcta al unirme a esta empresa.

Cuando quedaban pocas horas para terminar el día, llamé a Louis a mi escritorio. Había detalles en todo el proceso que aún no comprendía completamente, y necesitaba la ayuda de alguien. La directora no parecía dispuesta a ayudar, y la pobre de Camille ya había tenido suficiente de mí hoy.

—¿Has notado esto? —frunció el ceño y me pasó una carpeta llena de papeles—. Algunos de estos informes tienen inconsistencias.

—¿Inconsistencias en qué sentido?

—Hay párrafos en blanco, y acabo de revisar en nuestro servidor y no encuentro el archivo original.

Comencé a revisar carpeta por carpeta en el portátil y confirmé sus palabras.

—Tienes razón. Además, estoy revisando y faltan algunos archivos de los manuscritos del año pasado.

Louis asintió a mi lado y noté que tenía el cuerpo rígido, nervioso.

—*Echo...*

—¿Quién?

—¿No te han hablado de ellos?

Negué.

—Son la mayor competición que tiene nuestra empresa y año tras año hemos tenido una guerra absurda donde nuestros proyectos son prácticamente iguales. Hemos tenido cientos de demandas hacia ellos y viceversa porque siempre terminamos sacando casi lo mismo al mercado.

—¿Qué quieres decir con todo eso?

—Que alguien dentro de nuestra empresa comunica toda nuestra información privada hacia ellos —demasiada confusión recorría mi mente en este momento, sin saber bien qué hacer.

—¿Deberíamos comunicarle esto a la directora?

—No, hombre, ella ya debe saberlo, esa mujer sabe todo antes de que suceda. Primero, recopilemos toda la evidencia que podamos encontrar. Luego informaremos a Camille y a Manon si encontramos algo nuevo.

Asentí, aunque estaba más confundido de lo normal con toda esta situación.

Cuando el reloj marcó las seis de la tarde, mi compañera y el resto del equipo se despidieron y empecé a recoger mis cosas para guardarlas en la mochila. Fue en ese momento que me percaté de que, tras las ventanas, el cielo se había teñido de oscuridad.

—¿Listo para irnos? —sondea Louis, haciéndome dar un respingo—. Tranquilo, no voy a hacerte nada malo como para que te asustes así.

Para mi sorpresa las mejillas me ardían.

—Agua caliente —respondo, sintiéndome como *Tarzán* al intentar articular palabras—. Solo necesito que me ayudes con el agua caliente.

Asintió con una sonrisa y salimos de la oficina. La ciudad estaba bañada de noche y durante el trayecto, me contó un poco sobre la dinámica del equipo y las personalidades de todos.

—Te juro, Céline es demasiado dramática y sus escritos son tan intensos que te atrapan —comenta Louis tras comprar unas cervezas en la tienda. Su manera de hablar era extrañamente acogedora.

Caminábamos hacia mi departamento y el frío en el rostro empezaba a congelarme las pestañas.

—Pero eso es bueno, ¿no? —pregunto, algo inseguro.

—Claro, cada miembro del equipo tiene su especialidad. Céline domina el arte del drama, Lukas es genial describiendo situaciones y emociones. Tú cantando y así sucesivamente.

Escupí una risa.

—¿Y tú? ¿En qué destacas? —inquiero, intrigado.

Sonrió y sentí cómo las mejillas se me encendían aún más.

—Yo diría que soy parte del grupo de los neutrales. Escribo rápido, soy flexible, aunque siempre es bueno ver cómo el equipo aporta más magia y personalidad a las historias.

—Como yo —susurro.

—Quizás por eso estás con nosotros —me empujó ligeramente con el hombro—. No pongas esa cara, hombre, parece como si hubieras sobrevivido a un ataque. ¿Sucedió algo más con Manon?

Me detuve en seco, apretando los puños.

—Esa mujer me desestabiliza por completo, además de ser extremadamente pedante.

Louis estalló en risas antes de que soltara un pequeño sermón:

—No dejes que te afecte, hombre. Cuando sea grosera, sé mucho más astuto que ella.

—No creo que sobreviva en ese juego.

Al llegar al edificio, forcejeé con la puerta áspera hasta que finalmente cedió con un chirrido, permitiéndonos el acceso. Nos adentramos en el angosto habitáculo del ascensor. Los nervios me aprisionaban con tanta fuerza que podía sentir el aliento de Louis rozándome la piel.

El aroma a menta impregnaba su aliento mientras abríamos la puerta de casa. Le di un breve recorrido por el diminuto apartamento, llevándolo hacia la cocina, donde estaba el responsable de mi actual privación de baño.

Louis se dedicó a manipular algunos botones y cables mientras trataba de tranquilizar a Sebastián, quien se escondía bajo la cama por miedo.

Al destapar unas cervezas que me helaban las manos, le ofrecí una a Louis.

—¡Salud! —propuse, levantando la botella.

—Nada de eso, hombre —contesta con una sonrisa—. Por nosotros y lo que nos depara el futuro.

Chin—chin.

Di un largo trago que me enfrió el pecho por completo.

Después de al menos treinta minutos de esfuerzo, Louis finalmente logró que el agua saliera caliente. Un suspiro de alivio escapó de mis labios al sentir el calor en la palma de mi mano.

—¡Eres increíble!

Sonríó, y pude notar cómo se le formaban pequeñas arrugas en la comisura de sus labios.

—Bueno, ya me estas pagando con las cervezas.

Asentí y abrí más para celebrar el logro de tener finalmente agua caliente, pero al chocar las botellas, la mía estalló en una espuma desbordante que terminó empapándolo por completo.

—¡Mierda! —entro en pánico, intentando secarle la camisa con un trapo—. ¡Lo siento!

—No te preocupes. Esto debe traer buena suerte —balbucea, con calma.

El ambiente parecía densificarse de repente, y me costaba respirar mientras luchaba por limpiar su camisa blanca. La humedad marcaba su pecho y pude notar que se transparentaba un poco. Las manos me trabajaban rápidamente con el trapo, pero sentía que el rostro me ardía de calor.

Con los dedos recorrí la forma de su pecho. Eran tan perfecto que deseaba tocarlos con los labios. Era ligeramente cuadrado con curvas que se dibujaban y me despertaban sensaciones eléctricas en la piel. Podía ver dos manchas pequeñas representando sus pezones y sentía una necesidad descomunal por descubrir por completo su color. Sin darme cuenta, lo deseaba más de lo que quería aceptar.

Louis apoyó sus manos sobre las mías y, deslizándolas sobre su cuerpo, trató de secarse un poco con el paño. Me sobresalté y él estalló en risas.

—Si quieres... puedes tomarte un baño ahora que tengo agua caliente —añado tímidamente—. No puedes irte así, mojado con este frío.

—Cierto, está demasiado frío afuera para irme mojado —admite con una sonrisa burlona.

Fue la primera vez que percibí, inexplicablemente, que sus labios ostentaban un rojo intenso y eran exquisitamente carnosos.

Lo acompañé al baño y le entregué una toalla gris. Antes de que pudiera decir algo, cerré la puerta de golpe. Me desplomé al suelo temblando, al mismo tiempo que intentaba procesar todo lo sucedido. La textura de su piel era un enigma para mí y sentía un deseo profundo de descubrirlo. Quizás todo parecía una atracción sexual y tal vez era solo eso. Pero me moría de ganas por conocerlo un poco más, de compartir un momento íntimo como cuando cantamos juntos en el karaoke.

«¿Qué estoy haciendo?» No puedo negar que hay cierta tensión con Louis, pero no puede pasar nada. Soy su jefe... Además, acabo de salir de una relación como para entrar en otra de cabeza.

¿Relación?

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando escuché la puerta del baño abrirse. Mis ojos se encontraron con su figura, emergiendo sin camisa y solo vestido con pantalones y zapatos. Gotas de agua caían de su cabello rojo como pequeñas perlas líquidas, mientras mi corazón latía con tanta fuerza que parecía que el pecho me iba a estallar. Su cuerpo, o al menos lo poco que lograba ver, parecía esculpido en mármol por algún escultor italiano del siglo XVI.

—¿Por qué estás sin camisa? —pregunto, temblando.

—Pues, me empapaste de cerveza —me recuerda— y ahora no tengo nada que usar.

—De... déjame darte algo.

Rebusqué entre las maletas sin desempacar y encontré una camiseta de *Star Wars*. La desdoblé y me acerqué a él intentando demostrarle que no dejaba de mirarle el pecho ligeramente definido y sus pezones claros.

Maldita sea.

Tomó más tiempo del habitual para ponerse la camiseta.

—¿Me queda bien?

Levanté la mirada del suelo y noté que aún no se la había puesto.

—¡Louis! —grito sintiendo todo el cuerpo caliente.

—Relájate, ¿crees que te haría algo? —dice a la vez que se viste por completo—. Me voy, no quiero que te sientas incómodo en tu casa.

—No es eso —suspiro sintiendo de nuevo todo aquel peso sobre los hombros.

—¿Entonces qué es? —se acerca.

—Hace poco terminé una especie de relación y me prometí no meterme en otra pronto.

—¿Quién habló algo de una relación?

«Creo que voy a vomitar»

—Pues... nadie —me defiende y me alejo un poco para generar más de espacio entre nosotros.

—A ver, hombre, que me caes muy bien, y hay algo extraño en ti que despierta... —se detiene y pierde su mirada por unos segundos—, nada que... no tengo intenciones de que seamos pareja.

Sonreí con el alma en pedazos, sin comprender por qué ese simple comentario me hería de alguna manera.

—Obviamente no.

Nuestros ojos se conectaron y ahogué las palabras que estaba por decir. Solo cerré la boca y abrí la puerta de casa.

—Bueno, nos vemos mañana en la oficina... luego te devuelvo la camiseta.

—No te preocupes.

Una vez cerré la puerta, el apartamento se sumió en un silencio que amplificó mi soledad. Sentía cómo cada rincón se enfriaba, como si su ausencia le quitara el calor a todo. Y como un eco doloroso, regresó esa amarga sensación de inalcanzable.

Al compararme con Louis, cuya apariencia radiaba seguridad, perfección y encanto, me sentí terriblemente insignificante. Me pregunté qué conexión podría establecer con alguien tan distinto a mí: un pobre diablo solitario, con unos kilos de más y los nervios a flor de piel.

Louis

Descargas Eléctricas.

El camino de vuelta a casa se tornó algo incómodo, por decirlo suavemente. La sensación de las manos de Alex sobre mi pecho mojado me dejó un tanto inestable; solo esperaba que no hubiera notado mis pezones endurecidos debido al contacto frío de sus dedos sobre mí. Me cuestionaba si involucrarme con él era una buena idea, especialmente cuando mi intención se había convertido en reemplazarlo en su cargo después del proyecto de París. Quizás lo más sensato sería dejar las cosas en paz y evitar mezclar emociones.

El viento se volvía insoportable en todo el camino, hasta que finalmente cerré la puerta del edificio y sentí alivio en el rostro. Sophie ya había regresado de visitar a su madre y Julien la ayudaba a preparar la cena.

—¿Qué tal familia? —saludo con cortesía, quizás con más formalidad de la necesaria, dado que ambos voltearon con expresión de desagrado y sorpresa.

—¿Te metiste cocaína? —lanza Sophie, y tanto Julien como yo comenzamos a reír al unísono.

—¿En serio crees que puedo costear eso?

—Quisiera pensar que no —se burla—. ¿Cenas con nosotros?

Asentí, y Sophie se acercó, secándose las manos con un trapo atado a su cintura. Se detuvo bruscamente y me examinó de arriba abajo, con una mirada de sorpresa.

—¿Y desde cuándo te gusta *Star Wars*?

—Sophie, déjalo tranquilo —ruega Julien, y por su tono, ya me esperaba una posible discusión. Ella como respuesta se cruzó de brazos.

—No estoy diciendo nada malo, solo me sorprende que lleves una camiseta de *Darth Vader* cuando siempre has dicho que no entiendes esas películas. ¿Tienes algo que compartir con la audiencia, Louis?

—Tal vez me convertí en fan y no te había contado —susurro con un toque de ironía.

Ella da un respingo.

—¡No te atreverías! Llevo intentando que veas esas películas conmigo desde que éramos niños y nunca te has dejado.

Julien y yo nos echamos a reír.

—Vale, vale. ¡Calma! —respiro profundamente—. Un compañero de trabajo me prestó esta camiseta porque me empapé la mía con cerveza, eso es todo.

—¿Otro de esos *compañeros* que pretenden ser amigos tuyos o qué? —inquire Sophie.

Rodé los ojos.

—¿Julien, puedes ayudarme?

—Aquí no tengo forma de defenderte —levanta las manos en señal de rendición. Conforme ambos me observaban, se escuchaba solo el sonido del agua hirviendo para la pasta.

—Es verdad, Louis —explica mi mejor amiga—. Esas personas dicen ser tus amigos, pero solo aparecen cuando toca pagar la cuenta del bar al final de la noche. ¿Cuántas veces Julien y yo

hemos ido a recogerte porque te emborrachaste y esa gente te dejó tirado como un perro en la calle?

—Sophie, por favor, ya basta —interviene.

—¿Pero estoy mintiendo? —insiste.

Sentí que no podía rodar más los ojos, porque terminarían por salirme de la cabeza.

—¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! Yo no juzgo a tus amigos o a la falta que tienes de ellos, así que no entiendo por qué sientes el derecho de controlar mi vida. ¿No es suficiente con controlar a Julien?

Alzó ambas cejas al unísono, su rostro se tornó rojo de rabia con cada segundo que pasaba.

—¿De qué mierda estás hablando? —pregunta alterada— ¿Cómo que controlo la vida de mi marido?

Arrugué la frente, disgustado.

—El pobre hombre no puede ni mover un dedo sin que tú se lo autorices.

—¡Ya basta, los dos! —interviene Julien.

Tragué saliva y me dirigí hacia la sala, cerrando la puerta con tal estruendo que silenció todos los ruidos de la casa, dejando un vacío ensordecedor a su paso.

Era casi medianoche y el estómago me rugía y suplicaba por comida, así que dejé de lado mi orgullo y salí de mi habitación. La cocina se sumía en la oscuridad, salvo por los números resplandecientes del microondas que rompían la penumbra. Al encender la luz, descubrí un plato tapado sobre la mesa. Sophie me había dejado comida, aunque estaba algo fría por el tiempo que había pasado guardada. El estómago exigía algo rápidamente, así que me senté y empecé a comer la pasta Carbonara.

Ya sentado comiendo, escuché pasos detrás de mí y al girar, vi a Julien acercándose con una taza en la mano.

—¿Estás bien? —su voz era tranquila.

—Sí... —respondo con la boca medio llena.

—¿Quieres una taza de té?

Asentí.

Julien llenó la tetera blanca con flores azules que le había regalado su madre el día de su boda y vertió un poco de agua caliente en su taza usada, luego sacó una taza amarilla con el emblema de *Hufflepuff* del mueble. Colocó en ella una bolsita de manzanilla y la bañó con agua tibia.

—Sabes que ella dice esas cosas porque se preocupa mucho por ti, ¿verdad? —comenta Julien, mirándome con comprensión.

Moví la cabeza en señal de acuerdo, sintiéndome derrotado.

—Es solo que a veces se pasa de la raya —susurro.

Julien se sentó al frente y deslizó la taza amarilla hacia mí antes de inclinarse sobre la mesa, apoyando los codos.

—Piensa un poco en lo que te ha dicho y no seas tan necio, Louis.

—¿De verdad creen que mis amigos son una mierda? —indago, un tanto frustrado.

—Permíteme responder con otra pregunta —empieza Julien a la vez que sopla su té, el vapor empañaba ligeramente sus gafas—. ¿Conociendo tu historial, alguno de tus amigos de la oficina realmente te daría una camiseta así, sin más?

Una sensación incómoda se apoderó del estómago, como si una punzada inesperada trajera consigo un sabor amargo que se extendió en la boca.

—No... —admito apenas, con voz apenas audible.

—Entonces ves por qué se preocupa tanto por ti.

—Ya... fue un nuevo compañero de trabajo, el fulano que me robó el puesto que me iban a dar —murmuro con pesar—. Fui a ayudarlo a arreglarle el calentador de agua y pues... sucedieron cosas.

—Al menos sé que no la pasas mal por ahí.

Me atraganté con la pasta fría y comencé a toser.

—¡No! ¡Nada de eso hombre! Solo lo ayudé con el agua caliente, lo demás fue una cerveza en la ropa y ya está.

—No tienes que darme más detalles —responde Julien entre risas. Se levanta de la mesa y antes de dirigirse a su habitación, se detiene a mi lado y coloca su mano sobre mi hombro.

—Ojalá este nuevo compañero de trabajo se convierta en un verdadero amigo, de esos que se preocupan tanto por ti que te prestan una camiseta para que no te congeles en la calle con este frío —reflexiona Julien antes de retirarse a su habitación.

Quedé en la cocina, sumido en cierta confusión por sus palabras. Mis sentimientos sobre la situación y Alex se entrelazaban en un enigma emocional. No sabía qué me provocaba en mi interior ni qué emociones estaban naciendo. Quizás debía admitir que había sido muy amable conmigo, y que ningún otro hubiera tenido ese gesto, aunque pareciera tan simple. Alex se estaba convirtiendo en un enigma del que no estaba seguro si quería descifrar.

Y sería absurdo no darme cuenta de lo bonito que se ve cuando se pone nervioso y sus mejillas comienzan a tornarse un rojo intenso, tan intenso que me recuerda al tono que se desliza sobre sus labios húmedos. No entiendo cómo alguien puede tener unos labios tan carnosos y brillantes como si llevara algún brillo constantemente en ellos.

Me siento como un idiota en medio de la cocina, pensando en Alex a estas horas de la madrugada. Quizás sea el efecto que la luna ejerce sobre un corazón que no cree en el amor. Porque cuando te acostumbras a que nadie entre, terminas por cerrar la puerta de tus sentimientos y no permitir que nadie se acerque de esa manera.

Los días en la oficina se desvanecían en una neblina de monotonía, como si el sol mismo se hubiera negado a brillar sobre nosotros, dejándonos sumidos en un creciente frío que calaba hasta los huesos. Mientras me sumergía en la preparación de mi propuesta para el proyecto de París, una incertidumbre inquietante se aferraba a mi mente como un nudo que se negaba a deshacerse. Al mismo tiempo, notaba un cambio sutil pero significativo en la dinámica con Alex desde aquella noche, una distancia palpable que ninguna de mis tentativas podía disipar por completo.

Mientras descansaba entre tanto pensar, observaba distraído la ciudad a través de la ventana, las luces parpadeantes formando un mar de destellos en la noche urbana. De repente, sentí la presencia de alguien a mi lado y me giré tan rápido como pude, encontrándome con la figura familiar de Alex frente a mi escritorio.

—¿Cómo vas? —indaga.

—¡Alex! —exclamo sobresaltado y él sonríe como respuesta.

—¿Tienes algo que mostrarme? Tengo reunión con la directora esta tarde y quería echarle un vistazo a tu primer manuscrito antes de poder juntarlos todos y sentarme con ella. Eres el único

que no me ha mostrado nada en toda la semana.

—Pues si hombre, es que has pasado de mí —intento bromear.

Vi cómo sus ojos se abrían de par en par.

—¿Crees que te he ignorado? —su voz temblaba un poco— De verdad discúlpame, Louis. Lamento que no te hayas sentido acompañado por mí...

—Tranquilo hombre, que lo decía en broma —replico, sintiéndome mal al verlo afectado—. Déjame ajustar algunas cosas y te lo llevo a tu mesa, ¿vale?

—Excelente.

Sus labios, nuevamente, estaban húmedos, un detalle que me resultaba extrañamente llamativo. La mente me divagaba entre el deseo de arreglar las cosas y la confusión sobre qué pensamientos rondaban por la cabeza de Alex.

Media hora después de ajustar mi manuscrito, me dirigí a la gran impresora al fondo de la oficina. Las páginas de la impresora zumbaban frenéticamente mientras salían a toda velocidad, creando un flujo constante de papel que parecía no tener fin. Con la grapadora en mano, me apresuré a unir los documentos, formando un manuscrito completo que esperaba poder entregar a tiempo. Al mismo tiempo que caminaba hacia el escritorio de Alex, Lukas llamó mi atención.

—¿Cómo vas?

—Todo bien, Louis —admite Lukas, con un aspecto de cansancio evidente—. He estado hablando con los demás. Hoy nos vamos a tomar algo al salir, ¿no?

Recordé la promesa que le había hecho a Sophie y Julien de acompañarlos al cine y me sentí atrapado.

—No, hoy no puedo —respondo—, pero podemos hacerlo otro día.

Lukas insiste, tratando de convencerme para salir esta noche, recordando momentos divertidos que habíamos compartido otros días.

—No puedo, ya tengo planes —me defiendo.

Hubo un silencio breve, y Lukas suspiró, con un tono entre burlón y persuasivo.

—Piénsalo bien, estarías saliendo con tus amigos y las amistades se pierden si no se trabajan... No nos dejes plantados, ¿vale?

La culpa comenzaba a atenazarme al prometer algo que quizás no pudiera cumplir.

—Cuando termine mis planes, me uno a ustedes —prometo, tratando de calmar la situación—. No los dejaré mal, lo juro.

—¡Ese es mi Louis! —exclama Lukas, complacido.

Hice una mueca, sintiéndome presionado por la expectativa de unirse a ellos más tarde.

Cuando por fin llegué a la mesa de Alex, solté mi manuscrito sobre la superficie de madera clara, atrayendo por completo su atención. Su cabello, normalmente alborotado, parecía seguir un compás diferente ese día. Las ondas y los rizos se entrelazaban de una forma peculiar, como si estuvieran bailando en un ritmo hipnótico. Por un instante, me vi tentado a sumergirme en esos bucles como si fueran olas atrayéndome hacia un mar de pensamientos desconocidos.

«¿Qué carajo ando pensando?»

Alex levantó el manuscrito y comenzó a ojearlo, su expresión tornándose más seria a medida que avanzaba. Me sentí un tanto cohibido por su enfoque, su mirada fija en las páginas que yo mismo había escrito.

—¿Todo bien? —pregunto ansioso.

Una larga pausa envolvió el ambiente.

—Sí —murmura finalmente—. Después de la reunión con la señora Manon, tenemos una sesión grupal con el equipo para debatir todas las ideas.

—¿Pero te parece buena? —pregunto, con esperanzas.

—Tiene mucho potencial.

—¿Te gustaría ir a comer? —solté de repente.

—¿Cómo? —mira su reloj con sorpresa—. Ni siquiera me di cuenta de la hora.

Sonreí aún más, intentando mantener la calma.

—¿Vamos? —insisto.

Observé a Alex debatirse consigo mismo.

—Gracias por la invitación, Louis, pero tengo mucho trabajo que terminar antes de la reunión.

—Pero luego tienes dos reuniones importantes seguidas, no puedes quedarte sin comer.

—No te preocupes por eso —sonríe, pero el brillo no les llega a sus ojos oscuros.

Agarró los documentos sobre la mesa, algunos con notas escritas con lápiz y resaltador y se retiró hacia la sala que parecía un acuario.

Bajé al restaurante del edificio en el primer piso, donde algunos de mis compañeros me llamaban para unirme a ellos. Mis movimientos parecían controlados por otra persona. Yo solo me sentía como espectador visualizándome desde afuera. Compré un *Club sandwich* y una Coca-Cola, me abrí paso entre la multitud hasta el ascensor y regresé al noveno piso.

—¡Aquí tienes! —exclamo al entrar a la sala de reuniones donde estaba Alex.

—¿Qué es eso? —indaga confundido.

—Tu almuerzo. Tienes muchas reuniones y no puedes quedarte sin comer.

De repente, sentí el rostro arder y noté que el de Alex también comenzaba a enrojecerse.

—¿Pero por qué?

—¿Qué cosa? —dejé la bolsa sobre la mesa.

—¿Por qué me has traído comida?

—Es lo que hacen los amigos —murmuro, notando cómo su mirada bajaba.

Después de una larga pausa, Alex soltó un largo suspiro.

—Gracias —consiguió decir.

Después de un par de horas en las que el equipo se reunía para hablar de todo y, a la vez, de nada en particular, Lukas tomaba la palabra para narrar sus vacaciones de fin de año en México y sus encuentros románticos, rompiendo el silencio con sus relatos animados. Céline no podía evitar sentir vergüenza ajena y se cubría la cara cada vez que Lukas soltaba algún comentario que todos respondían con risas por mera cortesía, aunque en realidad resultaba bastante incómodo.

El gran grupo se dividía en pequeños círculos de conversación: padres primerizos buscando consejos entre los más experimentados, el grupo de borrachos liderado por Lukas, el de mujeres empoderadas encabezado por Céline, y yo, navegando entre las diferentes dinámicas como un observador curioso.

El silencio se apoderó del lugar cuando el ambiente se tornó pesado. Juraría haber visto de reojo cómo el cielo se oscurecía y algunos relámpagos destellaban justo en el momento en que Manon entró a la oficina acompañada de Alex y Camille. Lukas, ajeno al ambiente tenso, parecía ser el único que no se percató de la sombra que había caído sobre el lugar. Siguió hablando animadamente de la mujer atractiva (para no repetir sus palabras... despectivas) que lo acompañó en alguna noche durante su viaje.

—¡Señor Wagner! —exclama la directora entre las llamas— ¡Esto no es una primaria! Las mesas no son para sentarse en ellas, son para trabajar. ¿O hace falta algún refuerzo en ese

aspecto? —Lukas se asustó tanto que su piel palideció al punto de camuflarse con unas hojas de papel sobre la mesa. Se disculpó avergonzado mientras tomaba asiento frente a ella.

»Como todos comprenderán, he tenido la primera reunión semanal que se celebra todos los viernes con los dos Managers responsables de nuestros departamentos de historias —continúa Manon con un frío inquebrantable—. Ambos me han proporcionado algunos de sus manuscritos con notas resaltadas de sus ideas. No recuerdo haber leído jamás algo tan muerto, vacío, y quiero recalcar el término 'vacío' porque, honestamente, eran un ultraje a la literatura. Un desperdicio flagrante de tinta y papel que me obliga a cuestionar muchos puestos de trabajo.

Una tensión palpable se apoderaba del ambiente, y mi garganta se cerraba con dificultad mientras intentaba tragar saliva

—¿Camille? —Se volvió hacia su derecha— ¿Hay algo que le gustaría destacar?

—Gracias, Manon —contesta evidentemente tensa—. Lo que diré va más dirigido a mi equipo, pero en general he revisado algunos apuntes y manuscritos que Alex y su equipo han traído a la reunión. Creo que hay mucho potencial para crear alguna historia fascinante que nos ayude a conquistar nuevamente el premio de este año. Sin embargo, hemos sentido una falta de entusiasmo por parte de algunos. Hablaré con esas personas individualmente, pero no se preocupen demasiado. Iremos puliendo esos detalles.

—Gracias, señora Bakker —interrumpió Manon con un tono cortante—. Podrán hablar con más calma con sus respectivos equipos más adelante. Sin embargo, hoy nos hemos reunido para discutir las ideas que hemos recopilado y que necesitamos pulir aún más para crear un proyecto impresionante, como espero y sé qué haremos todos juntos. También debo recalcar que la mayoría de sus proyectos ha sido una decepción absoluta. Por lo tanto, para el próximo viernes espero ver algo más trabajado y con mucha más garra y pasión. ¡Por Dios, no somos aficionados!

Náuseas se me revolvieron en el estómago.

—Permítame... —intenta hablar Alex, pero su voz apenas se escuchaba—. Con la ayuda de la señora Manon y Camille, he seleccionado un total de cinco historias con mucho potencial. A partir del lunes, asignaré grupos para trabajar en el desarrollo y perfección de dichas historias. De esa manera iremos reduciendo hasta conseguir la mejor historia posible. Quiero que entiendan que, a pesar de que sus historias iniciales no fueron seleccionadas, personalmente los asignaré a tareas donde cada uno pueda destacarse.

—¡Muy bien! —interrumpe nuevamente la directora— Espero mejores resultados para el próximo viernes.

Se alejó con una lentitud calculada, sus tacones resonando como un eco agresivo que parecía prolongarse en el silencio helado que dejaba a su paso.

Un silencio helado se apoderó de la sala, como si el frío se hubiera materializado en un ambiente denso y opresivo. Nadie se atrevía a moverse de sus asientos, todos atrapados en un suspense incómodo que parecía palpitir en el aire, mientras el eco de los tacones de Manon resonaba en la memoria de cada uno, dejando una huella de tensión palpable.

Alex

Límites Difuminados

Mi primera semana en mi nuevo trabajo ha sido un torbellino agotador. Cada mañana me despierto exhausto, abrumado por la montaña de trabajo que me han asignado. Me sumerjo en la soledad, mi constante compañera. Fuera de la oficina, las calles desconocidas se despliegan ante mí, pero carezco de la vitalidad social que una nueva ciudad debería ofrecer. La pantalla del teléfono me conecta con mis amigos, pero no sustituye la mirada que capta mi verdadero ser.

En el nuevo barrio, en mi vida, me siento fuera de lugar, como un forastero en una obra de teatro donde todos conocen su papel excepto yo. En la oficina, las sonrisas amables no trascienden hacia invitaciones a descubrir la ciudad juntos. Tal vez provengo de una realidad paralela donde la sensación de ser un *emigrante* es nueva para mí. *Emigrante*: alguien que deja su país de origen para establecerse en otro; pero yo siento más que una distancia geográfica; es como venir de otro mundo.

He intentado acercarme a Camille, ofrecerle compartir algo después del trabajo, pero siempre tiene otros planes. Sin embargo, en las noches tardías la he visto a ella, entre risas y cervezas con otros colegas. Quizás no es algo personal; tal vez, es la mente que divaga, atormentándose con mis propios pensamientos.

—¿Me escuchas? —pregunto, sosteniendo el teléfono en el sofá.

—¿Alex? —repite Claudia del otro lado de la llamada— ¿Me escuchas?

Llevábamos al menos diez minutos intentando mantener la conexión estable, pero parecía que vivía en un sótano o a cien metros bajo tierra, donde la señal luchaba por llegar.

—¡Sí!

—¿Qué me decías sobre ese chico? ¿Leonel? —indaga Claudia.

—Se llama Louis, y en realidad no te contaba nada importante. Solo que su manuscrito fue muy bueno.

—¿Es el mismo de la lavandería y del karaoke o es otro? —parecía tan confundida como yo en mis propios pensamientos.

—El mismo de la lavandería que accidentalmente cubrí de cerveza y tuve que darle una camiseta.

El recuerdo de las manos en su frío y mojado pecho me hace ahogarme con las palabras.

—¿Estaba bien su paquete o...? —cuestiona entre risas.

—¡Claudia! —exclamo tratando de cambiar el tema—. Como te decía, su manuscrito fue excelente...

—¿Qué tan excelente? —interrumpe.

—Lo suficiente como para considerarlo el más prometedor del equipo.

Hubo un largo silencio.

—¿Claudia, estas ahí?

—Sí, pero prepárate porque te voy a ser directa y quiero una respuesta sincera —amenaza con determinación.

Asentí frente a la cámara.

—¿Qué sientes por este tipo? Y antes de que te hagas el loco, quiero que seas honesto, te conozco desde hace siglos y sé perfectamente cuándo me ocultas algo...

—¿Pero a que viene la pregunta? —Sebastián se sentó entre las piernas y comencé a jugar un poco con él.

—No me respondas con otra pregunta.

—Sí y no.

Vi la expresión en su rostro y un pequeño escalofrío me recorrió la espalda.

—Bueno, bueno —continuo, aun tartamudeando—, sí, me gusta Louis, pero no puede ser.

—¿Por qué no puede ser, Alex? ¿Qué excusa vas a dar ahora? —parecía impaciente.

—Soy su jefe, Claudia...

—¿Y desde cuándo eso ha sido un impedimento? —contratada rápidamente.

—Pues que no está bien. Estoy empezando en una empresa nueva y lo último que necesito en mi primera semana —hice hincapié en "*primera semana*"— es buscar un romance.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Claudia.

—Ahora dime la verdadera razón, deja de evadir el tema —exige.

—Joder, Claudia, eres pesadísima —confieso—. Estoy agotado de iniciar cosas o intentar relaciones que no llevan a nada. No es que no quiera algo con él, claro que sí, pero parece ser un desgraciado de los que siempre te hace reír, sentirte amado y luego rompe corazones...

—De los que te llevan directo a terapia.

—¡Exacto! —hice una mueca de frustración—. Y el muy desgraciado tiene unos ojos grises como espejos que te transportan a otra dimensión cuando los miras profundamente, es como si pudieras ver las estrellas a través de ellos. Y su cabello... es malditamente hermoso, ese cabello pelirrojo y sus pecas que adornan su rostro, dan ganas de besar cada una de ellas individualmente.

—¿Ves como si estabas evadiendo el tema? —la miré con cara de odio— ¿Y la que no está viendo las cosas soy yo? —interrumpe victoriosa—, Alex, te gusta este hombre, ¡haz algo! Deja la estupidez de lo de ser su jefe y empieza a conocerlo un poco más.

—No estoy listo para eso, Claudia.

—¿Por qué no? —insiste.

Sentí los ojos llenarse de lágrimas y luché contra la tristeza que intentaba invadirme empujando las lágrimas para que no se derramasen.

—Porque todavía duele lo que me hizo Esteban y no me siento capaz de pasar por eso otra vez. Antes de Esteban fue David, y antes que él, Diogo. No puedo permitirme que vuelvan a romperme el corazón de esa manera. No creo que pueda soportar otro corazón roto.

—Sin arriesgarse no hay historia —susurra con dulzura—. Sé que te duele mucho, pero no quiero que cierres tu enorme corazón. Mereces cosas hermosas. Entiendo que necesites sanar, pero no te cierres para siempre.

Permanecí en silencio mientras secaba las lágrimas que me habían traicionado y corrían por las mejillas.

—Lo pensaré.

Me despedí de mi amiga con un nudo en la garganta. Las noches se volvían más frías. Entretanto la vida fuera de mi apartamento prometía diversión y fiesta para otros en este sábado, yo me encontraba escondido bajo las mantas, inmerso en un nuevo libro que había tomado prestado de la biblioteca esa misma tarde.

El fin de semana se desvaneció tan rápido que apenas percibí la llegada del lunes, aunque la idea no me disgustaba; sin planes ni distracciones, volver a la oficina al menos me mantenía ocupado.

—Buenos días —saludo al salir del ascensor, dirigido a María, la secretaria. Recibí apenas una curvatura en sus labios, un intento de una sonrisa de cortesía.

La oficina estaba vacía aún, pero prefería ser el primero e ir organizando mis tareas del día. A veces, al cerrar los ojos, podía escuchar la máquina de la lavandería dar vueltas, el agua caer por su puerta, los gritos de Louis cantando desafinadamente y mi risa acompañándolo.

Sentía el olor del pavimento mojado y de las cervezas que tomamos aquel día en mi casa. De la sensación sobre mis dedos al recorrer su pecho mojado.

Había demasiadas cosas que me recordaban a él.

La primera semana no había sido sencilla, especialmente con la señora Manon. Había intentado cambiar mi actitud, volviéndome más serio y autoritario frente a ella, pero no lograba mantener el contacto visual por más de unos segundos. Camille intentaba resistir, pero ninguno podía contra ella.

De repente, un estruendo procedente del oeste del piso captó mi atención. Golpes fuertes resonaban en el suelo de madera, creando un eco contra las altas paredes blancas. Sentí una opresión en los hombros al reconocer su rostro al entrar por el lado Este.

—Buenos días, Señor Santos —espeta la directora, sus ojos ardiendo—. Espero que haya descansado lo suficiente. Tendrá mucho que hacer esta semana.

Me levanté rápidamente, como si quisiera escapar.

—Bue... buenos días —digo con voz temblorosa, tratando de mostrar seguridad al cruzar los brazos temblorosos sobre el pecho—. Con estos cinco manuscritos, esperamos crear una historia sólida para el viernes y avanzar en el proyecto.

—Es lo mínimo que espero, Señor Santos —carraspea, su voz áspera como la alfombra bajo mi mesa—. Tiene mucha responsabilidad y espero que cumpla con lo que prometió en las entrevistas.

La señora Manon no era conocida por su simpatía. Me quedaba claro. El sabor seco y amargo se enredó en la garganta, casi asfixiándome. Si esa mujer fuera más venenosa, habría muerto en el acto.

—El viernes tendrá las mejores historias en nuestra reunión —respondo, forzando una sonrisa.

La mirada de la mujer me recorrió de arriba abajo, frunciendo el ceño, antes de girar sobre sus talones y dirigirse hacia su cubículo en el lado oeste del piso, para mi fortuna sentí un alivio cuando se fue.

Derrotado, me dejé caer en la silla. Ni siquiera eran las nueve de la mañana y ya me sentía exhausto. No podía terminar con el mismo destino que había presenciado mi primer día: un despedimiento. Las manos casi me rozaban el suelo de alfombra mientras la cabeza se hundía entre las rodillas. Un toque cálido en el hombro izquierdo me hizo saltar, pensando que era la señora Manon con algún nuevo requerimiento de último momento.

—¿Estás bien? —su tono comenzaba a encender algo dentro de mí.

—Sí —respondo apenas, mi voz apenas audible al ver sus ojos—. Solo no dormí bien anoche.

—¿Estás seguro? —insiste.

—Sí, Louis, todo bien... aunque quería pedirte un favor.

Sentí un frío repentino y desesperadamente busqué la fuente, pero todas las ventanas estaban cerradas. Los nervios me invadían. Quizás sus brazos fuesen lo suficientemente cálidos para...

Lo conduje hacia la sala de reuniones más cercana, después de haber dejado sus cosas en su mesa y sentándome con mi cuaderno. Traté de calmar los nervios, jugueteando con el lápiz sobre el papel en blanco. Cuando se sentó a mi frente y sonrió con esos labios perfectos, apreté el lápiz con tanta fuerza que se rompió. La sensación de encierro en esas cuatro paredes se volvía más asfixiante.

Él soltó una risa que resonaba como una melodía.

—Disculpa por pedirte que vinieras de repente —murmuro, intentando recuperar la compostura—. Quería tu ayuda, como llevas más tiempo aquí, necesito hacer una lista de cada miembro del equipo, sus puntos fuertes y débiles.

—Pero ¿Manon no te proporcionó esa información?

—No —respondo de inmediato—. Me dijo que eso no era su trabajo...

Suelta una risa sarcástica.

—Está bien, no te preocupes, hombre. Yo te ayudaré con eso.

Extendió su mano hacia mi cuaderno, rozando mis dedos y causando un chispazo eléctrico que hizo que lanzara el pedazo de lápiz roto al suelo. Volvió a reír y yo me uní a él para aligerar la tensión.

—Tienes unas manos siempre suaves... y frías —susurra, todavía sonriendo.

—S... sí —traté de responder, ahogado por las palabras—. No me llevo bien con el frío.

—¿Prefieres el verano? —curioseas.

—Cualquier cosa que no me congele hasta la muerte.

—A mí no me gusta —comenta con una sonrisa pícara mientras empezaba a escribir los nombres del equipo y sus cualidades en el cuaderno—. Está muy sobrevalorado, ¿sabes? Me cansé de escuchar historias sobre amores de verano y todas esas mierdas. ¿Acaso la gente no se enamora en otoño?

Solamente pude soltar una risa sarcástica que sonó casi como un gruñido.

—¿No crees en el amor? —pregunto con esperanza.

—Lo odio —admite, negando con la cabeza—. Bueno no al amor como concepto, sino a las relaciones. Tengo prohibido creer en historias de amor.

Sentí tensión al escuchar eso, otro hombre que llamaba mi atención que evadía al amor... Otro más.

—¿Por qué?

El silencio se apoderó de nuestra conversación, un minuto que se extendió como una eternidad.

—Digamos que no creo en el amor... me parece algo demasiado comercial —me quedé en silencio entonces el continuo—: ¿tú sí?

Sentí un fuerte latido, un rayo que me atravesaba el pecho.

—Creo que la vida me ha dado muchas razones para no creer en él —susurro—, pero me cuesta no hacerlo.

—Interesante —murmura.

—¿Interesante qué?

—Nada —balbucea y creo ver una ligera sonrisa que oculta al empujar el cuaderno hacia mí—. Aquí tienes la lista de todos con sus puntos fuertes. Analízala con calma y toma la mejor decisión —se levanta—. Aunque ya sabes quién es el mejor del equipo —guiña un ojo.

Los nervios que Louis había provocado en mí parecían flotar en el aire estancado de la oficina. La respiración se me agitaba a medida que luchaba por inhalar el denso ambiente, intentando desesperadamente evitar que el rostro ardiera en un tono rojizo. No entendía por qué

él generaba estas sensaciones en mí; me parecía absurdo e incomprensible. Apenas lo conocía y me resistía a dejar que algo tan desconocido, surgido de la nada, me hiciera sentir tanto.

¿Estaría él percibiendo mi nerviosismo?

Al final de la tarde, nos reunimos en la sala principal para planificar las tareas del próximo día junto a mi equipo. La colaboración de Louis había sido valiosa y comparé sus ideas con las notas detalladas que Camille me había compartido por la mañana sobre los informes previos de cada miembro del equipo. Resultaba fascinante cómo, a pesar de estar en otro departamento, ella estaba siendo mucho más útil que la señora Manon, quien parecía más interesada en exigir resultados que en brindar apoyo.

Con firmeza, me dirigí hacia la gran pizarra blanca al lado de mi escritorio. Comencé a trazar los nombres de cada integrante del equipo meticulosamente, con la intención de formar cinco grupos de cuatro personas. Esta estrategia buscaba optimizar sus habilidades individuales en las distintas tareas.

Era evidente que necesitaba demostrarle a la directora por qué me habían seleccionado para este puesto. Aunque ese mismo día había escuchado sus comentarios después del almuerzo desde su despacho, insinuando que había "robado" el puesto a alguien del equipo, preferí no darle demasiada importancia. Entendía que ella no había sido quien decidió mi contratación como mánager, y quizás había tenido que ceder en su elección. Por lo poco que conocía de ella, intuía que no le gustaba ceder terreno con facilidad.

La tensión flotaba en el aire mientras el equipo revisaba sus funciones para el proyecto a entregar el viernes. Algunos mostraban señales evidentes de nerviosismo: evitaban miradas directas y jugueteaban con bolígrafos o se cruzaban de manera inquieta. Otros manifestaban sutiles signos de rechazo o inquietud al reconocer la magnitud de sus responsabilidades, como si el peso de las expectativas fuera insoportable para ellos.

—¡No estoy de acuerdo! — Lukas disintió con evidente desagrado— ¿Por qué es Céline quien lidera mi equipo? —se levantó de golpe— Llevo más tiempo aquí que ella, así que me parece absurda esa decisión.

La atmósfera se volvió aún más tensa de lo esperado. Todos me miraban como si fueran espadas apuntando en mi dirección.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta, Lukas? —intervine con seriedad. Aún me sorprendía lo tranquilo que me mantenía al defender mis decisiones como mánager. Con al menos siete años de experiencia en el área, había aprendido a lidiar con personas como él.

—¿Por qué Céline como líder? —insiste.

—¿Piensas que Céline no tiene las cualidades de un líder? —cuestiono mirándolo fijamente—. ¿Y crees que no será capaz de cumplir con las tareas asignadas?

—Céline es competente en lo suyo, pero yo...

—En marzo del año pasado —interrumpo en tono sereno—, tuviste la oportunidad de liderar un equipo para el desarrollo de historias cortas. Esto fue para una edición especial que se distribuyó en varias escuelas y orfanatos en Reino Unido —Aclaré la garganta antes de continuar—. Pero, por alguna razón, tu equipo fue el único equipo que no logró alcanzar los resultados esperados, de hecho, no hubo resultados.

Agradecí las notas de Camille sobre el desempeño e historial de todo mi equipo. La expresión en el rostro de Lukas mostraba que se estaba quedando sin argumentos.

—Por otro lado —proseguí—, el equipo de Céline logró cumplir con las expectativas y puso en orden el proyecto en general.

—Alex... —murmura Lukas con dificultad—. Creo que merezco una segunda oportunidad.

—Claro que sí —afirmo, poniéndome de pie frente a él—. Posees un talento increíble, y confío en que algún día liderarás un equipo considerable. Sin embargo, en este momento, he asignado la tarea a Céline. Un buen líder también sabe seguir a otros, absorber conocimiento para luego aplicarlo cuando llegue el momento adecuado.

—Vale—susurra Lukas derrotado, bajando la cabeza.

Me di la vuelta con paso firme y noté a Louis mirándome boquiabierto, mientras el resto del equipo evitaba mi mirada. Regresé a la pizarra intentando calmar la tensión y aligerar el ambiente. Anticipándome, había pedido a la secretaria del piso que ordenara algunas pizzas para celebrar el potencial mostrado en los manuscritos del pasado viernes. Una oleada de sonrisas apareció en el equipo al mismo tiempo que se lanzaban a por las cajas humeantes.

Conforme me acercaba para tomar una porción, esquivé algunas cajas abiertas que estaban decoradas con piña sobre el queso. Me detuve frente a una repleta de pepperoni.

—Me has dejado perplejo —expresa Louis mientras aún masticaba pizza—. Jamás pensé que serías capaz de responderle así a alguien, te ves tan inocente todo el tiempo.

—Pero tampoco le respondí mal —aclaro—. Simplemente necesita comprender que estoy evaluando sus perfiles y necesito resultados claros. Tengo mucho que demostrar.

—Pero si puedes enfrentarte al mal genio de Lukas, ¿por qué no puedes hacer lo mismo con Manon? —cuestiona.

Solté un largo suspiro.

—Creo que la directora despierta algunas inseguridades en mí que aún no logro descifrar.

—Bueno, suerte con eso, hombre... Aunque te confieso que también me molestó no liderar en mi equipo.

Solté otro suspiro, realmente no quería que alguien más se sintiera igual.

—Louis, no te he puesto a liderar porque...

—Ya hombre, que es broma, no pasa nada —insiste.

Me da un ligero empujón con el hombro y se queda apoyado en mí, compartiendo la pizza. Su contacto era cálido, y me dieron ganas de cerrar mis ojos y recostarme aún más en él. Quizás dormirme en sobre su pecho.

Louis

Corazones Fracturados

La semana pasó tan rápido que el viernes llegó sin darme cuenta. Alex estuvo encima de nosotros toda la semana, asegurándose de que completáramos los ajustes finales en los manuscritos de cada equipo. En el mío, Vanessa lideraba y la carga de trabajo que tenía era sobrehumana. A pesar de mis reservas, debo admitir que hizo un excelente trabajo distribuyendo las tareas. A mí me tocó desarrollar el núcleo de la historia, mientras que otros se enfocaban en la psicología de los personajes, la atmósfera y otros detalles.

Estaba a punto de salir de casa cuando me acerqué a la ventana para ver si llovía. Al arrimar las cortinas, me sorprendió la intensa luz del sol que se colaba por el vidrio, calentando el rostro. Justo entonces, Sophie entró a la cocina.

—Buenos días —susurra Sophie apresurada y simultáneamente sacaba su comida del refrigerador, para luego guardarla en su bolsa térmica—. ¿Cenas en casa?

—No lo creo —respondo y ella viste su chaqueta verde oscuro—. Saldré con algunos amigos después del trabajo.

—¿Aprovechando el viernes por la noche, ¿eh? —comenta con una sonrisa burlona.

—¿Por qué te ríes? —cierro la ventana y me acerco—. Bueno, ya entiendo... es que normalmente tus viernes son en cama viendo alguna película con Julien.

—Algún día lo entenderás, Louis... aunque me sorprende que a los treinta y tres no lo hayas entendido aún.

—Vale, vale —asiento, aceptando su punto.

—¿Y qué tal con este nuevo jefe tuyo?

—¿Alex? —sentí un escalofrío que me dejó desconcertado.

—¿Es el mismo que te prestó la camiseta, no?

—¿Cómo lo sabes? —entonces recordé habérselo contado a Julien hace algunos días.

Asentí.

—La verdad es que pensaba que no tenía lo necesario para ser manager porque es demasiado introvertido, pero logró callarle la boca a Lukas.

—¿A Lukas? —se sorprendió—. Hubiera sido interesante ver eso, ¡incluso hubiera pagado por presenciarlo!

Puse los ojos en blanco.

—¿Julien no te lleva hoy?

—No —contesta con una sonrisa—. Hoy trabaja desde casa, así que te acompaño hasta la estación de metro.

Salimos ambos de casa vistiendo chaquetas verdes oscuras, como dos gemelos cuyos padres los habían vestido iguales. El sol era reconfortante, transportándome a días de verano y haciéndome soñar despierto con la posibilidad de escaparme a la playa, aunque no lo hago desde hace años.

—¿Y cómo te has sentido Sophie?

—¿A qué te refieres? —notó mi mirada y comprendió—. Mal —susurra mirando al frente de la calle. Se vuelve tan desesperante que me quema.

—¿Qué te ha dicho Julien?

—Nada que no haya dicho antes porque no es fácil, Louis. Querer tanto tener un hijo y que por más que intentemos no sucede es... desgarrador. Los médicos no ayudan en nada y por más que probamos tratamiento nada funciona.

—Sophie...

—No quiero lastima, no de ti —interrumpió con una sonrisa forzada—. En la última consulta el médico nos comentó sobre otra opción.... Vamos a intentarla.

—Ya verás como pronto todo funcionará.

—¿Y si no?

—Al menos lo intentaron.

Me acerqué un poco y la abracé de lado. No sabía que más decir.

—¿Nada nuevo con ese tal Alex? —se aventura Sophie, tropezándose y casi cayendo sobre mí.

—¿Por qué la insistencia de todos con él?

—¿De todos? Es la primera vez que te pregunto por él... yo creo que más bien andas pensando demasiado en él.

—¿Por qué preguntas? —insisto.

—Nada en particular —hizo un gesto extraño con la boca—, es solo que has cambiado un poco desde que él empezó a trabajar en la empresa... pero quizás soy yo y me estoy imaginando cosas... Ya sabes, como la loca que soy.

—Sí, te imaginas cosas —reí—. Pero... ¿A qué te refieres con que he cambiado?

Puso los ojos en blanco, mirándome con cierto desagrado como si hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo.

—A ver, Louis, ¿cuándo fue la última vez que saliste de noche a tomar?

—Eh... ¿hace como dos semanas? —respondo, tratando de recordar.

—Exacto. Llevas mucho tiempo sin emborracharte, sin salir de noche y regresar a saber a qué hora. Te has involucrado mucho en el trabajo de la empresa; apenas te veo en casa. Y ni hablemos de cómo empezaste a cuidar tu aspecto, peinándote y vistiéndote mejor para ir a la oficina.

Detuve los pasos en medio de la calle, justo antes de llegar a la estación de metro. Giré para encarar a Sophie, quien también se detuvo.

—Si me esfuerzo tanto en el trabajo, es porque sabes que merecía ese puesto. Además, querer destacar no significa que sienta algo por el tal Alex.

—¿Y por la misma razón no le has devuelto la camiseta y la usas todas las noches para dormir? —bromea mientras descendíamos por las escaleras—. Me da un poco de asco que aún no la hayas lavado.

—Me tengo que ir, se me está haciendo tarde, mujer —me despedí corriendo al escuchar el tren acercarse, quería llegar a tiempo.

—¡Adiós! —grita Sophie a medida que se quedaba atrás. Volví la cabeza para regalarle una sonrisa—. ¡Dale un beso ya a ese hombre!

«Idiota» pienso pero no lo digo.

El día en la oficina había transcurrido tranquilo, terminando las tareas de la semana y ajustando algunos detalles. Vanessa recibió mi trabajo antes de las once de la mañana, y para la hora del almuerzo, Alex tenía los cinco manuscritos sobre su mesa. Llevaba unos pantalones grises oscuros que le hacían resaltar la curvatura de su cuerpo, con una camiseta de cuello alto verde esmeralda que recordaba la chaqueta que había traído ese mismo día. Había algo hipnotizante en su cabello, sus ondas castañas danzando alrededor de su rostro.

—¿Louis? —me sacaron del pensamiento con esa voz y unas manos agitándose frente a mí—. ¿Estás bien?

Sacudí la cabeza para salir del trance.

—Todo bien, Lukas —respondo chocando mis nudillos con los suyos—. ¿Vamos a almorzar?

—Claro, hombre, el estómago ya está protestando —señala con la cabeza hacia Alex—. ¿Todo bien con el Portugués? Lo estabas mirando mucho, ¿pasó algo?

—No, no —mentí—. Todo bien.

¿Realmente estaba mintiendo?

Dicen que hay que conocer muy bien a tus rivales si luego quieres ganar la batalla. Aunque no niego que haya algo en Alex que despierte algo en mí, tampoco voy a fingir que no quiero su puesto de trabajo y no sé qué sería capaz de hacer para arrebátárselo. Pero cuando lo miro de cerca, sus labios rojos resaltando y sus expresiones únicas, siento algo en el pecho, como un cosquilleo. Creo que solo lo siento cuando lo veo demasiado tiempo fijamente.

Es como si algo en mi interior me advirtiera que tenga precaución.

Solo necesito que deje de mirarme con esos ojos brillantes que compiten con sus labios húmedos.

«¡Maldita sea! ¿Qué mierda estoy pensando?»

Al final del día, nos sumergimos en otra de esas reuniones intensas con todo el equipo, la directora y ambos managers. Era una especie de rutina: Alex en silencio, Camille luchando por exponer sus ideas y Manon interrumpiéndola constantemente expresando su frustración.

Se anunciaron las tres historias elegidas entre las cinco presentadas. Quedaba una semana para trabajar en esas tres y reducirlas a una. Aunque mi historia seguía en la competencia, sabía que debía destacar. Los otros dos manuscritos también tenían un enorme potencial. Las historias no elegidas se usarían en otros contextos, como relatos cortos para libros destinados a orfanatos y escuelas u otras finalidades.

La selección del último manuscrito dividiría al equipo. Si el mío no era el elegido, podría ser seleccionado para el proyecto de historias cortas por Alex. Pero eso no demostraría mi valía ante Manon.

Aunque la directora proyectaba su sombra sobre la oficina. Cuando ella se fue, Noté como Alex le regresaba una sonrisa y felicitó al equipo por el esfuerzo. Sentí alivio al verlo así. No me agradaba verlo eclipsado por Manon o incluso por Camille.

En la biblioteca, me dejé llevar explorando libros desconocidos por horas y horas, sumergiéndome en lecturas rara vez exploradas. Al ver la hora, salí apresurado, pero al pasar por la oficina, noté que todas las luces seguían encendidas. Al entrar, me sorprendió ver a Alex descansando sobre su escritorio. Estaba tan cerca que pude ver sus pecas.

Nunca antes había estado tan cerca de él, de su rostro. Podía sentir el calor emanar de su cuerpo y un poco de su perfume me llegaba a la nariz. Al tocarle el hombro para despertarlo, me

sentí incómodo, como si hubiera traspasado un límite sin querer.

—¿Qué pasó? —pregunta Alex, desorientado.

—Te quedaste dormido —aclaro, rompiendo el silencio que dominaba la oficina a esas horas. Alex, entre risas vergonzosas, se frotaba los ojos, evidenciando un profundo sueño.

—Estaba terminando algunos informes y organizando la lista de tareas para la próxima semana... supongo que me quedé dormido —explica mientras ordenaba los papeles dispersos en su escritorio—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí a esta hora? Pensé que te unirías al grupo de Lukas después del trabajo, o eso creí oír.

—Me distraje en la biblioteca leyendo algunos libros. Ahora debo ir a encontrarme con ellos. Solo espero a que Lukas me responda los mensajes —Alex sonrió y comenzó a empacar su mochila al mismo tiempo que me dirigía a mi mesa para guardar un nuevo libro en la mochila antes de volver hacia él.

Descendimos juntos en el ascensor en un silencio agradable. No era como antes donde nos sentíamos como dos desconocidos, esta vez se sentía... diferente. Porque sentía que la ausencia de palabras era cómoda; no necesitábamos hablar porque el ambiente estaba impregnado de calma.

Al salir del edificio, Alex se despidió con una sonrisa, y en ese momento, cuando el brillo de sus ojos se encontró con los míos, supe que no podía dejarlo ir.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —solté, casi atropellando las palabras conforme intentaba acortar la distancia entre nosotros.

—¿A dónde? —Se mostraba perplejo, pasándose los dedos por el cabello e intentando guardar un mechón rebelde detrás de su oreja.

—A tomar una cerveza con nosotros.

—Pienso que no es una buena idea —susurra, mientras el mechón rebelde se salía de su oreja y cobraba libertad. —Dudo que quieran tomar una cerveza con su jefe...

Dio media vuelta y comenzó a alejarse. Los ojos lo siguieron al mismo tiempo que se distanciaba con cada paso, y cada latido en el pecho parecía intensificarse, como si cada uno de ellos resonara el eco de algo que se llevaba consigo. El brillo de sus ojos al despedirse se desvanecía poco a poco con la distancia, dejando una sensación de vacío en el aire.

«¡Maldita sea!»

Las piernas reaccionaron sin esperar mi consentimiento, y me vi justo detrás de él, extendiendo la mano y agarrando la suya para detenerlo. Fue un choque eléctrico, una corriente que sentí como si nuestras manos se hubieran quemado del impacto, como la arena ardiente en pleno verano. Su figura se detuvo, pero no se giró hacia mí. El aire parecía más denso, congelado en el tiempo.

—Entonces ven solo conmigo —susurro a su espalda.

—¿Solos? —murmura aún sin darse vuelta—, ¿no te parece que estaríamos jugando con fuego?

—Nunca me ha dado miedo quemarme.

El ambiente estaba cálido y una imponente barra se destacaba al interior del local, una vez sentados, las entrañas me comenzaron a rugir, y al alzar la vista, Alex estalló en carcajadas al percibir los estruendos provenientes de mi estómago. Decidimos ocupar una mesa para cenar juntos.

Solos.

—¿Qué te apetece? —pregunto al entregarle la carta sobre la mesa—, aquí las pizzas son una locura.

—Me convenciste —su risa me contagió, provocando una sonrisa tonta en el rostro. Era la primera vez que notaba cómo, al reír, sus orejas parecían moverse un poco y su cabello danzaba con ellas.

Después de pedir la pizza, conforme esperábamos, abordamos el tema de la adaptación de Alex en la empresa. No podía evitar notar que el equipo completo había salido a las cinco de la tarde mientras él permanecía solo hasta después de las ocho.

—¿Crees que hay potencial en los manuscritos? —interrogo al mismo tiempo que el camarero nos traía las cervezas—, vi que habías dejado muchas notas sobre ellos.

Hicimos una pausa para brindar y, tras un buen trago de cerveza helada, Alex retomó la conversación.

—Los manuscritos son excelentes, pero aún hay detalles que se pueden mejorar —comenzó jugueteando con su dedo en el borde del vaso—, especialmente... bueno —carraspeó—, tienen mucho potencial.

—No, no —le incité—, ¿Especialmente qué? ¡No me dejes así!

Vi una lucha interna reflejada en su mirada antes de que soltara un largo suspiro.

—Especialmente el tuyo —confesa—, tiene mucho potencial. Creo que si ajustas algunas cosas que te daré el lunes, el tuyo podría ser el elegido.

Una sonrisa se me dibujó en el rostro.

—¡Gracias, hombre! —reí abiertamente—, aunque la verdad, tus notas han sido de gran ayuda.

Noté cómo se sonrojaba.

—Ojalá la señora Manon opinara lo mismo...

—¿No lo hace? —pregunto, dando otro sorbo helado a mi bebida.

Suspiró profundamente y cerró sus ojos por unos segundos.

—No —finalmente respondió—, la mujer me detesta de una manera impresionante —descansó sus codos sobre la mesa y apoyó la frente en los dedos, como si intentara aliviar una migraña—, cada vez que propongo alguna idea para cualquier proyecto, me interrumpe y no me deja continuar hablando. Y ni hablemos del proyecto de París. La muy... la muy *puta* me lanza correos todo el día, presionándome y recordándome lo crucial que es para la empresa ganar ese premio.

Su nivel de estrés me sorprendió, considerando que apenas tenía dos semanas en la empresa.

—¿Y qué piensas hacer con la situación? ¿Quizás Camille pueda...

—No —intervino—, ya ha hecho suficiente. Esa ángel me ha ayudado muchísimo en estas dos semanas y no quiero sobrecargarla con más trabajo, he intentado manejarla de manera independiente —suspiró después de un largo trago—. Si supieras el caos y los problemas que ocurren por detrás, dudo que te quede inspiración para escribir.

La sequedad en la garganta me hizo tragar saliva con alguna dificultad. No había percibido ese caos del que Alex hablaba. El sistema de organización y distribución de tareas en el equipo parecía funcionar tan bien que nadie parecía darse cuenta de tales problemas.

—Si hay algo en lo que pueda ayudarte, solo dímelo, hombre.

—Gracias —susurra jugando con sus manos. Parecía nervioso—. Ahora solo me toca intentar sobrevivir todos estos meses hasta concluir el proyecto de París y los otros cientos de proyectos que suceden simultáneamente.

Estiré la mano hacia la suya, mientras su mirada se perdía en la ventana del local. En el momento en que nuestras pieles se encontraron, giró rápidamente su rostro hacia el mío.

—Cualquier cosa que necesites —insisto—, cuenta conmigo.

Mantuvo su mano unida a la mía y sus ojos brillaban intensamente.

—Al menos ya me ayudaste a tener agua caliente en casa, eso me salvó la vida —comenzó a reír, y su risa sonó como música.

Al terminar la cena, nos debatimos sobre quién pagaba la cuenta. Alex no me dejaba pagar, pero insisto, sobornándolo con que me debía otra cena para saldarlo. Entre risas salimos del local, la noche estaba despejada y algunas estrellas aún brillaban en el gran lienzo oscuro sobre nuestras cabezas.

—¡Se me ocurrió una idea! —exclamo con entusiasmo.

—¿Cuál? —cuestiona.

—Vayamos a bailar —me arriesgué—, y antes de que me mires así —había arrugado su cara— y me digas que no, te prometo que la pasarás bien, aunque sea por unos minutos.

—No lo sé, Louis. Yo no sé bailar —aclara nervioso—. Prefiero estar en casa bajo la manta.

—¡Anda hombre! Al menos por un ratito, ya verás que al final no está nada mal y hasta te divertirás.

Alex miró en todas direcciones, como si estuviera buscando alguna excusa para salir corriendo.

—Está bien —cedió— ¡Solo un ratito!

Lo agarré de la mano y sonreí victorioso.

La noche se siente nostálgica por alguna razón. La sensación de la piel de Alex junto a la mía me despierta sensaciones en el pecho que no recuerdo haber sentido.

—¿Tienes hermanos? —pregunta el chico de los ojos de noche.

Asiento y trato de ahogar el nudo que sube por mi garganta.

—¿Vive aquí o...?

—No —respondo y no puedo evitar sentirme mal al recordar su rostro—. Tengo una hermana menor. No hablamos desde... hace demasiados años.

—¿Se ha ido a vivir afuera? —demoro en responder quizás más de lo normal porque Alex vuelve a hablar—: Disculpa si es un tema del que no quieras hablar.

—No es eso —confieso y me comienzan a arder los ojos—. ¡Qué estúpido soy! —me detengo y Alex no me ha soltado de la mano. No quiero que lo haga.

—Hablemos de otra cosa.

—Podemos hablar de esto. No tengo relación alguna con mi familia. Ni tíos, ni padres, ni abuelos. Nada. Estoy solo —el nudo en la garganta parece estar creciendo y me impide respirar bien—. Hace demasiados años que no sé absolutamente nada de ellos, ni ellos de mí. Creo que he perdido la cuenta de los años, ¿diecisiete? Quizás dieciocho ya. Salí de esa casa y juré que nunca volvería.

—¿Por qué huiste de esa casa?

Su pregunta es como una bala. Todo comienza a reproducirse en mi cabeza como una película y algunas lágrimas me bajan por las mejillas.

—Se nos hace tarde —cambio el tema porque ya no soy fuerte para seguir hablando de esto. Él entiende y seguimos nuestro camino.

Lograba escuchar la música que venía del local desde el inicio de la calle, se sentía el eco rebotar por las paredes y comenzaba a sentir las ganas de mover las piernas y que el sudor hiciera brillarme el cuerpo bajo las luces y la atmosfera. Alex tenía una cara de miedo como si lo estuviera llevando al matadero, yo no paraba de reír cada vez que volteaba a ver su mirada.

Al entrar dejamos nuestras chaquetas en la entrada y bajamos acompañados de la música, se escuchaba un *remix* de *Everytime We Touch* de *Cascada*, a toda fuerza y al abrir la puerta que daba hacia la pista de baile el sonido rebotó en todas las direcciones, agarré la mano de Alex con fuerza y lo arrastré al centro. Su mirada estaba muy tímida en ese ambiente, miraba hacia todas las direcciones y su rostro mostraba pánico como si comenzara a tener un ataque de ansiedad. Sostuve su rostro entre las manos y llevé su mirada hasta encajar y trancarse con la mía. Podía sentir su aliento rebotar con el mío. Me acerqué un poco, lo suficiente como para que me escuchara con menor dificultad, entonces posó sus manos sobre las mías y bajó su mirada. Levanté de nuevo su rostro provocándole que me mirara sin poder esconderse y me acerqué un poco más. Nuestras narices casi se tocaban.

—Baila conmigo —susurro casi rozando sus labios—, solo déjate llevar. Estoy aquí para protegerte. Nadie te hará nada.

Cerró sus ojos mientras todo a nuestro alrededor desaparecía, dejando solo la música como testigo de nuestros sentidos. Comenzamos a movernos un poco, aún de manera tímida. Suavemente bajé las manos de su rostro y los deje engancharse sobre sus caderas, comenzaba a encenderme más de lo que imaginaba. Al final terminaríamos quemándonos, aunque yo ya podía ver las llamas cada vez que lo miraba, mucho más a esta distancia. Su cuerpo al inicio se movía con vergüenza, pensando muy bien los pasos e intentando seguir el ritmo de la música. Pero había algo en la forma en que me agarraba que me dio a entender que no quería que me detuviera.

Lo ayudé con las manos sobre su cintura para que lograra acompañar a mi ritmo, entonces me acerqué solo un poco más, lo suficiente para que nuestras caderas se rozaran y de manera rebelde buscaran tocarse.

Estábamos tan cerca que era difícil distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro, y esa proximidad nos envolvía en una atmósfera cargada de electricidad y fuego. Cada roce, cada momento compartido, desafiaba cualquier distancia entre nosotros que deseaba desaparecer.

Levantó su rostro y mis ojos se concentraron en sus labios entreabiertos. Eran rojos como rosas y tan húmedos me llamaban, podía ver como murmuraba mi nombre. *Louis*. Él me buscaba, me deseaba y yo no podía negar lo mucho que lo deseaba a él. Los labios se me comenzaron a abrir un poco y mi lengua se desesperaba por sentir la suya, por comerla, celosa por querer bailar también en su boca.

Me acerqué al mismo tiempo que su cintura rebotaba contra la mía en un movimiento constante y comenzaba a ser consciente de lo duro que estábamos ambos. Con la mano comencé a subir de su cadera hasta su rostro, noté que me miraba con los ojos casi cerrados mientras seguía susurrando "*Louis*". Quería desgarrarle sus labios perfectos con los míos y perderme en cualquier consecuencia que esto pudiera traer. Cerré los ojos y di un impulso hacia delante, no podía aguantar más las ganas de saborearlo.

—¡Para! —exclama Alex en seco—, ¡No puedo!

Di un paso hacia tras de lo desconcertado que estaba tras su respuesta inesperada, no habíamos parado de bailar juntos, sintiendo nuestra química explotar y llevar a nuevos niveles. No había hecho nada de lo que él me hubiera permitido hacer.

—¿Qué pasó? —pregunto confundido.

—No puedo, Louis —soltó en un hilo de voz y comenzó a caminar en dirección a la puerta del local.

Yo no podía escuchar la música que sonaba a mi alrededor, tenía oídos completamente muertos y solo oían el zumbido del corazón que me latía fuertemente. Corrí detrás de él para impedir que se marchara, al menos sin decirme el porqué.

—¡Alex! —gritaba entre la música intentando que se detuviera.

Logré alcanzarlo cuando cerré la puerta y lo vi subir las escaleras a máxima velocidad, estaba recogiendo su chaqueta y me detuve a su frente para detenerlo.

—¿Qué hice mal?

No me había percatado, pero sus ojos tenían un brillo mucho más intenso del que había visto, estaban cubiertos de luceros que decoraban con brillos sobre la piel de su rostro roja. Acerqué la mano sobre su mejilla y él reposó su rostro en ella.

—No puedo —susurra en un hilo de voz—, no soy tan fuerte.

Pedí mi chaqueta y cuando me di cuenta Alex ya había salido y estaba caminando solo por la calle. Corrí lo suficiente para alcanzarlo en pocos metros.

—¿Qué sucedió? —insisto—, pensé que estábamos bien, divirtiéndonos.

Se detuvo frente un gran árbol que decoraba la solitaria y fría calle de Bruselas. Aún tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Juré que no me abriría al amor —finalmente pronuncia y me mira a los ojos con una mirada desafiante—, quizás piensas que estoy loco por hablar de amor cuando solamente estábamos bailando, y menos cuando no quieres tener nada conmigo, ya eso me lo dejaste claro. Pero es que así comienza todo y yo ya no tengo fuerzas para otro corazón roto.

—¿Qué te hace pensar que voy a romper el corazón?

—Louis... —soltó una risa entre llantos—, pensé que me preguntarías por que hablaba de amor —suspira— nunca... nunca he sido elegido.

—¿Elegido?

Asiente y un largo silencio se extendió entre nosotros. La brisa soplaba más fría de lo habitual, llevándose consigo algunas hojas que dormían en el suelo.

—Toda mi vida, he creado historias con personas donde nunca fui la elección. Comencé relaciones con personas que, al confesar mis sentimientos, terminaban desapareciendo y destruyéndome por dentro. Después de mí, muchos hallaron su amor eterno. ¿No es irónico? —soltó una risa nerviosa— ¿Y yo? Nadie me eligió, Louis. Y está bien, había entendido que no sirvo para las relaciones y me había mentalizado a eso, hasta que apareciste tú, con tu maldita sonrisa, tu cabello rojo que me desorienta, y esa piel con pecas que se arruga cuando sonríes y me sacas el alma.

—Alex, yo... —intenté decir algo, apenas susurrando.

—El amor siempre ha sido un terreno complicado para mí —continúa—. Durante mucho tiempo, juré que no volvería a sentir esto por nadie. Me convencí de que el amor simplemente no existe para mí, que es solo una invención de mi corazón fantasioso. Pero cada vez que te veo, me pierdo en ti, y no puedo caer en eso de nuevo. No puedo permitirme otra herida. Ya no tengo fuerzas. Porque cuando te miro, veo reflejado en tus ojos el abismo en el que podría sumergirme, y simplemente no puedo arriesgarme a eso.

—Te entiendo —digo acercándome y sujetándolo de las manos—. No puedo prometerte cosas ahora, porque ni yo mismo sé que siento. Demasiadas cosas me pasan por la cabeza y me confunden. Yo nunca he creído en esto de las relaciones y el amor... Pero no puedo negar que siento algo muy intenso por ti, Alex. Algo que me cuesta descifrar.

Evitaba hacer contacto visual conmigo.

—No puedo —finalmente acepta, dándose la vuelta y comenzando a alejarse.

—¿En serio te vas a ir dejándolo así? —insisto y me odio porque siento que pido limosna—, ¿Acaso no ves que podemos crear algo? No he podido quitarte de la cabeza desde aquella maldita lavandería y una parte de mí no quiere que te vayas de mi mente, porque al menos ahí puedo tenerte.

—Lo siento, Louis,

Lo veo continuar sus pasos mientras siento los músculos tensos y los pies parecían enraizados al pavimento. Mis esfuerzos por avanzar se ahogaban en la pesadez de un dolor profundo y latente que me mantenía anclado en el mismo lugar.

Mientras él se distanciaba, con el viento helado de la noche comencé a sentir las lágrimas se me helaron en las mejillas. Lo observé hasta que su silueta se difuminó y me quedé solo, sumido en la oscuridad de la calle.

Alex

Pedazos rotos

No podría negarlo, toda esta semana he estado esquivando a Louis en el equipo, en la cafetería y donde sea que pueda encontrarlo. Después de lo que sucedió la semana pasada, esa posible conexión que parecía florecer entre nosotros se perdió en la penumbra de aquella calle solitaria. Durante el fin de semana, me refugié bajo mis mantas, solo con Sebastián como compañía. Cada día me siento más solo... Quizás la distancia comienza a afectarme de tal manera que refleja lo que he estado evadiendo durante tanto tiempo: no tengo amigos. Mis padres por su parte no me han contestado ni un solo mensaje. Tampoco he insistido en hablar con ellos, porque ya todo forma parte de la rutina.

A veces, parece que algo dentro de mí toma las riendas y yo solo soy un espectador estupefacto de mis propias acciones. Cuando cierro los ojos, el rostro de Louis emerge, como si hubiera dejado una marca en él. No sería una sorpresa, los rotos tienden a romper lo que tocan, y yo soy un experto en eso.

Louis es alguien excepcional, con un talento particular al que ahora me aferro. He dejado de permitirme verlo de manera diferente, o sentir que se me escapa el aliento cada vez que se levanta de su asiento, esperando que venga a hablar conmigo. Aunque solo haya pasado una semana, nuestras miradas no se han cruzado. No sé qué me duele más: revivir el dolor acumulado a lo largo de los años, cada ruptura, cada posibilidad que nunca surgió o mantener viva una chispa de esperanza, pequeña e insignificante, de que algo pueda surgir entre *nosotros*. Quizás, a pesar del sufrimiento, no logro aprender la lección.

Estos últimos días, el recuerdo de Esteban ha resurgido con fuerza, como si su sombra se volviera más nítida cada vez. Habían pasado largos días desde que su rostro se presentaba en mi memoria, pero parece que las pesadillas siempre regresan por más.

La semana pasada se convirtió en una repetición agotadora de una rutina ya abrumadora. En un intento por cambiar el panorama, propuse a Camille tomar algo después del trabajo, pero su respuesta fue vaga, prometiéndome otro día, mientras yo la veía reunirse en un bar cercano con otros managers y colegas de su departamento. Intento no tomarlo de manera personal, aunque resulta difícil evitar ese sentimiento. He buscado mil maneras de distraerme de esta situación de Louis; incluso busqué a Audrey, la jefa de recursos humanos, e intenté entablar una conversación durante el almuerzo, pero parecía esperar con ansiedad en el rostro que yo le lanzara algún drama relacionado con el departamento.

Febrero se aproxima vertiginosamente, y con él, la temida reunión de hoy que he estado intentando esquivar incluso más que a Louis mismo. Este día marca mi presentación final ante la directora, y la angustia que albergo bajo la garganta es indescriptible. Desde la mañana, me he despertado con un nudo que obstaculiza la respiración adecuada. Después de que mi equipo entregara sus manuscritos, les di unas horas libres para descansar dentro de las oficinas; algunos buscaron entretenimiento en la cafetería, otros me acompañaron a la biblioteca, aunque terminaron dispersándose por otros lugares y muy pocos se quedaron en sus escritorios.

El almuerzo no llegó a mi mesa, no porque careciera de hambre, sino porque sabía que enfrentaría el riesgo de desencadenar una situación desagradable durante la reunión que se avecinaba. Me hallaba solo, aguardando en la sala de reuniones, cuando comencé a oír los resonantes golpes contra el suelo de madera. Con el nudo en la garganta y escalofríos recorriéndome el cuerpo, percibí que la bruja estaba adentrándose en la casa de chocolates.

—Entiendo que la reunión será más privada —anuncia la señora Manon sin siquiera cruzar su mirada con la mía, cerrando la puerta de vidrio tras de sí—. Tenemos mucho trabajo hoy como para perder tiempo —se sentó de un tirón y abrió su portátil con furia, tecleando rápidamente y clavando su mirada en mí—. Comience, Señor Santos.

Tragué con dificultad.

—Bien, como sabe, mi equipo ha trabajado arduamente y hemos confeccionado un manuscrito lo suficientemente completo como para aspirar al premio en los *Prix de la Jeunesse Littéraire* —dejé el manuscrito sobre la mesa y lo deslicé un poco con la mano, aunque la directora apenas lo miró.

—¿Aspirar? —interviene con voz áspera— Le exigí un manuscrito que asegurara el premio, Señor Santos, esto no se trata de posibilidades, sino de hechos. Me hace cuestionar muchas cosas con lo que acaba de decir.

—No, no es eso —traté de aclarar, con los nervios al límite— quise decir que vamos a ganar con este manuscrito.

—Entonces, le sugiero que sea muy cuidadoso con las palabras que elige.

Giré hacia la puerta de vidrio al escuchar golpes, Camille estaba al otro lado, con rostro de frustración y miedo. La directora ni siquiera le dirigió una mirada.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—No —traté de incorporarme y mantenerme erguido—. Como le mencionaba, considero que el equipo ha hecho un trabajo excepcional. Tenemos una propuesta sobresaliente para su aprobación. Pero puede adelantarle que quedé gratamente sorprendido al ver el nivel de mi equipo. Cada uno se destaca en aspectos distintos, lo que ha dado una dinámica única a esta historia —percibí que hablaba de más por su expresión, pero los nervios me impedían detenerme—. Después de mucho análisis, el manuscrito que avanzará será la propuesta realizada por Louis, ya que se destacó mucho en comparación al resto, pero por otro lado también tengo que reconocer que Céline ha sido increíble al organizar a su equipo, permitiendo que todos...

—No se desvíe del tema, Señor Santos.

«¿Por qué siempre tiene que llamarme *Señor Santos* con esa voz?» pienso, casi a gritos.

—Disculpe —me encogí de hombros—, En la carpeta a su izquierda, encontrará los puntos más destacados de la historia desarrollada y un análisis psicológico de cada personaje y ambiente. También he dividido al equipo para atender otros proyectos que se están llevando a cabo simultáneamente con el proyecto de París.

—¿Y dónde están esos maravillosos informes de los otros proyectos? —inquirió sin piedad.

—En la carpeta que está más abajo —señalé, su ceja se levantó y bajo rápidamente— encontrará la distribución del equipo y las responsabilidades de cada uno en sus respectivos proyectos. Por mi parte, estaré brindando apoyo diariamente a todos los miembros del equipo, tanto en el proyecto principal como en los secundarios, que, si me permite decirlo, considero igualmente importantes.

La señora Manon soltó un suspiro que más parecía una burla a mis palabras.

—Por favor, abra la puerta para la señora Bakker antes de que me estalle la vena del cuello.

Asentí y corrí a desbloquear la cerradura.

—Disculpen la tardanza —anuncia Camille al entrar.

—No se preocupe, estamos acostumbrados a su falta de compromiso tanto con la puntualidad como con la empresa.

Camille permaneció de pie, y noté cómo sus manos se convertían en puños mientras luchaba por controlar su enfado. Frunció el ceño, claramente esforzándose por mantener la calma.

—Señor Santos —continuó la directora—, ¿podría recordarle a la señora Bakker lo crucial que es la puntualidad en las reuniones? Especialmente en una de tanta importancia como la de hoy.

Me mordí el labio con fuerza para contener la frustración y la ansiedad que me invadían.

—¿Pero qué mierda te pasa? —espeta Camille, visiblemente alterada y yo me apreté contra el asiento ya temblando—. Siempre con esa actitud que no contribuye en nada. Estamos aquí para la misma empresa, ¿por qué eres tan venenosa? Deberíamos ser un equipo y darnos apoyo, pero ¿para qué? Si es más entretenido arrojar tanta mierda sobre los demás como tú haces ¿no?

» Porque eso es lo que te alimenta, ¿verdad? Hacer sentir miserable a los demás. Eres una hija de...

La señora Manon seguía sentada, escribiendo en su portátil sin inmutarse por los gritos de Camille. Permanecía impassible, como si una brisa suave hubiera entrado por la ventana.

—¿Y ahora no tienes nada que decir?

La directora cesó su tecleo y cerró el portátil con una precisión inquietante. Se puso de pie con una calma que presagiaba una tormenta. Sus ojos se clavaron en Camille, quien retrocedió al sentir esa mirada penetrante.

—¿Le parece apropiado dirigirte así a tu superior? —su tono era serio y firme—. Incluso dejando de lado mi posición como su jefa, ¿piensa que es adecuado hablar de esa forma a un colega? ¿Dónde quedan los límites y el respeto en esta oficina? —Se levantó y comenzó a moverse lentamente alrededor de la enorme mesa central—. Hace menos de un año, mantuvimos una reunión extensa donde fui clara en señalar que no tenía las aptitudes para coordinar un equipo y hoy me ha demostrado que no está capacitada para su función. ¿O considera que explotar e insultarme de esa manera es un comportamiento adecuado? —Se escuchaba un zumbido en sus pausas—. Esto ha traído mucha decepción a esta reunión, únicamente para el Señor Santos y no para mí. Porque, para decepcionarse, primero hay que tener expectativas, y le aseguro que nunca las tuve con usted.

Silencio.

Silencio oscuro y desgarrador.

»El próximo lunes me reuniré con la junta directiva para analizar su comportamiento inapropiado hacia su superior en el departamento —prosiguió— Será una discusión extensa y necesaria.

—Manon yo...

—No me interrumpa —exige con la garganta aclarada, golpeando la mesa repetidamente con las uñas color vino tinto—. Está destituida de su cargo como Manager del departamento de historias infantiles. Mientras encontramos un reemplazo, el Señor Santos se encargará de su departamento.

—¿Yo?

—¿Hay algún problema? —responde con firmeza y mirándome con una ceja levantada.

Sacudí la cabeza negativamente, deseando simplemente desaparecer.

—Váyase a casa —miró fijamente a Camille— ya está destituida de sus responsabilidades. El lunes se le asignará otra función, pero... la invito a imaginar nuevos horizontes.

—¿Me estas despidiendo?

—¿No le ha quedado claro?

La directora cerró su portátil y las carpetas con un movimiento preciso. Salió de la sala de reuniones como un disparo, cada paso suyo parecía hacer temblar el edificio entero. En cuanto dejamos de escuchar sus pasos, Camille explotó en llanto.

—¿Estás bien? —Me sentí un idiota al preguntarlo.

—No —solloza Camille en un hilo de voz—, no sé qué voy a hacer ahora, fui una estúpida al hablarle así.

—Bueno, calma —reposé el brazo sobre su hombro—. Quizás el lunes todo salga bien y no termines tan mal con la junta directiva.

—Lo dudo —bufó— Esa mujer no va a descansar hasta verme fuera de esta empresa.

Me sentía acorralado, sin saber qué hacer o decir para aliviar la situación.

—Será mejor que recoja mis cosas y me vaya.

Salimos del cubículo y la acompañé a que recogiera sus cosas. Camille estaba hecha un mar de lágrimas, tratando de ocultarlo para que nadie lo notara. Pero sabía que era inevitable, tarde o temprano la señora Manon se encargaría de que todos supieran.

Miré por la ventana y vi cómo el cielo se oscurecía, los truenos comenzaban a retumbar y sentí una presencia desagradable a mis espaldas.

—Todos reúnanse —indicó la directora desde la entrada del lado este de la oficina, dirigiéndose a ambos equipos.

—Hija de puta —susurró Camille a mi lado.

El grupo se aglomeró alrededor de la pizarra cerca de mi mesa. El ambiente estaba denso, tan pesado que parecía que un soplo suave podría cortarlo.

—Como saben, los viernes tenemos nuestra reunión semanal para repasar el progreso de los proyectos, pero la de hoy era... especial —asegura en un tono neutral pero firme—. Ya hemos seleccionado el manuscrito del departamento juvenil que avanzará para el proyecto de París. Sin embargo, esto no significa que debamos bajar la guardia. Hay tantos detalles por pulir, que me preocupa que no puedan terminarlo, pero el lunes tendrán sus tareas asignadas.

Asentí, tratando de agregar algo a su comentario.

—Como pudieron notar, no mencioné al departamento infantil —aclaró su garganta—, porque lamentablemente no fue presentado el manuscrito en la reunión de hoy —todos volteamos a mirar rápidamente a Camille, ella solo cerró sus ojos—. A partir de ahora, el Señor Santos asumirá la responsabilidad del departamento infantil, además de su departamento, hasta que encontremos a la persona adecuada para reemplazar a la Señora Bakker .

El silencio resonaba con una fuerza abrumadora, tanto que parecía quemarme los oídos.

—Con esto concluyo la reunión. Espero no tener que repetir una vez más que necesito mejores resultados de ustedes —finalizó la señora Manon.

Su salida provocó un estruendo y resonó por toda la oficina, dejando tras de sí un silencio que solo intensificaba su dramático retiro. Todos se apresuraron a consolar a Camille, quien había estallado en llanto.

Después de que las aguas se calmaron un poco, Camille me entregó una carpeta con tres manuscritos producidos esa semana y el seleccionado. A pesar de su partida, ofreció su ayuda en cualquier momento, incluso si no estaba en la empresa para el próximo lunes. Agradecí su gesto, pero mi nivel de estrés estaba alcanzando límites insospechados. No entendía cómo había terminado siendo responsable de dos departamentos importantes en una empresa donde apenas

llevaba tres semanas. La idea me parecía absurda, y con lo sucedido hoy, cuestionaba el verdadero aporte de la señora Manon en el equipo.

La oficina estaba desierta. Eran más de las siete de la noche y me encontraba sentado frente a mi escritorio, leyendo los manuscritos de Camille y añadiendo notas e última hora para mejorar las historias. Estaba exhausto y la idea de dormir en la silla me cruzó la mente, aunque sabía que *Sebastián* no me lo perdonaría. Un ruido proveniente de la zona de los ascensores captó mi atención, y noté que las luces del pasillo se encendían. Imaginé que era el personal de limpieza y continué leyendo el último manuscrito.

Solté un grito al sentir una mano fría posarse sobre el hombro. La sensación fue como si un bloque de hielo hubiera aterrizado sobre mí, quemándome la piel. Recuperándome del susto, alcé la mirada para descubrir que era *él*. Por supuesto que tenía que serlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, aun tratando de recobrar el aliento.

—Bueno, perdón —se excusa alzando las manos en señal de rendición—, ya me había ido, pero pasé por la oficina de camino a casa y vi que este piso seguía iluminado. Con todo lo que pasó hoy, imaginé que estarías aquí... y no me equivoqué.

—Nunca te equivocas, Louis — admito derrotado. Exhausto.

—¿No piensas irte a casa a descansar?

—No puedo —negué con determinación, tanto con la voz como con la cabeza, intentando convencerme a mí mismo también—. Necesito enviarle el manuscrito final a la señora Manon por correo. Dejé claro que lo necesita para esta noche.

—¿Pero Camille no los tenía listos?

—Encontré algunos errores cuando estaba leyéndolos.

—Estás de joda... —vacila, incrédulo, y niego una vez más—¿Cómo te ha dejado con tanto trabajo encima?

Encogí los hombros, sin saber qué responder.

—¡Alex! —susurra, y sentí algo en el fondo del estómago, atrapando toda mi atención—. Déjame ayudarte.

No me dio oportunidad de negar por tercera vez. Se quitó la chaqueta, se dirigió hacia la tetera de agua caliente y la llenó, comenzando a preparar dos té. Lo observé con atención, no quería perderme los gestos que hacía sin que yo se lo pidiera. Quizás no estaba acostumbrado a que la gente fuera tan amable o atenta conmigo, pero se sentía bien, especialmente viniendo de *él*.

Una mezcla de aromas dulces y herbales, con toques florales o... ¿frutales? Si, son frutos rojos.

Dejó una taza blanca sobre la mesa y noté cómo la bolsita soltaba un pigmento rojo, tiñendo el agua con un aroma dulce. Levanté la vista un momento y ya no lo vi. Miré a mi alrededor, su chaqueta también había desaparecido. Me restregué los ojos con los dedos, intentando aclarar la mente y asegurarme de que no me estaba imaginando las cosas. Bajé la mirada y allí seguía la taza humeante. Me pasé la yema de los dedos por la frente y volví a concentrarme en la lectura y las notas.

Pasaron unos minutos y volví a escuchar pasos acercándose. Cuando miré, me alegré de ver su rostro de nuevo. Estaba encogido por el frío y llevaba una bolsa en las manos. Se acercó con una sonrisa, esa misma arruga formándose sobre sus labios que me daban ganas de trazar con los dedos.

—He traído unos *kebabs* —dijo, su sonrisa intacta—. Si yo tengo hambre y tú no has almorzado, no quiero imaginarme cómo estás.

—¿Cómo sabes que no he almorzado?

—Tal vez has pasado la semana completa ignorándome, Alex, pero yo no logro ignorarte a ti.

Lo miré fijamente, mientras el rostro comenzaba a arderme. No podía evitar sentirme algo culpable y vulnerable por la sinceridad de sus palabras.

—Alex... —comenzó a decir al mismo tiempo que sacaba los *kebabs* de la bolsa y los colocaba sobre la mesa—, sé que las cosas han estado tensas entre nosotros, y no he podido dejar de pensar en cómo te sientes realmente.

Me quedé en silencio, observándolo como preparaba todo con un gesto que mostraba preocupación genuina.

—Lo siento si te hice sentir incómodo —continúa, rompiendo el silencio—. Entiendo que no pueda haber un *nosotros*, pero simplemente quería que supieras que estoy aquí si necesitas hablar o si hay algo en lo que pueda ayudarte.

Estiré la mano y acaricié la suya, que seguía fría. Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron. Me reí al ver su cabello pelirrojo un poco despeinado por llevar la capucha de la sudadera, podía percibir la honestidad en sus acciones.

—Louis... —apenas logro decir en un hilo de voz— gracias.

Louis

Viaje al pasado

Ver a Alex disfrutando tanto de la comida era una escena que me arrancaba una sonrisa. El aroma del té recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el olor a papel impreso que inundaba la habitación. Su hambre me pilló desprevenido, casi me hizo sentir culpable por no haberlo notado antes. Mientras él saboreaba cada bocado, yo terminaba de revisar y enviar el manuscrito que había estado trabajando, acompañado por el suave sonido de las páginas siendo pasadas en los otros textos que aún no habían sido seleccionados. Algunos de esos escritos eran realmente sorprendentes, con un potencial literario tremendo que me hacía reflexionar sobre la riqueza de talento que teníamos en el equipo.

Alex soltó un bostezo largo una vez que envió el documento, así que le ayudé a recoger sus cosas. Descendimos juntos en el ascensor y, aunque reinaba un silencio entre nosotros, no se sentía incómodo. La noche ya estaba avanzada, casi las diez, y las calles estaban desiertas. La mayoría probablemente estaba en bares o en casa. Al llegar a la puerta del edificio, me quedé indeciso. Mi casa quedaba a la derecha, pero Alex tenía que ir en la dirección opuesta. Otra vez se separaban nuestros caminos. Mientras pensaba en qué hacer, noté su mirada preocupada. Me resultó encantador verlo tan despistado en algunos momentos.

—Si quieres, puedo acompañarte a casa —me aventuré, y me sorprendió gratamente que aceptara sin protestar.

Las calles estaban desoladas y frías, pero Alex sorprendentemente se sumó a la conversación. Empezó a hablar sobre Claudia, su mejor amiga, y cuánto la extrañaba. En sus palabras, encontré puntos en común con mi propia experiencia; salir de tu ciudad natal y aventurarte en un futuro desconocido en un lugar nuevo, donde no conoces a nadie, puede ser desafiante. Me llevó de vuelta a mi adolescencia, un tiempo que durante mucho tiempo he intentado dejar atrás.

Después de casi media hora de caminar, llegamos a su edificio. Era alto y tenía ese aspecto envejecido que nunca pierde su encanto arquitectónico. Vi cómo debatía internamente si debía invitarme a subir por cortesía, pero antes de que pudiera decir algo, me despedí. Quería estar con él, deseaba volver a sentir su aliento cerca del mío, pero no podía. Él no estaba preparado para asumir un 'nosotros', y yo aún no estaba convencido de que era lo mejor para nosotros, así que lo mejor era no tomar ese riesgo. Y yo aún intentaba entender lo que realmente priorizaba en mi vida. Una relación o mi trabajo.

El día comenzó con una luz perezosa atravesando la ventana, fastidiándome la cara. Me levanté de mal humor al ver que apenas eran las ocho de la mañana. Sin darle muchas vueltas, me dirigí al baño y me metí en la ducha. Dejé que el agua caliente recorriera la piel desnuda, erizando los vellos y se llevara toda la pesadez que llevaba por dentro.

Al salir me envolví con una toalla y la anudé a la cintura. Deslicé la mano por delante del espejo empañado y me enfrenté al culpable de muchas de mis desgracias.

Regresé a la sala con pasos lentos, buscando en mi armario algo fresco para ponerme. El sonido del cierre de la puerta resonó en la habitación y, justo en ese momento, una voz se filtró desde la cocina. Entre bostezos y luchando con el cabello revuelto, me dirigí hacia allí, siguiendo el eco de aquella voz que rompía el silencio de la mañana.

—Buenos días —susurro después de otro bostezo.

—Bue... ¡buenos días! —exclama Sophie sorprendida por verme en casa—. No me creo que estes un sábado tan temprano en casa... o más bien, que hayas vuelto a casa un viernes tan temprano.

—¿Qué temprano mujer? Si cuando regresé era más de media noche.

—Eso es temprano para ti —vaciló con una risita burlona.

Le acompañé la risa y me acerqué a darle un abrazo de oso, no recordaba la última vez que lo había hecho y noté que ella tampoco cuando asomaba su cara de sorpresa. Volteé la cabeza al escuchar otra voz proveniente de la puerta y encontré a Julien tomándonos una foto. Sonreímos como dos idiotas y la foto quedó borrosa después de que recordáramos de que él no era el mejor tomando fotos. Volvimos a reír.

Un ruido ensordecedor llamó mi atención desde la cocina, venía de la sala y me acerqué casi corriendo. El teléfono no paraba de sonar de un número desconocido; cuando lo levanté de la cama, la llamada había caído y me di cuenta de que había unas ocho llamadas perdidas del mismo número. Tragué en seco y comencé a preocuparme si algo estaba sucediendo. Pienso enseguida en Alex y temo que sus juegos de dejar de comer por trabajar le han pasado factura. El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Era una vez más el mismo número desconocido.

—¿Alex?! —pregunto desconcertado— ¿estas bien?

—¿Alex? —suena una voz femenina y suave del otro lado—, ¿Louis, eres tú?

Sentí un escalofrío por la piel cuando escuché su voz pronunciar mi nombre.

—¿Jaqueline?

—Sí... Se que parece extraño que te llame pero es que... —hizo una larga pausa, y me senté sobre la cama mientras Sophie se asomaba por la puerta. Me temblaba el pecho—. Mamá está muy mal... creo que no le queda mucho tiempo y deberías venir a verla.

Se me acortó la respiración y comencé a luchar contra el aire espeso que se había convertido en la habitación.

—¿Qué le sucedió? —pregunto exaltado, y Sophie corrió a mi lado para sujetarme la mano.

Otra larga pausa me atormentaba del otro lado de la llamada.

—¿Jaqueline? —insisto.

—El cáncer se ha propagado, Louis, ya no hay nada que hacer. Es tarde ya... estamos peleando contra el tiempo y haría bien que te despidieras de ella.

—Espe... ¡espera! —digo con un nudo en la garganta que me impedía hablar bien ¿Qué cáncer?—. ¿Desde cuándo mamá tiene cáncer?

—No es un buen momento para hablar de esto, al menos no por teléfono. ¿Por qué no vienes a ver a mamá y nos encontramos para que te explique todo?

—Veré qué día puedo hacer ese viaje.

—Hazlo ahora —espeta—. El lunes la van a operar y la cosa no pinta muy bien, puede que no salga de esta. Ya conoces la dirección, escíbeme cuando estes llegando.

Colgó la llamada antes de que pudiera responder. Todo a mi alrededor se oscureció, pero la mano de Sophie aferrándose a la mía se convirtió en una pequeña luz que ofrecía un poco de paz.

Le expliqué la situación a mi mejor amiga, y su reacción fue mucho más expresiva que la mía. Seguía callado, tratando de procesar todo lo que acababa de escuchar. Recuerdos dolorosos

me atormentaban la mente, y esas emociones oscuras resurgían para atormentarme. Julien y Sophie se cambiaron el pijama rápidamente y se ofrecieron a llevarme a casa de mis padres. A pesar de insistir en que podía tomar un tren, rechazaron esa opción y se empeñaron en acompañarme.

—Necesitarás nuestro apoyo cuando salgas de esa casa —murmura Sophie, como si estuviera leyendo el futuro.

El clima se tornaba más denso a medida que nos acercábamos al pueblo donde vive mi madre. El cielo, oscurecido por nubes grises, se fundía con el horizonte, y los imponentes edificios que dejábamos atrás eran reemplazados por grandes casas rodeadas de campos y vegetación. En las calles, solo se veían personas mayores, y la atmósfera transmitía escasa vitalidad y entusiasmo por la vida. Desde la ventanilla del coche, recordé que esa fue una de las muchas razones que me impulsaron a huir de este pueblo.

Julien conducía con semblante serio, probablemente tratando de ponerse en mi lugar. Mientras tanto, Sophie estaba inusualmente callada, algo sorprendente, ya que normalmente no hay poder en el mundo que pueda mantenerla en silencio por mucho tiempo.

Habían pasado más de diecisiete años desde la última vez que vi a mi madre y a mi hermana. El último recuerdo de ellos es extremadamente amargo, uno que juré olvidar para siempre, hasta hoy, cuando los fantasmas del pasado vinieron a perseguirme.

No tengo idea de por qué he venido a este pueblo. No sé por qué he venido a visitar a personas que me expulsaron de su vida sin el menor remordimiento. No sé qué pensar o hacer en este momento. Solo espero que el fin de semana de Alex esté siendo más placentero.

El silencio se extendía en el interior del carro, lleno de una tensión que parecía ser un eco de mis propios pensamientos tumultuosos. No podía evitar preguntarme si aquel retorno tenía algún sentido o si simplemente era una búsqueda vana de cierre en un capítulo que preferiría mantener cerrado.

Saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Jaqueline para avisarle que ya estaba llegando.

Acordamos reunirnos en un café cercano a la casa de nuestra madre: La Cafetería *La Amistad*. «¡Vaya puto nombre!». Era una antigua cafetería que, durante décadas, había sido propiedad de nuestra familia.

Después de unos diez minutos, estacionamos frente al local y bajé del carro. Ambos decidieron quedarse dentro del vehículo para que pudiera tener un momento a solas con mi hermana. Antes de entrar, alcé la mirada y observé el letrero blanco con letras azules que marcaba "*La Amistad*". Una risa irónica se me escapó de los labios. La cafetería, tal como la recordaba, era espaciosa, con altas paredes blancas, suelos de madera y todo adornado con plantas: algunas colgaban de las paredes y otras descansaban en el suelo. Recordé lo mucho que a mamá le gustaba cuidarlas. Siempre solíamos discutir porque olvidaba regarlas, y luego ella con paciencia las nutría y les hablaba. Quizás las plantas recibían más palabras de aliento y amor de ella que las que yo llegué a recibir mientras vivía bajo su manto.

El lugar tenía a algunas personas disfrutando su café o saboreando las clásicas galletas que siempre vendían, aquella receta especial de mi abuela: las galletas de banana y nueces. Aunque me tentaron, resistí la tentación. Al final de la barra, entre vitrinas repletas de dulces y tartas, estaba mi hermana absorta en un libro. Intenté girar la cabeza para identificar qué libro era, pero mi intento falló y acabé captando su atención.

Nuestros ojos se encontraron, pero lo que reflejaban estaba lejos de ser la alegría que uno esperaría al ver a su hermana después de tanto años. Había algo más detrás de esos profundos ojos oliva, algo que destilaba rabia y resentimiento. Sería egoísta negar que lo mismo se escondía tras los míos.

Después de un largo escalofrío, me aproximé. Vi cómo cerraba el libro, lo dejaba sobre la mesa y me indicaba que tomara asiento en la mesa cercana a la ventana, que ofrecía una vista a las enormes montañas envueltas en neblina. Pasados unos minutos, se sentó frente a mí con dos tazas de café con leche y caramelo, junto a un plato de tres galletas. Por supuesto, eran las clásicas de *banana y nueces*.

—Pensé que no vendrías —espeta, clavándome una mirada profunda.

—Admito que no sé qué hago aquí —respondo en un susurro apenas audible.

Jaqueline soltó un suspiro largo, angustiante, que me retumbó en los huesos.

—Habría sido de gran ayuda si hubieses estado aquí cuando todos te necesitábamos —estalla con rabia entre dientes—, pero no, mi querido hermano prefería estar en la ciudad, alejado de su familia y dándonos la espalda a todos.

Bueno, esto escaló más rápido de lo que esperaba...

—¿Dándole la espalda a todos? —repito en un tono suave, evitando elevar la voz como ella —¿Y dónde estaba mi familia cuando me echaron de casa a los dieciséis años? Dime, Jaqueline, ¿dónde estaban mis padres cuando me arrojaron a la calle como si fuera basura? —la miré fijamente—, ¡ah, ya recuerdo! Ellos fueron los que me dejaron en la calle sin nada, sin un lugar donde caerme muerto.

—Eso es lo que te encanta hacer —rodó los ojos—, parece que ni los años han podido quitarte la actitud de víctima que siempre has tenido. ¡Louis, despierta de una vez! Estabas tomando un camino muy oscuro y nadie pudo ayudarte.

Tragué saliva, no quería que los recuerdos amargos me asaltaran en ese momento.

—Jaqueline —susurro—, no he venido aquí para discutir por lo que pasó hace diecisiete años. Aunque no sepa ni qué hago aquí, me llamaste para que viniera a despedirme de ella.

Asintió y nos levantamos de la mesa, mi café permanecía intacto, no había tocado ni una sola galleta. Mientras esperaba junto al mostrador a que terminara de recoger sus cosas, noté por encima del mueble el libro que estaba leyendo. Era nuestro, el que habíamos publicado el año pasado y el que ganó el premio en París. Era una historia que había desarrollado desde el inicio del proyecto y me invadió la curiosidad sobre si ella sabía que yo era el autor, el líder del equipo. Me pregunto si seguiría leyéndolo, sabiendo todo eso.

Preferí no preguntarle.

Antes de dirigirme a casa de mi madre, que quedaba a unas pocas cuadras, me acerqué al coche de Julien y Sophie abrió la ventana. Creo que mi expresión facial ya dejaba entrever cómo me sentía.

—¿Fue tan mal? —pregunta Sophie.

—Peor de lo que esperaba —admito—, pensé que con los años ella sería diferente, que habría tenido tiempo suficiente para aprender y expandir su manera de pensar. Pero me equivoqué —suspiro, tratando de recuperar el aliento—. Quizás quedarte atrapado en este pueblo te ancla a un pensamiento prehistórico.

Sophie me miró con una expresión triste, y fue reconfortante sentir que al menos alguien me entendía.

Mi hermana se detuvo a unos cuantos metros detrás de mí y noté que Sophie intentó saludarla, pero al darme la vuelta, Jaqueline había evitado cualquier tipo de contacto visual,

desviando la mirada. Inhalé profundamente y me despedí de ambos.

El camino hasta la casa transcurrió en un silencio abrumador. Jaqueline caminaba con seriedad y rigidez, mientras yo sentía que me dirigía directo al matadero. A mi alrededor, las casas permanecían igual que en mi infancia, con los mismos huecos en el suelo, las paredes agrietadas y sin pintar, todo estaba inmutable. Todo, excepto yo.

Nos detuvimos frente a una enorme casa de paredes grisáceas, manchada y marcada por el tiempo. El viento jugueteaba con las hojas secas que se amontonaban en los escalones de la entrada. En ella, todavía persistía la huella de la pelota de fútbol, marcada con tinta imborrable sobre el concreto, testigo mudo de las tardes de juegos y risas. Los ojos recorrían la casa, tomando nota de cada grieta y cada mancha, imágenes que se entrelazaban con mis recuerdos.

Muchos recuerdos flotaban en la mente: algunos felices, de una infancia llena de diversión en solitario o con la persona fría y distante a mi frente. Sin embargo, al mirar la puerta, un escalofrío intenso me recorría la espalda. Era imposible no recordar el tiempo que pasé llorando desconsolado en esas mismas escaleras, los días interminables esperando a que mi padre regresara a casa y el día en que me arrojaron fuera como a un perro.

Jaqueline sacó unas llaves de su cartera y las introdujo en la cerradura con cuidado. Al girarlas, la puerta emitió un sonido familiar, un rechinado que resonaba en los oídos como un eco del pasado. Ella pasó primero y me hizo señas para que la siguiera, pero las piernas me parecían estar ancladas al suelo, como si estuvieran heladas y se resistieran a moverse. Reviví las veces que me quedé dormido esperando, solo para despertar en la madrugada con la puerta cerrada, terminando por pasar la noche solo en esos mismos peldaños. No podía ignorar todos esos recuerdos, porque en lo más profundo aun ardían.

—¡Vamos! —exclama mi hermana, y comencé a seguirla a través de la casa, cruzando una cocina repleta de ollas y platos sucios. Al pasar por la sala, me detuve un momento para observar las fotos que colgaban de las paredes: todas retrataban a Jaqueline y a quienes supuse que eran otros miembros de su familia. Junto a ella, un hombre alto de cabello oscuro y un niño, de al menos unos cinco años, con el mismo tono de cabello naranja que mi hermana. Escudriñé rápidamente, pero no hallé ni una sola imagen que me incluyera, aunque fuese mínimamente. Al parecer, se habían esforzado por borrar cualquier rastro de mi existencia durante todos estos años.

—Por aquí —indicó Jaqueline, señalando hacia la habitación de mi madre.

En el pasillo, vi la puerta que daba a mi antigua habitación entreabierta. La curiosidad me impulsó a abrirla un poco más. Necesitaba ver cómo lucía en su interior. Para mi sorpresa, todo estaba completamente diferente. Las paredes estaban pintadas de un azul cielo, con muebles blancos y una gran cama en el centro, cubierta por peluches y juguetes.

—¿Vives aquí? —pregunto, sorprendido.

—Desde que la salud de mamá empeoró, tuve que mudarme con mi familia a esta casa para no dejarla sola —responde con desdén—. No tenía a nadie más que pudiera ayudarme.

Preferí contener mis palabras y seguí caminando hasta llegar a la habitación principal. Jaqueline abrió la puerta y encontré a mi madre durmiendo en su cama. No podía creer que, después de tantos años, todo pareciera exactamente igual. Era como si hubiera ingresado en una cápsula del tiempo. La veía desde la puerta como en aquella última noche. En ese entonces, era un poco más bajo y delgado, lleno de sueños por cumplir y sin saber lo devastado que estaría en solo unas horas.

Mi hermana se acercó a la cama y la despertó. Mi madre trató de incorporarse mientras alcanzaba sus anteojos en la mesita a su lado. Juraría que eran los mismos marcos. La habitación

estaba sumida en la penumbra, con las persianas completamente cerradas, donde unos pocos rayos de luz intentaban filtrarse. Cada segundo aumentaba la tensión en el ambiente, y el corazón me parecía querer escapar del pecho y salir corriendo.

—¿Ya llegó Maximiliano? —pregunta mi madre con la voz ronca.

En ese instante, ese nombre resonó en la mente, y algo apretó el pecho. Recordé esos días de infancia cuando solía jugar a historias de fantasía con mi hermana, intercambiando nuestros nombres ficticios. Aunque ella variaba su elección, yo siempre usaba *Maximiliano*, un nombre que alguna vez había escuchado en una telenovela. La sorpresa me invadió al darme cuenta de que había llamado así a su hijo.

Negó Jaqueline, mirándome y murmuró:

—Pero Louis está aquí.

Un latido fuerte y repentino me sacudió el pecho cuando mi madre giró su cabeza y me miró fijamente, como si pudiera atravesarme con la mirada.

—Ho... hola —murmuro apenas.

—¿Qué haces tú aquí? —espeta sin piedad, incorporándose lentamente de la cama—. No te quiero aquí.

—Por favor, no digas eso —intervino Jaqueline— al menos intenta hablar un poco con él.

Sorbiendo el nudo en la garganta, luché por contener las lágrimas que me llenaban los ojos. Mi madre avanzaba hacia mí con furia descontrolada.

—¡Vete! —gritó con enojo— Aquí nunca has sido bienvenido aquí.

—Tienes razón —susurro apenas audible—, nunca lo he sido. Pensé que el tiempo podría haber cambiado algo en ti.

—¿Cambiar yo? —se acercaba cada vez más y sus palabras agresivas perforaban el aire— ¿Por qué debería cambiar? La aberración eres tú... es que me da asco de solo verte la cara.

—¡Para ya! —suplicó Jaqueline— ¡Basta! No le hables así... sé que Louis.... Es tu hijo, a pesar de todo.

—Tu cállate y no seas insolente —escupió mi madre con su veneno en dirección de mi hermana— Sigues siendo igual de estúpida que cuando eras un niña. Siempre defendiéndolo y ¿Cómo te pagó tu hermano? Abandonante.

—No fue así —intervine— Tú me echaste de la casa. Descubriste que Marco era más que mi compañero de secundaria, que era mi novio —di una pausa, recordando su rostro moreno por unos segundos—. Ese día llegaste desesperada de la cafetería. Jaqueline estaba en casa de unas amigas y, sin piedad, me golpeaste con algunos cables y lo que encontraste en casa y me echaste, sin importarte que no tenía a dónde ir. No sé qué habría hecho si no tuviera a la familia de Sophie; probablemente me hubiera muerto de hambre en las calles.

—Hice lo que cualquier madre haría por un hijo que se entrega al diablo.

—¡Mamá! —exclama Jaqueline, sorprendida y con lágrimas deslizándose por su rostro— Me dijiste que Louis se había ido de la casa por voluntad propia, nunca me dijiste que tú eras la responsable de eso.

—¿Yo? —pregunta mi madre, escandalizada— ¿Estás contento? —me miró y comenzó a empujarme en dirección a la entrada— Has venido a destruir mi hogar una vez más. ¡Fuera de mi casa!

Ya no podía contener las lágrimas que caían descontroladas por las mejillas, me ardían tanto como el corazón en ese momento. Me encaminé hacia la puerta, escuchando los sollozos de mi hermana a mis espaldas y sintiendo el empuje de mi madre con toda su fuerza. Al abrir la puerta de la casa, tropecé con los escalones húmedos y caí pesadamente sobre el pavimento.

—Ahí es donde deberías estar —lanzó mi madre con desprecio en su mirada— No te atrevas a pisar esta casa nunca más en tu vida.

Jaqueline se quedó inmóvil a sus espaldas, observándome, aturdida por la situación, mientras yo permanecía en el suelo, sintiendo cómo el brazo raspado comenzaba a sangrarme. Decidí levantarme y enfrentar la mirada de mi madre, desafiándola directamente.

—Sinceramente, espero que te recuperes pronto del cáncer. Hoy más que nunca confirmé que irme de este pueblo fue lo mejor que pude hacer por mi vida.

Sin mirar atrás, emprendí mi camino hacia la cafetería, con las palabras de mi madre que seguían golpeándome desde lo lejos como flechas en la espalda. Aunque intentaba bloquearlas, resonaban en la mente como un eco indeseado.

Cuando doblé la esquina, Sophie se precipitó fuera del coche al ver mi brazo cubierto de sangre y mi camiseta manchada. Trató de averiguar qué pasaba, pero los pensamientos aún se estaban acomodando después de todo lo sucedido en esa casa. Me subí al carro, Julien encendió el motor y dejamos atrás aquel maldito pueblo.

Alex

¿Amor propio?

El domingo desperté con la compañía de un Sebastián hambriento y ansioso por comer. Al abrir los ojos y jugar por la habitación con la mirada, me enfrenté a un enorme charco de agua al borde de la cama. Alcé la cabeza y divisé una filtración proveniente del techo. Exhalé una maldición al darme cuenta de que mi día comenzaba de la peor manera posible. Las últimas horas habían sido un insomnio, dedicadas a proyectos para el equipo de historias infantiles.

Salté de la cama en busca de una solución para contener el goteo constante del techo. En un pequeño salto hasta la cocina de mi diminuto departamento, agarré toallas y ollas, intentando secar el agua fría que empapaba el suelo de madera. El sonido constante del agua golpeando la olla empezaba a martillar la cabeza, y apenas eran las nueve de la mañana.

Una vez secado todo, me dirigí al baño para cepillarme los dientes y me puse una bata blanca antes de salir del departamento. Subí las largas y estrechas escaleras hacia el piso de arriba. Toqué la puerta de mi vecino superior y esperé pacientemente. Tras unos largos minutos, finalmente la manija giró y dos mujeres jóvenes, de unos veinte años con el maquillaje corrido y rostros repletos de colágeno, aparecieron tras la puerta.

—¡Buenos días! —saludé, reprimiendo una risa—. Perdón por la hora, pero... mi techo está goteando y no sé si la filtración viene de su departamento o algo. ¿Han visto algo extraño?

Las chicas me miraron con desdén, parecía que hablaba como los profesores de la caricatura de *Charlie Brown* y se tornaba imposible entenderme. Intercambiaron miradas cómplices, algunas palabras en neerlandés y, tras una larga risa, me cerraron la puerta en la cara.

Exhalé un suspiro de incredulidad, girando los ojos. Era inaudito que esto estuviera sucediéndome. Toqué nuevamente la puerta, pero solo recibí risas desde el otro lado. Molesto, empecé a golpear con más fuerza hasta que finalmente se abrió de nuevo, y de ella emergió un hombre alto, peludo en el pecho y una mirada feroz. Me imaginé el terrible olor que debía salir de sus axilas peludas. Retrocedí, intimidado por esa mirada de predador.

—¿Qué está pasando? —rugió el hombre lobo.

—Bue... buenos días —respondo con voz temblorosa—. Estaba preguntando a las dos mujeres que me abrieron la puerta sobre la filtración debajo de su departamento, porque tengo un problema con una gotera y...

—¡Aquí no hay ningún problema! —chilló el hombre lobo nuevamente y cerró la puerta con tal fuerza que pensé que caería sobre mí.

Bajé las escaleras derrotado y humillado. Al volver a mi departamento, vi que la olla que contenía el agua del techo estaba rebosante, volviendo a inundar el suelo de madera.

Maldigo en un grito ahogado.

Después de horas, con el suelo del departamento lleno de ollas y sartenes atrapando toda el agua posible, noté que la lluvia interna había cesado. Celebré solo mi desdicha. Anhelaba

desesperadamente una respuesta de Audrey a mis mensajes, pero asumí que, siendo domingo, probablemente no lo haría. No podía seguir viviendo en un lugar que parecía desmoronarse semana tras semana. Primero, la escasez de limpieza y los recursos limitados del departamento. Segundo, el calentador de agua averiado, del cual no sabía cómo habría sobrevivido sin la ayuda de Louis. Y ahora, las fuertes lluvias dentro del apartamento.

—¿Qué más puede pasar? —exclamo en un tono cargado de frustración. Justo en ese instante, como si alguna fuerza superior quisiera contribuir a mi desgracia, una de las puertas sueltas del enorme mueble de cocina cayó con estrépito. El ruido resonó en todas las paredes, dejándome casi ensordecido y completamente vencido.

Dos puertas menos.

Mientras levantaba la puerta del mueble y la colocaba junto a la otra en el enorme armario, el teléfono sonó y corrí exasperado para atender la llamada, imaginando que era Audrey. Tropecé con una de las ollas rebosantes de agua en el suelo y derramé todo, chocando con otras y convirtiendo el piso en un mar de agua.

—¡Ahhh! —exclamo, mi voz desapareciendo en el grito.

Agarré el teléfono de la mesa y noté que era Claudia quien llamaba.

—No vas a creer la mierda de día que he tenido hoy —explico frustrado.

—Entonces, espera a que te cuente el chisme que tengo —anticipa llamando mi atención, con lo que imaginé que era una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Dispara.

—Aún no estoy segura si es una buena idea contarte...

—¿Cómo me dices eso después de ofrecerme un posible chisme jugoso? —intentaba secar el agua del suelo con algunos trapos, exprimiéndolos de nuevo en las ollas.

—No sé cómo reaccionarás, Alex —suelta un suspiro y yo puse los ojos en blanco como si pudiera verme—. Pero bueno, aquí va... Anoche estaba cenando en casa de Jessica con el grupo habitual, ya sabes, Jessica, su marido, Martin, Vasco... Bueno, el punto es que de repente llaman a la puerta. Jessica se levanta a abrir y, ¿adivina quién entró por esa puerta?

Dejó una larga pausa dramática.

—¡Ay, Claudia! Dime ya, mujer, que me tienes intrigado —pedí con los nervios de punta.

—Bueno, resulta que de la nada entra por la puerta Esteban... sí, tú mismísimo Esteban —revela Claudia.

—¿Mi Esteban? —pregunto, alterado—. Él ya no es nada mío...

—Bueno, solo quería aclarar quién era específicamente —se disculpó—. Pero es que no me vas a creer, el muy desgraciado llegó con Diogo.

Otra pausa dramática.

—Pero... ¿Qué hace él en Lisboa? y... ¿Cuál Diogo?

—¿Te acabas de despertar? Diogo, Alex... Diogo, tu ex... o sea, tus dos ex están juntos. ¿Te puedes creer esa mierda?

La pregunta era retórica, pero la verdad es que sí podía creerlo. Resultaba absurdo no hacerlo. Si algo caracterizaba mis relaciones fallidas, y hablo de todas sin excepción, era que después de mí siempre encontraban al amor de sus vidas. Parecía que yo era como un cupido incapaz de apuntar hacia mí mismo, destinado únicamente a flechar a los demás.

—¿Estás ahí? —insiste— ¿Me escuchas?

—Sí —murmuro— te escucho... ¿Qué hace Esteban en Lisboa?

—Según me enteré ayer, cuando estuvo aquí la última vez estuvo conociendo a otros hombres en alguna app y pues... creo que así conoció a Diogo.

—Pero si la última vez que él estuvo en Lisboa fue conmigo en diciembre... Espera... El muy... el muy hijo de puta ya estaba con otros al mismo tiempo que estaba conmigo... y en mi propia cara.

—Es que es un desgraciado... Bueno, no le des demasiadas vueltas al asunto porque igual Esteban y Diogo son dos desgraciados, al menos en eso se complementan.

—Sí —asiento aunque no pueda verme.

—¿Pero ahora Esteban está viviendo ahí?

—No lo sé, Alex, tampoco le hice una encuesta. Apenas lo vi entrar, terminé de cenar y me fui.

Un largo silencio llenó nuestra conversación.

—¡Ay! ¿La cagué verdad? —intenta cambiar el tema— Mejor cuéntame cómo te está yendo en tu trabajo y en el nuevo barrio. Has estado muy callado.

—Pues una mierda —suelto casi en llanto.

—¿Qué sucede? —siento preocupación en su voz.

—Me siento solo... Sé muy bien que ya te lo mencioné, pero es que no he dejado de sentirme así. No hablo, ni salgo con nadie. Mi jefa es una bruja que solo se encarga de darme más trabajo y permitir que el estrés alcance nuevos niveles. Estoy siempre exhausto, no como bien, no duermo nada por las noches, me despierto constantemente... Siento que vivo en una pesadilla... quiero volver a Lisboa.

—Alex... —murmura Claudia— Ten calma, nadie dijo que emigrar fuera fácil. No lo es. Cuando de niña junto con mi familia emigramos de Venezuela, nos costó mucho a todos adaptarnos a un nuevo estilo de vida, nueva cultura, nuevas personas y tradiciones. Ya tienes un año viviendo en Bélgica, ¿no hay nada que te gustó de vivir ahí?

Había olvidado por completo que ya habían pasado más de doce meses desde que había aterrizado por primera vez en ese aeropuerto. Doce meses desde que me vine buscando nuevas oportunidades.

—Si las hay —admito vencido—. Solo que últimamente han pasado demasiadas cosas y apenas tengo tiempo de respirar.

—Pero también te pregunto algo... ¿De verdad estás haciendo el esfuerzo en encajar?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi amor —suaviza Claudia tiernamente por el golpe que venía—. Eres muy introvertido, tanto que para nadie es fácil acercarse a ti. Te sueles cerrar tanto que a las personas que te rodean les cuesta intentar entrar.

—Lo sé... soy un puto desastre.

—Y no hay nada malo con serlo, que aburrido es ser o pretender ser perfecto todo el tiempo... No te estoy diciendo que dejes de ser tú. Pero ¿de verdad nadie ha sido simpático contigo, o ha intentado crear lazos de amistad?

—Bueno —murmuro—, Está Camille, que a pesar de que no he logrado encajar en su grupo siempre ha sido muy simpática. Luego Marta, la mujer de limpieza, es un turrón de azúcar. Mi equipo, por lo general, es muy simpático... incluso Lukas, que tuvimos un choque hace unas semanas, ha sido muy cordial... Aunque con un humor extraño. Y pues, cómo ignorar a Louis, que ha sido... muy bueno conmigo. La verdad es que, bueno... él provoca demasiadas reacciones en mí.

—Hasta que finalmente me nombras al susodicho.

Ignoré por más tiempo el agua en el suelo y continuo charlando por teléfono con mi mejor amiga. Le compartí todos los detalles de la noche en la que salí con Louis y me dejé llevar más

de la cuenta. Donde confesamos lo que comenzábamos a sentir por el otro y, sobre todo, el terror que implicaba en mí abrirme de nuevo a la posibilidad de un amor. Claudia se mantuvo concentrada en la conversación, solo gemía un “*aja*” y algunos “*hum*” en momentos clave.

—¿Qué piensas hacer con él? —espeta.

—Pues nada —suelto con la voz torpe porque ni yo mismo me lo creía—. Pero tampoco te diré que voy a fingir que no siento nada por él, claramente lo hago. Pero no me siento preparado para abrirme.

—No lo hagas —Sebastián se acostaba entre las piernas y me calentaba un poco—. No creo que estes listo para entrar en alguna relación en estos momentos. Creo que deberías salir contigo mismo.

—¿Como? —hago un gruñido torpe.

—Pues se explica por sí solo, Alex. Tienes que comenzar a hacer una vida solo, donde seas feliz contigo mismo y ahora no lo estás. ¿Qué piensas hacer hoy? ¿Morir en la soledad del invierno? Sal y conoce el barrio, enamórate de ti mismo una vez más.

—No sabía que ahora eras psicóloga, me burlo aunque sabía que tenía razón.

—Y cobro bien caro.

—¿Y qué tanto me puedes ofrecer en tus servicios? —bromeo y ella entiende el tono de mi pregunta.

—Lo que usted me pida, papi —soltamos una carcajada—. Me preocupo mucho por ti... tanto que iré a verte pronto.

—¡¿Qué?!

—¡Sorpresa! —comienza a reír y me hizo sonreír de oreja a oreja—. Voy a inicios de marzo, así que prepárate para que me enseñes la ciudad... y que me presentes al famoso Louis.

Me reí como idiota al recordar las pecas de su rostro.

—Alex —anuncia rápidamente.

—¿Sí?

—Antes de que cuelgue... —suspira, su voz llevaba un deje de melancolía—. Sé feliz. Pero no necesariamente por alguien o algo en particular. Tal vez, acompañado. Pero más importante aún, sé feliz solo. Porque al final del día, siempre te tendrás a ti mismo.

Asentí con un nudo en la garganta, no era de esos que impide respirar bien por el miedo, sino de esos que te aprieta el corazón como un abrazo. Me despedí de mi mejor amiga con una sonrisa herida en el rostro.

Al colgar, volví a enfrentarme con la realidad en la que vivía. Un departamento cayéndose a pedazos, una filtración que me iba a inundar y cientos de cosas que prefería ignorar para evitarme un dolor de cabeza más intenso. Sebastián se me levantó de las piernas, recogí el portátil de la mesa y me senté de nuevo en la cama para buscar departamentos. No podía seguir viviendo en esta mierda.

Decidí poner fin a la miseria del domingo de invierno y cambié el pijama por unos pantalones beige, una camiseta verde oliva y mis botas castañas. Sebastián seguía durmiendo plácidamente sobre el portátil cuando salía de mi edificio. La calle aún mantenía ese ambiente húmedo tan típico de los días nublados y el aire tenía un frescor que me acariciaba el rostro. Me dirigí a una panadería cercana y desayuné unos *croissants* con chocolate, sumergiéndome en su aroma recién horneado que llenaba el lugar. Sentí la textura crujiente del hojaldre al morderlo, el contraste entre el exterior dorado y el relleno de chocolate fundiéndose en el paladar. Era como si hubiera

pasado una eternidad desde la última vez que comí algo decente, aunque fuera un simple *croissant*. Me quemé un poco la lengua con el chocolate al distraerme con el teléfono, buscando más posibles apartamentos a los que pudiera mudarme.

Envié algunos *emails* para programar visitas y verificar las condiciones de los apartamentos, al mismo tiempo que abría el *GPS* para localizar algún cine cerca de mi ubicación. Para mi sorpresa, necesitaba tomar un autobús para llegar al otro extremo de la ciudad. Luché contra las ganas de rendirme y volver a casa, pero lo último que necesitaba en ese momento era enfrentarme a la realidad que me esperaba. Así que, tras pedir un trozo de tarta de zanahoria, salí de la panadería con el corazón un poco más dulce.

Llegué a la parada de autobuses en menos de dos minutos, y en ese preciso instante, como si hubiera invocado su llegada, apareció el vehículo. Subí rápidamente y me senté en un asiento junto a la ventana. Sin embargo, para mi sorpresa, los cristales estaban completamente empañados, lo que obstaculizaba la visión del recorrido.

Al salir del cine, revisé con avidez las notificaciones que había acumulado durante mi ausencia. Me sorprendió gratamente encontrar al menos tres respuestas a los *emails* que había enviado sobre los departamentos. El hecho de que me hubieran respondido un domingo tan rápido me dejó perplejo. Confirmé las visitas para el día siguiente después del trabajo y salí del establecimiento, enfrentándome a una ráfaga de viento helado que azotó el rostro tras abandonar el cálido cine. Sabía que debía regresar a casa, pero aún no me sentía lo suficientemente preparado para ello. Sebastián tenía su comida y estaba habituado a pasar tiempo solo, así que busqué rápidamente en el teléfono alguna actividad para distraerme.

Después de un largo rastreo, me encaminé hacia el Museo Nacional de Arte. En ese momento recordé que había pasado un tiempo considerable desde mi última visita a un Museo, algo absurdo considerando lo mucho que disfrutaba esa actividad. Se encontraba a pocas cuadras, por lo que decidí caminar hasta allí, aprovechando que había parado de llover.

Mientras transitaba, me detuve frente a una librería cerrada y me quedé absorto observando su vitrina. Entre los montones de libros expuestos, uno en particular llamó inmediatamente mi atención. Era el libro que mi equipo había publicado el año anterior, con un sello destacado en la portada que rezaba: "*Ganador del Prix de la Jeunesse Littéraire 2022*". En ese instante, recordé haber leído en los expedientes que me habían entregado el primer día que Louis había liderado aquel equipo. Una especie de melancolía se me apoderó de la garganta y me invadió la pregunta de qué estaría haciendo él en este preciso momento. Me lo imaginé, riendo con sus amigos o tal vez disfrutando de su domingo en compañía de alguien más, alguien capaz de corresponderle de la manera en que yo no podía. Aunque esas visiones amargas generadas por la mente empezaron a enturbiar los pensamientos, decidí dejarlos de lado y continuar mi camino.

Caminé entre las imponentes paredes frente al Museo. El lugar se erguía majestuoso, sus muros de un beige suave, adornados con columnas y detalles intrincados que avivaban mi admiración por la arquitectura. Saqué el teléfono, capturé la grandeza del lugar en una foto y la compartí al instante en *Instagram*, rompiendo semanas de silencio en mi perfil.

Al obtener mi entrada, me sumergí en un universo de belleza, rodeado de obras que me cobraban vida ante los ojos. La conmovedora "*La muerte de Marat*" de Jacques—Louis David, cada pincelada resonaba en mi ser, evocando emociones, recordándome a Louis...

Traté de sacudirme la ensoñación que me embargaba después de contemplar la pintura, y me dirigí hacia la impactante "*El Genio del Mal*" de Guillaume Geefs. Sentía una emoción similar a

la de un niño en Navidad ante sus regalos más anhelados. Había olvidado lo exquisitamente feliz que me sentía al explorar sitios así.

—Una verdadera belleza, ¿no? —escuché una voz profunda y grave a mi lado y di un brinco asustado—. ¡Disculpa! No era mi intención asustarte —se disculpó el hombre. Me reí avergonzado.

Era jodidamente hermoso. Su rostro era cuadrado, como si fuese de piedra.

—No, no —repito nerviosamente—, discúlpame tú a mí. Estaba tan sumergido que ni me di cuenta de que había más gente aquí —El hombre, de barba corta y ojos tan claros como la luna, me preguntó si esa obra en particular me gustaba mucho.

—Así es —asiento— me fascinan los detalles de su expresión, la cadena que sujeta su pierna y esas extensas y hermosas ondas de su cabello.

—Se parece al tuyo —señala hacia la cabeza con una sonrisa. Sonreí, completamente sonrojado.

—Soy Charles, un placer —estira su mano para saludarme.

—Alex —respondo extendiendo la mía, incapaz de mirarle a los ojos por más de dos segundos. Su mano era fuerte, rígida como mármol.

—¿Te importaría que te invite a un café después del susto que te he dado? Creo que es lo mínimo que puedo hacer —propuso.

—No hace falta —susurro en voz baja, completamente inmóvil. Se acercó un poco, pero no lo suficiente como para sentir que invadía mi espacio.

—¿Estoy molestándote cierto? Porque si es así, puedo irme y dejarte solo.

—No, no. Es solo que me pongo algo nervioso en situaciones sociales. ¿A qué cafetería quieres ir?

Su sonrisa iluminó su rostro mientras indicaba la dirección hacia la salida. Caminamos por la calle y en medio del recorrido, Charles comenzó a compartir detalles sobre su carrera. Había pasado más de una década inmerso en el mundo del periodismo como reportero, y su labor principal implicaba desplazarse por diferentes países para llevar a cabo trabajos independientes.

Nuestros pasos nos condujo hasta una cafetería encantadora, parecía haber sido extraída de una escena de película. Dentro, solo unas cuantas personas disfrutaban de bebidas calientes. Sentí el anhelo de un reconfortante chocolate caliente. Nos decidimos a entrar y el hombre de ojos de luna se ofreció a pagar las bebidas al mismo tiempo que yo me acomodaba en un enorme sofá de color burdeos.

Después de unos minutos, se acercó con una pequeña bandeja que sostenía dos tazas enormes, humeantes, junto a un plato de lo que parecían ser muffins de arándanos. Mientras revolvía mi taza, me di cuenta de algo sorprendente: ya no experimentaba nerviosismo alguno. Había algo en el ambiente o en la manera en que Charles se expresaba que generaba una sensación de paz en mí.

—¿En qué estábamos? —pregunta, tomando una gran mordida del muffin, antes de que pudiera retomar la conversación.

Sonreí levemente.

—Estabas hablándome sobre el proyecto en el que estás trabajando actualmente —señalo.

—¡Ah, no más hablar de mí! Cuéntame algo sobre ti —pide con entusiasmo, antes de darle una última mordida y terminarse el muffin.

—Trabajo como Manager en una editorial donde creamos historias “*fascinantes*”. Es decir, hacemos libros —agrego entre risas.

Charles mostró sorpresa.

—¡Qué increíble! —exclama, aún con migajas en los labios.

—Sí —tomo mi muffin y le doy una pequeña mordida—. La verdad es que amo profundamente lo que hago, aunque a veces me siento... exhausto —añadí intentando contener mis emociones—, lo siento, no debería desahogarme así, no es relevante.

—No, no —me detuvo—. Por favor, exprésate, deja salir todo eso.

Conversé con Charles, compartiéndole un poco sobre mi situación en la empresa. Había algo en él que me brindaba una sensación de apertura, como si pudiera hablar sin temor a ser juzgado. Logramos conectar de una manera especial, quizás porque ambos éramos externos a Bruselas. Después de horas de conversación, el cielo comenzó a oscurecer antes de lo previsto. Consciente de lo que me esperaba en casa, me resigné a enfrentar la cruda realidad: un departamento inundado.

Charles me acompañó hasta la salida de la cafetería y nos despedimos después de intercambiar nuestros números. Nos dimos un apretón de manos y observé cómo se alejaba por la larga y solitaria calle hasta que su melena rubia se perdió en el horizonte.

Dirigiéndome en sentido contrario, caminé hasta la parada de autobuses. La idea de recorrer un trayecto de al menos cuarenta minutos a pie se antojaba agotadora, sobre todo considerando el frío intenso que caía con la llegada de la noche. Sentado en la parada de autobuses, solo, intentaba refugiarme del viento gélido que soplaba implacablemente.

Saqué los auriculares inalámbricos del bolsillo y los coloqué en ambos oídos, reproduciendo “ceilings” de Lizzy McAlpine en el teléfono. Observé algunos coches pasar frente a mí mientras la lluvia comenzaba a caer, haciendo que las luces se intensificaran y el ambiente se sumiera en la melancolía.

La música sonaba de fondo.

“Es encantador estar sentado aquí contigo. Eres bastante lindo pero está lloviendo más fuerte...”

Dirigí mi mirada al final de la calle, divisando una pareja que se acercaba desde la otra calle. Los observé detenidamente: ella mostraba una gran sonrisa y paralelamente él descansaba su brazo sobre el hombro de ella. Ambos reían y se abrazaban apasionadamente. Detuvieron su paso justo frente a mí y, a pesar de la lluvia, se besaron bajo el paraguas. Era un amor juvenil, de esos que parecen destinados a perdurar para siempre. De esos que de adulto ya no existen.

“Es encantador estar bajo la lluvia contigo, es un momento lindo pero es tan corto...”

La visión se me empañó y me costaba enfocar la imagen. Fue entonces cuando el viento frío me hizo consciente de las lágrimas que rodaban por el rostro. Los vi alejarse, pero las lágrimas persistían, y comencé a llorar sin control.

“Y no quiero irme, pero tengo que hacerlo. Me besas en tu coche y se siente como el comienzo de una película que ya he visto... antes.”

Sentía envidia de su felicidad. Envidiaba la suerte de algunas personas al encontrar tan rápido a esa persona especial, aquella que te hace sentir único, amado, reconocido y valorado. Nadie desea un amor que no te haga sentir extraordinario, deseado.

«¿Qué estarías dispuesto hacer por un final feliz?»

Con lágrimas en los ojos, reviví todas mis relaciones fallidas como escenas de una película. Intenté secar las lágrimas, pero el nudo en la garganta solo permitía que sollozara sin control.

“Eres bastante lindo y diría todo esto, pero no quiero arruinar el momento. Es encantador sentarse entre la comodidad y el caos”

Unas luces comenzaron a iluminar la calle. Finalmente, el autobús había llegado, y con gran esfuerzo logré mover las piernas congeladas y el cuerpo que parecía no responder.

Me sequé las lágrimas con la manga de la camiseta y me senté en el fondo del pasillo, luchando por contener las lágrimas al menos hasta llegar a casa e inundarlo con mi llanto.

Louis***Un susurro amargo***

Al despertar, me encontré con otro lunes, y mi entusiasmo por ir al trabajo era prácticamente inexistente. Me despedí de Sophie, quien había sido mi roca en estos últimos días, siempre a mi lado ofreciendo su apoyo incondicional. Odiaba sentirme así, como si fuera un cachorro buscando cariño. Las últimas noches han estado plagadas de pesadillas sobre mi familia, especialmente mi madre, aunque más que pesadillas, eran recuerdos vívidos del pasado: humillaciones, golpes sin razón y una carga de amargura que se me posaba en el pecho al recordarlo todo.

Mi madre podía ser amable conmigo, pero solo cuando cumplía exactamente con lo que ella demandaba. En la cafetería, me convertí en su mano derecha, siguiendo sus costumbres: el trato con los clientes, la preparación de dulces y bocadillos, incluso asumiendo el rol de líder frente al resto de empleados a una edad en la que para un niño de menos de ocho años era abrumador. Ver a los empleados marcharse por no soportar los maltratos de mi madre me dolía profundamente. Anhelaba poder escapar como ellos, hasta que un día, mi madre se encargó de allanarme el camino.

Sigo reviviendo una y otra vez las palabras de Jaqueline, tratando de entender si fueron sinceras y si realmente desconoce lo que ocurrió hace años. Aun así, el recuerdo de cómo me miraba con esos ojos verdes, cargados de rencor, sigue siendo doloroso. Las personas que deberían haberme protegido fueron las primeras en herirme. A lo largo de todos estos años, jamás recibí un gesto de mi madre, y quizás por el dolor, tampoco reuní el valor para buscarlo.

Recuerdo con una mezcla agridulce el día en que Sophie me abrazó mientras lloraba desconsoladamente en su casa. Sus padres me acogieron durante unos años hasta que fui mayor de edad, y junto a Sophie, buscamos una nueva vida en la ciudad. Cada abrazo de este fin de semana me trajo de vuelta el recuerdo del perfume que llevaba esa noche en la que llegué a su casa con las manos vacías.

Al llegar a la oficina, anticipé ser el primero; la mayoría de las luces estaban apagadas y el lugar resonaba con un eco de soledad. Sin embargo, para mi sorpresa, encontré a Alex sentado en su escritorio, soltando bostezos interminables. Me resultó gracioso verlo ahí con su chaqueta azul y bufanda, a pesar de que el ambiente dentro de la oficina era cálido. Me acerqué con las mejores intenciones, manteniendo una distancia que él mismo había establecido. A pesar de que quizás no pudiéramos ser algo más, no veía razón para negarle una amistad a cualquier persona, sobre todo cuando estás comenzando de cero en un nuevo lugar.

Yo entendía eso muy bien.

—Buenos días —solté pasando a su frente y me reí cuando lo vi saltar del susto—. Bueno hombre, pero un día te voy a matar del susto.

Escuché fragmentos de su voz, pero no logré descifrar sus palabras. Sentí que ninguno de los dos tenía las mejores razones para hablar en ese momento. Era como si estuviera de luto en la mente, aunque nadie hubiera fallecido.

Me levanté del asiento y me acerqué al cubículo de la directora. Toqué dos veces y esperé que me dejara pasar.

—¿Todo bien? —pregunto con un tono tranquilo.

—Efectivamente —concuerda con su habitual sarcasmo y una sonrisa irónica.

Di unos pequeños pasos y cerré la puerta.

—He estado trabajando en algunas propuestas para posibles proyectos que podríamos implementar en la empresa —dejo sobre su mesa una carpeta amarilla.

—¿Cree que tenemos presupuesto para desarrollar nuevos proyectos simultáneamente? —inquire con su habitual tono firme.

Solté una risa nerviosa.

—No, por supuesto que no —me aclaro la garganta con un gesto nervioso—. Son propuestas de proyectos que podrían implementarse con un costo mínimo, aportando mayores ganancias para el equipo de historias juveniles e infantiles.

Manon me escudriñó de arriba abajo, su rostro apenas mostraba un atisbo de aprobación.

—Está bien —cedió, arrancando la carpeta de las manos—. Veré si encuentro un momento para revisarlas.

—Gracias, Manon —expresé con un dejo de alivio en la voz.

«Lo siento Alex».

El día se desplegó ante nosotros, cargado de tareas y responsabilidades que se multiplicaban, aunque la ventaja era que ya no estábamos bajo la constante presión del reloj para culminar todo antes de cada viernes. Alex me había asignado como líder del equipo junto a Céline, una nueva responsabilidad para organizar los conceptos centrales y brindar apoyo a todos los miembros del grupo. El equipo de veinte personas se dividió en dos partes equitativas; Céline y yo asumimos la dirección de diez individuos, enfocados en desarrollar la historia para el premio, mientras Lukas lideraba los otros equipos más pequeños en distintos proyectos.

Los pensamientos me dejaron fatigado mentalmente después de la intensa planificación y la asignación de labores. Las ojeras de Céline se acentuaban más, pero aun así, entre risas, nos levantamos para dirigirnos a almorzar. Me acerqué al puesto de Alex con precaución, intentando no interrumpirlo de repente en su espacio.

—Vamos a almorzar —y más que una sugerencia es un pedido.

Lo vi debatirse, con estrellas en los ojos y su cabello desafiando la gravedad, con sus suaves curvas y puntas rebeldes que se alzaban en el aire.

Acepta y algo se mueve en mi interior, desde la boca del estómago hasta el corazón.

Mientras nos acercábamos al ascensor, noté que parecía más desanimado de lo habitual. Intenté preguntarle si todo estaba bien, pero las puertas se abrieron de golpe y apareció Camille, seguida de Manon. La directora mantenía su escepticismo diario que no sorprendida a nadie y Camille que parecía no querer levantar la mirada del suelo. Sentí una urgencia repentina de ser imprudente, al menos una vez esta semana.

—¿Todo bien? —pregunto, dirigiendo mis palabras a Camille. Al alzar la mirada, su expresión mostraba una sonrisa apenas sostenida, como un gesto de resignación.

—Señora Manon, me gustaría hablar con usted —exige Alex con un tono serio.

—No es el momento —replica la directora.

—Parece que sí lo es —contraataca Alex, desconcertándonos por completo. A todos.

Moví la mirada rápidamente y noté en el rostro de Manon un destello de sorpresa, como si no esperara tanta franqueza por parte de Alex.

—Si tiene algo que decirme, puede hacerlo aquí, Señor Santos —resuena su voz en el espacio, evidenciando su negativa a discutir—. Tenemos prisa para hablar con el directivo sobre la situación de la Señora Bakker .

—En realidad —murmura Alex—, es justo eso de lo que debemos hablar.

La directora cruzó los brazos rápidamente, indicando su desacuerdo antes de permitir que Alex hablara. Cambió su postura, concentrando su peso en un talón. Su lenguaje corporal cerrado parecía aumentar la tensión en Alex, quien apretó los puños con cautela.

—Entiendo su preocupación con respecto a Camille y su tardanza en algunas reuniones clave. En eso estamos de acuerdo —manifiesta Alex mientras a la directora se le dibujó una sonrisa cómplice en el rostro— Pero creo que tratar de manera diferente a nuestra manager del departamento infantil no es ético. Su papel es apoyarnos y guiarnos, especialmente en proyectos complicados como el de París. A pesar de su falta de respeto, creo que no debería ser... despedida simplemente porque, como pudo ver en el manuscrito que le envié el pasado viernes, hizo un excelente trabajo con su equipo.

»Es verdad que estuvo mal su actitud, pero también podrá concordar conmigo que con todo el caos que hemos tenido, es normal que ella se haya sentido... poco acompañada por usted y haya reaccionado de esa manera.... ¿no le parece?

Las orejas de Manon parecían estaban ardiendo de lo rojas que estaban, a punto de explotar. Camille y yo estábamos boquiabiertos.

—Además... —continúa con un tono firme pero neutral—, el plazo para presentar nuestra propuesta para los premios de París se acerca rápidamente. Sería absurdo perder a alguien tan importante para el equipo en este momento crucial. Entrenar a alguien nuevo llevaría mucho tiempo y podría afectar la calidad de nuestro trabajo, lo que, como bien sabe, podría costarnos el premio que nuestra empresa gana año tras año.

—Señor Santos, no creo... —interviene Manon.

—Por favor, déjeme terminar —interrumpe Alex, casi ahogándose por la rapidez con la que hablaba. Parecía que Manon estaba a punto de estallar.

»Ha sido bastante... vocal sobre las capacidades de Camille. Sin embargo, ¿podría considerar darle una oportunidad para demostrar, con resultados concretos, que ha aprendido la lección? Después de todo, a la junta directiva no le agradaría saber que despedir a alguien tan crucial en el departamento nos hizo perder un premio tan significativo. Eso podría estar ligado, desafortunadamente, a su nombre. ¿No está de acuerdo... directora?

El silencio se apoderó del ambiente, congelándolo a nuestro alrededor. Yo aún trataba de comprender de dónde había surgido esa valentía en Alex para defender el puesto de Camille. Nadie decía nada, y cada segundo de silencio parecía pesar más que el anterior.

—Gracias por sus sugerencias, Señor Santos —finalmente responde Manon, rompiendo el silencio abrumador—. Analizaré detalladamente lo que me ha comunicado y, después de la reunión con la junta directiva, le haré saber el resultado.

Alex asintió con una sonrisa de triunfo que desapareció en el instante en que Manon volvió a hablar:

—Pero le advierto, por primera vez, que conozca su lugar. No es su responsabilidad recordarme cómo hacer mi trabajo. No habrá una segunda oportunidad para recordárselo —escupe, mirándolo con desprecio, antes de girarse lentamente hacia mí. Un escalofrío me recorrió el cuerpo—. Aprovechen el almuerzo para generar mejores ideas para su trabajo.

Manon avanzó decidida, haciendo que Alex se apartara para dejarla pasar. Camille, agradecida, murmura unas palabras en dirección a Alex antes de seguir a la directora.

Después de esa tensa conversación, el ambiente se llenó de una atmósfera pesada. El silencio, incómodo y denso, se extendió como un manto que ahogaba cualquier intento de diálogo. Entramos juntos al ascensor y en silencio esperamos a que las puertas volvieran a cerrarse.

—¡Me dejaste loco! —exclamo apenas comenzó a moverse el ascensor— ¡Eso ha sido increíble!

Alex por su parte no me miraba, estaba sumido con la mirada hacia sus pies. Me moví intentando comprender si había sucedido algo entonces le toqué el hombro para ver si reaccionaba. Una enorme carga eléctrica impulsó la mano con rapidez. Alex reaccionó como si saliera de algún transé y yo me pregunté porque cada vez que nos tocábamos existía esa electricidad.

Las puertas se abren y los murmullos de la cafetería llegan como viento.

—Estoy mareado —susurra Alex.

—¿Estas bien? —me asusto cuando lo veo presionar el botón del noveno piso y las puertas se cierran.

Al llegar, salí con toda prisa y entra en la biblioteca. Lo sigo con detenimiento, dejándome con el corazón a mil por hora. Se detuvo al final del pasillo cuando estábamos alejados de la puerta. Solo miraba la pila de libros.

—Joder hombre, ¿estas bien? Me estas asustando.

—Tenía muchos años que no me sucedía algo así —murmura—. La última vez tenía nueve años. Estaba en la escuela y un chico andaba molestando a mi mejor amiga y me interpose frente a ella para defenderla. Me sentí muy valiente —soltó una pequeña sonrisa—. Terminé llevando una golpiza a pesar de mis intentos por defenderla.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Defenderla?

Asiento.

Se sienta en el mueble a su derecha y noté como su rostro comenzaba a cobrar de nuevo un poco de color. Su cabello se había despeinado un poco más de lo usual y meforcé a evitar acercarme a arreglarle algún mechón que sobresalía.

—Odio las injusticias... Camille hizo mal en explotar de esa manera en la reunión, pero tampoco podemos fingir que la propia directora no nos causa un estrés desmedido. No justifico sus acciones, pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Cómo lo haces? —susurro sintiendo que mi voz sonaba más aterciopelada.

—¿Qué cosa?

Sus ojos brillan otra vez, como estrellas en la galaxia, como ese brillo que me llama y me invita a quedarme.

Me acerqué un poco intentando romper algo de la distancia que nos separaba y me senté a su lado. Quería sentir el calor de su cuerpo, la textura de su ropa al rozar la mía, su aliento

mezclándose con el mío y el olor de su piel junto a mi nariz. Porque por alguna razón sentía que si no lo hacía perdería la capacidad de respirar en ese momento.

—Cada día me impresionas más.

Bajó su mirada intentando ocultar una leve sonrisa. La mano me cobró vida, se movió sola hasta que se acercó y acarició la piel de su rostro con los dedos temblorosos. Nuestros ojos se conectaron y volví a ver estrellas volar por sus pupilas, pero esta vez más cerca. Las marcas de su piel me hacían perderme como en un mapa, que de pronto quise descubrir a donde me llevarían. Porque cuando lo miraba a los ojos, y él me permitía verlo tan desnudo, me perdía en esos mares oscuros donde no quería irme nunca.

Me acerqué otro poco y nuestras respiraciones se aceleraron. Lo noté porque comencé a sentir su aliento agitado cerca del rostro. Sentí su mano apoyarse sobre la mía, mientras nuestras miradas seguían perdidas.

—Louis... —susurra haciéndome perder los sentidos.

Ansiaba acercarme lo suficiente para descubrir el sabor que habitaba en sus labios. Llevaba semanas, desde la lavandería, el karaoke, los pasillos y todas las veces que estaba junto a él desesperado por el deseo ardiente por sentir la textura de su boca. Sus labios carnosos que llamaban mi atención sin control.

Mis ojos, en ese instante, se apartaron de los suyos y se centraron exclusivamente en su boca roja y húmeda que parecía susurrar mi nombre. Podía sentir el pulso acelerado con una mezcla de ansiedad y anticipación que llenaba el espacio entre nosotros, llenando el ambiente de cargas eléctricas. Cada detalle de su rostro parecía magnificado: la curvatura de sus labios, el juego de luces y sombras que resaltaban su mirada, la pequeña marca que tenía sobre el labio superior, incluso la forma en que su aliento a menta se mezclaba con el mío. El olor de su cabello me llegó: era suave, dulce... olía a toronjas. Algo demasiado particular. La mente se debatía entre la prudencia y la tentación, el deseo de acortar la distancia y el temor a cruzar esa línea.

Esa maldita línea.

—Louis... bésame de una vez.

Mis dedos comenzaron a deslizarse entre las curvas sedosas de su cabello, exactamente como había imaginado. Su textura era suave y los dedos bailaban entre sus mechones castaños dorados.

Abrí la boca y humedecí los labios, él me siguió el movimiento. Tenía sed, demasiada hambre.

Lo deseaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Alex

Alma perdida

Los ojos entrecerrados de Louis me parecían un poema, sus labios húmedos y perfectos acercándose a los míos.

Todo era sueño.

Tenía que serlo,

No podía tener la dicha de que alguien tan atractivo, simpático y tan... él mismo quisiera descansar sus labios sobre los míos. ¿Por qué demoraba tanto? ¿Acaso no veía que me estaba muriendo por dentro, por su ausencia?

El crujir de unos pasos fuertes resonó como un disparo en el silencio que habíamos tejido. Fue como si el eco de ese sonido rompiera el hechizo de aquel momento único que estábamos compartiendo. Un segundo antes, nuestras figuras estaban tan cercanas que podía sentir su respiración en la mía, pero la realidad se abalanzó de golpe, separándonos abruptamente.

—¡Señor Santos! Lo andaba buscando —anuncia Manon cuando se asoma por el pasillo.

Me levanté con un hueco en el pecho y rápidamente me alejé, sintiendo la estrechez entre nosotros.

No entiendo por qué mi cuerpo y mis sentidos se descontrolan de tal modo cuando estoy cerca de Louis. Me desespera sentirme tan torpe e incapaz de moverme con soltura cuando él está presente.

Hoy descubrí algo nuevo en su rostro; estando tan cerca, noté cómo algunas pecas en su piel formaban constelaciones. Me pregunto si podría acariciarlas y recorrer sus líneas con la punta de los dedos. El roce de sus labios era frío y aún me cuestiono por qué no dio el paso para unir los suyos con los míos. Desde cerca, sus labios parecían esculpidos en mármol, tan perfectos que me enojaba no reaccionar como una persona normal ante ellos. Me perdí en su mirada, en esos ojos grises que parecían reflejar el cielo en un día nublado y que podían arrebatarle el alma.

En cada momento junto a él, me siento sumergido en un vaivén de emociones. Es como estar entre el abismo de deseo y el muro infranqueable del temor. A veces, siento que si lo abrazo demasiado fuerte, se desvanecerá en el aire, convirtiéndose en una ilusión irreal. Otras veces, siento que si me alejo un centímetro más, desaparecerá en la penumbra de un lugar donde ya no tendré acceso.

¿Cómo puedo enfrentar lo que siento por él? ¿Cómo podría siquiera intentar confesar lo que el corazón me grita y la boca no logra pronunciar?

El miedo que me tiene paralizado por dentro y es tan fuerte que me siento petrificado, incapaz de dar un paso adelante. Quizás espero que sea él quien dé el siguiente paso por yo ser demasiado cobarde, pero una parte de mí piensa que quizás es mejor que no descubra lo que siento.

Que todo termine aquí y que mi corazón no sufra una vez más.

Cuando regresé al ala este acompañado de la directora, Camille nos esperaba junto al resto del equipo. La señora Manon con su gesto habitualmente austero parecía mostrar algo distinto.

De reojo, distinguí su figura sentarse entre el resto del equipo. El hombre que había dejado mi alma desnuda y el deseo en la boca.

—Como saben, hemos mantenido una reunión crucial con el directivo —comienza antes de proyectar esa mirada perspicaz—. Tras un exhaustivo análisis y considerando el rumbo que debe tomar nuestro equipo, el directivo ha decidido que la Señora Bakker mantendrá su rol como Manager del departamento de historias infantiles — solté un suspiro victorioso que pareció resonar en la sala, y esto despertó la furia en los ojos de la directora.

Ella se giró con la mano en la espalda de Camille, quien dio un paso al frente bajo su mandato.

—Tendré expectativas mucho más elevadas de todos ustedes —espeto con veneno—. Ahora, vuelvan a sus puestos de trabajo. Tenemos premios que ganar.

Todos aguardaron a que la señora Manon se retirara de la sala, como si su partida desencadenara una explosión de júbilo. El equipo de Camille se precipitó hacia ella, abrazándola, y desde mi posición pude percibir cómo sus hombros parecían liberarse de un peso. La sonrisa se me amplió al darme cuenta de que había contribuido aunque fuera un poco para asegurar su permanencia. Decidí, finalmente, girarme y encaminarme hacia la zona de comida. Sentí la suavidad de un toque en el hombro. Al voltearme, me encontré con una presencia, una sonrisa tierna que se reflejaba en unos ojos casi cerrados.

—Cuando llegaste a la empresa, honestamente, dudaba de tus habilidades —empezó Camille, con la mirada fija en los zapatos—. Parecías inexperto, verde y tras ver cómo Manon te intimidaba, sentí que confirmabas mis sospechas —suspiró—. Pero después de verte defenderme hoy frente a ella, ante la misma directora que te ponía nervioso, no tengo palabras para agradecerte, Alex.

—No tienes que agradecer nada —respondo, esbozando una sonrisa.

—Vengo de una familia que emigró de Corea hace muchos años. En casa, nunca nos enseñaron a pedir ayuda; siempre nos inculcaron la idea de que debíamos ser autosuficientes. Para una mujer, abrirse camino en posiciones altas en una empresa resulta complicado, sobre todo cuando la gente juzga y discrimina simplemente por un rostro, incluso si has nacido aquí.

»Solo quería que supieras cuánto te agradezco y lo valiosa que fue tu ayuda con el manuscrito.

—Creo que habrías hecho lo mismo por mí.

Ella dejó escapar una risa suave, aunque no confirmó lo que decía.

—Es reconfortante pensar que aún hay personas así en esta empresa. Por favor, no dejes de ser así, Alex. A veces con la presión de este puesto, terminamos teniendo dos opciones. Caemos en el veneno o nos convertimos en seres frágiles que terminan por irse. Yo sigo siendo un poco frágil, pero no caigas en el veneno.

Las palabras de Camille se convirtieron en un bálsamo para mis inquietudes. Sentí un respiro al saber que alguien en la empresa reconocía mis capacidades. Aunque aún la idea de enfrentarme a la directora me inquietaba, esta pequeña muestra de apoyo me impulsó a seguir adelante.

Retomé mi camino hacia el ascensor, con el estómago rugiendo más que un león hambriento frente a su presa. Al abrirse las puertas, marqué la primera planta, pero antes de que se cerraran, una mano se interpuso, impidiendo su cierre.

—¿Y ahora qué? —expreso frustrado.

Me estremecí al ver el rostro impasible de la señora Manon. Entró y se mantuvo a mi lado mientras las puertas comenzaron a cerrarse.

—Me ha sorprendido, Señor Santos —comenta la directora, con la mirada fija en la puerta—. No es algo que ocurra con frecuencia.

—¿La sorprendí?

—Eso acabo de decir. Sorprenderme es lo mínimo que espero de alguien en mi equipo. Que no solo cumpla con lo que es exigido, sino que también muestre garra.

—¿Cree que tengo esa garra?

Ella asintió.

—En lo profundo, debo admitir... bien profundo —las puertas del ascensor se abrieron en la planta dos y la directora dio algunos pasos hacia adelante—. Le asignaré nuevas tareas esta misma tarde —levantó una ceja y pareció sonreír un poco—. Me ha despertado la curiosidad y quiero ver hasta dónde es capaz de llegar.

Las puertas se cerraron antes de que pudiera articular alguna palabra. El sonido del ascensor al llegar a mi planta me devolvió a la realidad. La conversación no había sido un halago, sino un castigo por desafiarla. Inhalé profundamente, una bocanada de aire que apenas calmó el nudo que retorció el estómago. ¿Cómo podía permitirle a ella, dictar todas y cada una de las reglas del juego, mientras yo permanecía inmóvil, como un espectador resignado a sus caprichos? Las manos, por instinto, se me cerraron en puños firmes, los nudillos tensos y blancos contra la presión. Sentí la necesidad urgente de demostrarle, no solo a ella sino también a mí mismo, que tenía la fuerza y la convicción para enfrentar cualquier desafío que se interpusiera en mi camino.

Después de finalmente saciar el estómago en el borde del desmayo, me topé con Audrey en el comedor. La vi sentada, disfrutando de su café con un grupo de colegas. Saqué el teléfono del bolsillo, silencioso desde la noche anterior, y comprobé que aún no había recibido respuesta de ella, a pesar de haberle escrito sobre el asunto del apartamento. Las piernas me controlaron hasta plantarme frente a ella.

—¡Audrey! ¿Cómo estás? —intenté mantener la calma a pesar de la rabia que bullía dentro de mí.

—¿Alexandro, cierto? —indaga, tratando de recordar mi nombre.

—Alex —corrijo—. Siento interrumpir tu descanso, pero te escribí ayer por la mañana sobre un problema en el departamento, y ya pasó más de medio día sin respuesta.

—¿Estás seguro de que me lo enviaste a mí? —Actuaba sorprendida, pero el gesto de las demás en la mesa delataba su falsedad. Sentí que mentía descaradamente.— Quizás lo enviaste a otra persona por error.

—No —niego con frustración, sintiendo cómo el calor ascendía por el cuerpo. Saqué el teléfono y abrí la conversación—. Aquí está —extendí el brazo y le mostré el mensaje— y no, no respondiste.

—¡Ah, ya entendí! —aclara con una sonrisa sutil—. Es que este tipo de cosas tienen que ser enviadas por *email* y no por mensaje. ¿Podrías mandarme toda esa información al correo? Así podré intentar darte prioridad cuando pueda.

Se giró, dejándome con la palabra en la boca y, maldiciendo en silencio, luché por no gritar en medio del comedor. Resignado, regresé al noveno piso y me senté frente a mi escritorio para redactar un *email* extenso, expresando toda la frustración derivada de la situación del apartamento. En lugar de solicitar ayuda para arreglar la fuga, informé que planeaba abandonar

el departamento esta misma semana, debido a su inhabitable estado. Aun sin un destino claro, no podía tolerar seguir viviendo en condiciones tan precarias.

Un alivio palpitó en el pecho al presionar el botón de enviar, y solté un suspiro victorioso que me liberó de una tensión acumulada. Mientras confirmaba el resto de los correos recibidos para organizar las visitas a algunos pisos esa misma tarde, noté que el teléfono no dejaba de emitir sonidos. Las vibraciones constantes me alertaban sobre llamadas o mensajes. Al desbloquear la pantalla, pude ver una sucesión de notificaciones. Me invadió una preocupación repentina por lo que podría ser tan urgente. Al acercar el teléfono, discerní un mensaje de alguien que creía perdido en el laberinto del pasado, una presencia que nunca imaginé volver a encontrar.

Esteban.

Al leer sus mensajes, una oleada de pensamientos hirientes invadió la mente. ¿Qué derecho tenía él de reaparecer ahora? Sentí un nudo en el estómago, fuerte y seco al recordar las razones por las que habíamos terminado.

Noté que esa rabia que me invadía al ver esos mensajes sin respuesta hablaba de algo más profundo, algo que quizás aún no había resuelto dentro de mí. Comencé a leer con un nudo ahogándome en la garganta.

—Te extraño—

—Se que fui malo contigo y me gustaría pedirte perdón Alex—

—Me he sentido solo desde que te fuiste—

—¿Cómo te ha ido? Estoy pensando en cometer una locura e ir a verte—

—Se que quizás no quieras saber de mi pero yo me he dado cuenta de muchas cosas en tu ausencia—

—Te extraño—

—Siento mucho haberme alejado de ti de esa manera. Estuve equivocado y me arrepiento profundamente—

—Desde que te fuiste, he reflexionado mucho sobre mis acciones. Me doy cuenta de lo que perdí y desearía tener la oportunidad de arreglarlo—

—Alex, me haces falta—

—Veo los libros de Harry Potter y me recuerdo de vernos viendo las películas juntos—

—Me faltan dos libros... ¿te los quedaste? —

—Extraño tus besos—

Contemplé mi reflejo en la pantalla mientras leía sus mensajes. Me intrigaba ver mi reacción física ante sus palabras. Quizás una parte de mí se sentía satisfecha al saber que finalmente reconocía sus errores. Que había sido un maldito conmigo... pero ¿qué significaba eso para mí ahora? Estaba en otro momento de mi vida, construyendo algo nuevo a kilómetros de distancia. A pesar de cuestionar mi capacidad para adaptarme a este nuevo entorno, ¿realmente necesitaba su arrepentimiento para encontrar mi camino?

Él no tenía derecho a perturbar mi paz así.

Recuerdo haber escuchado el nombre de Diogo en la conversación con Claudia hace unos días. Me había sorprendido saber que había aparecido en casa de Jessica, y por alguna extraña razón, la idea de verlos juntos me daba asco, era como si una pesadilla se hubiera materializado ante mí: dos de mis exnovios compartiendo un espacio como pareja. A veces, el mundo parecía tan pequeño y sus conexiones tan irónicas. Esteban quería jugar un juego en el que yo no tenía el mínimo interés.

Diogo no era un santo, y recuerdo con claridad aquel fatídico día, en medio de un restaurante, después de desaparecer durante más de dos semanas, cuando me soltó aquellas palabras sobre su

miedo al compromiso. Esa amarga memoria me trae un sabor tan desagradable a la boca que siento un punzante dolor en la parte baja del estómago. A veces, incluso, llego a pensar que tal vez me alegra que estén juntos. Dos desgraciados que, al parecer, se merecen mutuamente. Quizás ambos se causen el mismo daño y finalmente comprendan lo mucho que han hecho sufrir a otros. Lo que me molestaba era el hecho de que, a pesar de su diversión juntos, Esteban aún venía a buscarme.

Él se había ido a Lisboa por un sexo barato y un amor falso.

Yo por mi parte, quería seguir adelante, recuperarme de alguna manera lo más alejado de él.

Con las manos temblorosas, comencé a redactar mi respuesta, necesitaba dejar en claro que no había espacio para volver atrás.

—Esteban, me alegra que estés bien a pesar de la distancia. Pero eso no cambia las cosas entre nosotros. No podemos volver simplemente porque te hayas dado cuenta de mi valor y de lo poco que vales tú. Fuiste muy claro cuando terminaste conmigo y me exigiste libertad... ¿Qué haces volviendo a donde no eras feliz? Suenas un poco desesperado. Es mejor que sigas adelante, yo ya lo hice.—

Envíe el mensaje y bloqueé su número sin mirar atrás.

Capítulo cerrado... a la fuerza.

En ese momento, otro mensaje capturó mi atención. Charles me invitaba a tomar un café después del trabajo. Una sonrisa tímida se me asomó en el rostro, pero tuve que rechazar su invitación, alegando la necesidad de buscar un nuevo lugar para vivir. La realidad me golpeaba con fuerza en la nuca: la semana podía terminar y yo no tenía un techo seguro. Antes de poder bloquear el teléfono, ya tenía una respuesta de Charles ofreciéndose a acompañarme en la búsqueda de apartamentos.

Dudé, pero finalmente acepté.

Terminé algunas reuniones con el equipo y traté de cerrar la mayoría de mis tareas antes de la hora de salida. Empecé a recoger mis cosas apresuradamente para no demorarme. Justo en ese momento, Charles me envió un mensaje confirmando que me esperaba afuera del edificio. Guardé el portátil en la mochila y algunas carpetas que necesitaría para trabajar desde casa esa noche. Cuando sentí una sombra sobre mi escritorio, alcé la vista.

—¿Hoy te vas temprano? —pregunta Louis con una sonrisa, su tono juguetón rompió un poco la tensión— ¿Qué le hiciste a la bruja, Alex?

Reí suavemente, aunque la presión seguía latente.

—No le hice nada a la directora, solo tengo que ver unos apartamentos, ya no puedo seguir viviendo en ese infierno que me asignaron.

—¡Ah, entiendo! Dame un par de minutos para recoger mis cosas y te acompaño.

—No hace falta. Un amigo vendrá a ayudarme.

—¿Un amigo? ¿Alguien de la oficina? —niego y su rostro pasa de la curiosidad al desconcierto y, de repente, a una seriedad que nunca había visto en él—. Es mejor que vaya contigo si es alguien que conociste recientemente puede ser.... Solo para asegurarme de que no sea un secuestrador o asesino en serie.

Acomodé la mochila en la espalda, sintiendo su peso, y di un paso hacia la salida. Louis me seguía, tratando de convencerme mientras caminábamos.

—Creo que sería extraño ver algunos apartamentos con dos amigos, podría dar una impresión equivocada, ¿Entiendes? —expliqué a Louis.

Asintió, algo desanimado.

—Está bien, pero avísame si necesitas algo.

Agradecí con un gesto y continuo caminando solo hacia el ascensor. Me detuve frente a las puertas esperando que se abrieran, hasta que sentí una mano en el hombro que me dio un susto, como si hubiera recibido un calambrazo.

—¿Cómo piensas llamarme si ni siquiera tienes mi número? —cuestiona Louis, jadeante después de haber corrido a buscar su mochila.

Reí y le entregué el teléfono para que agregara su número a mis contactos. Hubo un ligero cosquilleo cuando nuestras manos se rozaron al intercambiar el teléfono. Entramos al ascensor y durante el viaje, me orientó sobre las zonas que debía evitar en la ciudad.

Al llegar al vestíbulo, me topé con Charles. Su mirada se encontró con la mía y me obsequió una sonrisa radiante que mostraba sus dientes blancos, como los de la publicidad de dentífricos. Estreché su mano y busqué en el teléfono la dirección del primer departamento que veríamos. A mi lado, Louis saludó a Charles con un apretón que parecía demasiado fuerte; pude notarlo por la expresión de molestia en el rostro de mi amigo.

—Bueno, tenemos que irnos por esta calle —señalé a la derecha.

—Cualquier cosa, me llamas, Alex —repitió con tono serio mirando a Charles con los ojos entrecerrados—. A cualquier hora, estaré contigo en un abrir y cerrar de ojos.

Asentí con una sonrisa y Louis se despidió estirando la mano nuevamente para estrecharla con Charles, con un apretón que parecía más firme que el anterior.

—Cuida de Alex —murmura antes de soltar su mano.

—Claro que sí —responde Charles con una sonrisa, intentando librarse del apretón.

Me sentí como un adolescente presentando a mis padres al chico que me gusta. Louis hacía el papel de... ¿los padres?, y ¿Charles...?

Mientras caminábamos, mi amigo me contaba sobre algunos dramas que habían sucedido en su trabajo el día de hoy, comencé a reír con algunos de sus comentarios y sin darme cuenta tropecé al girar la esquina con algunas hojas mojadas que había sobre el pavimento. Me sonrojé de lo torpe y me levanté con la ayuda de mi amigo. Intenté secarme un poco de lo mojado que había quedado en el pantalón. Levanté la mirada y él seguía riendo de mi torpeza.

—Vas a hacer que tu novio venga a matarme —balbucea entre risas.

—Louis no es mi novio.

—¿No? —se mostró honestamente confundido—, juraba que sí, por la manera en que actuó hace unos minutos.

—Es un amigo... algo sobreprotector.

—Quizás demasiado para ser solo un amigo.

—¿Es por esta calle no? —cambie la conversación rápidamente. Lo último que quería era hablar más de Louis, ya tenía suficiente con tenerlo presente siempre en los pensamientos.

Recorrimos las largas calles de Bruselas en busca de los apartamentos que había marcado para visitar. Dos de ellos resultaron ser la mayor decepción del día: uno parecía un hueco de cueva primitiva con apenas una cama vieja en una sala estrecha. Las marcas del tiempo salpicaban las paredes, y la gran filtración en el techo no pasaba desapercibida. No necesitaba salir de una para entrar en otra peor. El otro apartamento no era tan prehistórico como el anterior, pero quedaba un poco más lejos de la zona deseada, aunque ofrecía un potencial interesante. Para mi desagradable

sorpresa, la dueña rechazó rotundamente cualquier propuesta mía debido a mi condición de extranjero.

Me sentí como si fuera una basura.

Charles coincidía conmigo en que las opciones dentro de mi presupuesto eran escasas, ninguna cumplía con las condiciones aceptables o tenía potencial para mejoras en comparación con mi situación actual.

El último piso que visitamos ese día era de unos amigos de Charles y me ofreció un trago dulce que agradecí con casi lágrimas en los ojos. Ubicado en un edificio alto de siete pisos, y en el séptimo piso encontré lo que tanto buscaba. Era de concepto abierto y estaba Dividido, creando un espacio que parecía más grande de lo que realmente era. El piso superior estaba destinado a una cama enorme que ocupaba casi todo el espacio, con un gran armario castaño oscuro frente a ella. Una pequeña escalera descendía perpendicular a la cama hacia la sala, decorada con un enorme sofá verde esmeralda que se asomaba frente unos inmensos ventanales. La cocina, compacta pero funcional, no amenazaba con desmoronarse al mínimo roce. Era un apartamento pequeño, pero me había robado el corazón.

Después de salir de la visita, negocié rápidamente con el propietario y, tras un prolongado acuerdo, firmé los papeles en el acto. Estaba nervioso por el paso que había dado, pero también sentía que era una gran oportunidad para mí. Charles se ofreció a ayudarme con la mudanza y para celebrar, decidimos ir a tomar algo a un pequeño bar que habíamos visto al principio de la calle.

Nos despedimos del dueño del apartamento después de acordar la fecha para empezar a traer mis cosas y mudarme oficialmente. Descendimos en el angosto ascensor y salimos del edificio de paredes beige.

No podía ocultar la felicidad en el rostro. Finalmente sentía que mi vida estaba mejorando al menos un poco y que no todo era una desgracia absoluta. Los pasos que daba eran más bien saltos de bailarín y, en lugar de tocar el pavimento, parecía que flotaba sobre nubes de algodón de azúcar. Justo antes de llegar al bar, di un pequeño salto de victoria y, al aterrizar, el pie izquierdo se deslizó en el suelo. Otra vez. Luché por mantener el equilibrio, pero solo logré impulsar una caída más brusca, chocando contra un hombre alto con chaqueta negra y ambos terminamos en el suelo, su cuerpo impactó sobre mi brazo izquierdo.

Un grito ahogado se me escapó de los labios cuando el dolor se apoderó de del brazo, y el hombre se apresuró a levantarse para ayudarme a incorporarme también.

—¿Está bien? —pregunta con preocupación.

Con el rostro contorsionado por el dolor, sostuve el brazo izquierdo y alcé la mirada para encontrarme con la suya. Reconocí esos ojos grises al instante; los había visto antes.

—Louis —susurro apenas audible— ¿Qué haces tú aquí?

Una ciudad tan grande y me lo conseguía hasta en la sopa. Logré incorporarme, aunque el brazo protestaba. Sin embargo, mi prioridad era comprender por qué seguía encontrarme con él en una ciudad tan vasta. ¿Por qué persistía en la mente? ¿Por qué no lograba eludirlo y, en parte, por qué deseaba que eso siguiera sucediendo?

—¿Nos has estado siguiendo?

—Pero si yo vivo aquí —aclaró, señalando hacia el edificio a la derecha con las llaves tintineando en su mano—. ¿Y tú qué haces aquí? —se giró, escudriñando detrás de mí—. Pensé que te había dejado bien claro que lo cuidarás, y mira lo que ha ocurrido —su tono se volvió más serio al dirigirse a Charles.

—No podía prever que se iba a caer —se disculpó Charles, tratando de calmar la situación.

El rostro de Louis se tensó, sus rasgos adquirieron una expresión severa; me sentía como en una escena de las películas de vampiros.

—Eh, ya basta —intervine—. No soy un niño que necesita protección. Es absurdo pensar que a mis treinta años requiera este tipo de atención.

Un pequeño gemido de dolor se me escapó de los labios al mover el brazo al hablar.

—Será mejor que vayas al hospital para que revisen ese brazo —propuso Charles.

—No —intervino Louis rápidamente—. Yo lo llevaré.

Sin darme cuenta, Louis ya estaba a mi lado con su mano rozándome la espalda, instándome a avanzar hacia la calle. Giré desconcertado, confundido por la situación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, deteniéndome.

—Te llevaré al hospital. Necesitas asegurarte de que no te hayas fracturado algo.

—No necesito tu ayuda, ni que pretendas ser *Superman* ahora mismo. Puedo cuidarme solo —mi tono reflejaba un poco de molestia por su actitud de salvador. Me giré hacia mi amigo—. Charles, perdón por toda esta confusión, pero iré al hospital solo —hice énfasis en la palabra "solo"—, así que no te preocupes. Te enviaré un mensaje cuando salga.

—¿Estás seguro de que no quieres compañía? —insiste Charles.

—Está seguro —gruñen a mi lado.

Me despedí y continuo caminando. A los pocos segundos, escuché pasos cerca de mí y me giré, sintiendo que mi paciencia se agotaba.

—¡Te dije que iré solo!

—No —desafió Louis con seriedad y siguió caminando hacia mí, colocando su mano sobre mi espalda y empujándome.

—¿Por qué estás haciendo esto? —insistí.

No respondió.

Avanzamos en silencio mientras la mente se me llenaba de preguntas sobre su repentino cambio de actitud.

¿De dónde venían estos celos?

—Louis... —comencé, pero él me cortó bruscamente en un tono gélido.

—No digas nada, Alex.

—¿Por qué estás tan molesto conmigo? —cuestiono, herido.

Se detuvo en seco y lo miré a los ojos. Estaban muertos, sin brillo, y evitaba mirándome a la cara.

—Me descuido dos segundos y te apareces con un tipo, vete tú a saber de dónde lo sacaste. ¿Me dices que no quieres intentarlo conmigo pero sí con otro?

—¿De qué hablas? —pregunto desconcertado— ¿De Charles?

No respondió, pero en su rostro percibí que había dado en el clavo.

—Charles es un amigo que conocí hace unos días en un museo, no somos nada más.... Además no entiendo porque debo darte explicaciones. Tú me dejaste bien claro que no querías nada conmigo.

—Ni tu conmigo.

Continué caminando.

—Vamos, que quiero acompañarte al Hospital.

Luego de algunas horas, salí con el brazo vendado y con unas pastillas para el dolor. Tenía que mantener el brazo inmóvil por al menos dos semanas hasta que sanara por la caída y ya luego

volvería a la normalidad.

Como de costumbre, Louis insistía en acompañarme a casa a pesar de lo tarde que era. Las calles estaban casi vacías y su compañía ofrecía un respiro en esas brisas heladas de febrero. En el hospital, estuvo en silencio la mayor parte del tiempo, aunque siempre estuvo a mi lado.

Al llegar al edificio, se despidió sin mirarme al rostro y comenzó a alejarse por la calle oscura. Una sensación desagradable me revoloteó en el estómago y empecé a perder el control del aire en los pulmones.

Lo vi girarse bruscamente cuando llamé su nombre al correr y chocamos en un abrazo que me hizo gemir por el dolor en el brazo herido. El abrazo se sintió cálido, cómodo, familiar. Nuestros cuerpos finalmente se aproximaron lo suficiente, como deberían estar. Mi corazón continuaba latiendo tan fuerte que podía sentir nuestras pulsaciones sincronizándose. Chispas de electricidad parecían danzar por toda la piel al sentir la suya tan cerca de la mía. Era como si cada célula se hubiera encendido, una corriente invisible pero intensa nos conectaba. Las manos temblaban ligeramente al mismo tiempo que lo abrazaba y la cabeza reposaba sobre su hombro cálido.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído con su voz grave que rompe mi equilibrio interno.

—S—sí... —me atraganté con las palabras—. Solo quería agradecerte por haberme acompañado al Hospital, y creo que mi cuerpo decidió reaccionar de otra manera.

—Me gusta cómo reacciona tu cuerpo.

Sentí su abrazo apretándose un poco más antes de separarse. Sus ojos, llenos de plata líquida, me atraparon, llevándome a desear que no se alejara. Quería que se quedara conmigo, no solo en ese momento, sino siempre. Que dejáramos de sentirnos tan perdidos cuando nos teníamos el uno al otro.

Sus labios recorrieron mi rostro con la delicadeza de una brisa acariciando la piel. Besos fugaces, como destellos de luz, se posaron en la frente, junto a los ojos, sobre las mejillas. Cada uno de ellos despertaba una sinfonía de sensaciones en la piel, un eco en el pecho y un susurro en el alma.

Detuvo sus labios en mi mejilla y abrió los ojos, su mirada irradiando un anhelo constante que me envolvía por completo. Constantemente deseaba tantas cosas cuando sus ojos brillaban hacia mí.

Pero lo vi partir después de que su mano, con dulzura, acariciara mi mejilla en el mismo lugar donde me había besado. Observé cómo su figura se desvanecía gradualmente, hasta que se perdió en la oscuridad de la noche.

Louis

El viejo Louis

Llego tarde al trabajo tras una noche de copas con el grupo de Lukas. Cada paso que doy parece arrastrar el peso de una resaca inclemente, y la luz del día se filtra entre las sombras de mis párpados cansados. Los zapatos me resuenan en los escalones mientras atravieso la entrada del edificio, una ola de prisa me empuja hacia el ascensor. Cierro los ojos por un instante, tratando de alejar la sensación de vértigo que amenaza con apoderarse de mí. El eco de las risas y las conversaciones animadas de la noche anterior aún resuena en mi mente. Suspiro profundamente, intentando despejar mi mente mientras las puertas del ascensor se abren lentamente, revelando el frenesí de otro día en la oficina.

Este se detiene bruscamente en el primer piso y allí está Alex, una figura borrosa entre el vapor del café recién hecho. Han pasado casi dos semanas desde aquella noche de fragilidad en sus brazos y no hemos intercambiado palabras desde entonces, aunque siempre lo veo saliendo con Charles después del trabajo.

La mera cercanía de Alex en mi espacio de trabajo me provoca un maremoto en la mente, como si las olas de la duda y la confusión rompieran contra los pensamientos, impidiendo que me sumerja en mis proyectos. Es evidente que Alex prefiere dejar de lado cualquier atisbo de nosotros, mientras menciona a Charles en sus conversaciones con Camille en pleno pasillo. Nunca lo he oído referirse a mí de esa manera. Solo un silencio que confirma la inexistencia de un "nosotros".

Esa noche quería besarlo, confirmar el sabor de su boca y de la piel alrededor de sus labios dulces. Pero no podía. Algo me impidió avanzar y arrancarle los labios con los míos. Esperaba que él fuera capaz de hacer lo que en varias veces me había pedido.

«Louis... bésame de una vez»

Quería que lo besara, me daba a entender con sus palabras que existía interés en mí, pero luego no hacía nada cuando me tenía enfrente. No me besaba, no me confesaba lo que sentía por mí si es que lo hacía. Era como si quisiera que yo tuviera el control de todo.

Desde esa noche busco nuevas conexiones, rostros desconocidos que puedan despejar la mente de la constante presencia de Alex.

El bullicio de la noche se convierte en mi banda sonora, los latidos de la ciudad sincronizados con el pulso que corre por las venas. Busco entre la multitud, intentando desviar mi atención del recuerdo de su indiferencia. Si él prefiere la compañía de Charles, entonces, ¿por qué no abrirme a nuevas experiencias también?

Dudé en salir del ascensor mientras las puertas seguían abiertas, un impulso me instaba a acercarme, a saludarlo. Pero en realidad, anhelaba su olor cercano a mí, deseaba el roce de su piel bajo mis dedos. Las puertas comenzaron a cerrarse y, aunque podría haber intervenido, dejé que siguieran su curso. Llegué a la planta nueve con una rapidez inusual, el recorrido parecía haber sido un parpadeo. La sala estaba parcialmente desierta; algunos se hallaban inmersos en

reuniones matutinas o desayunando en el comedor. Saludé a Céline, quien aguardaba el ascensor, y me dirigí hacia mi escritorio.

Me senté y encendí el portátil. Necesitaba cerrar varios proyectos pendientes y supervisar cómo avanzaba el proyecto de París. Alex me había delegado la responsabilidad junto con Céline, y debía demostrar tanto a Manon como al conjunto directivo que merecía tomar el cargo de Alex. No deseaba lastimarlo, sobre todo cuando sentía algo que agitaba mi interior, haciéndome parecer un tonto frente a él, pero sabía que no podía permitir que mis sentimientos interfirieran con mi trabajo. Entre el vaivén de la guerra y el amor, mi prioridad era alcanzar el puesto de Manager en la empresa. Era mi boleto para abandonar el sofá de Sophie; años de ahorros estaban en juego. Sin un puesto sólido, obtener una hipoteca para comprar mi propio apartamento sería un sueño lejano. Lo siento por él, pero debía dominar las emociones y enfocarme en mi objetivo principal.

El resto del día transcurrió de manera rutinaria. Mi equipo avanzaba bien con el proyecto, alcanzando su máximo potencial, y la colaboración de Céline resultaba de gran ventaja. Cuando marcó las seis de la tarde en el reloj de mi portátil, la mayoría del equipo ya abandonaba el edificio. Céline conversaba con la directora en su cubículo y yo opté por ir a la biblioteca para devolver algunos libros que había tomado el fin de semana. Saludé a Marta con un abrazo; ella estaba terminando su turno de limpieza y, tras compartir algunas de las travesuras de su hijo en la escuela, me adentré en los amplios pasillos repletos de libros.

Los pasillos, iluminados por las suaves lámparas incrustadas en las paredes, se tornaron en una mezcla de tonos amarillos y dorados, creando una atmósfera acogedora. El silencio reinaba, solo interrumpido por el suave crujir del suelo de madera bajo los pasos que daba.

—Me encanta ese libro —resonó una voz en el silencio de la biblioteca después de haber agachado al cuerpo para devolver un tomo al estante. El sonido repentino me hizo saltar, golpeando la cabeza contra la parte superior del mueble—. ¡Joder! ¿Estás bien?

Caí hacia un lado, intentando calmar el dolor que se expandía por la cabeza. Me volteé, apoyándome en el suelo, aún de espaldas al dueño de esa voz.

—Lo siento, no pretendía asustarte —continuó.

«Esa voz», pienso, cerrando uno de mis puños mientras me levantaba. Con precaución, giré para ver quién era, rogando internamente que no fuera él.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto con brusquedad.

Me daba asco su rostro, con las manos hechas puños solo quería romperle la nariz.

—Solo los empleados pueden entrar a la biblioteca.

—Ahhh, perdona es que vine a buscar a Alex, y me dijo que podía subir. Como no sé dónde está su escritorio, me perdí entre tantos libros... ¿Cuántos libros hay aquí?

—¿Tu nombre es Chad, cierto?

—Charles —corrige— Perdón por el susto.

—Vale, Chaz... Necesito que —hice un gesto con las manos— te vayas de la biblioteca ahora mismo.

Asintió y continuó:

—Mi nombre es Charles. Como el rey de Inglaterra. Charles.

—Entendido, Carl. Acompáñame a la salida.

Esculté al intruso fuera de nuestra biblioteca y lo guíe hasta el ascensor para que abandonara nuestra planta. Estaba estrictamente prohibido que personas externas ingresaran a nuestras

instalaciones. Manejamos información confidencial y no podemos arriesgarnos a filtraciones o robos de proyectos por parte de la competencia. Además, ese tal Chandler no me caía nada bien, y prefería mantenerlo lo más alejado posible.

—Te pido... amablemente que bajes a recepción y esperes a Alex ahí —indiqué presionando el botón del ascensor a todo ritmo.

—¿Louis? —indaga Alex acercándose a mi espalda— ¿Qué haces?

—Le llamé el ascensor a tu amigo —respondo en un tono serio.

—¿Porque? Yo le pedí que subiera.

Me giré sintiendo que el rostro comenzaba a calentarse. Las manos seguían formando puños.

—Alex, deberías saber que en las reglas de la empresa está prohibido traer a alguien a nuestras oficinas. Por algo ni nosotros mismos podemos acceder a otras plantas del edificio.

—Eso es absurdo —reacciona poniendo los ojos en blanco—. Charles no va a hacer nada malo, además en menos de diez minutos debo estar saliendo.

Llegó el ascensor y desplegó un sonido de llegada.

—Entonces te podrá esperar esos diez minutos en la recepción —estiré la mano apuntando a la puerta abierta—. Anda Chase, a volar.

El hombre con cara de payaso entró y se despidió de Alex con un gesto de vergüenza. Esperé algunos segundos hasta que las puertas se cerraran y me giré para volver a mi escritorio a recoger mis cosas.

—A ver si comienzas a estudiar las reglas de la empresa, Manager —avancé con paso firme mientras ignoraba algunas palabras que Alex intentaba decirme. Al llegar al ala este, cerré el portátil y lo metí en la mochila con el resto de los papeles y carpetas que tenía sobre la mesa.

—Louis, te estoy hablando —insiste Alex, visiblemente frustrado— ¿De qué mierda vas?

—¿Perdona? —respondo con sorpresa.

—¿Qué te pasa con Charles? Siempre te pones de mal humor o posesivo cuando está cerca —continúa con firmeza.

—¿Posesivo? Estaba en la biblioteca, sabes que tenemos información delicada ahí. Son proyectos que no cualquiera puede ver, Alex —intenté explicar.

—No es por eso y lo sabes muy bien... No te molestó cuando el novio de Céline vino a buscarla la semana pasada y subió a nuestra planta, además estaba risa y risa con Lukas. Pero cuando se trata de Charles, te conviertes en un imbécil.

—Pero si el que tiene cara de imbécil cuando estas con él eres tú...

—¿Perdona?

Contuve las palabras que luchaba por escupir. Apreté la garganta, intentando reprimir todo.

—Alex, ya vete, Chester te está esperando —Caminé por el pasillo angosto mientras con el rabillo del ojo noté que me seguía.

—¡Louis! —exclama con frustración—. ¿Por qué lo odias tanto? ¿Por qué ni siquiera puedes mirarlo a la cara? Y ahora, ¿por qué no puedes mirarme a mí? —su tono era fuerte, seco.

—¿Para qué te molestas en seguirme? Mejora ya termínate de ir.

—¡Deja de evadir mis preguntas!

—¿Qué mierda quieres saber? —me detengo en seco— ¿Es que acaso eres ciego? Odio a ese hijo de puta porque no soy yo.

Dio un paso atrás ante mi grito, sus ojos evidenciaban sorpresa y desconcierto. Las palabras que tanto había contenido salieron de repente.

—Debería ser yo quien siempre te acompañe después de salir de la oficina. El dueño de esas risas que se escapan de tu boca cuando lo saludas, de la sonrisa que aparece en tu rostro cuando

lo ves en la recepción todos los malditos días. Lo detesto con mi jodida alma porque él me arrebató lo que pudo haber sido mío si tan solo... ya vete de una maldita vez.

—Louis...

—Alex, vete-de-una-maldita-vez.

—Pero Louis, es que...

—¡Que te vayas! —grité y empujé la puerta de las escaleras de emergencias de un puñetazo. Ignoré las alarmas y me senté en el primer escalón.

Después de algunos minutos me levanté algo mareado del suelo frío y entré en la biblioteca. A este punto sentía que era mi refugio.

En la penumbra, rodeado por el aroma a libros, sentí cómo el silencio se apoderaba del espacio, susurros de historias olvidadas flotaban en el aire. Los pasos resonaban en los pasillos vacíos, mientras me sumergía más profundamente en la oscuridad que se asemejaba a mi turbulento interior. Cada lágrima que escapaba, desatada y libre, me resbalaba por las mejillas llevándose consigo el peso de mis frustraciones y anhelos insatisfechos. Las lágrimas caían descontroladamente, un torrente emocional que se desbordaba como si reviviera la agónica visita a mi madre. Experimentaba una abrumadora sensación de soledad, un sentimiento de no ser amado que me martilleaba sin piedad en el pecho. ¿Quién podría amar a alguien tan roto y desgraciado como yo, cuando ni siquiera sé cómo amar?

Pensé que aprendería, que podía ser capaz de hacerlo.

Finalmente, había aceptado una verdad que tanto me costaba admitir: lo había perdido. Incluso antes de tenerlo, de sentirlo mío. No como mi propiedad, sino de tenerlo a mi lado, porque podía sentir inicios de eso que todos prometen que sientes cuando amas a alguien.

Había perdido al hombre de cabellos que danzaban con el viento, a ese con las singulares marcas en su piel que despertaban una conexión profunda dentro de mí. La cabeza me daba vueltas entre sollozos y lágrimas abrasadoras, la realidad se abría paso de manera ineludible: era tarde, demasiado tarde para *nosotros*.

En el oscuro silencio de la biblioteca, desperté en el suelo frío, aturdido por el agotamiento tras horas de lágrimas y desesperación. Aunque el llanto había cesado, aún me sentía envuelto por la pesada y espesa neblina del dolor en el pecho. Era como si me hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubiesen reemplazado por una piedra oscura y áspera.

Me incorporé con un desequilibrio evidente, recogí apresuradamente mi mochila, abandonada en la entrada, y me dirigí a recepción con pasos tambaleantes. Al salir del edificio, revisé la hora en el teléfono: eran las diez de la noche, la ciudad lucía envuelta en una quietud inusual. La mente no respondía con la misma claridad de siempre, los pensamientos me parecían danzar dispersos en el aire. Sin rumbo fijo, caminé con pasos vacilantes hacia mi bar favorito, un lugar que casi sentía como mi segunda morada después de haber pasado tanto tiempo allí. Aunque semanas habían transcurrido desde mi última visita, esta noche lo necesitaba más que nunca.

Bajé por la enorme escalera que descendía hasta el hogar de esa música fuerte, donde retumbaba a un volumen ensordecedor, anulando cualquier pensamiento propio. Opté por cuatro *shots* de tequila uno tras otro, buscando la evaporación momentánea de mi ser. La voz áspera y rugosa de mi madre me pitaba el oído, la imagen de Charles acercándose a Alex. La embriaguez llegó rápidamente, inundando mis sentidos y haciéndome olvidar esas imágenes y sonidos que me torturaban. Y ahí estaba él, en la lejanía del local, moviéndose en solitario con su mirada clavada en la mía. Mis pasos, pausados por la bebida, se dirigieron hacia *él* y en paralelo dejaba

caer un último *shot en* la garganta. Sabía que no era real, que solo era un reflejo caprichoso de la mente que intentaba burlar lo que siento en el corazón.

No tengo memoria clara de lo que ocurrió después ni de cómo Sophie y Julien terminaron buscándome frente a la puerta cerrada del local. Solo puedo vislumbrar imágenes borrosas en el baño de besos intensos llenos de rabia con alguien que se parecía mucho a Alex. Apenas manchas de recuerdos de cuando comencé a follarmelo sin piedad. Cuando lo penetraba con tanta fuerza que ignoraba si lo estaba lastimando. En mis oídos solo escucha gemidos exigiéndome más y yo luchaba por complacerme a mí, en un acto egoísta, donde solo lo usaba para llenar un maldito vacío. Por correrme dentro de él y callar esa maldita voz que me recordaba a Alex.

Apenas recuerdo el rostro de Sophie, entre sus llantos y súplicas para que reaccionara en el pavimento frío y sucio de la calle.

Sentía una presión tan fuerte en la cabeza al despertarme esta mañana en el sofá, que ya era lo habitual. Sabía que estaba hecho una mierda y me temblaba la piel al tener que encarar mi reflejo en el espejo, como si estuviera a punto de encontrarme con un Louis que creía enterrado. Al entrar a la cocina con paso lento, me encontré con Sophie y Julien sentados a la mesa, sus rostros graves como si estuvieran a punto de gritarme. Ella me miraba como si sus ojos fueran enormes y afiladas dagas directo al corazón.

—Siéntate —ordenó Sophie, y obedecí como un cachorro. Julien se levantó de la mesa, apoyó su mano en mi hombro antes de salir de la cocina—. Louis... —su voz se corta y el corazón me comienza a galopar en el pecho— anoche pensé que estabas muerto.

—¿Por qué?

—¿Por qué me preguntas? —suspira, cierra los ojos y trata de calmarse—. Me preocupa que tienes un problema con el alcohol y no lo sepas controlar. He perdido la cuenta de las veces que he tenido que encontrarte inconsciente tirado como un perro frente a algún bar porque no regresas, y me llamas desesperado sin poder levantarte. Anoche estabas... nunca te había visto así —su voz se quebraba con cada frase hasta que comenzó a llorar— ¡Maldita sea! Eres como mi hermano y siento que un día voy a tener que buscarte a la morgue.

Su dolor me perforó de lleno y comencé a llorar descontroladamente a su lado. Sabía que tenía razón, que quizás era un problema que no sabía controlar y que necesitaba ayuda.

Sophie extendió una mano para tomarme la mía y dejó un panfleto sobre la mesa. Lo arrastré con la otra mano, secándome las lágrimas para leerlo. Era información para quienes luchaban contra el alcoholismo. Cerré los ojos, asimilando una verdad que había ocultado durante mucho tiempo. No era una mala persona ni alguien que quisiera hacer daño. Simplemente, estaba perdido. Estaba... roto.

Me abrazó con tanta fuerza y calidez que era difícil recordar la última vez que me había sentido así. Querido. Estábamos los dos con lágrimas desbordando nuestras miradas, en el centro de la cocina.

—Por favor —susurra Sophie entre lágrimas—. Necesito recuperar a mi mejor amigo.

—Yo también.

Alex

Entre la luna, el sol y las serpientes

Las gotas de lluvia persisten, golpeando con insistencia el amplio ventanal de mi departamento. Cada una que se desliza lentamente por el cristal me recuerda el desembolso que implica el alquiler de este nuevo piso. Pero al girarme y contemplar mi entorno abierto, sin agua lloviendo por dentro me siento más reconfortado. Sebastián no cesa de corretear por las escaleras y el amplio espacio de la planta baja, donde una extensa alfombra beige adorna el suelo de madera bajo un generoso sofá verde. No sería del todo sincero negar que he echado un vistazo por la ventana más de una vez, tratando de entrever el lugar donde vive Louis. Recuerdo que mencionó vivir en esta misma calle, y desde mi ventana diviso su edificio. Me pregunto qué estará haciendo en este clima lluvioso y cómo se sentirá. Extraño su compañía, aunque carezco de razones para requerir sus servicios de reparación. Quizás deba intentar "*accidentalmente*" partir una tubería.

Quizás no.

Desciendo las escaleras al concluir el último correo y cerrar el portátil, murmurando con alivio por el horario. Sebastián, por su parte, vuelve a enfrascarse en una encarnizada batalla con alguna almohada en el sofá. La tetera en la cocina me anuncia con su agudo chillido que el agua está lista. Preparo una taza verde esmeralda con el logo de *Slytherin* y suelto una bolsita de manzanilla en un intento por conciliar un mejor sueño. Vierto el agua hirviendo y termino con un toque de miel, antes volver al sofá y esconderme entre mantas de un tono crema.

Después de dejarme llevar por la lluvia que arreciaba fuera, terminé sumergiéndome en un mar de pensamientos confusos. Las palabras de Louis aún me resonaban en la mente, removiendo sentimientos que había intentado evitar.

Los ojos se me fueron cerrando, combatía contra los ojos perezosos pero caí rendido.

Me encontré cayendo por un abismo infinito y oscuro lleno de niebla espesa. Una sensación de vacío que se expandía sin límites a mi alrededor. ¿Esto era real? Había una voz a lo lejos, no sabía en dirección, pero llamaba mi nombre resonaba con una urgencia inexplicable, cada vez más fuerte a medida que descendía. La suavidad con la que toqué tierra apenas fue perceptible, una sensación casi etérea. Mientras avanzaba hacia esa voz enigmática, el eco de los pasos reverberaba en el abismo, generando un sonido inquietante que se mezclaba con el susurro de la voz. Unos cristales masivos se materializaron a mi lado y reflejaban imágenes borrosas, una visión confusa que exacerbaba mi frustración.

¿Es un sueño?

Las escaleras, estrechas y empinadas, se alzaban ante mí, emitiendo un aroma a madera antigua y una sensación fresca de la noche estrellada que me esperaba arriba.

—Alex... —susurraba la voz desde los cielos— Ven.

Con paso decidido, ascendí los enormes escalones que parecían no tener fin, llevándome hacia el vasto cielo estrellado. De pronto me miré el cuerpo, llevaba vestido una ropa diferente,

como si fuera un príncipe en un traje violeta oscuro y antiguo. Resaltaban detalles en dorado, pero era tan intenso y espeso que parecía oro macizo.

Cada recodo de esas escaleras oscuras me regalaba una vista más amplia de las brillantes estrellas, su resplandor parecía expandirse, iluminando el firmamento. Con un último aliento, las escaleras concluyeron, y me hallé sobre un inmenso lago oscuro que reflejaba la majestuosidad del firmamento nocturno. Parpadeé y sentí las piernas sumergidas en agua, ascendiendo hasta la mitad de las rodillas. Ya no podía ver los zapatos oscuros y brillas que llevaba puesto. A mi frente, en las profundidades, una luz cálida y cautivadora brillaba intensamente.

—Por favor, ven —susurra la hermosa y cálida luz.

¿Cómo podía hablarme una luz?

Traté de avanzar más rápido, pero el agua dificultaba mi progreso, cada movimiento se volvía una lucha contra su densidad. La voz continuaba llamándome, y mi desesperación crecía al no poder alcanzarla más rápido. Inhalé con fuerza y me incliné, sumergiéndome en esa profundidad sin fin.

Nadé con ímpetu, esforzándome para desplazarme en medio de esa vasta oscuridad acuosa. La necesidad de aire se apoderaba de mí, pero no había superficie a la vista. En ese instante, la voz me aseguró que todo estaba bien, lo que me permitió exhalar con serenidad. La luz se intensificaba, llamándome con más fuerza hasta que finalmente estuve junto a ella. Al ponerme de pie, el entorno volvió a sumirse en la oscuridad, con un inmenso cielo estrellado debajo de los pies. Al alzar la mirada, el agua se encontraba sobre la cabeza.

—Alex —repitió la voz.

Me acerqué con decisión, estirando las manos hacia la luz brillante que se mostraba al frente.

—Aquí estoy —susurro— ¿Quién eres?

La enorme estrella comenzó a reducir su luz. Ya no parecía tan cálida.

—Me abandonaste —susurra tan bajo que apenas logré percibir lo que me decía.

—Jamás podría abandonar a algo tan hermoso.

Entonces, la luz que brillaba con intensidad comenzó a titilar y, en un instante, se extinguió por completo. Me giré rápidamente, desesperado por encontrarla en medio de la oscuridad absoluta que me rodeaba. De repente, volvió a encenderse a unos metros de distancia, pero esta vez, lloraba desconsoladamente. Ese llanto, aunque difuso, me resultaba familiar. Con cada paso que daba hacia ella, pilas enormes de árboles, arena y un ambiente cálido comenzó a formarse a mi alrededor, creando formas hermosas y colores que me llenaban el cuerpo.

—¿Te preguntas porque llevas esa ropa? —susurró la voz leyéndome el pensamiento. Asentí de manera inocente.

—Aquí no entra ningún cuerpo físico.

No entra ningún cuerpo... solo... almas.

Mi alma y la suya.

Dos almas perdidas.

—¿Dónde estamos? —pregunté dando ligeros pasos bajo el cielo estrellado que comenzaba a llenarse de luz blanca.

No hubo respuesta.

Finalmente, llegué hasta donde estaba la luz, y su brillo tenue revela la figura de un hombre agachado, con la cabeza entre las rodillas, sollozando sin control. Llevaba la misma ropa que yo, pero en lugar de ser violeta, era naranja, como parecía ser su cabello. Me agaché a su lado, colocando la mano en su hombro. En ese momento, sus sollozos se intensificaron.

—Ya estoy aquí —susurro, tratando de infundirle calma con una sonrisa—. No tienes por qué seguir llorando.

—Sé que te irás —replica con la voz quebrada—. Todos lo hacen.

—No lo haré, Louis.

Desperté sobresaltado al escuchar el insistente sonido del teléfono sobre la mesa. Me percaté de que había estado sonando repetidamente sin lograr despertarme antes. ¿Qué quería decir ese sueño?

Apenas recordaba manchas de lo que había visto, era algo de... una luz.

Me apresuré a servirle la comida a Sebastián antes de que decidiera iniciar una huelga de hambre. Subí rápidamente a la segunda planta para vestirme: unos pantalones azul oscuro, una camiseta de lana del mismo color castaño que mi cabello y metí de prisa el portátil en la mochila.

Al bajar, intenté calzarme las botas rápidamente, consciente de que el tiempo se me escapaba de las manos como el frágil recuerdo de mi sueño.

¿Había... agua y estrellas también?

Cerré la puerta tras despedirme de Sebastián y, en el angosto ascensor, traté de domar el cabello rebelde, aunque parecía empeñado en apuntar en direcciones opuestas. Suspiré, resignado a aceptar su terquedad.

Mientras corría a toda prisa por las calles de Bruselas, sentí cómo el frío penetraba mi ser, congelando el cabello aún húmedo y dejando una sensación de frescura en la cabeza. El frío se cuela entre los rincones de las calles, pero no es tan penetrante como la atmósfera tensa que rodeó a Louis en la oficina ayer.

¿Soñé algo cálido?

Es absurdo pensar que pueda sentirse de esa manera por la mera compañía de Charles en mi vida. Esta reacción solo sugiere una faceta posesiva en Louis, como si fuera uno de esos hombres que no permiten que sus parejas tengan amigos. Descubrir este aspecto suyo me incomoda, pero es mejor verlo ahora que ocultarlo y arriesgarme a cegarme ante su verdadera naturaleza.

Detuve los pensamientos de él y el intento de recordar mi sueño.

Al doblar la esquina, una ráfaga helada se deslizó por la estrecha calle adoquinada, sacudiendo las hojas caídas de los árboles. Un traspie inesperado me hizo perder el equilibrio en el pavimento mojado por la lluvia reciente. En medio de mi lucha por evitar una caída brusca, un brazo cálido se extendió para sostenerme y evitar el impacto contra el suelo.

—¿Tan temprano y ya te estas cayendo? —se escuchó la voz.

La misma voz de mi sueño.

Volteé hacia la persona que me había salvado de la caída, y la imagen de su llanto en mis sueños regresó con fuerza.

—¿Eres un héroe a domicilio?

Esbozó una sonrisa reconfortante, y juntos continuamos hacia el mismo destino. La tensión del momento anidaba en cada uno de mis gestos, pero la inquietud me impulsaba a abordar el tema de la noche anterior. Cada intento de hablar se perdía en un silencio incómodo, las palabras se negaban a salir y volvían aprisionadas en la garganta. La preocupación por nuestra amistad latía en mi interior; no quería perderlo.

—¿Y qué tal el... nuevo apartamento? —curioseaba Louis, rompiendo el pesado silencio que se cernía entre nosotros.

—Excelente —respondo agradecido por su valentía—. ¿Qué te parece si vienes este viernes a cenar a casa? Tengo algunas cervezas guardadas.

Me sorprendió lo fácil que salieron las palabras de mi boca. ¿Por qué mierda lo estaba invitando a cenar a casa?

Hubo una risa tímida por parte de Louis.

—Quizás no sea buena idea —murmura.

—¿Por qué no? —inquirí, deteniéndome en el medio de la calle—. Si es por lo de anoche, no volveré a invitar a Charles a subir a nuestra planta. Fue un error y detesto que hayamos discutido por eso.

—No es eso. No puedo por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué? —Sentí una presión comenzaba a formarse en el pecho.

—No podemos seguir negando que deseamos estar juntos, Alex —suspira con la voz entrecortada—. Pero tampoco podemos estarlo. Somos demasiado diferentes como para que esto funcione. Por eso, en parte, me alegra que estés con Charles. Al menos él puede corresponderte y quererte de la manera en que yo no puedo.

No puedo respirar.

—Estás confundiendo las cosas —intento calmar la situación, acercándome a él, pero como respuesta él retrocede. Fue entonces que comprendí que ya no había forma de arreglar las cosas.

—Lo mejor será seguir caminos separados. Tú eres mi jefe y yo tu subordinado. Solo hablemos de trabajo... y hablando de trabajo, se me hace tarde —sentenció, dándome la espalda mientras entraba en el edificio. Un espacio se abrió entre nosotros, marcado por hojas secas danzando en el aire.

¿Qué significaba el sueño que había tenido?

El resto del día siguió su curso habitual. Me limité a acercarme a él solo para hablar de trabajo y discutir el avance del proyecto. No tenía intención de forzar una situación que no merecía la pena. Él había optado por distanciarnos, y yo no iba a derrumbarme por eso. Alrededor de las cuatro de la tarde, salí de una reunión con la directora y otros managers de distintos departamentos. Necesitaba bajar al comedor en busca de un café que me ayudara a mantenerme despierto. La reunión, inexplicablemente, había girado en torno a mí. La señora Manon hizo un comentario público recordándome lo complicado que había sido para el equipo mi ausencia en las últimas dos semanas por las sesiones de fisioterapia, cuando en realidad solo sacrificaba la hora de almuerzo para ello.

«Caemos en el veneno o nos convertimos en seres frágiles que terminan por irse».

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse cuando escuché a alguien pidiendo que las detuviera. Rápidamente presioné el botón de apertura y estas se deslizaron con rapidez. Para mi sorpresa, Louis estaba parado frente a mí. A pesar de intentar evitar el encuentro, resultábamos pésimos en eso. Nos quedamos en silencio, mirando hacia las puertas, sin decir una palabra. Louis giró la cabeza y me miró directamente, enviando escalofríos por toda la espalda.

—Creo que tienes presionar el botón para que baje —murmura con un toque burlón.

—¡Mierda! —exclamo—, pensé que lo había pulsado —Estiré la mano para presionar el botón y Louis me ofreció una sonrisa pequeña pero cálida.

El trayecto en el ascensor pareció interminable mientras descendíamos juntos. Ya era habitual compartir ese espacio, ya fuera solo o con él, sin siquiera darme cuenta. Mi atención se centró en una mancha oscura en su cuello.

—¿Qué es eso?! —exclamo, llevándome la mano instintivamente a la boca para ahogar el sonido.

—¿Qué?! —cuestiona saltando un poco, aparentemente pensando que se trataba de un bicho encima de él.

—Tienes una mancha negra en el cuello —señalo con la mano temblorosa.

Él comenzó a reír.

—Es un tatuaje, Alex.

—No sabía que tenías uno cuando te vi sin camisa en mi casa —traté de ocultar el calor que me subía en el rostro.

«¿Qué acabo de decir?!» pienso, mordiéndome la lengua.

Él estalló en risas.

—Creo que te concentraste demasiado en el pecho y te perdiste la vista de mi espalda. Tengo un enorme tatuaje que cubre gran parte de ella.

—¿Qué es?

—Es una media luna con el sol dentro y dos serpientes enrolladas.

Quería ver ese tatuaje, besarlo y sentirlo con los dedos desnudos. Necesitaba descubrir los trazos que habían formado esas formas sobre su piel, porque por alguna extraña razón, sentía envidia.

Envidia de quien había podido sentir su piel tan cerca.

Abrí la boca sorprendido justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

—Su... suena... bonito —digo al mismo tiempo que él se despide con una sonrisa.

Con mil ideas revoloteando en la cabeza, me acerqué a la barra y pedí un café oscuro y fuerte antes de buscar un rincón tranquilo cerca de la ventana. Afortunadamente, no había nadie en las mesas cercanas, así que podía disfrutar de algo de privacidad. El teléfono comenzó a sonar, y al ver en la pantalla que era mi madre, me di cuenta de que habían pasado más de tres semanas desde la última vez que hablamos. No es que tenga problemas con nuestras conversaciones, pero nunca fuimos una familia especialmente... comunicativa. Éramos como naves que navegan por su cuenta, y siendo hijo único, supongo que eso no ayudó mucho. Mi madre es enfermera y siempre ha dedicado su vida a su profesión. No sería justo juzgarla por eso, considerando que mi vida también gira en torno al trabajo. Creo que es algo que va en los genes. Mi padre es médico y pasaba aún menos tiempo con la familia; por eso, crecí bajo el cuidado de mis abuelos. Mis padres se conocieron trabajando juntos, dicen que fue amor a primera vista, aunque siempre mantuve cierta distancia con esa idea.

A veces, amigos me preguntan cómo se siente crecer con padres ausentes, como si estuviera familiarizado con eso. Supongo que tuve la suerte de tener a ambos pero de una manera distante. Siempre me preguntan cómo me afectó, pero sinceramente, no tengo mucho con qué comparar. Crecí desde niño hasta adulto, acompañado principalmente por mis abuelos. Mi madre perfeccionó sus habilidades como enfermera, y mi padre abrió su propio consultorio. Celebramos nuestros logros, sí, pero cada quien por su lado. Por eso, a pesar de llevar un año aquí en Bruselas, apenas he hablado con ellos.

—Hola —digo al teléfono antes de llevarme el café a los labios.

—Alexandro, me encontré a Claudia esta mañana en el metro y me dijo que irá a verte la próxima semana.

«Todo bien mamá gracias por preguntar por mí, ¿Tu que tal estas?»

—Así es —confirmo.

—Siento que todo encaja a la perfección. ¿Sabes? En dos semanas, vendrán unas amigas a Lisboa... Julia, Sandra, Lúcia... bueno da igual. Hemos decidido hacer una cena acá en casa aprovechando que tu papá se irá de viaje con sus amigos. Ya sabes, como hace siempre en invierno cuando se va con ellos a las montañas en Suiza, una locura si me preguntas. Es un caso perdido porque me invitó, pero ya conoces nuestras diferencias a la hora de viajar y...

—Sí, Mamá —interrumpo, masajeándome la frente para calmar el dolor de cabeza que se asomaba—. ¿Qué pasó con la cena de tus amigas?

—Ah, sí, eso. Me había perdido —continúa—. Bueno, como Claudia va a visitarte y le he pedido que traiga algunas cajas de chocolate Belga que comprará en una tienda específica que le indiqué en las galerías ¿sabes? Por favor, no olvides eso. Acompáñala tú mismo y elijan unos muy buenos. Aunque le di una lista con los que tiene que traer. Es muy importante, ¿sabes? Sería terrible si mis amigas llegan aquí y se enteran de que tengo a mi hijo viviendo en Bruselas y no tengo chocolate Belga. Qué horror solo de pensarlo.

—Sí, qué terrible... —respondo con sarcasmo, terminando el café.

—Gracias, cielo. Sabía que podía contar contigo. Siempre cuento contigo, ¿sabes?... Por cierto, ¿cómo te va por allá?

—Bien.

—¡Ay, Alexandro, quiero más detalles!

—Estoy bien, Mamá —susurro, mirando la hermosa vista de la ciudad—. Está tan frío que me congela hasta el alma. Y hace poco me mudé de apartamento porque el otro...

—Ay, qué locura, cariño —ríe y sé que no es honesta—. Debo volver al trabajo, pero me alegra saber que estás bien. No olvides el chocolate con Claudia, me moriría de vergüenza si mis amigas llegan y no tengo nada, ¿sabes? Besos, cariño.

—Adiós, Mamá. Saludos a... —intento decir antes de escuchar el sonido del final de la llamada, cortándome antes de terminar la frase— Papá.

Cerré el portátil con un suspiro largo, consciente de que otra noche se extendería ocupándome de tareas extra que la señora Manon parecía no cesar de asignarme. Al ponerme de pie y abrocharme la chaqueta, noté que Louis ya se había ido; su escritorio estaba en completa oscuridad, lo que indicaba su ausencia desde hacía un tiempo. Coloqué la mochila sobre los hombros y me despedí del equipo, felicitando a Céline por su excelente trabajo en el proyecto de París.

Ella conversaba con la directora, por lo que no me detuve a dar muchos detalles. Al llegar a la planta baja, el teléfono comenzó a sonar con un mensaje de Charles invitándome a cenar pizza esa noche, pero rechacé su invitación. Mientras tanto, una mujer hermosa vestida en tonos oscuros me aguardaba en la recepción. Su conjunto negro se interrumpía únicamente por una camiseta crema, destacando su presencia. Me invadió cierta ansiedad al verla avanzar hacia mí y saludar.

—¡Hola! —saludó la mujer de ojos oscuros—. Disculpa la molestia, ¿conoces a Louis? Trabaja en la planta nueve.

—Sí, claro, es parte de mi equipo —respondo con seguridad—. ¿Suced algo?

—Debíamos habernos encontrado hace media hora aquí, pero no ha bajado y no responde a mis llamadas. ¿Sabes si le falta mucho?

—Acabé de bajar y no había rastro de él en su escritorio, seguramente ha salido hace un rato. Noté pánico en el rostro de la mujer, lo que me inquietó.

—Podemos subir y confirmarlo, tal vez esté en alguna sala de reuniones y se le pasó la hora.

Asentí y nos dirigimos juntos hacia el ascensor, que pareció eternizarse en su trayecto. Al llegar a la planta, exploramos tanto el ala este como el oeste sin encontrar alguna sala de reuniones ocupada. La oficina estaba casi desierta a esa hora, lo que facilitaría encontrar a Louis.

—Louis, ¿dónde estás? —repite la mujer, visiblemente nerviosa.

—Tranquila, quizás entendió que se encontrarían en otro lugar —intenté calmarla.

—Imposible. Esta mañana, antes de salir de casa, le recordé que lo acompañaría a... hacer unas cosas —se angustió la mujer.

Fue entonces cuando Camille pasó a nuestro lado camino a la salida y me saludó.

—¿No te habías ido, Alex? —cuestiona confundida.

—¿Alex? —indaga la mujer, sorprendida—. ¿Tú... eres Alex?

Asentí, confundido por su reacción.

—¡Camille! ¿Has visto a Louis? Lo hemos buscado por todas partes y no sabemos dónde puede estar.

—Lo vi hace... como una hora entrando a la biblioteca. Parecía como si estuviera en otro mundo porque no respondió cuando le hablé... ya sabes que el a veces vive como en otro planeta —aclara Camille vagamente.

Agradecí al mismo tiempo que corría en dirección a la oscura biblioteca.

Entré apresuradamente, los nervios me habían invadido el cuerpo y todos los pensamientos negativos se apoderaban de la mente. Rogaba en silencio que todo fuera una confusión. A pesar de la urgencia de encontrarlo, temía por lo peor. La biblioteca estaba desolada y fría, completamente diferente a las veces que había visto a miembros del equipo leyendo. Al fondo del pasillo distinguí un bulto, apenas visible en la oscuridad del lugar.

—¿Louis? —llamé, pero no hubo respuesta. Continuo acercándome, dejando que los ojos se adaptaran a la oscuridad. Finalmente, vislumbré su rostro bañado por la luz de la ventana. Corrí hacia él, llamándolo, pero no respondía.

Su cuerpo se sentía frío al tacto, y un miedo incesante se apoderó de mí. Coloqué la mano en su cuello, aliviado al sentir su pulso y notar que aún respiraba. La mujer llegó corriendo a mi lado, arrodillándose a su lado y llamándolo rápidamente, mientras yo buscaba desesperadamente el número de emergencia.

—¡Louis, despierta! —gritaba desesperadamente— ¡Soy Sophie, despierta! ¡No me hagas esto!

Después de unos largos minutos, un grupo de enfermeros entró apresurado en la biblioteca, dirigidos hacia Louis para brindarle atención. Me tocó ayudarlos a mover a Sophie, quien no cesaba de llorar, y traté de consolarla en medio del tenso ambiente. El miedo se apoderaba de todos nosotros. La enfermera de cabello rubio nos tranquilizó un poco al afirmar que se trataba solo de un desmayo, pero por precaución debían llevarlo al hospital debido a sus condiciones. Dudaba si había sido capaz de prevenir lo sucedido.

Las luces parpadeantes de la ambulancia iluminaban la fachada del edificio mientras cargaban a Louis en su interior junto a Sophie. Me quedé allí, inmóvil, los músculos me parecían petrificados, al igual que la soledad de la noche se me filtraba hasta lo más profundo de los huesos. Observé en silencio cómo se alejaban, distanciándose cada vez más.

Las sombras se adueñaban de la calle, una oscuridad que contrastaba con la urgencia de la ambulancia. El sonido de sus sirenas se desvanecía en la distancia, dejándome con un nudo en la garganta y el corazón encogido.

A veces, en el transcurso de nuestra existencia, nos detenemos para contemplar el vasto y oscuro cielo, preguntándonos si brillamos con la misma intensidad que esas diminutas estrellas valientes que destellan con tanta belleza. Como lo hacía Louis en mi sueño.

Él me había pedido que no lo dejara, que no lo abandonara y lo hice.

Esta noche, mi brillo se desvanecía en la inmensidad, como una luz tenue a punto de extinguirse, un destello apenas perceptible entre las estrellas que gobiernan el manto oscuro.

Louis

Segundas oportunidades

Un dolor agudo me golpea la cabeza y me impide abrir bien los ojos. Una debilidad abrumadora me paraliza los músculos, impidiéndome moverme con mi habitual soltura. Me inunda el pánico al no comprender lo que está sucediendo. A pesar de luchar contra la sensación de muerte inminente, los párpados se resisten a obedecerme. Voces distorsionadas resuenan a lo lejos pero su significado se escapa de mi comprensión.

Persiste la oscuridad, aunque poco a poco logro abrir los ojos. Sin embargo, una luz deslumbrante sobre la cabeza me obliga a entrecerrarlos. Alzo la mano derecha porque la izquierda me arde, y la coloco sobre el rostro para filtrar los rayos cegadores. Las voces, ahora más claras, comienzan a cobrar sentido al mismo tiempo que me atrapa una tos incontrolable. Giro la cabeza para ubicarme en el entorno.

Observo al alrededor y percibo que estoy tendido en una camilla, en lo que parece ser una habitación hospitalaria. No entiendo cómo he llegado aquí y la memoria se niega a revelarme el último recuerdo antes de esto. Siento una mano cálida sobre la mano izquierda, aún abrasada por algo desconocido. Entonces noto los cables que me suministran suero. Al elevar la mirada, me encuentro con una mujer de cabellos rizados. Una sonrisa se dibuja en el rostro al verla.

—¡Dios mío! Dime que estás bien —ruega Sophie a mi lado.

—Sí —digo apenas audible— ¿Dónde estoy?

—Te trajimos al hospital después de encontrarte desmayado en la biblioteca.

—¿Me desmayé? —Pregunto, aún más confundido.

Un hombre alto con cabello negro y blanco entra a la habitación. Por su atuendo, asumo que es médico. Me sonríe y revisa algunos números en la pantalla que está a mi lado.

—¿Te sientes bien, Louis? —pregunta el hombre de bigote blanco en tono amable.

—Sí —afirmo, aún confundido por toda la situación— solo un poco mareado.

—Parece que solo ha sido un susto —continúa el hombre—, te encontraron desmayado y el equipo de emergencia te trajo aquí por tu estado físico en ese momento —hace una breve pausa—. No hay motivo para alarmarse demasiado, pero hemos realizado algunos exámenes de sangre y confirmamos que tienes anemia. ¿Ya sabías esto?

—¿Anemia?

Asiente con simpatía.

—Como te decía, no hay motivo de alarma en este momento, pero necesitarás seguir una medicación que te prescribiré y visitar a tu médico familiar pronto.

Asiento y miro a Sophie, quien no deja de llorar.

—Te darán el alta en un rato y podrás irte a casa —se despide el médico antes de salir de la habitación.

Me inclino un poco para enfocarme más en mi amiga, quien no ha dejado de llorar desde que desperté. Extiendo la otra mano adolorida por la aguja y la poso sobre la suya. Su piel es cálida, a diferencia de la mía.

—Estoy bien —confirmando, intentando calmarla.

—Me asusté mucho cuando te encontramos en el suelo—, responde, secándose las lágrimas.

—¿Quiénes me encontraron?

—Alex y yo. No fueron las mejores circunstancias para conocerlo, pero no sé qué habría hecho sin él.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando te vi inconsciente, entré en pánico, no podía reaccionar. Estaba completamente paralizada, y si no fuese porque él, que llamó a emergencias, no sé qué habría pasado.

Para un hombre tan tímido y discreto como él, imaginé que en situaciones así no sabría qué hacer. Pero el de los cabellos curvos seguía sorprendiéndome.

Se me escapa una sonrisa tonta.

—¿Está Alex aquí? —pregunto, mirando hacia la puerta.

—No, después de acompañarme hasta la ambulancia, le dije que lo mejor era que fuera a descansar a su casa. El pobre quería venir conmigo, pero solo podía ir una persona en la ambulancia.

¿Alex había querido acompañarme hasta el hospital? De repente, una sensación cálida se me apoderó en el pecho. No tenía su número ni sabía dónde podía estar mi teléfono así que intenté levantarme de la camilla; quería salir de ese hospital y buscarlo. Debía estar muy preocupado por mí, y no soportaba pensar que estaba mal por mi culpa. En ese momento, golpean la puerta y asumo que es el médico o una enfermera para confirmar mi alta.

—¿Puedo entrar? —se escuchó una voz mientras se abría la puerta.

Entonces me voltee al afirmar su pregunta y me paralicé al ver cómo su cabello castaño relucía por la puerta. Sus ojos oscuros me miraban con atención y en ellos podía ver miedo. Y por un pequeño segundo, me juré que haría lo posible porque nunca volviera a tener esa mirada. Me quedé de pie mirándolo fijamente mientras se acercaba con pasos tímidos.

—Me alegro verte de pie —murmura con una sonrisa tierna que intentaba ocultar el susto de sus ojos— ¿Cómo sigues?

—Alex... —susurro como un tonto, como si de pronto me faltaran palabras—, estoy bien, fue solo un susto de anemia.

—¿Anemia? ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—Sí —lo miré con anhelo— ayúdame a salir de este sitio, necesito ser libre.

Todos estallamos en risas y después de una larga hora, una enfermera entró por la puerta para darme el alta. Era como si, de repente, se hubiera levantado la sentencia de un prisionero.

El resplandor del sol filtrándose por la ventana de la sala me saludó mientras recogía las cosas dispersas sobre el sofá, guardándolas en el armario improvisado que había sido parte de la sala durante años. Me encaminé hacia la cocina con la taza de café vacía en la mano, después de guardarla en la máquina, me abroché la chaqueta y salí hacia la oficina. Justo antes de cerrar la puerta de casa, me topé con la sombra de Julien y me detuve al escuchar su voz.

—¿Ya te vas tan temprano? —cuestiona entre risas.

—Claro, hombre. Ha pasado una semana desde que me dieron el alta y por fin podré ir a la oficina. Me vuelvo loco estando encerrado entre estas paredes.

—Dudo que sea posible verte más loco de lo que ya eres —bromea, y comencé a cerrar la puerta—. ¡Louis, espera! Recuerda que seré yo quien te acompañe hoy a la sesión de... ya sabes...

—Terapia, Julien —digo en tono suave— Puedes decirlo. Voy a terapia para controlar mi problema con el alcohol. No lo hagamos tabú.

—Te espero en la recepción de tu oficina a las seis.

—Papá, puedo ir solo. No te preocupes.

—Sophie me mataría —aclara junto a la puerta—. Además, me gusta acompañarte. Para eso está la familia.

Una sonrisa se me asomó en el rostro mientras me despedía apresuradamente, corriendo hacia la parada de autobuses con la ansiedad de llegar a la oficina puntual. No era que amara mi trabajo con todo mi ser, pero tras una semana prácticamente encerrado, cualquier cosa que me sacara de ese encierro era como encontrar un tesoro. Sabía que hoy tendría que enfrentarme cara a cara con Lukas, después de haber declinado casi todas sus invitaciones a tomar algo. No es que no me agrade el tipo, pero el problema radica en mi incapacidad para controlarme en presencia del alcohol. Al menos, aún no he encontrado la manera de hacerlo. Es por eso que trato de evitar situaciones que impliquen eso. Tampoco es necesario que le dé la razón exacta.

Y eso fue exactamente lo que hice al llegar a la oficina y encontrármelo reunido con algunos colegas, hablando sobre la noche anterior. Sentí cómo empezaba a latirme la cabeza solo de imaginar la música estruendosa del lugar. Al principio, le costó comprender por qué rechazaba sus planes, pero tras explicarle que prefería tomarme un tiempo sin salir por las noches, terminó aceptando. No demasiado convencido.

Me sorprendió la ausencia de Alex en la oficina. Su escritorio vacío, algo inusual, me preocupó de inmediato. Solía ser el primero en llegar, aunque permaneciera en silencio, siempre destacaba para mí.

Tomé asiento en el escritorio, encendí el portátil y apenas unos minutos después, tuve que desconectarlo para reunirme en la sala de juntas con Céline para revisar el progreso del proyecto de París. Apenas daba inicio el mes de marzo y el manuscrito final debía estar listo a principios de julio, otorgándonos apenas tres meses para completar un proyecto tan extenso.

Discutimos y detectamos fallos en el equipo gracias a los documentos que Céline logró enviarme días antes sin que el equipo lo supiera.

El proyecto avanzaba a buen ritmo, pero notaba la ausencia de Alex desde que tuvo que coordinar varios proyectos simultáneamente. Se esforzaba por organizar todas las tareas y revisar cada detalle de cada proyecto que se estaba produciendo al mismo tiempo.

—Estoy bastante preocupada —sentenció Céline con un tono derrotado.

—¿Por qué? —Pregunto distraído, hojeando algunos informes—. ¿Por qué se acerca la fecha?

—No es solo eso...

Levanto la mirada de los informes y veo preocupación en su mirada.

—¿Qué sucede?

—Siento que estamos trabajando tanto para que luego vengan los de *Echo* y nos roben las ideas.

No había escuchado el nombre de *Echo* en meses, lo cual era extraño considerando que ha sido la mayor rival comercial de nuestra empresa. En el concurso de París del año pasado, nuestra empresa ganó seis premios en total, uno más que ellos. Ha sido así año tras año, una competencia constante. Pero la rivalidad entre nuestras empresas ha sido más sucia de lo que se admite en los pasillos. Nadie lo dice, pero Manon fue contratada por nuestra empresa hace cinco años aunque nadie menciona que ella trabajaba previamente para *Echo*. Fue como si nuestra empresa hubiera robado descaradamente a su directora principal.

Todo se mantiene en secreto y son rumores de pasillos, pero muchos de nuestros trabajos han sido filtrados o robados por *Echo* desde hace al menos tres años. Muchas de sus historias son sorprendentemente similares a las que hemos producido en mi equipo o en otros departamentos. Demandas y juicios que no llegan a nada en concreto, aunque la tensión llegó a su punto más álgido hace dos años con un proceso legal que involucraba una historia particular del departamento de historias de terror. Hasta hace poco, nuestra empresa finalmente ganó el caso.

—¿Por qué crees que *Echo* nos robará? —pregunto—. ¿Hay algo que yo no sepa?

—Es que lo hacen cada año —suspira Céline derrotada—. Trabajamos duro año tras año y luego, en los premios de París, presentan proyectos demasiado similares a los nuestros... ¿Qué pasa si un día...

—No te preocupes por eso ahora, mujer. Siempre tenemos nuestra carta bien guardada.

—¿Cuál carta?

—Lo que siempre nos salva es que tenemos un acuerdo con la directiva del concurso y podemos enviar nuestras propuestas un día antes.

—¿Un día antes? —consulta en tono serio.

—Sí, al ser los primeros en enviarlas, si hay alguna similar, está claro que nos han copiado a nosotros —me levanto de la mesa y recogí mis cosas—. Ahora no te preocupes por eso, no pasará nada. Además, tengo un millón de cosas que cerrar antes del final del día.

Mientras salía de la sala de reuniones, me topé con Manon justo al cruzar la puerta. Su reacción dejó claro que mi torpeza la había incomodado. Tras recoger las carpetas que habían caído, la miré y sentí un escalofrío recorrerme la piel.

—Señor Van Damme, justo estaba buscándolo —anuncia la bruja de la casita de chocolates.

—Aquí me tienes.

—Leí el informe que me entregó hace unas semanas antes de su... incidente —aclaró su garganta antes de continuar—. Tiene ideas interesantes debo admitir... creo que las podríamos aplicar en varios departamentos para potenciar el valor de nuestro trabajo. Algunas tareas se le serían asignadas como en modo, piloto si es que me entiende... Le confieso que me impresiona, aunque una pregunta me intriga —hizo una pausa que se alargó, y los segundos parecieron eternos— ¿Quiere quitarle el trabajo al Señor Santos?

—¿Yo? —me sorprende, alterado y atropellando mis palabras— ¿Por qué lo piensas?

La directora hizo una mueca, alzando la ceja tan alto que parecía tocar su cabello.

—Entregarle ideas directamente a su directora, sin pasar por su Manager, me parece un golpe bajo para el Señor Santos, ¿no lo cree? —escupe, con un tono seco, cruel que parecía dibujar una sonrisa en su interior—. Me da la impresión de que considera que tiene mejores capacidades para el puesto de Manager que él. ¿Eso piensa? —no lograba responder, estaba completamente congelado frente a sus palabras—. No lo estoy juzgando, señor Van Damme, al contrario. Creo que todo vale en la guerra y la sangre. Me deja muy intrigada por saber cuál será su próximo movimiento.

«Entre la guerra y el amor» pienso en corregirla.

—No, no, yo no...

La directora se volteó dejándome con las palabras en la boca, mientras se alejaba martillando el suelo de madera con sus zapatos.

La puerta detrás de mí se abre de golpe.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —juzga Céline al salir de la sala, haciéndome girarme con pánico en la mirada.

—¿Hacer qué? —pregunto— ¿Estabas escuchando nuestra conversación?

Asintió, con malicia en sus ojos.

—Por favor, no le digas nada a Alex, no quiero que malinterprete las cosas.

—No entiendo dónde está el malentendido, Louis. Viste una oportunidad y la aprovechaste. Pero nunca pensé que caerías tan bajo, sobre todo porque llegué a pensar que te importaba Alex.

—¿Qué?

—¡Ay, Louis, por favor! —puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos—. Todos lo sabemos, es obvio que se gustan. La forma en que se están mirando constantemente, como hablan como tontos al estar solos... ¿Es impresión mía o están siempre encerrados en el ascensor? Como dijo Manon, me sorprendes aunque no en el buen sentido —se da media vuelta y sigue caminando hacia el ala este, dejándome completamente inmóvil.

Me quedé parado en el pasillo, aturdido por las palabras de Céline y Manon. El peso de su afirmación resonaba en la cabeza. ¿Acaso mis acciones habían sido impulsadas por algo más que un simple impulso profesional? Las palabras de Manon reverberaban, su insinuación sobre mis intenciones en relación con Alexandro se entrelazaban con la mirada desaprobadora de Céline. ¿Acaso había algo en mi interior que quería hacer sufrir a Alex?

La realidad es que he deseado el puesto de Manager durante mucho tiempo, y sé que sería capaz de cualquier cosa para arrebatárselo a Alex. Sin embargo, después de cómo se ha portado conmigo y de lo que he comenzado a sentir, no estoy seguro de ser capaz de algo así. Creo que ya me he acostumbrado tanto a su cara estos meses que me cuesta procesar la idea de hacerle daño. Él estuvo ahí el día que me desmayé, se preocupó por mí en el hospital, y todas esas acciones me hacen sentir una presión en la garganta.

Quizás porque eso fue lo que aprendí en las calles, en esa vida que me arrebataron sin pedir permiso. Nadie me preguntó si estaba preparado para sentirme solo durante tantos años o enfrentarme a una realidad cruel cuando mi madre me echó de la casa como si fuera basura. Me vi forzado a trazar mi propio camino, entre el sudor y esfuerzo, trabajando incansablemente para costear mis estudios y sobrevivir en un mundo que parecía ajeno y hostil. Alex no merece que le haga esto, pero siento que es lo único que he aprendido a hacer en este duro camino que he recorrido.

El gélido viento me golpeó el rostro al llegar frente al edificio donde había iniciado la terapia para controlar mi problema con el alcohol. Por algunas razón demasiadas cosas comenzaron a rodarme por la cabeza.

Jamás tuve contacto con la familia de mi padre, aunque intenté acudir a ellos en numerosas ocasiones para localizarlo. Mis abuelos eran de un pequeño pueblo en Francia, cerca de la frontera con Bélgica. Pero estaban tan aislados que me resultaba casi imposible ubicarlos cuando era apenas un niño. Después de ir a vivir con la familia de Sophie, desistí en buscar a mi padre. Tenía demasiadas preocupaciones a esa edad como para seguir fantaseando con alguien que claramente nunca se molestó en buscarnos a mí y a mi hermana.

Tuve que trabajar como un loco en ese pequeño pueblo, pagarme mis estudios y ayudar a la familia de Sophie con la comida que ahora salía de mi bolsillo.

Bajo las luces centelleantes de la ciudad, nos aferramos a la incertidumbre con una mezcla de miedo y emoción. Los primeros días fueron como aprender a nadar en un océano desconocido: luchábamos contra las corrientes de responsabilidad, nos sumergíamos en la vorágine de las oportunidades y nos aferrábamos a cualquier balsa de estabilidad que pudiera mantenernos a flote.

Incluso me tocó descubrir mi completa sexualidad así, en la soledad de las calles, donde todos son descartables.

—Te espero aquí afuera —prometió Julien con una sonrisa.

—Está bien, Papá —respondo guiñando un ojo—, no demoro mucho.

Antes de entrar, noté que Julien había atendido una llamada después de despedirse. Por su tono de voz y lo poco que logré escuchar, entendí que era Sophie quien llamaba. Me pregunto cómo seguirán sobre la situación de la búsqueda del bebé. Ella lleva semanas muy callada y siempre evade el tema cuando le pregunto.

La sesión pasó rápido, o al menos así lo sentí al darme cuenta de que una hora había volado del reloj. Como prometido, Julien me aguardaba en las sillas de la pequeña sala de espera. Le di un ligero golpe en el hombro para despertarlo y salimos del edificio, rumbo a un pequeño restaurante coreano cerca de casa. El frío se sentía un poco menos intenso que de costumbre y recordé que estábamos iniciando marzo, lo que anunciaba la cercanía de la primavera.

Mientras caminábamos entre risas, noté que el teléfono volvía a sonar sin pausa, a pesar de haberlo ignorado durante la consulta. Vibraba por toda la pierna, así que lo saqué del bolsillo y vi que era una llamada de Jaqueline. Me detuve en medio de la calle de inmediato, provocando que una pareja que venía detrás chocara conmigo. El impacto fue fuerte, pero no pude salir del trance en el que me encontraba. De repente, la voz de Julien a mi lado se distorsionaba, y sus palabras se perdían en un eco ensordecedor que resonaba en los oídos sin que pudiera descifrar nada. El nombre de mi hermana iluminaba la pantalla, al igual que el teléfono no dejaba de vibrar y yo sentía un agitado latir en el pecho, como un vértigo.

Reaccioné cuando la llamada cesó y noté en la pantalla que tenía unas diez llamadas perdidas suyas y más de quince mensajes.

El pasado se empeñaba en perseguirme.

Las manos me temblaban mientras intentaba enfocar la vista en la pantalla, pero todo se volvía borroso, los mensajes eran un conjunto de formas indescifrables. Una sensación de vértigo se apoderó de mí, el corazón me latía con tanta fuerza que me costaba respirar. Me sentía como si estuviera atrapado en una neblina densa, incapaz de discernir las palabras o entender lo que estaba sucediendo.

—¿Estás bien? — finalmente escuché a Julien sacudirme del brazo.

Asentí. No tenía voz.

—¡Joder, hombre! Te detuviste en medio de la calle y mirabas tu teléfono como si fuera la propia muerte llamándote.

—Ahí está el problema —susurro levantando la mirada y enfocándola en su rostro, en esos ojos familiares— el problema es que creo que sí lo era.

El frío me penetraba la piel mientras intentaba recobrar los sentidos en medio de la *Rue de la Régence*. El gélido aire contrastaba con el bullicio lejano de las personas envueltas en abrigos gruesos, cada uno inmerso en su propio mundo, yo permanecía aturdido por la sensación de vértigo que aún me sacudía.

Con un choque el teléfono aún en las manos comenzó a resonar de nuevo. La primera vibración me recorrió el cuerpo entero como un escalofrío que casi me hace soltar el teléfono de un golpe. Jaqueline volvía a marcar en la pantalla y una presión empezó a formarse en la garganta, dificultándome respirar. Traté de tragar con fuerza para controlar la sensación, pero el

miedo empezaba a propagarse por mi cuerpo. No podía permitir que los demonios del pasado volvieran a acecharme. No ahora que estoy intentando sanar.

Presioné el botón de colgar y silencié el teléfono. No podía permitir que mi hermana o mi madre tuvieran el poder de afectar mi estabilidad mental. Después de tantos años de abandono, no podía volver a ese infierno. Ya había escapado de ese fuego infernal dos veces, lo último que necesitaba era volver a quemarme..

Después de cenar, volví solo a casa, Julien había estado demasiado callado en la cena y al salir dijo que pasaría la noche en casa de su hermano. Evite acorralarlo con preguntas aunque ya sabía que algo no estaba bien en su mirada.

Después de empujar la puerta mañosa de la entrada, noté todas las luces apagadas. Dejé caer la mochila al lado de la puerta y me saqué las zapatillas, cambiándolas por unas pantuflas. Arrastré los pies cansados hasta la sala y al encender la luz, algo llamó mi atención.

—¿Todo bien?

La veo voltear y asiente con la mirada apagada.

—¿Peleaste con Julien? —susurro y Sophie se levanta del sofá y se acerca a la ventana abierta, observando las luces de la ciudad.

—No —suelta una pequeña sonrisa que no me convence del todo—, solo no puedo dormir.

—¿En qué estás pensando para que no puedas dormir?

—En que no sirvo —entendí de que hablaba y abrí la boca, pero ella me hizo señas para que no interviniera—. Sé que vas a decir que todo llegará en su momento —se dibujó una sonrisa que no llegaba al brillo de sus ojos—, pero no tengo fuerzas para escucharte decir eso. Tú no. Ya me basta con Julien y mis padres o suegros.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

—Abrazarme.

Y así lo hice. Abracé a mi mejor amiga con fuerza, tanta que me fue posible para que sintiera el calor de mi cariño. Sus lágrimas me resbalaban por el hombro y sus gemidos de dolor me desgarraban el alma.

Al rato, las lágrimas se secaron, y terminamos viendo por largos minutos las pocas estrellas que se asomaban por el cielo oscuro.

—¿Por qué se fue a dormir a casa de su hermano? —indago.

—Hemos tenido una discusión al teléfono después de que salí del médico.

Recordé de su llamada cuando entré a mi sesión.

—¿Qué te dijo el médico?

—Que no hay forma —las lágrimas volvieron a bajar por su rostro—. Ya no puedo más con esto. No soy fuerte,

—Eres demasiado fuerte, Sophie.

—Fuerte sería si pudiera crear una vida... Pero no puedo —el dolor me llegaba como si fuera una onda de carga pesada—. Julien ha sido increíble en este proceso, pero tiene una jodida esperanza que me frustra más de lo que quiero aceptar.

—¿Es él quien tiene algún problema o...?

—¡No! —su voz era áspera—. Soy yo la que está defectuosa, la partida, la inútil. Me dice constantemente que llegará el día en que quede embarazada, pero estoy harta. Parece que no termina de entender que soy yo la que no puede producir el maldito bebé... A veces solo tenemos sexo para ver si llegamos a esa finalidad, ni siquiera lo disfruto ya.

—¿Pero le has dicho...?

—¿Qué le voy a decir, Louis? ¿Que no disfruto el sexo como lo hacía antes porque ahora parece una tarea más que algo que debería disfrutar?

—Quizás deberían dejar de darle tantas vueltas al asunto —vi sus ojos húmedos y continué —: Déjenlo un tiempo, no para siempre, pero intenten volver a enamorarse y no sentirse presionados a que estén juntos solo por eso.

—Suená fácil —murmura mirando al cielo. Apenas había alguna brisa que rozaba nuestras caras.

—Inténtalo. Si no puedes hablar de esto con tu marido y si conmigo es porque algo está mal y Julien no es de esos.

Su suspiro fue largo y espeso. Los minutos de silencio se alargaban, pero sabía que era necesario que meditara las cosas.

—Tienes razón —admite, y mi respiración vuelve a su ritmo normal—. Debo hablarlo con él antes de que esto termine separándonos en lugar de unirnos.

—Conociendo al cabecadura de Julien, verás cómo entiende y le da la vuelta a todo. Tal vez él se siente igual y no se atreve a decírtelo.

—Prométeme que nunca me dejarás sola —ruega mi mejor amiga.

—No se promete lo que es obvio —contesto con un abrazo mientras la luna era la única testigo del cariño que siento por esta mujer.

Alex

Chocolate amargo

Mi paciencia se estaba agotando.

—Es que te juro que Alex era un desastre al inicio de su carrera —bromea Claudia, y siento un tic nervioso en el ojo derecho.

—Bueno, bueno... tampoco es para tanto —contradigo antes de que el ojo estalle.

—La verdad es que no me sorprende en lo absoluto —confiesa Charles desde el otro lado de la mesa, provocando risas entre ambos.

—A ver, idiotas —bufo—, terminen sus copas de vino de una vez que aún tenemos que ir a las galerías.

Ambos se ríen con más fuerza y Claudia hace una mueca.

—Es que Alex vive siempre tropezándose con alguien o algo.

—Vale, Claudia —susurro intentando cortar ya el chiste— ya sabemos que soy bastante torpe.

—¿Ayer fue? —interviene Charles, ahogando una carcajada—. ¡Sí! Anoche salimos a cenar con unos amigos míos y Alex se ha caído por las escaleras del restaurante y piensas... ¿Se habrá hecho daño?, así que bajé rápido a ayudarlo —hace una pausa, creando tensión, y mi expresión en el rostro muestra evidente molestia—, amortiguó su caída encima de un mesero que estaba lleno de platos y con el impacto llenaron todo el piso de comida y platos partidos.

Claudia explota en risas, escupiendo un poco de vino tinto hacia mí.

—Pero bueno, coño —me quejo, frotándome la servilleta sobre las gotas de vino en la camisa—. Encima me quieren joder la ropa... Ahora me debes una camisa nueva —me levanto intentando ocultar la cara roja—. Vámonos, que si no cierran las tiendas.

Mi amiga se levanta y se acerca para darle dos besos a Charles.

—Fue un placer... —dice y la jalo del brazo mientras me despido de él sacudiendo la mano.

—El placer ha sido mío, querida —dice Charles y se levanta rápido de la silla— ¡Espera! ¿Salimos a desayunar mañana?

—No todos podemos ajustar nuestro horario de trabajo a nuestra conveniencia —apunto con sarcasmo.

—Lo sé, por eso le preguntaba a Claudia.

Hago una mueca sorprendido.

—¿A mí? —noto que ha quedado roja.

—Vale, vale —jalo del brazo a Claudia— Te robo a tu Julieta por hoy, Romeo, ya mañana la tienes de vuelta.

Salimos del restaurante con pasos apresurados al darme cuenta de lo tarde que era y la inminente clausura de las tiendas en la galería. El viento nocturno soplaba con fuerza, azotando las hojas secas que habían caído en la acera. Corrimos hacia la parada de autobús y, al subir, el aire frío de la noche se coló por entre las rendijas del transporte público. Nos acomodamos al fondo del pasillo, rodeados por el murmullo amortiguado de los demás pasajeros.

Los cristales del autobús estaban empañados por el contraste térmico entre el frío exterior y el calor de dentro.

—¿Estás molesto? —pregunta Claudia en un tono suave.

—Claro que no —suelto una risa—. Es solo que ya están por cerrar las tiendas.

—Bueno, Alex, si no logro comprar los chocolates de tu madre, ella...

—¿Ella qué? ¿Entendería? —me río con sarcasmo y suelto un largo suspiro— Claro, porque así es ella... comprensiva.

El ambiente en la conversación se tornó un tanto pesado, como si mis palabras hubieran abierto una puerta a un lugar incómodo.

—Pero si sabe que solo son... chocolates ¿no? —menciona y el tic nervioso en el ojo regresa—. O sea, se pueden comprar en cualquier sitio. No entiendo por qué quiere específicamente esos.

—Porque así es ella —espeto en tono seco y me llevo los dedos a la cabeza para suavizar el dolor que me comienza a golpear— Sabes que a mi madre le encantan las apariencias, a ella no le importa si estoy aquí en Bruselas, en Londres o en la misma China... No me había llamado desde la noche que llegué de Lisboa hace... ¿casi cuatro meses? Pero apenas se enteró de que sus amigas la iba a visitar, recordó que aquí venden buen chocolate y que casualmente su hijo podía enviarle algunos.

»Lo peor es que finjo sorpresa, como si fuera algo nuevo en su actitud —continúo—, ¿Para qué preocuparse por cómo estoy aquí cuando lo que le importa es lo que dirán sus amigas? Los vecinos, la gente... Lo que le da orgullo es decir que tiene un hijo en el extranjero, no preocuparse por cómo está él.

Mi voz se torna áspera, cargada de frustración acumulada durante años. Hablar de mi madre siempre me sacaba de quicio, desenterraba esas capas de resentimiento que preferiría dejar sepultadas. Claudia me observa con una mezcla de comprensión y preocupación, consciente del peso que tienen mis palabras.

—¿Y qué dijo tu papá? —indaga y aprieto las lágrimas que amenazan con caerme de los ojos.

—¿Qué va a decir? Nada —me paso las manos por los ojos nublados—. Mi padre simplemente sigue el juego, total, lo que menos le importa en estos momentos es si mi madre tendrá chocolates o no, porque como de costumbre, se irá de viaje con sus amigos a las montañas de Suiza. ¿Te crees esa mierda? Mis padres llevan casados más de treinta y dos años y nunca se han ido de vacaciones juntos.

»¿Pero es que por qué se irían juntos a algún lado? Si nadie soporta a mi madre. Lo que más me duele no es que mi padre la apoye, es que siempre ha sido igual. Ambos siempre han priorizado su vida antes que la mía. Entiendo que los padres, al tener hijos, no deben olvidarse de ellos mismos, ¿pero esto? Esto roza lo absurdo. No sé qué habrían hecho si mis abuelos no pudieran cuidarme cuando era niño.

—Aff —suspira mi amiga, apretándome la mano—, cómo extraño a la señora Cecilia y al señor Agustín.

—Yo también —digo con la voz quebrada— extraño demasiado a mis abuelos. Creo que nunca lloré tanto como cuando ambos murieron.

—Eran increíbles —comparte Claudia, y puedo sentir el eco de su añoranza en cada palabra.

Lucho por contener las emociones que se agolpan en la garganta, pero logro decir:

—Mis abuelos fueron lo que me mantenía estable... y cuando murieron, sentí que se desmoronaba una parte importante de mi mundo.

Claudia asiente con tristeza, su expresión refleja una comprensión profunda de la situación. Pero nos levantamos de los asientos para bajarnos del autobús. Levanto la mirada del pavimento mojado suplicando por no resbalarme y me encuentro con la enorme galería al final de la calle.

Al entrar, me sumerjo en la exquisita belleza de su interior. El inmenso techo azul se despliega sobre el edificio, transportándome a un universo completamente distinto. Las altas y anchas paredes, iluminadas con luces amarillas, crean una atmósfera cálida que envuelve mis sentidos. Caminamos tomados de la mano, sintiendo el reconfortante apoyo de Claudia después de haberme sincerado con ella. Recorremos de tienda en tienda hasta dar con la primera de la larga lista de preferencias de mi madre.

Al entrar, me abruma la asombrosa variedad de chocolates que se me exhiben ante los ojos. Es como adentrarse en la fábrica de chocolate de *Willy Wonka*. La abundancia de colores, formas y sabores me desafía, haciendo que mi búsqueda se convierta en un reto inesperado. Navegamos entre estantes repletos de chocolate oscuro, blanco y con diferentes porcentajes de cacao. Hay filas interminables de cajas con etiquetas vibrantes, cada una contando su propia historia de dulzura. Claudia me mira con una sonrisa cómplice mientras intento descifrar cuál de todas es la elección perfecta para complacer los gustos exigentes de mi madre.

Después de seleccionar algunas cajas salgo de la tienda, observando cómo ella espera que envuelvan las cajas con hermosos lazos, que parecen auténticas joyas. Comienzo a caminar en círculos, sumido en la distracción de revisar el teléfono para disimular la ansiedad que me carcome por dentro.

Alzo la mirada hacia la entrada de la galería y, entre la multitud borrosa, diviso algo que llama poderosamente mi atención. Desearía tener anteojos en este momento, ya que me cuesta enfocar la mirada en la sombra difusa que ha despertado mi curiosidad a lo lejos. Espero lleno de ansiedad, el corazón martilleándome el pecho, mientras aguardo a que se acerque lo suficiente para poder discernir su rostro. De lejos parecía el hombre más hermoso que habían visto mis ojos. Las manos me comienzan a sudar de nervios cuando finalmente identifico a Louis, acompañado de otro hombre. Viene riendo a carcajadas y, al alzar la mirada y encontrarse con la mía, siento que el corazón se me detiene y el suministro de aire en los pulmones se interrumpe por un instante.

Se detiene abruptamente al reconocermelo entre la multitud. Sus ojos se abren sorprendidos por un instante antes de que una sonrisa pícaro, gatuna dibuje en sus labios. Me siento atrapado en un momento que parece eterno, mientras observo cómo se acerca, acompañado de su amigo. ¿Qué hace aquí? ¿Y quién es ese hombre a su lado?

—¡Alex! —anuncia Louis acercándose— ¿Cómo estás? No te vi en la oficina hoy, ¿estás bien?

«Mejor ahora que veo tu rostro» pienso pero no lo digo.

—Bien —susurro, manteniendo mi atención en el hombre alto que lo acompaña—, ¿Y tú qué tal estás?

En ese momento, algo cálido tocó mi espalda. Giré rápidamente y me encontré con Claudia detrás de mí.

—Me tomé el día libre porque mi mejor amiga vino a visitarme por unos días —digo señalando a Claudia detrás de mí.

—¿Así que tú eres Louis? —interrogó mi mejor amiga con tono picante y una sonrisa tan grande que quería borrar con un puñetazo antes de que me delatara.

Él asiente con esa sonrisa tan particular.

A pesar de las risas, el ambiente se sentía tenso y los ojos no dejaban de detenerse en la compañía que traía Louis.

—Veo que no has perdido el tiempo —murmuro, sintiendo rabia consumiéndome por dentro y como las orejas me ardían.

—¿Cómo? —Louis frunció el ceño— ¡Ahhh! —soltó una risa, mirando a su compañero—, Disculpa, les presento a Julien, el esposo de mi mejor amiga.

Las orejas se me enfriaron repentinamente y una enorme sonrisa se me dibujó en el rostro, a pesar de sentirme como un payaso. Quizás todo el rojo se había ido a mi nariz.

Louis notó la tensión en el ambiente y se apresuró a intervenir.

—¿Y qué tal si... todos vamos a tomar algo? Mi mejor amiga nos espera en un restaurante cerca de casa y así nos ponemos todos al día, ¿Qué opinan?

Negué pero Claudia asintió emocionada, mientras yo luchaba por mantener el rostro sereno. La idea de pasar tiempo con él después de cómo han estado las cosas últimamente me sumerge en una mezcla de emociones confusas. Es como si estuviéramos corriendo juntos, al mismo ritmo y velocidad, pero en direcciones opuestas. A veces, parece que somos dos almas perdidas, navegando en aguas turbulentas. Y, en ocasiones, me invade la idea de que quizás soy un cobarde, incapaz de enfrentar la verdad de lo que realmente siento por él, más allá de los confines de la mente.

—Está bien —acepto entre dientes, sintiendo cómo los nervios se apoderaban de mi sistema.

Perdí la noción del tiempo en el momento en que entramos al restaurante coreano y encontramos a Sophie sentada en una mesa pequeña. A pesar de lo pequeño e íntimo del lugar, los meseros y empleados irradiaban una sonrisa que invitaba a quedarse para siempre. Conversaban animadamente con nosotros y con otras personas que también cenaban allí. Las amplias paredes revestidas de tablas de madera pintada de blanco y los asientos acolchados creaban una atmósfera acogedora. Casi tropiezo al entrar al restaurante, lo que desató risas entre todos y rompió el hielo de inmediato.

Las luces neón proyectaban destellos en algunas paredes, y me sentía transportado a otro universo observando a la compañía que tenía en la mesa. Claudia no paraba de reír con las historias de Louis y Sophie. Julien, por su parte, mostraba una observación profunda, y noté cómo sus ojos brillaban con más intensidad cuando Sophie tomaba la palabra. Parecía cautivado por su encanto.

Sentí el deseo de que alguien me mirara así.

Mientras la conversación fluía, me sentía un tanto cohibido. Siempre he sido bastante introvertido en entornos ajenos a mi zona de confort, y aunque solo era una cena en un restaurante, me sentía un poco intimidado por las miradas de Louis. No me incomodaba su atención; al contrario, envidiaba a los demás cuando sus ojos se posaban en ellos y no en mí. Pero a veces desearía ser diferente y ser más abierto al expresarme como los demás. Lograr decir lo que siento sin que el miedo me controle como una marioneta.

Me ahogué con el picante del *Tteokbokki*, no estaba acostumbrado a su fuerte sabor. Los deditos de arroz tenían una combinación dulce que me encantaba mezclado con mucho picante. En un instante, tenía una mano extendida hacia mí con un vaso lleno de agua. Reconocí la textura de esas manos y una cálida sensación se apoderó de mí, a pesar de la tos persistente. Casi dejé caer el vaso cuando, al tomarlo, un cosquilleo eléctrico me recorrió la piel. No entendía por qué siempre sucedía esto cuando nuestras manos se tocaban.

—¿Te sientes mejor?

—Sí... sí —murmuro, tratando de recuperarme—; soy un desastre.

—Eres increíble, eso es lo que eres.

Respondo con una sonrisa a medias y me levanto para escapar al baño cuando comencé a notar la humedad en la nariz.

Después de lavarme la cara con agua y permitirme un momento para perdonarme por no ser perfecto, giré cuidadosamente la manija de la puerta, evitando que hiciera ruido como lo había hecho al entrar. No quería atraer la atención de nadie. Me encontré con una sonrisa esperándome al otro lado. Retrocedí ligeramente y al elevar la mirada, me di cuenta de que había pasado un tiempo desde que no veía sus ojos tan de cerca. Sin embargo, no sabía si lo que más me encantaba de su rostro eran sus cejas gruesas, de un color naranja suave, o su cabello corto y despeinado.

El corazón me comenzó a latir tan fuerte que juré que podría atravesarme las costillas y salir corriendo en cualquier momento. Traté de mantener la compostura, pero la cercanía con Louis generaba un torbellino de emociones en mi interior. Su sonrisa cálida me hacía sentir vulnerabilidad y algo más que no sabía cómo nombrar. No podía evitar notar cada pequeño detalle de su rostro, desde la curva suave de sus labios hasta el brillo peculiar en sus ojos. Era absurdo que ese brillo parecieran estrellas fugaces.

Quizás debería pedir un deseo.

La atmósfera entre nosotros era casi eléctrica, como si el aire vibrara con una energía que solo podíamos sentir los dos. Me sentí forzado a apartar la mirada, temiendo que mi expresión revelara más de lo que estaba dispuesto a mostrar. Sin embargo, en ese preciso instante, él extendió su mano y rozó suavemente mis dedos, provocando que los ojos retornaran automáticamente a los suyos.

—¿Co...cómo sigues de la... la anemia? —intenté romper la tensión entre nosotros y el silencio que me sofocaba, necesitaba dejar que la vista se deslizara entre sus ojos y sus labios perfectos.

—Mejor —sonrió, elevando aún más la comisura derecha de sus labios, lo que me hizo sonreír también por inercia—. La medicación está haciendo su efecto.

Un deseo, solo uno.

Asentí en silencio. Las palabras se quedaron atascadas en la garganta, incapaces de salir.

—Creo que nunca te agradecí por tu ayuda —continúa el chico de los ojos estrellados—, gracias, Alex.

—No tienes por qué agradecer —me encogí de hombros—, cualquiera lo habría hecho.

—Eso no cambia que lo hiciste —se acercó, desapareciendo la distancia entre nosotros y cortándome la respiración con su olor—. Hay algo que me sucede y... ¡bah... Olvídalo!

—¿Qué es? —insisto.

—Prometí alejarme de ti —susurra Louis, dando un paso hacia atrás, y sin darme cuenta, estaba pegado a la pared al lado de la puerta con la mano en su pecho. No quería que se fuera—. Pero algo pasa cuando estás cerca, algo que impide que pueda distanciarme de ti.

Los nervios se intensificaban mientras mis dedos cálidos acariciaban la textura de su camiseta.

—¿Por qué prometiste alejarte de mí? —la voz se me quebró.

—Porque me lo pediste —su mirada era triste y me desgarró el alma—. Me has dicho de todas las formas que continúe con mi vida sin ti. Pero cada día me queda más claro que hay algo

que nos quiere juntos. Te encuentro hasta en la sopa y a pesar de no creer en eso de que las personas están destinadas a estar juntas. Hay algo en ti Alex... que no logro descifrar aún.

—¿A...algo en mí?

Sonrió y avanzó un paso más hacia mí. Su respiración bajo mis dedos se agitaba, igual que la mía.

—Quizás debería irme —expresa con suavidad.

Apreté los labios y los humedecí, clavándole la mirada. De repente, sentí un deseo abrumador de explorar su presencia. Necesitaba decirle que lo hiciera, que si daba el salto, yo lo seguiría. A pesar del miedo, algo en mí deseaba que esto ocurriera. Estaba harto de pretender ser fuerte.

—No te vayas.

—¿Qué quieres que haga? —indaga, conteniendo una sonrisa.

—Todo.

Su mano suave se deslizó desde el rostro hasta mi cintura. Una avalancha eléctrica recorrió la piel al sentir el calor de su tacto. Sus ojos se cerraron lentamente mientras se acercaba. Me sentía rendido. Deseaba probar su piel, el sabor de sus labios. Lo necesitaba a él.

—La última vez me pediste que te besara —recordé ese día en la biblioteca—. Ahora te pido yo, que lo hagas tú. Demuéstrame que sientes por mí —su mirada era intensa— Bésame.

Pocos centímetros separaban nuestros labios en ese momento. Quizás solo unos cinco centímetros. Quizás tres. Una maldita distancia que necesitaba desaparecer.

—¿Qu... quieres que... te bese?

Asintió.

Quería besarlo, pero el cuerpo no me respondía. Cuando sentía cómo nos acercábamos más y que mis labios rozaban los suyos, mis sentidos me hicieron salir de esa burbuja con demasiada rapidez cuando un hombre alto y apresurado chocó contra nosotros, para entrar al baño. Su presencia rompió el aire cargado de electricidad entre Louis y yo, diluyendo el momento en un instante. Me dejó con una sensación de desconcierto, un nudo en el estómago mientras maldecía en mi interior. Los ojos de Louis, que habían estado fijos en los míos, se desviaron hacia la mesa donde estaban nuestros amigos conversando, y su rostro mostró un ligero cambio de expresión que no logré interpretar. En ese momento, un inexplicable sentimiento de incomodidad se apoderó de mí, como si algo más estuviera ocurriendo más allá de lo evidente.

Lo vi regresar a la mesa sin mí y resignado volví también. Claudia preguntó si me encontraba bien al sentarme, después de haber estado ausente por algunos minutos. Asentí con la mirada puesta en Louis, quien estaba frente a mí, evitándome la mirada.

Habíamos vuelto a esa dinámica.

El mesero se acercó para retirar los platos y ofrecer más opciones. Las miradas se posaron sobre mí, pero el estómago revuelto y el nudo en la garganta me impedían seguir comiendo. Claudia me tomó la mano, su mirada comprensiva era la única que lograba entender lo que sentía. Sophie y Julien se adelantaron para pagar la cuenta, a pesar de mi insistencia. Acepté, prometiendo que la próxima cena sería por mi cuenta, aunque en ese momento no estaba seguro de si eso sucedería. Louis seguía sin levantar la mirada, su indiferencia solo me hacía crecer el nudo en la garganta.

El mesero de regresó y entregó una pequeña caja roja de terciopelo, que al abrirla revelaba pequeños chocolates individuales.

—Cada sabor es una sorpresa y cada chocolate contiene un mensaje —relata con una sonrisa.

Estiramos las manos para tomar un chocolate. La mía rozó la de Louis mientras intentaba agarrar uno morado, pero él retiró la suya rápidamente. Levanté el chocolate y comencé a abrirlo con cuidado.

—Me tocó de leche —anuncia Claudia, masticando— Dice aquí: *El amor llega cuando menos lo esperas, pero siempre en el momento perfecto.*

Sonreí y escuché la risa burlona de Louis.

—¡Qué asco! —exclama Sophie— A mí me tocó de menta y el mensaje es una mierda. Dice: *Las estrellas te aconsejan probar el helado de pimientos. ¿Qué carajo?*

Todos soltamos una carcajada.

En las manos, noté que mi chocolate era oscuro y, al partirlo, desplegué el papel dorado que escondía un mensaje. Lo leí en la mente mientras saboreaba el amargor del chocolate.

“El verano se va cuando el amor se divide. Quizás con las nubes en invierno regrese el amor eterno”

—¿Qué dice el tuyo? —insiste Claudia.

—Una tontería —respondo, con un dejo de desgano—, quizás deberíamos irnos, me está empezando a doler la cabeza.

Me despedí de todos y noté cómo Louis apenas levantó la mirada para decirle adiós a mi amiga. Me quedé con ganas, esperando volver a ver las estrellas iluminar sus ojos.

Regresamos a casa juntos; Claudia se quedaba unos pocos días conmigo. Aún persistía el sabor amargo del chocolate en la lengua mientras abría la puerta y Sebastián, ronroneando, frotaba sus patas contra las piernas. Claudia se dejó caer en el sofá, anunciando lo cansada que estaba. No podía ocultar lo agotado que también me sentía, así que me encaminé al baño y entré en la ducha, buscando que el agua tibia despejara las penas que pesaban sobre el alma.

Dejé caer la ropa al suelo frío del baño y me enfrenté al reflejo desnudo del espejo, que comenzaba a empañarse con el vapor del agua caliente. Al adentrarme en la ducha, un escalofrío me recorrió el cuerpo por el contraste entre la piel fría y el agua caliente. Un gemido de alivio se me escapó de los labios al sentir las gotas caer sobre la piel desnuda. En ese momento, la mente se llenó de pensamientos: ¿Por qué Louis se había cerrado así después de nuestro encuentro? ¿Porque no pude moverme? Solo quería sentir sus labios en los míos, su calor contra mi piel, y tal vez, si tenía suerte, ser el motivo de su sonrisa a diario.

Él me había pedido que fuera yo quien lo besara, pero no tuve el valor. Soy frágil, débil y ni siquiera logro ser coherente con mis acciones.

El hombre que me gusta me pide que lo bese y yo entro en pánico prefiriendo desaparecer.

Cerré los ojos, sintiendo el fluir del agua sobre mí, como si quisiera arrastrar las preguntas y las esperanzas que se agolpaban en mi interior. Pero la corriente no era lo suficientemente fuerte para llevarse la incertidumbre que se aferraba a mí como una sombra persistente. El deseo de más se mezclaba con la resignación de saber que a veces las expectativas eran solo eso: expectativas, y nada más.

Probablemente estaba esperando demasiado, es lo que repito una y otra vez en la mente en un intento de encontrar una respuesta, un consuelo a esa sensación de vacío que crecía dentro de mí. Pero, a pesar de ello, la esperanza persistía, alimentada por un hilo fino pero firme que se aferraba a la posibilidad de un desenlace diferente, quizás, algún día... o quizás nunca.

Quizás espero demasiado.

Louis

Entre la guerra y el amor

La sombra se intensificaba y difuminaba con cada piso que el ascensor descendía, y la luz del exterior se colaba por la puerta de cristal. Las últimas dos noches se habían convertido en un insomnio persistente, y la fatiga se aferraba a mí, desgastándome. El teléfono sonaba incesantemente con llamadas y mensajes de mi hermana, que había logrado ignorar con éxito. Aunque me sentía algo culpable por ignorarla, no podía permitirme sumergirme nuevamente en aquel lugar oscuro. Había avanzado en terapia, y no quería caer en esa niebla sin salida.

Vulnerable.

Así me siento frente al hombre de rizos castaños. Frente al dueño de las nubes y el líquido de plata que danzan en esos ojos. No quiero pensar en él. Me niego a hacerlo. He conseguido esquivarlo estos últimos días, con la excusa de trabajar desde casa, pero ya no puedo seguir huyéndole a todos.

El viento helado, aunque ya no tan mordaz, me da la bienvenida al salir del edificio donde resido. El sol decide asomarse, y parece que las semanas de días nublados han quedado atrás. Parte de mí teme la llegada del verano, que coincidirá con la entrega del proyecto final, y ese pensamiento me inquieta.

Tantas cosas pueden pasar en esas fechas.

Pero borro ese pensamiento también de mi cabeza.

Camino por la amplia calle hacia la estación de metro. Hoy Sophie se ha ido a la floristería más temprano. Aún recuerdo el día en que le dieron las llaves del local. Aquella sonrisa no desapareció por semanas. Y hoy, aún la lleva consigo.

Noto el aroma a café que flota en el aire, mezclado con la frescura del viento matinal. Los ojos se me detienen en el restaurante coreano donde cenamos hace unos días, y al acercarme a la puerta cerrada, percibo el olor a especias que escapa desde el interior, tentándome a recordar ese día.

Me detengo frente a la puerta con los dedos sobre el vidrio frío y puedo vislumbrar desde afuera el pasillo que conduce al baño. Una extraña sensación de vértigo me sacude la cabeza, como si todo a mi alrededor estuviera tambaleándose.

Intento disipar el nudo que se me forma en la garganta, tratando de apartar de la mente el recuerdo del rostro de Alex, tan cercano al mío que podía escuchar su respiración agitada, y sus palabras nerviosas instándome a arriesgarlo todo por él.

Tal vez fue mejor que el beso nunca ocurriera. Me quedé esperando alguna acción de su parte, pero como siempre, no hizo nada. Estoy cansado de esa actitud que parece controlarlo siempre. Alex espera que los demás tomen las decisiones por él, que controlen su vida. Si quiere construyamos algo juntos, que lo demuestre con hechos, no con peticiones ni sueños.

Los puños los mantengo aprisionados en los bolsillos de la chaqueta al mismo tiempo que me giro para continuar mi camino, y ahí, en el bolsillo derecho, encuentro algo que llama mi atención. Sacando el contenido arrugado, me doy cuenta de que es la nota del chocolate blanco

que agarré en el restaurante esa noche y la factura de las cervezas de aquel día en que canté a todo pulmón con Alex en el karaoke. Con ambas manos, desdoble el papel dorado del dulce, y sus palabras comienzan a agitarme el pecho.

"En el baile inmortal del amor, cada momento es un paso hacia una vida de almas eternas".

—Pura mierda —murmuro con frustración mientras vuelvo a arrugar el papel y lo lanzo al bote de basura que está a unos metros.

Sin darme cuenta, el papel arrugado golpea a una mujer que caminaba en sentido contrario. Sorprendida, levanta la mirada y se enfoca directamente en mí. Reconozco ese cabello liso y las enormes pestañas.

—¿Claudia?

—¿Qué? —responde confundida—. ¿Louis? ¡Ah, Louis! —se acerca con una sonrisa— ¿Me querías matar con... una bola de papel?

—No tenía intenciones de matar a nadie —me río— ¿Cómo está Alex?

«Maldita sea, deja de pensar en él» pienso casi gritándome en la mente.

—¿Alex? Bien y... ¿tú? El otro día te vi un poco extraño en la cena, estabas muy divertido con tus historias y luego volviste del baño muy serio.

Entendí claramente por su tono y la forma en que formuló la pregunta que ella ya sabía lo que había sucedido, pero parecía querer mi versión de los hechos. No estaba dispuesto a caer en esa absurda espiral.

—Dolor de cabeza —miento.

—¿Igual que Alex? —insiste, con duda en sus ojos.

—Igual Alex —confirmo, y un incómodo silencio se instala entre nosotros—. Bueno, debo irme a la oficina... Fue un placer verte de nuev...

—¡Espera! —interrumpe agarrándome de la mano— ¿Podemos hablar sobre algo rápidamente primero? —abrí la boca para insistir en que tenía prisa y pareció leerme la mente porque dijo—: No tomará mucho tiempo, te lo prometo.

Asentí, y propuso entrar a la cafetería del otro lado de la calle. Era pequeña de paredes verdes y un enorme letrero blanco, enseguida reconocí que de ahí venía el olor que me tenía hipnotizado desde que pisé la calle.

Con un vaso de café caliente en la mano, tomé asiento en una mesa pequeña junto a Claudia y observaba la vida seguir su ritmo fuera de la ventana.

—Gracias por aceptar el café, Louis —señala con amabilidad y mis ojos se centran en mi taza de café—. Me gustaría hablar sobre Alex.

—¡Ay no! —caí en su trampa— en serio, Claudia, no hay nada de lo que hablar sobre lo que pasó en el restaurante.

Me trato de levantar de la silla pero ella me agarra del brazo y me pide que me siente.

—Entonces sí pasó algo —afirma victoriosa.

—¿Alex no te lo ha contado?

—No ha querido hablar del tema —suspira profundamente y comienza a mover la cuchara dentro del café espumante—. Es que precisamente de eso quería conversar contigo —dio un sorbo a su café—. Entiendo que Alex es... complicado, y antes de que me interrumpas, déjame hablar y luego puedes irte sin necesidad de responderme.

Asentí.

—Le gustas mucho pero... Alex ha pasado por mucho sufrimiento, y no estoy justificando sus acciones, no es eso. Es solo que su vida ha sido sumamente solitaria.

»Él es muy bueno en ocultar su pasado, no hablar de eso... Alex creció prácticamente solo, sus abuelos lo criaron durante años, pero eran muy ancianos y, aunque a él no le guste admitirlo, lo abandonaban a menudo porque no tenían la fuerza ni los recursos para cuidarlo. Después de la escuela, solía estar solo por las calles por horas, y con el tiempo no logró aprender a crear buenas relaciones, ni amistosas ni románticas.

»No te cuento todo esto para que justifiques sus acciones ni para que aceptes lo que ha dicho o no ha hecho. No conozco tu historia ni lo que has pasado, Louis, pero quería que supieras que, en el fondo, Alex quiere mucho estar contigo. Aunque, tiene un miedo terrible al abandono. Eso es lo que lo frena demasiado a hacer las cosas.... A veces es tan intenso que se vuelve dependiente de su pareja, pero parece que ahora ha avanzado a un nivel en el que simplemente le aterriza iniciar algo con alguien —Claudia termina su café en un último sorbo y coloca la taza vacía en el hueco de la mesa que nos separa.

Yo me mantengo en silencio.

—No espero que salgas de aquí corriendo y aceptes todo solo porque yo te digo esto. Tampoco te pediría que te quedes en alguien que quizás nunca se atreva a luchar por miedo. Solo quiero que sepas que su interés está ahí... incluso más que solo interés. He pasado demasiados años viendo cómo se enamora constantemente de personas que lo lastiman sin piedad, pero de la manera en que actúas con él, no me parece que quieras lastimarlo.

Pero entonces recordé la ambición que tengo de quitarle el puesto en la empresa.

Quizás también era una bestia como los otros...

—No puedo hablar por él, pero de tanto que me habla de ti, sé que no abandonas sus pensamientos, porque a pesar de que no lo exprese y le cueste mucho mostrar sus sentimientos —se levantó de la mesa, regalándome una sonrisa sincera— él está loco por ti.

»Cuando vi cómo lo mirabas en la cena, supe que tú también sientes algo muy fuerte y sincero por él. Es algo que se nota, ¿sabes? Son de esas cosas que no se pueden fingir ni comprar, porque simplemente nace como un calor en el pecho.

»Gracias por regalarme estos minutos para fastidiarte con este monólogo y espero que podamos volvernos a ver un día que regrese a Bruselas —comenzó a alejarse y entonces me levanté. Era como si quisiera seguir oyéndola y al girarse, ella me leyó la mirada—. No sería justo que te siga contando más, cuando debería ser él en hacerlo.

Me regala una última sonrisa y sale de la cafetería.

—Señor Van Damme —llamó Manon desde su cubículo mientras caminaba por el pasillo un poco distraído—. Necesito hablar con usted.

Me di la vuelta con rapidez, rezando para que por haber llegado unos minutos tarde esta mañana no resultara en un despido inminente.

—Buenos días, Manon —susurro con cierto nerviosismo.

—Cierre la puerta y tome asiento —indica, señalando la silla frente a su escritorio.

«Mierda».

—¿Ha ocurrido algo? —me percaté que tengo la voz está tensa.

La directora permanecía absorta en su portátil, ignorando mis preguntas al mismo tiempo que tecleaba sin piedad.

—Si aspira al cargo de Manager del departamento de historias juveniles, le recomiendo que al menos sea puntual si no quiere terminar como su antiguo compañero Jonhson. Aunque no lo he llamado aquí para eso.

—¿Entonces? —lamenté el tono en el que me expresé, cuando me lanzó una mirada llena de hostilidad.

—Como lleva mucho tiempo en nuestra empresa, conoce a la perfección la fecha límite para enviar nuestro proyecto de París —se levanta y saca unas carpetas del mueble detrás de ella. A pesar de su tono serio, parecía desinteresada en sus propias palabras—. Estoy considerando reestructurar el equipo después de París. Necesito a gente... potente, fuerte, con decisión. Usted ha demostrado año tras año talento y perseverancia. Si tiene intenciones de ocupar un puesto en ese nuevo equipo, ¿está dispuesto a luchar en serio? Le advierto desde ya que no toleraré que me haga perder el tiempo.

—¿En un nuevo equipo donde yo sea... manager?

Asiente.

—¿Pero y Alex?

—¿Qué ocurre con el Señor Santos? —continúa sin siquiera voltear hacia mí.

—¿Qué pasaría si me dan el cargo? ¿Será despedido?

Manon cerró el mueble con un golpe y, antes de que me sentara, me miró directamente en silencio. Al estar ella de pie, debí alzar la vista, notando su postura de superioridad.

—No me aburra con esas preguntas vacías —lanzó sin piedad—. ¿Quiere o no ese cargo?

—S... sí.

—Vuelvo a preguntárselo y espero una respuesta tan firme como cuando me entregó esas carpetas la última vez. ¿Quiere el cargo de Manager?

—Sí —admití, sintiendo asco por dentro. La directora se sentó, dejó unas carpetas a mi frente y retomó su tecleo en el computador.

—Tiene hasta inicios de julio para presentarme propuestas sobre cómo mejorar los recursos del equipo y cualquier otra idea que intente sorprenderme. Y no se preocupe, el Señor Santos también está en la contienda.

—¿Alex sabe que te entregué las propuestas? Ya va... ¿Cómo que él está también en la contienda? Acaso...

—Los detalles precisos no son relevantes en este momento —bufó Manon.

—¿Y si las propuestas de Alex superan las mías?

—Usted será despedido —espeta fríamente, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¡¿Qué?! —me levanté de golpe—. No puedes hacer esto.

Manon detuvo el tecleo y alzó la mirada.

—¿No puedo? —me miró con maldad en los ojos— ¿Acaso entiende lo complicado que es para una mujer alcanzar este nivel? No, no lo hace. Se requiere sacrificio para ser respetada, señor Van Damme, y nadie. Repito. Nadie llega alto siendo amable y jugando limpio —me señala y mis piernas comienzan a fallarme—. Usted ha iniciado esta competencia por cuenta propia y ahora debe enfrentarse al dragón que provocó. ¿o es usted es un cobarde?

Los nudillos blancos me ardían por la tensión en las manos. No podía creer esta situación.

Si Alex también estaba en este juego, si a pesar de lo que sentíamos y lo que me había dicho Claudia, él había preferido jugar a esto. Entonces, tal vez, todo era una ilusión.

—Traeré la cabeza del dragón —musité entre dientes.

—Pues que empiecen los juegos del hambre —celebró la bruja victoriosa.

Me acerqué a la puerta con las piernas temblorosas, como si estuvieran al borde de ceder en cualquier instante y dejarme caer. Giré el pomo con fuerza, conteniendo un grito ahogado que amenazaba con escaparse de la garganta.

—¿Señor Van Damme? —llamó Manon, haciendo que me volteara con terror en los ojos—. Si para el primero de julio no tiene algo de valor que entregarme, por favor, no me haga perder el tiempo y absténgase de venir a nuestras oficinas.

Abrí los ojos con tal intensidad que parecía que iban a salir volando, mientras la presión en el pecho insinuaba que mi alma ansiaba morir. Asentí en silencio y salí del cubículo, cerrando la puerta a mi espalda y exhalando un suspiro tan largo que parecía que mi alma intentaba escapar.

Cuando regresé al ala este de la oficina y me dejé caer en el escritorio, el ambiente parecía estar más cargado que nunca. Las manos me temblaban mientras intentaba tomar aire para calmar la tormenta que rugía en el pecho. Cerré los ojos por un momento, esperando encontrar una chispa de claridad en medio del caos, pero lo único que hallé fue un vacío abrumador.

Perdí la noción del tiempo hasta que algo me sacó de mis pensamientos.

—¿Louis? —insisten frente a mí, con sus manos esqueléticas moviéndose delante de mí rostro—. ¿Me escuchas?

—¿Qué sucede? —pregunto, desconcertado.

—Necesitamos hablar. ¿Me acompañas a la sala del acuario?

Asentí.

La mente estaba dispersa, sumergida en la contemplación de los posibles escenarios que podrían moldear mi vida en los próximos meses. Si me esforzaba al máximo y presentaba una propuesta lo suficientemente sólida —una propuesta que sé que puedo hacer sin problemas— lograría obtener finalmente el puesto que merezco desde hace tiempo. Aunque eso significaría el despido de Alex.

Maldita sea.

Sin embargo, si optó por quedarme de brazos cruzados y no hacer nada al respecto, Manon no vacilará en despedirme en un abrir y cerrar de ojos. Y no puedo permitirme perder este trabajo, no después de años ahorrando para comprar mi primera casa. Necesito ese ascenso para huir del pasado que me atormenta. Dejar de ser un arrimado, un don nadie que no tiene hogar. Por fin podría tener mi propia casa, una donde nadie pueda lastimarme o botarme a la calle. Pero ninguna opción parece justa para nadie.

Maldita sea.

No debería haberle entregado esa carpeta con las propuestas a Manon. Habría evitado toda esta pesadilla.

—¿¿Louis?! —insiste Céline frente a mí.

—¿Disculpa! —reacciono—. Ando con mil cosas en la cabeza.

—Bueno, entiendo, pero estoy volviéndome loca con tantas cosas. Sales todos los días a las seis y me encuentro con montones de trabajo pendiente. Se supone que estamos juntos en esto... Necesito tu ayuda.

—Tienes razón —admito—, no he podido prestarle mucha atención al equipo. ¿Qué necesitas que haga?

Céline dejó caer una montaña de carpetas frente a mí. El golpe de los papeles contra la mesa resonó por todo el cubículo.

—Qué bueno que preguntas —enuncia con una sonrisa tensa—. Necesito que revises todo esto para poder avanzar. Me quedará con la mitad y así el próximo lunes discutiremos algunas cosas con Alex para seguir adelante.

—Me parece bien.

Me regalo una sonrisa que no me convenció y salimos de la oficina con al menos cinco carpetas llenas de papeles, algunos parecían ser manuscritos del proyecto de París y otros

proyectos simultáneos que Alex nos había asignado.

Al volver al escritorio, dejé caer las carpetas sobre la mesa y Lukas me llamó para unirme a su grupo, que estaba entre risas. Antes de acercarme, noté que el teléfono sobre la mesa mostraba un mensaje.

—Lláname urgente.

Sentí que las paredes a mi alrededor desaparecían y el viento frío penetraba la piel. Jacqueline insistía en comunicarse conmigo, y era una situación de la que no podía escapar. Los dedos me temblaban al sostener el teléfono, indecisos sobre si marcar su número o no.

Abrí las puertas de emergencia y bajé por las escaleras del edificio, ignorando las alarmas mientras continuaba bajando. El corazón me latía tan fuerte en el pecho que me sentía incapaz de utilizar el ascensor. Era como si cada paso que daba buscara liberar la ansiedad acumulada, una necesidad desesperada de encontrar un respiro en medio del torbellino de emociones.

Marqué su número sin pensar demasiado, ignorando el dolor que eso me causaba.

Creí que por una vez en mi vida, todo podía arreglarse con mucho esfuerzo. Que si me lo proponía, lograría callar esas voces que me torturaban constantemente.

Pero, los demonios del pasado siempre vuelven para perseguirme.

—¿Louis? —escuché mi nombre del otro lado de la línea.

—¿Qué sucede, Jacqueline? —pregunto en un tono serio, preparándome para la conversación que se avecinaba— No has dejado de llamarme en estos días.

—Mamá murió.

Louis

El valor de dejar ir

El vínculo que compartíamos antes estaba impregnado de un dolor tan profundo que cuestiono si alguna vez fue real. Esas palabras me han resonado sin cesar en la cabeza desde anoche y ahora me descubro en el asiento trasero del carro de Julien, con la mano reconfortante de Sophie entrelazada con la mía. El cielo, como un telón meticulosamente preparado, parece oscurecerse gradualmente, y el aroma a tierra mojada se cuela por la ventana, mientras el frescor del aire me acaricia las mejillas. Estamos cada vez más cerca del pueblo que me vio crecer, y el palpitante acelerado del corazón se sincroniza con el suave repiquetear de la lluvia sobre el techo del automóvil.

En unas pocas horas me reuniré con Jaqueline en la cafetería de la familia. La mera idea de regresar a ese entorno después de un mes me aterra. Los recuerdos recientes en casa de mi madre cobran vida como una película interminable en la mente. Su tono de voz, su mirada llena de desprecio, el empujón que me sacó de la casa... Son detalles que me hacen cerrar los ojos con fuerza para borrarlos de la memoria, pero recuerdo cuando era niño y vivía esas emociones a diario.

La última cosa que esperaba para mi fin de semana era revivir mi tormentoso pasado una vez más. Tengo tanto trabajo que preferiría estar sumergido en él en lugar de regresar a ese pueblo.

Desde la ventana, observo el cielo, ominosamente oscuro, como si se acercara el fin del mundo, y las grandes casas vacías que comienzan a poblar las calles. La atmósfera se torna cada vez más opresiva, como si el aire mismo estuviera impregnado de los recuerdos que preferiría olvidar. El nudo en el estómago se intensifica, un eco de ansiedad que hace que desee estar en cualquier otro lugar, lejos de este entorno que me recuerda un pasado que prefiero dejar sepultado.

Deslizo los dedos sobre las esquinas de los ojos, verificando su sequedad. Sí, siguen secos. Desde que me enteré de la muerte de mi madre, no ha caído ni una sola lágrima. Una parte de mí sigue paralizado por esa idea. A pesar de los años de distancia y falta de convivencia, no puedo evitar sentir algo por la mujer que me dio la vida. Aunque no logre identificar exactamente qué es ese sentimiento.

El carro se detiene frente a la cafetería, el mismo lugar de nuestra última visita. El amplio local abarca toda la esquina de la calle, con sus inmensos ventanales que dejan filtrar la escasa luz entre las nubes oscuras. Sorprendentemente, está abierta y con personas entrando y saliendo como si nada hubiera cambiado.

Bajo del auto acompañado de mis amigos, cada uno a mi lado. Al entrar el sonido de la puerta me estremece la piel, recordándome la vida que solía tener en este lugar hace tantos años. Intento sofocar el miedo que amenaza con subirme por la garganta, ahogando esa sensación de la misma forma en que intento reprimir esos recuerdos.

Ya no soy la persona que era entonces.

Me dirijo al mostrador buscando a Jaqueline, pero no está. En su lugar, veo a un niño de cabellos rojos, como los míos, concentrado en sus dibujos sobre un cuaderno, con su lengua asomando como si eso le ayudase a concentrarse.

Una voz femenina y gatuna susurra mi nombre sacándome de mi ensimismamiento.

—Gracias por venir.

—Jaqueline —murmuro al girarme y encontrarme con sus ojos olivos.

Con un apretón leve en la mano de mi amiga, les pido que se sienten en alguna mesa disponible, y en paralelamente me acomodo con mi hermana en una mesa al fondo, frente a un amplio ventanal. La misma de mi última visita. La mesa donde solíamos hacer nuestras actividades del colegio cuando éramos niños. El nudo en la garganta resurge cuando me siento, reviviendo fragmentos de esos tiempos. Aprieto nuevamente esos recuerdos.

Ya no soy la persona que era entonces.

El murmullo de voces y el aroma a café recién preparado llenan el ambiente, transportándome a un pasado que preferiría olvidar. Observo los pequeños detalles del lugar: las mesas de madera y sillas desgastadas por el tiempo, y las manchas que adornan la alfombra de colores desvaídos. Cada objeto parece resonar con una historia propia, una que se entrelaza con la mía de manera inexplicable. Cierro los ojos un instante, intentando alejar esos recuerdos que intentan invadirme cada rincón de la mente. No soy aquel niño asustado que vivía aquí, soy alguien distinto, alguien que ha aprendido a lidiar con los fantasmas del pasado.

Me acomodé en la silla y, en ese instante, noté al niño de cabellos rojos acercándose con una bandeja que llevaba dos grandes tazas de café y un plato de galletas de banana y nueces. Reconocí esas galletas de inmediato, no podía olvidarlas; eran como una maldita cruz que me persigue constantemente. Todo parecía un movimiento planeado y calculado. Era la misma escena de mi última visita. El niño dejó la bandeja frente a nosotros con una tímida sonrisa. Respondo a su gesto con otra sonrisa cálida, y tras abrazar a Jaqueline, el niño corre de regreso al mostrador.

Mi hermana me acerca una taza hasta quedar frente a mí, luego toma la suya y desliza el plato de galletas hacia donde estoy. Con el mismo gesto, le devuelvo el plato hasta quedarme solo con una taza de café entre las manos. Ambos soltamos un suspiro pesado al unísono y desearía tener la fuerza para romper la ventana a mi lado y escapar. Pero ya no soy quien huye. Ya no soy la persona que fui. Repetiré esas palabras hasta que logren arraigarse lo suficiente en la mente.

—Gracias por venir —repite y rompe el silencio con lo que parece ser una sonrisa en sus labios.

—No sé qué hago aquí —respondo sin fingir sonrisas innecesarias. Sin mentir.

—Mamá fue enterrada hace unos días, desde que comencé a llamarte pero nunca me atendiste las llamadas.

—¿Por qué habría de atenderlas? —había rabia en mi voz.

—Louis —susurra— yo no soy nuestra madre, no tengo culpa de lo que ella te hizo, yo solo soy tu hermana

No era mentira, pero dudaba hasta qué punto ella no sabía de nada. Hasta qué punto ella pudo haberme buscado para saber porque me había ido hace tantos años.

Pero nunca lo hizo.

—Lo sé —admito, pero mi voz no suena—, pero tampoco hiciste nada en esos años. Llegué a llamar varias veces a casa pero siempre me colgaste las llamadas.

—¿Y qué iba a hacer? Mamá nunca me dijo lo que sucedió realmente ese día que te fuiste... bueno...

Sus palabras eran como agujas que me rasgaban la piel.

—Jaqueline, no vale la pena tocar ese tema —digo y me aclaro la garganta.

—Se llama Olivier —susurra después de unos largos segundos y mirando hacia el mostrador. Entiendo de quien habla y desvío la mirada para ver al niño colorear su libro.

—Tu sobrino.

—tiene tus mismos ojos.

—Me recuerda mucho a ti —admite con voz suave, como una cuchillo sobre mi piel fría—, tiene tu misma sonrisa y le tiene miedo a los dinosaurios como tú cuando tenías su edad.

Solté una pequeña risa.

—No me daban miedo.

—¿Cómo qué no? Siempre que aparecía uno tu salías corriendo y hasta llegaste a botar todos los juguetes de dinosaurios que tenías.

—Porque me los había dado papá... y todos me recordaban su ausencia.

Un viento frío llenó la conversación.

—¿Nunca llegaste a saber nada de él? —insiste Jaqueline.

Negué con la cabeza.

Al otro lado del restaurante, percibí los ojos de Sophie posados en mí, reflejando dolor. Seguramente ella imaginaba lo angustiante que era para mí estar en esa cafetería, en ese pueblo, sobre todo frente a mi hermana. Noté que tenía la mano de Julien fuertemente agarrada y supuse que compartíamos la ansiedad por toda la situación.

—Me gustaría que me acompañes a casa de mamá.

—No —interrumpí— No soy bienvenido allí.

—Louis, mamá ya no está y esa casa es mía ahora. Por favor, ven. Me gustaría mostrarte algo que quizás pueda ayudarte.

Sentí tensión en mi cuerpo solo al pensar en regresar a esa casa. La idea de revivir ese entorno me provocaba vértigo y dificultaba mi respiración.

—Cinco minutos y luego me largo —concluí.

Cuando llegamos a la casa me quedé en silencio. El dolor, la tristeza y el miedo parecían tejerse entre las grietas del lugar. Estar en esa casa me dejaba las piernas completamente débiles y comenzaban a temblar al adentrarme en la casa, una sacudida tan intensa que temí desplomarme en ese preciso instante. Sin embargo, algo había cambiado en el aspecto general del lugar. Las paredes, antes desgastadas y sucias, ahora lucían un blanco resplandeciente, y varios muebles habían sido reemplazados por otros nuevos. Si no hubiera observado la fachada en la entrada, habría creído encontrarme en un lugar completamente distinto.

—Por favor, espera aquí —pidió Jaqueline señalando el sofá azul oscuro, antes de irse por el pasillo.

La casa se encontraba desierta y me dejé caer en el sofá que adornaba la espaciosa sala. Los ojos recorrían cada rincón, buscando algún indicio que me recordara dónde estaba realmente.

A mi lado, descubrí una pequeña mesa de madera con una moldura apoyado sobre ella. Con cuidado, di la vuelta con los dedos y me encontré con un dibujo curioso que imaginé que había sido hecho por... mi sobrino. Pequeños garabatos de colores ilustraban a mi madre con él agarrados de la mano. Arriba del dibujo, había escrito: *"Eres la mejor abuela del mundo"*.

¿Cuál era ese mundo?

En un parpadeo, mi hermana regresó a la sala sosteniendo una caja de cartón pesada, marcada por manchas de agua y el paso del tiempo. Me recordó la caja de Alex el día que lo conocí y me pregunté si había recuerdos buenos o malos dentro de esta caja. Con delicadeza, se sentó a mi lado, moviéndose con una lentitud inusual. Con cuidado, abrió la caja, dejando que un olor a papel envejecido me llenara las fosas nasales. Alzó una carpeta amarilla y la depositó sobre una pequeña mesa frente a nosotros, dejando luego la pesada caja sobre las piernas.

—¿Qué es esto? —pregunto, desconcertado.

—Míralo por ti mismo —exige con una sombra de tristeza aparente en sus ojos.

Levanté el papel arrugado blanco que cubría el interior de la caja y descubrí un conjunto de papeles unidos por bandas elásticas. Tomé algunos de los papeles y descubrí que eran sobres.

—¿De quién son estas cartas? —pregunto.

—Ábre las —insiste.

Con ayuda de las manos, abrí una de las cartas que se encontraba entre las demás. Había al menos unas doscientas cartas, si no me fallaba la vista. Todas estaban cerradas. Saqué el antiguo papel del sobre y comencé a leer las palabras escritas a mano con tinta azul.

Los ojos recorrieron las líneas escritas con tinta en el papel antiguo, pero apenas había empezado a leer cuando un escalofrío me recorrió la espalda. Cada palabra parecía resonarme en la cabeza como un eco de un pasado que creía sepultado. Un pánico desesperante se apoderó de mí, y las lágrimas comenzaron a rodarme por las mejillas, deslizándose sin control por la piel mientras continuaba leyendo. Cada frase aumentaba el desasosiego, y la sensación de que algo oscuro y angustiante se cernía sobre mí me paralizaba por completo.

“Querido Louis,

Sé que hoy cumples siete años, un día especial que anhelaba celebrar a tu lado, pero las circunstancias me impiden estar cerca de ti. Hace tiempo dejé Bélgica y desde entonces he intentado regresar, anhelando verte, abrazarte y compartir contigo momentos que he dejado de tener. Cada carta que escribo, cada llamada que intento realizar, parecen perderse en el vacío, sin respuesta, sin señales de que hayas recibido alguna.

No sabes cuánto duele no poder estar presente en tu vida, en tus momentos importantes. Deseo tanto verte, que mi alma llora cada vez que pienso en los recuerdos que no hemos podido crear, en los cumpleaños perdidos y en los abrazos que no te he dado. Anhele saber que tu hermana, Jaqueline está bien, que estás siendo el buen hermano mayor que siempre supe que serías.

Cada día que pasa sin poder verte, siento que un pedazo de mí se desgarrar. Mis intentos por acercarme a ti parecen en vano, pero no pierdo la esperanza de que algún día podamos estar juntos de nuevo, de que puedas leer estas palabras y sentir cuánto te amo y cuánto deseo estar a tu lado.

Espero un día poder explicarte porque las cosas sucedieron de esta manera y que logres perdonarme así sea un poco.

Continuaré escribiéndote cada mes con la esperanza de recibir una respuesta.

Con todo mi amor,

Papá.”

Al leer esas líneas, un dolor agudo me atravesó el pecho, como si un vendaval de emociones se desencadenara de golpe. Los ojos se me empañaron con lágrimas que se negaban a detenerse, y un nudo en la garganta me impedía articular palabra alguna. Apreté la carta contra el pecho

como si fuera mi único consuelo, mientras el llanto, desgarrador y descontrolado, se apoderaba de mí, sumiéndome en un mar de dolor y añoranza que me resultaba insoportable.

—¿D... desde cuándo tienes estas cartas? —musité con dificultad.

—Las encontré hace unos días —aclaró manteniendo su distancia—. Mamá guardaba esa caja bajo su cama. Era imposible saber que existía.

—Ocultó cartas de papá durante tantos años —digo con la voz quebrada—. Pasé incontables noches esperando sentado en la puerta, anhelando que él volviera a casa. Cuando él siempre me enviaba cartas y ella nunca me las entregaba. Las escondía y dejaba que sufriera sin sentido. Que me sintiera culpable por su todo.

Jaqueline puso su mano sobre mi pierna, pero su tacto era frío.

Su mano sobre mi pierna parecía un eco distante de consuelo en medio de una tormenta de emociones.

—Si quieres puedes quedarte con la caja llena de cartas —propuso.

—¿No las quieres? —pregunto pero negó con la mirada perdida—. Gracias —suspiré, secando las lágrimas que no dejaban de arder en mis mejillas—. Creo que debería irme ahora.

—Antes de que te vayas... —me detiene y levanta la carpeta sobre la mesa—. Me gustaría pedirte algo.

Levanté la mirada borrosa por las lágrimas y la enfoqué en ella.

—¿Qué sucede?

—Aunque parezca absurdo, mamá... Mamá dejó la cafetería a tu nombre y necesito que firmes estos papeles para que me des la propiedad.

Sentí un fuerte golpe en el pecho que casi me detiene los latidos del corazón y me deja en el suelo desangrándome.

—¿Qué?!

—Lo sé, es absurdo... Pero como tú ni vives aquí, creo que es obvio que me pertenece.

—Para eso me hiciste venir —susurro, con la mirada perdida en el suelo. No podía verle la cara.

—No, no —intentó aclarar—, quería darte las cartas pero aprovechando que estás aquí...

—Eres la misma basura que mamá —me levanté de golpe—. Pensé que haber tenido un hijo te habría convertido en alguien mejor y no continuar siendo alguien egoísta que solo piensa en sí misma. Creí que haber visto la manera en que esa mujer me trató toda su vida te habría hecho alguien distinta. Alguien que se importará por los demás, alguien más humano. Pero me equivoqué. Eres... eres igual de manipuladora que ella.

—Firma ya el maldito papel —señala levantándose—. Crecí siempre bajo tu sombra, pero hasta hoy eso me va a atormentar. La cafetería es mía.

—Me diste las cartas porque sabías que me harían daño, porque sabes que siempre he esperado noticias de papá y te aprovechaste de verme caído para pedirme que te firme los papeles de la cafetería. Eres una basura Jaqueline y la basura se pudren en esta casa, en este pueblo —Le arranqué la carpeta de sus manos y levanté el bolígrafo de la mesa. Firmé y lancé la carpeta sobre la mesa.

—Creo que ya te puedes ir —espeta con la misma mirada tenebrosa de mi madre. Había conseguido lo que quería.

Después de una hora en el carro, el silencio se había vuelto casi tangible. Las lágrimas habían cesado, pero aún podía sentir la humedad sobre las mejillas y el sabor salado en los labios. El

teléfono vibró con un zumbido repentino, desviando mi atención del paisaje que pasaba velozmente por la ventana. Dudé, apenas por un instante, antes de verlo, temiendo lo que podría encontrar. La pantalla se iluminó con un mensaje, y en el silencio del automóvil, cada palabra resonó dentro de mí como una melodía reconfortante.

"Me he enterado de lo de tu madre y lo lamento muchísimo. Tómame un tiempo para recuperarte y avísame si necesitas algo, lo que sea puedes contar conmigo, así sea solo una compañía para hablar o golpear alguna lavadora. Un abrazo."

Las palabras de Alex llegaron como una brisa cálida en medio de mi tormenta interna. Ese mensaje, tan simple y a la vez tan reconfortante, despertó en mí una sensación de paz que tanto necesitaba en ese momento. Un extraño cosquilleo, casi como un abrazo a la distancia, se me extendió por el pecho, aliviando el peso que llevaba días cargando. Por un instante, deseé estar junto a él, sentir esa cercanía que transmitía en cada palabra. Era como si su apoyo se extendiera a través de la pantalla del teléfono, ofreciéndome un respiro en medio del caos que se había apoderado de mis emociones.

No soy el mismo que solía ser cuando vivía en ese pueblo que tanto daño me causó, eso está claro. Pero me pregunto si Alex podría estar al lado de la persona que soy ahora.

Había pasado la noche sin dormir, pero el día deslumbraba con un sol radiante, y decidí aprovecharlo para salir a comprar algunas cosas con Sophie. Necesitaba despejar la mente de todo lo que había sucedido y no me atrevía a leer alguna otra carta de mi padre.

Desde la mañana, su estado de ánimo parecía sumido en un pozo, y esa sensación se manifestó cuando, por primera vez en mucho tiempo, me regañó como una madre por dejar la toalla mojada sobre el sofá. Evitábamos hablar del tema que la afectaba tanto desde hacía semanas, y me incomodaba sentirme demasiado protagónico en nuestras conversaciones, centradas únicamente en el progreso de la terapia o en lo que acababa de vivir y evitaba hablar.

El mercado estaba abarrotado, y me costaba seguirle el paso a mi mejor amiga. Me detuve frente a un puesto de frutas y una patilla con forma de corazón despertó mi curiosidad, la observaba con fascinación, como un niño ante una figura de acción.

De repente, sentí un tirón del brazo con tal fuerza que casi perdí el equilibrio. Los ojos se me despejaron para encontrarse con el rostro rojo preocupado de Sophie.

—¡Mujer! ¿Qué pasa? —inquiero, elevando el tono debido al susto repentino.

—¿Qué pasa? —su voz se notaba tensa, y percibí su nerviosismo—. Te has esfumado, Louis. Estaba hablándote y, de repente, desapareciste.

—¿Y qué tiene de malo?

—Te puedes perder y...

—¿Perderme en el mercado donde compro desde hace...? ¿Diez años?

Sophie soltó un suspiro, pero aún notaba la tensión en su gesto. Los gritos animados de la gente y el bullicio acelerado de la multitud no ayudaban a calmarla.

La sujeto del brazo y la conduzco con suavidad hasta que nos encontramos en una tranquila esquina, entre un puesto de vegetales y otro que vende carne.

—A ver, Sophie... —intento calcular el tono adecuado para no sonar grosero—, no soy tu hijo.

Parece que toqué una fibra sensible, porque baja la mirada y percibo que comienza a llorar. Se cubre el rostro con las manos, y entiendo que no desea mostrar la herida que lleva.

—¿Qué sucede? —me agacho y no insisto en que aparte las manos de su rostro. Solo quiero que sepa que estoy aquí para ella, que no está sola. Le doy tiempo para procesar sus emociones.

—Voy a perder a Julien —logra articular entre sollozos.

—¿Han discutido?

—N... no... —finalmente levanta la mirada y veo sus ojos húmedos por las lágrimas, mientras se seca con las mangas de su camiseta—. Tengo pánico, Louis.

—¿Por lo del otro día o ha sucedido algo de lo que no me he enterado?

—He intentado hablar con Julien sobre la situación del embarazo, que estoy asfixiada de intentarlo y que no quiero más... al menos por un tiempo —aprieto su mano para que sienta mi cercanía—. Estoy demasiado cansada.

—¿Por qué no logras hablarlo con él?

—Porque, además de inútil, soy cobarde.

—No eres ninguna de esas cosas —aprieto aún más fuerte su mano para que mire mi rostro—. Eres increíblemente fuerte, aunque te cueste verlo. Además... ¿Tienes miedo de qué, Sophie? Ese hombre está enamorado de ti desde la primera cita que tuvieron en la universidad, y tú de él. ¿O crees que cualquiera que no estuviese loco por amor se iría de viaje a la República Dominicana un mes después de conocerse?

Sé que miles de recuerdos están pasando por su mente.

—Aunque si me preguntas fue un poco intenso.

Suelta una carcajada y levanta la mirada.

—Porque lo amo demasiado me duele estar así. Tengo miedo de que nuestra relación se termine porque no puedo darle un hijo.

—¿Si hablamos del mismo Julien? —le doy un golpe amistoso en el hombro, y suelta una pequeña risa nerviosa—. Dudo mucho que el reaccione de esa maneras... No pienses esas cosas; te va a consumir por dentro.

—Lo sé...

—Habla con él, ya verás que te entenderá.

—¿Y si hablas tú por mí? —por la mirada que le doy, comprende que no—. Vale, vale. Hablaré con él.

Alex

Juego de Poder

Ya había dejado atrás los pesados abrigos que el crudo invierno exigía, reemplazándolos por chaquetas más livianas o simplemente una camiseta de manga larga. Las calles de Bruselas se pintaban con hermosas flores, cada vez más vibrantes. La gente comenzaba a disfrutar sus comidas en las mesas al aire libre de los restaurantes en días soleados, y todo indicaba que el verano se acercaba rápidamente.

En la oficina, la rutina seguía siendo un tanto caótica en algunos aspectos. El equipo de Lukas había hecho un trabajo excepcional, y me alegraba haber confiado en él para esta tarea, ya que los resultados habían sido fructíferos. Estábamos a punto de concluir algunos de sus proyectos, así que tenía una última revisión con la señora Manon esta tarde.

Por otro lado, Louis y Céline también estaban realizando un trabajo increíble con el proyecto de París. A pesar de la ausencia de Louis y su desánimo en las últimas semanas, comprensible debido a lo que ha pasado desde la muerte de su madre, hemos desarrollado una nueva dinámica en nuestra extraña amistad. Conversamos todos los días a través de mensajes privados, aunque por alguna razón extraña, cuando estamos juntos en persona, reina el completo silencio. En parte, lo agradezco, ya que no quiero que alguien en la oficina malinterprete nuestra relación. Solo somos amigos.

Amigos... y nada más.

Nuestros momentos de silencio, aunque a veces incómodos, han generado una especie de complicidad silenciosa. Es como si entre nosotros existiera un entendimiento no verbal, una conexión que trasciende las palabras. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si este silencio encierra algo más profundo, si guarda secretos o emociones que ninguno de nosotros se atreve a verbalizar.

'Solo somos amigos', me repito una y otra vez en la mente, como un mantra para contener la marejada de emociones que amenaza con desbordarse.

Entre tanto, los días transcurren con la misma cadencia, y la oficina se convierte en ese universo donde nuestras vidas se entrelazan, a veces de manera sutil y otras, más evidente. Hoy, mientras reviso los informes amontonados sobre el escritorio, me pregunto si algún día ese silencio se romperá, si nuestras miradas encontrarán el coraje de revelar lo que callan nuestros labios.

Si algún día seré lo suficientemente valiente de sobrepasar el miedo que me encierra.

—¿Alex, tienes un momento? —demanda Céline, acercándose a mi escritorio con una mirada de preocupación en los ojos.

—Claro —respondo, acompañándola hasta la sala de reuniones—. ¿Quieres que llame a Louis?

—No es necesario.

Una vez dentro, Céline se dirige a la ventana y cierra las persianas, sumiendo la sala en una atmósfera oscura y tensa. Mi estado de alerta se enciende al instante.

—¿Ha ocurrido algo por lo que deba preocuparme? —interrogo, sintiendo los nervios recorrerme la piel.

—Alex, estamos cada vez más cerca de concluir el proyecto de París, por lo que debemos reducir aún más el equipo.

—¿Reducir el equipo?

Asintió con una tensión evidente en su postura y agregó en un tono suave y frío:

—Las últimas semanas del proyecto son cruciales, no podemos correr el riesgo de que alguien dentro del equipo sea el posible espía de *Echo* y filtre nuestra información.

—¿Por qué lo dices?

—¿No sabes quién es *Echo*?

—Cálmate... Sí, sé que son la empresa que más compite con la nuestra, pero ¿a qué te refieres con tener un posible espía en el equipo? ¿Sabes algo que yo desconozca? —trataba de comprender la gravedad de la situación.

Ella suspiró, mostrando tensión en cada exhalación, pero guardó silencio.

—¿Céline? —insisto.

—Hay algo... pero no estoy segura de si debería contártelo.

—¡Dispara!

—Bueno... tengo sospechas sobre algunas personas, pero no tengo pruebas suficientes para señalar a nadie con certeza. No es justo para mí mencionar nombres sin pruebas sólidas, ¿entiendes? —le regalé una mirada de frustración para que me terminara de decir algún nombre y se dejara de juegos—. Siento que Louis pueda estar involucrado.

El estómago me rugió y con el escalofrío frío que me subía por el cuerpo pensé que caería al suelo de madera y comenzaría a vomitar.

—Eso es imposible —siento voy a vaciar todo el estómago en el suelo—. Louis nunca haría algo así.

—¿Por qué confías tanto en que no sería capaz? He visto cosas que me hacen dudar.

—¿Qué cosas?

—Nada, Alex. Olvídalo...

—No puedes soltar algo así y luego callarte.

—Solo puedo decirte que lo he visto con una actitud muy extraña y casualmente los conflictos con *Echo* comenzaron cuando él entró a la empresa.

¿Cómo podía siquiera considerar la posibilidad de que Louis estuviera involucrado en algo así? Era inconcebible pensar que él pudiera dañar a alguien por ganancia propia.

Él no es así.

—Creo que estás yendo demasiado lejos —respondo seriamente, ya molesto—. Estás acusando a una persona de algo para lo que no tienes pruebas sólidas. Es cierto que como esta de jefe de equipo tiene acceso a los manuscritos de todos los departamentos, pero tú y yo también. Eso no nos hace sospechosos —Louis jamás podría traicionarme de esa manera—. Igual, Céline... Agradezco tu preocupación por el equipo.

Se encogió de hombros.

—Lo siento, Alex. Solo quería tratar de ayudar.

—Lo sé y entiendo tu preocupación. Estaré atento para ver si encuentro algo que pueda ayudarnos a detener esto.

Salí de la sala de reuniones con rapidez, con la mente en un torbellino de pensamientos y sentimientos encontrados. La idea de que pudiera haber un infiltrado dentro de nuestro equipo, vendiendo valiosa información a *Echo*, me desconcertaba por completo y me revolvía las tripas.

Recordé las primeras palabras que la señora Manon me había dirigido cuando ingresé a la empresa, mencionando la posibilidad de infiltración. Pero ¿por qué recaerían sospechas sobre Louis?

—¿Señor Santos? —me detuve en el pasillo y me encontré con la voz de la directora que me resonó en el tímpano—, Acompañeme a mi oficina.

Asentí, siguiendo a la señora Manon hasta su cubículo. Un rápido vistazo al reloj en la mano izquierda confirmó que la hora de nuestra reunión había llegado. El aire de la oficina olía a papel recién impreso, un ambiente familiar que se mezclaba con la tensión que se palpaba en el aire.

Entré a su oficina y me acomodé en la única silla frente a su escritorio, que estaba bañado por la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas oscuras. Ella permaneció de pie frente a mí, concentrada en la pila de informes que yacía sobre su mesa, mientras el sonido sutil del zumbido de la computadora creaba un fondo constante en la habitación.

—Esta mañana presentaré ante el directorio los resultados de los proyectos menores de historias que desarrollamos para Orfanatos, Hospitales y otros medios —comenta en un tono serio, sin apartar la mirada de los papeles en sus manos.

—¿Y qué le pareció los archivos finales? —susurro apenas, sintiendo una tensión en el ambiente.

—Suficientes.

—¿Suficientes? —arrugo la cara confundido.

Bajó su mirada de los papeles hacia mí por un breve instante antes de volver a sumergirse en la lectura.

—¿Qué no comprende? Han sido suficientes... No puedo decir que hayan sido proyectos mediocres e inútiles, pero tampoco alcanzaron la excelencia esperada. Aquello que le pedí desde un inicio: que me sorprendiera. Fueron... —su mirada, vacía de emoción, se posó de nuevo en mí — Suficientes.

Un estremecimiento se me apoderó del cuerpo como un suave temblor que recorrió cada fibra de mi ser, un eco de su respuesta resonando en la habitación al mismo tiempo que su mirada penetrante se aferraba a la mía.

—Entiendo —digo, luchando por tragar el nudo que se había formado en la garganta—, estaré más atento para mejorar aún más a fondo los proyectos en el futuro. Ayudaría que me dieras alguna lista de cosas que cree que pueda mejorar...

—Eso es lo mínimo que espero de usted —escupe con frialdad—. Además, hay algo que me gustaría sugerirle.

—Claro...

—Bueno, la verdad es que no es exactamente una sugerencia, pero usaré ese término para que suene más... ¿amigable? —Los nervios me carcomían por dentro. Sentía el cuerpo completamente congelado y unido a la silla.

»Hay alguien en su equipo dispuesto a hacer lo que sea necesario para eliminarlo a usted de la empresa.

—¡¿Qué?! —exclamo, levantándome de golpe— ¿Quién es?

—Señor Santos, por favor, siéntese —y lo hice, apretando los puños con furia. La directora tenía una pequeña curvatura en sus labios—. Los detalles son irrelevantes en este momento. Digamos que eso arruinaría la emoción del juego ¿Prefiere usted luchar o dejar su destino en mis manos?

¿Cuál juego?

—Pero si decido luchar o no, mi destino seguiría estando en tus manos.

Una sonrisa diabólica se terminó de dibujar en sus labios rojos como sangre.

—Veo que aprende rápido. El poder siempre está de mi lado, pero digamos que al menos eso le daría alguna oportunidad de salir victorioso.

—¿Y cuál sería el premio? —inquirí—. ¿Qué no me despidan? —comenzaban a arderme las orejas de rabia— ¿Solo eso?

—Preguntas y preguntas salen de su boca, yo quiero respuestas señor Santos, resultados... No puedo revelar todos los secretos, eso arruinaría el final, ¿no le parece? Pero digamos que al menos conservaría su cargo en la empresa.

—¿Perdón? —me puse de pie nuevamente, ignorando su solicitud de que nuevamente me sentara—. ¿Está diciéndome que si no participo en esta absurda pelea podría perder mi trabajo así sin más? Tuve varias entrevistas para entrar en esta empresa ¿y ahora me dice que por un juego estúpido que se le ocurrió yo podía verme en la calle en unos meses?

El corazón me latía con demasiada fuerza, casi podía escucharlo retumbar en el silencio opresivo de la habitación.

—Baje el tono de voz, Señor Santos. No olvide su lugar.

—¿A qué lugar se refiere? ¿Al que estoy a punto de perder o existe algún otro que desconozco?

—Nuevamente con sus preguntas. Eso dependerá de usted. Tiene hasta el primero de julio para presentarme propuestas que me impresionen sobre cómo mejorar nuestras tareas, proyectos en los diferentes equipos de todos los departamentos o alguna idea maravillosa que pueda ofrecer.

—¿Primero de julio? —pregunto desconcertado—. Pero si ya estamos a inicios de mayo. No me da mucho tiempo...

La sonrisa de la directora se ensanchó, mostrando una malicia fría que me hizo estremecer.

—Entonces, comience de una vez y no me haga perder el tiempo con preguntas.

—Pero no es suficiente para preparar propuestas completas y sólidas.

La directora mantuvo su mirada gélida, casi disfrutando mi incomodidad.

—Señor Santos, su falta de tiempo no es asunto mío. Le he ofrecido una oportunidad, ¿va a tomarla o no? No me temblaran las manos para despedirlo por no luchar por un puesto de trabajo que muchos desean tener.

Sus palabras eran afiladas como cuchillos, y sentí cómo se me clavaban en la piel sin piedad.

—Haré lo que pueda en este tiempo absurdo que me da.

Ella esbozó una sonrisa fría, casi sádica.

—Eso espero. La competencia será feroz, y la suerte le será esquiva si no está preparado.

Salí de la oficina de golpe, la urgencia latente en la mente mientras sentía su mirada perforando la espalda. Era una carrera contra un plazo imposible, una trampa calculada para arrastrarme a la perdición. La fecha límite se cernía como una sombra amenazante sobre mi futuro en la empresa.

Había perdido el poco respeto que tenía por ella.

Caminé por el pasillo, sintiendo el peso de la incertidumbre en cada paso. Decidí darme la vuelta y entrar a la biblioteca, que a esa hora solía estar desierta. Los pasos resonaban en el silencio cuando atravesé la puerta, el eco de mis preocupaciones aún más fuerte en la soledad del lugar.

Busqué el rincón más oscuro y apartado que pude encontrar, hundiendo mis emociones en la penumbra. Me dejé caer en un sillón cercano con los sollozos de la frustración escapándose sin

control. Cada lágrima derramada era un recordatorio agudo de la presión que se cernía sobre mí, una sensación abrumadora de desamparo.

Escuché unos pasos que me sacaron de mi ensimismamiento y, con rapidez, me limpié las lágrimas. Agarré un libro del estante y traté de esconder el rostro detrás de sus páginas como si estuviera inmerso en su lectura. Los pasos se acercaban, resonando con fuerza, y mis sentidos se agudizaron al escuchar una voz cálida llamando mi nombre.

—¿*Cien años de soledad* a esta hora? —indaga con sus ojos claros.

—Sí —murmuro, la voz aún quebrada por las lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

—Solo un poco de estrés... ya pasará.

Se acomodó en el sillón a mi lado, su sonrisa perfecta parecía disipar los nervios y la frustración.

—Esta noche es el estreno de la película de la que hemos estado hablando estos últimos días. ¿Quieres... quieres ir a verla conmigo? —invita Louis con su sonrisa resplandeciente y sus ojos brillantes.

—No puedo —respondo con voz apagada—. Tengo mucho trabajo pendiente.

—¡Vamos, no seas así hombre! Dos horas y estarás libre de nuevo.

—No puedo Louis... Gracias por la invitación.

Con esfuerzo, me erguí del sillón, sintiendo cada músculo pesado, y emprendí el camino hacia la salida. Cada paso parecía arrastrar consigo una carga invisible, una amalgama de ansiedad y responsabilidad que se anidaba en los hombros.

Perdí la noción del tiempo entre montañas de papeles y el incesante tecleo. Sentía un mareo constante y apenas recordaba cuándo fue mi última comida, creo que fue en el almuerzo. El teléfono no paraba de sonar con mensajes de Claudia y Charles, pero los ignoré porque necesitaba concentrarme. Ninguno de mis padres, como era habitual. Con frustración, tenía que preparar incontables informes y tareas para el equipo, además de idear nuevas propuestas para presentar a la directora y evitar quedarme en la calle.

Mi escritorio era un caos, atiborrado de carpetas que representaban los cientos de proyectos que manejamos simultáneamente. La oficina estaba sumida en la oscuridad. De vez en cuando, me permitía echar un vistazo fuera de la ventana, ya estaba oscuro y solo anhelaba vislumbrar la vida más allá de esta prisión autoimpuesta.

El teléfono parpadeó en la mesa y me incliné para revisar el nuevo mensaje.

—Solo para que no digas que soy un mal amigo, no he visto la película. Podemos verla otro día

Decía el mensaje de Louis. Su gesto me arrancó una sonrisa y levanté el teléfono para responderle.

—Daría cualquier cosa por no estar encerrado en esta oficina.

—¿Todavía estás allí? Pero si son más de las diez.

—Lo sé.

Vi que el mensaje fue leído, pero no obtuve más respuesta. Volví a dejar el teléfono sobre la mesa y seguí tecleando en la computadora, esforzándome por producir alguna idea brillante. El tiempo apremiaba; no podía esperar a que la inspiración llegara por sí sola.

Tenía que forzarla a aparecer.

Me acerqué una vez más a la pequeña máquina de café de cápsulas cerca de mi escritorio. El sueño empezaba a hacer estragos y perdí la cuenta de cuántas tazas había tomado hasta el momento.

Evite irme a casa y seguir trabajando allí, necesitaba comenzar a separar mi hogar de la prisión.

Después de largos minutos revisando informes y dejando comentarios, noté una nueva pila de carpetas al otro lado de mi mesa. Me puse de pie para examinarlas y encontré una nota amarilla pegada encima.

"Espero esto también completo para el próximo lunes."

La detestable letra de la directora no dejaba lugar a dudas.

—¡Maldita sea! —grito, porque sabía que nadie escucharía mi desahogo.

De repente, las luces del pasillo se encendieron, y antes de que me asuste, tomo la pila de carpetas y las muevo rápidamente hacia mi escritorio.

—¿Acaso te había dicho que esos pantalones te hacen ver demasiado... bien? —escuché una voz grave acercándose. Lo reconocí en seguida.

—¿Qué haces aquí, Louis? —pregunto intentando ignorar el calor que me subió por la cara.

—¿Ninguna respuesta sobre tus pantalones?

—¿Te gustan mis pantalones?

—Lo que está por dentro.

La cara me iba a explotar, lo sentía.

—Vale... Me sentí mal por saber que estabas aquí solo y que nadie te está echando una mano, hombre.

—Es que nadie puede ayudarme.

—¿Seguro? Traje comida china y unas cervezas —levanta los brazos con una bolsa en cada mano.

—¡Mi héroe!

Devoré la comida como si el hambre no tuviera fin, y paralelamente Louis me entretenía con sus historias absurdas. Su compañía no solo me sacaba risas, sino que también reducía la montaña de carpetas a mi lado. Su ayuda hizo que el trabajo disminuyera considerablemente mientras disfrutábamos de la comida.

Me di cuenta de repente de que las cervezas estaban afectándome, aunque Louis solo había tomado unas *Coca-Cola* y yo ya iba por la tercera cerveza.

«¿Quién se embriaga con solo tres cervezas?» pienso, sintiéndome como un anciano.

—Creo que te debo la vida —susurro, inclinándome hacia Louis, que estaba sentado en el suelo junto a mí. Agradecí que tuviéramos alfombras en nuestra ala, lo hacía todo más cómodo.

—Para eso están los amigos —en su rostro se dibuja una sonrisa.

Amigos.

Solo amigos.

Esa palabra me provocó un pinchazo en el pecho.

—Hablo en serio —aclaró—. Gracias por siempre estar ahí y ayudarme.

—Creo que te debo las gracias a ti. Si no me hubieras ayudado el día en que me desmayé, quién sabe en qué estado estaría ahora.

—Ya te dije que cualquiera lo... —Louis me interrumpió tapándome la boca con su mano. Estaba caliente, suave. Ignoré la salsa agrisada sobre sus dedos que me llegó a los labios.

—Entonces deja de agradecerme por lo que me nació hacer.

—¿En serio te gustan mis pantalones?

Soltó una risa.

—¿Por qué no?

—Son nuevos... Siempre veo a otras personas probar nuevos estilos y les aplaudo por su valor pero cuando se trata de mí... me muero de vergüenza. Además nadie lo había notado.

—Te quedan muy bonitos, aunque yo te vi más el culo.

Explotar.

Sabía que me iba a explotar la cara y el cuerpo de los rojo y caliente que me sentía.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Te digo esto tan a la ligera y quizás te incomoda.

—Me incomoda más cuando no hablamos y fingimos que solo somos compañeros de trabajo.

—¿Entonces no te molesta que te vea el culo?

«Quisiera que me lo tocaras, que me hicieras tuyo de una maldita vez» Pero no me atreví a decirlo fuera de mi cabeza.

—Claro que no me molesta —logré murmurar.

No pude evitar que los nervios afloraran en los ojos cuando la mano de Louis aún reposaba sobre mis labios fríos. En ese instante, nuestros ojos se encontraron y su dedo índice comenzó a trazar suavemente el contorno de mis labios.

Una corriente eléctrica pareció danzarme en los labios cuando sus dedos los recorrieron, su tacto suave y cálido deslizándose hasta mi nuca, donde comenzó a jugar con mis rizos, enredándolos con delicadeza. La tensión se palpaba en el aire, un zumbido sutil que inundaba la habitación. Decidí acercarme hacia él, anhelando romper esa brecha que nos separaba. Era insoportable, tenerlo tan distante, cada centímetro de distancia entre nosotros se sentía como un abismo insalvable.

—Alex, no sé si deberíamos... —murmura, sin apartar su mirada de los ojos.

—Ahora necesito que de verdad te calles —rogué, posando la mano sobre su pecho. Su corazón latía tan fuerte como el mío.

No podía permitir que algo interrumpiera este momento. Estaba harto de dejar que el casi algo que teníamos en el pasado controlara nuestras decisiones. Deseaba a Louis más que a nadie y no iba a dejar que el miedo dictara lo que debíamos hacer. No esta vez. Así que me aproximé con rapidez, dejando que mi instinto guiara mis movimientos sin pensar demasiado en las consecuencias. La fuerza de mi impulso nos desequilibró y terminamos cayendo al suelo, conmigo sobre su pecho. Me reajusté para nivelar nuestras miradas, capturando nuevamente aquellos ojos estrellados que prometían anhelos. Quería sumergirme en esos ojos claros que deshacían mi ser.

En ese preciso instante, sentí las manos de Louis acariciándome la espalda. Quería que bajara, que me tocara como si fuese suyo. Solo de él.

Sus caricias eran delicadas mientras yo me dejaba llevar por su mirada.

—Me encanta tu cabello —susurra con una sonrisa que ansiaba borrar con los labios húmedos.

Y así lo hice.

Me acerqué con un deseo palpable y finalmente mis labios tocaron los suyos, buscando sentir la electricidad que sus labios me prometían desde hace tanto. Sus caricias transmitían calor, como si cada contacto encendiera chispas en la piel y su tacto en mi cuerpo fuera una corriente

que me recorría la piel bajo la ropa. Sus manos, firmes en el rostro, evitaban que me alejara. Sus caricias ya no eran solo suaves, eran autoritarias. En ese momento, era imposible concebir alejarme de él.

La suavidad y plenitud de sus labios me transportaron lejos de cualquier atisbo de miedo, desvaneciendo mis sentidos al mismo tiempo que nuestras almas, por fin, se encontraban. Las manos temblorosas de Louis me exploraban el cuerpo, cada caricia hacía que deseara que ese momento fuera eterno.

El deseo contenido nos llevaba a hacer cosas que siempre había deseado que sucedieran entre nosotros. Entre besos Louis comienza a desabrocharme la camisa para después con sus labios recorrerme el pecho desnudo con su lengua. Los gemidos que soltaba mi alma me hacían pedir más. Exigir más contacto, más placer. Había pasado tanto tiempo esperando esto que necesitaba más. En un movimiento salvaje, nos giramos y quedé debajo de él mientras se quitaba la camisa con desespero y dejaba que, por primera vez, nuestras pieles desnudas se tocaran. Su pecho duro y pálido chocaba contra la piel desnuda del mío y su calor comenzaba a calentarme más de lo que esperaba. Con mis manos sobre su espalda comienzo a deslizarlas trazando las líneas de su tatuajes con las yemas de los dedos.

Lo deseaba más de lo que había imaginado.

Al cobrar un poco mis sentidos me doy cuenta de que estoy desnudo sobre el suelo acolchado de la oficina, sentía su cuerpo encima del mío. Estaba tan cálido que me abrigaba la piel expuesta. Sus abrazos, roces y besos me recorrían todo mi cuerpo, y en las pocas veces que me permitía abrir los ojos, el pecho me latía fuertemente al darme cuenta de que finalmente el hombre de cabellos naranja que tanto deseaba me estaba haciendo sentir todo lo que nunca había sentido antes.

Como extensión de nuestros movimientos abrí las piernas hacia los lados permitiendo que el cuerpo de Louis se acercara aún más al mío. Lo sentía duro y entre susurros que llamaban mi nombre lo sentí entrar en mí. Cada grito y gemido lleno de placer me hacía desearlo aún más. No quería solo que intentara entrar, lo quería completamente dentro de mí. Que intentara privarme de eso me enfurecía, así que con las manos lo apreté más contra mi cuerpo. El cuerpo se me retorció de placer conforme él continuaba llamándome por mi nombre, yo solo deseaba que no se detuviera nunca. No quería que se acabara este momento que era solo nuestro y nadie podía quitárnoslo. Éramos solo nosotros dos en el mundo. La cabeza perdida me daba vueltas mientras nuestras almas se transportaban a otro lugar. Su cadera golpeaba la mía con un furor desafiante y todo en el cuerpo me daba vueltas haciéndome olvidar hasta de mi nombre.

Estoy demasiado ocupado siguiendo los movimientos desesperados de su lengua sobre mi piel desnuda, sintiendo cada temblor de sus músculos bajo la textura de mis dedos. Tengo la mente demasiado dispersa como para prestarle atención al hecho de que estamos en nuestra oficina y no en un lugar privado.

Cuando siento que voy a explotar porque no logro aguantar más Louis recibe mi grito en su boca y la piel comienza a quemarme de placer. Lo veo sonreír cuando apenas logro abrir los ojos y necesito memorizar cada centímetro de su cuerpo, de su piel, de su perfume.

El gime y sus manos me recorren el pecho caliente mientras sus venas se marcan sobre los músculos de sus brazos cuando aprisiona los míos contra el suelo. Comienza a besarme el cuello y para cuando llega a mis labios soy una llama encendida que se muere por explotar.

Sus ojos se encienden y su control desaparece por completo dejándome temblar de placer. Lo escucho gruñirme contra la piel y comienzo a sentir como mi orgasmo se asoma y esta vez no seré lo suficientemente fuerte como para retenerlo más tiempo.

Entre movimientos y gemidos comencé a saborear que alcanzaba un nuevo nivel. Con un grito ahogado lo escuché gritar mi nombre al mismo tiempo que su cuerpo caía encima del mío victorioso. Lo acompañé en su victoria y me acosté sobre su pecho cálido mientras nuestros corazones vibraban al mismo tiempo.

La noche que había comenzado como una tortura me premió con algo que había deseado durante largos meses. Louis representaba algo muy especial para mí y no podía negar lo que sentía por él. Ya no.

Nuestros cuerpos desnudos estaban pegados y sentía sus dedos sobre la piel acariciándome la espalda al mismo tiempo que yo contaba las pecas que tenía sobre su piel. Me perdí contando tantas veces que volvía a comenzar de nuevo.

Después de un largo rato, nos vestimos entre besos y caricias. Dejé la pila de carpetas descansar sobre mi escritorio y salimos de la oficina con las manos unidas. El viaje de regreso a casa fue silencioso pero placentero, el cielo oscuro siendo testigo de *nosotros*.

Nosotros, como uno solo.

Nos detuvimos frente a mi edificio. Louis se despidió tal como lo había soñado tantas veces, acercando sus labios perfectos a los míos mientras mis brazos lo rodeaban y lo apretaban contra mí. Al abrir los ojos, me encontré con su mirada estelar, rebosante de dulzura.

Abrí la puerta del edificio y lo jalé de la chaqueta hasta mí. No estaba dispuesto a pasar esa fría noche en casa solo.

Louis

El otro lado de la moneda

Con el sol filtrándose a través de la gran ventana a mi lado, abrí los ojos gradualmente, permitiendo que la cálida luz me acariciara el rostro. Al mover ligeramente la pierna, descubrí la mejor sorpresa: seguía allí. Su piel, suave como la seda junto a la mía, y su cabello, ahora más enmarañado por la mañana parecía que me cantaba una canción. Una melodía que jamás había escuchado antes, una que me dejaba sin aliento. Su rostro era un poema, una obra de arte que me despertaba chispas fugaces en el corazón. Empecé a rozarle con los labios cada centímetro de su piel desnuda, explorando sus suaves contornos, lunares y marcas que adornaban su textura, hasta que percibí algunos gemidos, señal de que estaba despertando.

Me deslicé cuidadosamente fuera de la cama, procurando no perturbar el sueño de Alex. Los pezones se me endurecieron después de sentir el frío que había fuera de las mantas. Con pasos ligeros, descendí por las escaleras del departamento, sumergiéndome en el ambiente tranquilo de la mañana. El suelo frío bajo los pies desnudos me ofrecía una sensación refrescante.

El gato blanco de Alex se acercó con una elegancia silenciosa, rozándome la pierna con delicadeza. Sus ronroneos vibraban en el aire, acompañados por caricias suaves que me envolvían, haciéndome sentir, de alguna manera inexplicable, en un lugar que parecía desconocido; en casa. Correspondo a su saludo con caricias suaves en su cabeza, disfrutando de la textura sedosa de su pelaje bajo los dedos. Al abrir el mueble, el suave roce de las tazas al sacarlas rompió la quietud matinal. Confirmé acercándome a las escaleras que Alex continuaba dormido. La cafetera desprendía un sutil zumbido mientras coloqué con precisión una cápsula a la vez, anticipando el aroma tentador que pronto llenaría la cocina.

Sosteniendo con cuidado las dos tazas de café recién hecho, ascendí de nuevo por las escaleras y me acomodé en el borde de la cama. Era un momento íntimo, de observar a Alex en su vulnerabilidad, una visión de serenidad y belleza que despertaba un deseo inmediato de acercarme y besarlo. Lo veo tan vulnerable frente a mí, tan desnudo que me hacía sentir un calor en el pecho.

No sabía qué nombre tendría esta sensación, si era una enfermedad que me aquejaba o simplemente algo, un sentimiento que había permanecido dormido durante tantos, tantos años que quizás todo era nuevo para mí. Y lo sabía, porque al observar su rostro tierno y sereno, el calor en el pecho parecía llevar su nombre escrito en él.

—Buenos días —susurro, y su ojo se abre con pereza, regalándome una sonrisa adormilada—. Te traje café.

—Si todas las mañanas son así, ¡acepto! —exclama, sentándose con dificultad y robándome un beso antes de tomar la taza verde que le ofrecía.

—Mira que no sé si un *Slytherin* merezca que le traigan café a la cama todas las mañanas.

—¿Te llevas muy en serio eso?

—Tan en serio que estoy asustado de no tener mi varita para defenderme si me sales con alguna sorpresa.

—¿Qué tipo de sorpresas te gustan? —pregunta y me vibra la piel.

—Sorpréndeme.

Se acerca lento como un depredador observando su desayuno. Me comienza a lamer todo el pecho desnudo y luego va bajando muy despacio hasta donde está toda mi piel expuesta esperando por él.

Solo él.

Cuando comienza a besarme y jugar con su lengua donde despierta demasiadas sensaciones que no logro controlar, levanta la cabeza en un movimiento rápido y me mira con cara de horror.

—¿Mierda, qué hora es?

—Tranquilo —me rio y le doy un beso en la punta de su nariz—. Aún nos queda al menos una hora antes de tener que ir a la oficina.

De un golpe se levanta de la cama y al descubrir que estaba desnudo y duro, se cubre rápidamente con un extremo de la manta, y tras un fugaz instante de confusión, se zambulle de nuevo bajo las sábanas. Su reacción me hace estallar en risas, una carcajada que llenó la habitación.

—¿De verdad? —pregunto entre risas—, Pasamos la noche juntos y creo que besé al menos el ochenta por ciento de tu cuerpo.

—Me da vergüenza con toda esta luz —menciona, con el rostro completamente enrojecido—. No me gusta que me vean desnudo.

—¿Por qué?

Lo veo tragar con dificultad y me aterra lo que está a punto de decir, o si al menos tendrá el valor de hacerlo.

—Porque no me gusta mi cuerpo... o sea si me gusta, porque sería muy egoísta decir que no cuando hay gente que quisiera... pero es que...

Creo que nunca lo había visto tan nervioso y vulnerable frente a mí. Deje caer la mano suavemente sobre su pierna y lo miré directo a los ojos.

—Me encantas por todo lo que eres tú, no porque cumplas con un patrón específico exigido por... literalmente nadie.

—Es que sé que no soy precisamente...

—No eres feo, Alex. Sácate esa idea de la cabeza —lo veo abrir la boca para objetar y lo interrumpo—: Me encanta demasiado tu cuerpo, con esos ligeros rollitos que me hacen... —bajamos la mirada y ambos notamos lo duro que estoy de solo pensar en él—, creo que una imagen vale más que por mil palabras.

Se ríe y es música para mis oídos.

Me estiré sobre la cama, y cubrió su rostro con la manta. Dejé la taza de café sobre la mesa cercana donde él también dejó la suya y me deslicé bajo las mantas, buscando el calor de su cuerpo. Sentir su pecho cerca del mío de nuevo era como derretirme por dentro. Mis labios, aún frescos, celebraron cuando se encontraron con los suyos una vez más.

—Tendré que pasar a casa antes de ir a la oficina —susurro cerca de sus labios.

—¿Por qué?

—No puedo ir con la misma ropa de ayer, sería un poco extraño.

—Pero se te va a hacer muy tarde —aclara Alex—. Mejor te presto algo y así vamos juntos.

Me robó otra sonrisa estúpida de la boca.

Nos levantamos de la cama para tomar una ducha rápida antes de salir. Alex me jala de un brazo mientras doy el último sorbo al café y nos metemos en la ducha tibia que nos espera. Me sorprende lo bien que cupimos en ese espacio tan pequeño. Entre besos mojados por el agua que

cae sobre nuestras cabezas, siento que el pecho palpita con emoción. Creo que lo que siento por Alex va en serio de lo que imaginaba y no hay marcha atrás. En un abrazo vulnerable, lo siento cerca y con los dedos sigo el camino que las gotas de agua recorren por su piel.

—Alex... —susurro entre besos— Contigo siento que respiro sin dificultad.

Lo acerqué más hacia mí, buscando que cada centímetro de nuestras pieles desnudas se sintieran más unidas. Que nos fundiéramos en uno solo. Él despertaba sensaciones en mí que quería comprender. No sé muy bien qué siento, pero sea lo que sea, solo deseo sentirlo con él.

Al salir de la ducha y secarnos, me entrega una camisa roja barro que combino con el pantalón castaño que usé anoche.

—Ahora espero que esta si me la regreses y no te quedes con ella como con la de *Star Wars*.
Solté una risa.

—No prometo nada.

En el espejo del baño, mientras me abrocho la camisa, observo a Alex peinando sus hermosos rizos. Me acerco por detrás y lo abrazo para besar su cuello sin detenerme. Quiero grabarme su aroma en la memoria por mucho más tiempo. No es un perfume que puedo encontrar en cualquier tienda. Es su olor único. Y no quiero que esto se termine.

Mi mente se pone en blanco y el miedo me recorre la piel.

—¡La puta madre! —exclamo, sorprendido, y me pego contra la pared.

—¿Qué pasa? —pregunta Alex con preocupación en su rostro.

—¡Las cámaras!

—¿Cuáles cámaras?

—¡Maldita sea! La hemos cagado —repito sin cesar.

—¡Louis! —exclama, sosteniéndome de los brazos— ¿Qué está pasando?

—Anoche... bueno, lo hicimos en la oficina.

—Cierto... —murmura, un tanto sonrojado.

—Pero la oficina tiene cámaras de seguridad por todos lados. Si alguien encuentra las grabaciones de anoche, estaremos...

—¡Mierda! —noto frustración en su voz—. ¿Qué haremos?

Vi cómo comenzaba a dar vueltas y el miedo se apoderaba de él. Si alguien descubriría esas grabaciones... no quería ni pensarlo.

—Tranquilo, cuando llegue a la oficina iré al departamento de seguridad y pediré que eliminen cualquier grabación desde... ¿Qué hora era? ¿Desde las once de la noche hasta la...? ¿Una de la mañana?

—No lo sé, Louis, no estuve precisamente mirando el reloj contigo.

Salimos del baño y terminamos de arreglarnos para salir. El día lucía soleado, así que opté por no llevar ninguna chaqueta y dejé la mía en casa de Alex.

Alex me detuvo frente a la puerta del imponente edificio donde trabajamos. Su expresión se tornó seria, un brillo apagado en su mirada que me llenó de inquietud.

—Lo mejor será que entremos por separado. Tú primero, luego yo en unos minutos.

—¿Por qué? —pregunto Intrigado—. Trabajamos juntos en el mismo piso.

Alex rodó los ojos con exasperación.

—Porque nunca llegamos juntos. Sería demasiado sospechoso si lo hiciéramos justo hoy. Además todos pueden olerlo.

—¿Oler qué? —insisto.

—Tú sabes...

—¿Oler... sexo? —pregunto, conteniendo una risa tonta.

—¡No, Louis! —exclama, con el rostro enrojecido— ¡Pueden oler el miedo!

La risa que solté hizo sonrojarse aún más.

—Entra tú primero, siempre llegas antes que yo.

—Está bien —acepta, empujándome suavemente hacia una esquina. Mira a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie, se acerca rápidamente y sus labios con brevedad palparon los míos antes de darse la vuelta y correr hacia la entrada. Me reí y esperé, observando el reloj en el brazo, antes de entrar después de unos minutos.

Subí en el ascensor con Camille a mi lado y charlamos un poco sobre el clima. En un intento de no demostrar mi miedo. Al abrirse las puertas, me despedí de ella y me dirigí al ala este de la oficina para dejar las cosas sobre el escritorio. Mientras encendía el portátil, noté de reojo la tensión en el rostro de Alex, quien evitaba mirarme a toda costa.

Caminé frente a su escritorio, desviando la mirada hacia el suelo, recordaba nuestra noche de *diversión*. Una extraña corriente de electricidad pareció recorrer mis pies, dejándome un cosquilleo fugaz. Una sonrisa absurda se me dibujó en los labios y, de reojo, percibí un ligero gemido seguido de una risa ahogada por parte de Alex. Dejo sobre su mesa un pequeño chocolate que tenía guardado, continuo mi camino hacia el ascensor y presiono el botón para la planta diez, donde se encontraban los equipos de mayor jerarquía en la empresa, incluyendo el equipo de Seguridad.

Necesitaba desesperadamente hacer desaparecer ese video.

Los nervios me recorrían todos los espacios de la piel. Los pasos resonaban como eco por el extenso y apenas visible pasillo. El silencio era inmaculado mientras apenas se escuchaba algún tecleado a lo lejos. Llegué hasta una enorme puerta blanca. Toqué dos veces hasta que un hombre bajo abrió la puerta.

—¡Mike! —exclamo con una sonrisa en el rostro. No recordaba que aún trabajaba en la empresa. Habíamos salidos muchas noches de fiesta con el grupo de Lukas, pero nunca fuimos muy unidos.

—¿Louis? ¡Hombre, cuánto tiempo sin verte! —soltó una sonrisa y sentí que podía ayudarme—. ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Puedo entrar? —Sentía cientos de ojos en la espalda. El pasillo podría estar en silencio pero sus orejas estaban bien puestas.

Asintió y me pidió que entrara antes de cerrar la puerta. El espacio era pequeño y lleno de monitores por todos lados. Podía verse lo que sucedía hasta en los ascensores.

«No sacarme mocos en el ascensor» pensé como nota mental.

—¿En qué te ayudo? —insiste Mike sentándose en su computador y comenzando a teclear un poco. Su oficina estaba vacía por lo que entendí que aún no había llegado su equipo y debía darme prisa antes de que más personas se enterasen del problema.

—Bueno... primero dime una cosa. ¿Sigue habiendo cámaras en la planta nueve?... Bueno, en el ala este para ser más específico.

—Claro hombre, ¿después de que se filtra información privada crees que no van a haber cámaras en todos lados? —suelta una risa.

Tragué con fuerza el miedo que me subía por la garganta.

—¿Necesitas que busque algo? —pregunta— ¿Te robaron algo? Tú dime y yo busco rápido.

—Bueno —comencé a jugar con las manos sudorosas— la verdad necesitaba más bien que eliminaras algo.

—¿Eliminar?

—Bueno sí, digamos que anoche... —mierda, mierda, mierda— bueno, anoche me quedé hasta tarde y... —piensa, piensa, piensa— se me ha caído un poco de comida en las alfombras de la oficina y ¡joder! Sabes que si Manon se entera de eso me va a cortar el cuello. Sabes que no deja que comamos en el escritorio y...

—Joder, me da un escalofrío que menciones a esa mujer —hizo una mueca—. Pero sabes que no puedo eliminar vídeo de las cámaras de seguridad. Me pondrían cortar el cuello si alguien se entera.

«mierda, mierda, mierda»

—¡Joder hombre, no seas así! —traté de encontrar algo que pudiera convencerlo—. ¿No recuerdas que te ayudé a reconquistar a tu mujer? —odio tener que sacar estas cosas a relucir— es un favor pequeño... de amigos.

—Louis... —lo vi debatirse sobre qué hacer—. Está bien, pero solo esta vez.

—¡Eres el mejor Mike! —no pude evitar la felicidad en mi voz.

—¿A qué hora sucedió todo?

—Elimina desde... las once de la noche hasta las... dos de la mañana —necesitaba dejar un buen margen por posibles errores.

—¿Te llevó tres horas limpiar una alfombra? —cuestiona con juicio en su mirada.

—Estaban muy sucias...

Su rostro me mostraba poca confianza.

«Mierda, mierda, mierda».

—Anda hombre, confía en mí.

Soltó un resoplido y lo vi mover el mouse del computador, tecleando algunos códigos hasta que accedió al archivo que buscaba. En el monitor frente a él, comenzó a reproducirse el video. Reconocí a Alex, sentado en su computadora, trabajando con pilas de carpetas y papeles sobre el escritorio. Descubrí que llevaba la ropa de ayer que le arranqué entre besos. El video iba rápido y solté un grito al verme entrar en la toma.

—¿Tienes que ver el video completo? —insisto con el miedo escapándose por la boca—. ¡Solo elimínalo, hombre!

—A ver, Louis, yo te hago el favor de borrarlo, pero por seguridad tengo que confirmar que efectivamente manchaste la alfombra y no fue que robaste información confidencial.

«¡Maldita sea!»

—¡¿Cómo vas a pensar eso de mí?! —digo, dando vueltas por el diminuto espacio, mientras el video seguía reproduciéndose. Necesitaba desaparecer ese video, no que lo viera. Quizás si me hubiera quedado callado, nada de esto hubiera sucedido y quizás nadie habría visto nunca el video.

—Lo siento, Louis, reglas son reglas.

—¡¡Para!! —grité, poniendo las manos frente al monitor cuando vi que estaba a punto de besar a Alex—. Te diré la verdad.

Pausó el video, se recostó en su silla y se cruzó de brazos. La respiración comenzaba a fallarme en los pulmones y sentí que el problema podría expandirse aún más de lo que imaginaba.

Le conté a Mike lo que sucedió anoche. Me sentía terrible por compartir algo tan privado e íntimo con alguien que no tenía ninguna conexión con nosotros. Conocía a Mike, sí, pero no existía ninguna confianza para que supiera los detalles de mi intimidad, mucho menos la de Alex. Solo mencioné lo necesario para convencerlo de que no viera todo el video. Mike me miró,

pero no pude interpretar lo que sentía o lo que intentaba ocultar. Cerró los ojos y, tras soltar un largo suspiro, comenzó a teclear varios códigos y a mover algunos archivos.

—Ya está —susurra después de algunos minutos—. He reemplazado las horas de ayer por el video de hace una semana. Dile a tu... Dile a Alex que no tiene pruebas de que hizo horas extras anoche, porque saldrá que no estaba en la oficina.

Sentí un peso enorme caer de los hombros que me permitió volver a llenar los pulmones de aire.

—¡Eres el mejor, Mike! —exclamo.

—Que no vuelva a suceder —exige mientras se levantaba y se acercaba a la puerta. Colocó su mano en la manija y volteó a mirarme—. Y no seas tacaño, colega. Llévate a tu chico a un hotel la próxima vez.

«La próxima vez»

Atraganté las palabras que podría haber respondido, pero no me molestó que se refiriera a Alex como "*mi chico*". No pude ocultar la media sonrisa que se me dibujó en el rostro.

Al salir del ascensor en mi planta, me encontré con Camille conversando con Céline, ambas sosteniendo una taza pequeña de café.

Quizás necesitaba un té de manzanilla para aliviar el dolor de cabeza que me dejó toda esta situación. Necesito acercarme a Alex para contarle que el infierno había sido eliminado y que podemos continuar con nuestras vidas sin ese miedo.

—¡Louis! —exclama Céline cerca de la ventana—. Hablamos luego, Camille, necesito hablar de algo urgente con Louis.

«¿Ahora qué quiere?»

Céline me jaló del brazo para acercarme a ella a la ventana cerrada que mostraba la hermosa vista de la ciudad. El sol se me plantaba en la cara como un foco de luz y comencé a sospechar que estaba entrando en un interrogatorio.

—¿Qué sucede? —pregunto un poco aburrido.

—¿Terminaste de revisar las carpetas que te di ayer? —cuestiona con su ceja bien levantada.

—No he tenido tiempo —recordé que había dejado las carpetas en mi casa.

—¿Por qué no tuviste tiempo? —susurra antes de darle un sorbo a su café mientras sostenía con la misma mano su cigarrillo electrónico.

—Ehh... porque tenía cosas que hacer. ¿A qué se debe este interrogatorio ahora?

Se le dibujó una media sonrisa en el rostro.

—Solo me pregunto hasta dónde eres capaz de llegar para ascender a Manager.

—¿De qué hablas? —arrugué la cara.

—De que anoche te follaste a nuestro Manager en plena oficina.

Los ojos se abrieron tan ampliamente y tan rápido que sentí como si se me fuesen a salir disparados del rostro. De repente, el miedo que se había desvanecido del estómago unos minutos atrás regresó de golpe, haciendo que el dolor de cabeza se intensificara. Cada latido parecía resonar con fuerza en la cabeza, formando una presión palpitante que me martilleaba las sienes. Con un poco de fuerza, tomé su brazo y la llevé apresuradamente hacia una sala de reuniones desocupada. Antes de cerrar la puerta, observé en ambas direcciones para asegurarme de que nadie nos hubiera visto entrar.

—¿De qué mierda estás hablando? —digo en tono alto y serio —¿te has vuelto loca?

Levanta de nuevo una ceja y su sonrisa se hizo presente.

—¡Ay, Louis! No me vengas con esos discursos ahora. Los vi yo misma anoche, por lo que nadie tuvo que decirme nada.

—¿Cómo que nos viste anoche?

Los nervios me sacudían, desencadenando temblores en cada parte del cuerpo. La mente se sumía en un torbellino de pensamientos mientras la cabeza comenzaba a girar vertiginosamente.

—Te vi entrar a la oficina anoche cuando pasaba con unas amigas. La curiosidad me mató lo confieso... y subí para entender qué querías hacer aquí a esa hora y, para mi sorpresa, veo que buscabas algo de diversión.

—No es lo que estás pensando.

—¿Y según tú, qué es lo que estoy pensando? —hizo una mueca con sus labios y noté odio en su mirada—. Te haré un favor y te diré francamente qué pienso... solo que hay dos preguntas que me están comiendo la cabeza.

—¿Cuáles? —digo entre dientes.

—¿Sabe Manon que te estas follando con nuestro Manager? —susurra con tono de burla y arrugué la cara con rabia— y la segunda es... ¿Sabes Alex que llevas meses en un intento de robarle su cargo?

—¡Maldita sea Céline! —exclamo golpeando la mesa.

—¡Ay hombre, deja la violencia! Como dices tú, es probable que esté pensando lo que no es... ¿Qué te parece si llamo a Alex y Manon, y discutimos esto los cuatro sobre todo esto?

—¿Qué quieres?

Una sonrisa perversa.

—Que dejes de estorbarme el paso —exige con veneno en las palabras—. No te fue suficiente que el año pasado te interpusieras en mi equipo para que yo pudiera subir de cargo. Este año le metes a Manon propuestas para mejorar los departamentos para ganarte ese puesto y encima te follas al Manager. Te buscas todas las formas de obtener lo que quieres de alguna u otra manera ¿no?.

—Las cosas no son para nada de la forma en que las pintas.

Céline sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a teclear con rapidez.

—¿Me vas a escuchar o no? —insisto.

—Ilústrame —susurra guardando el teléfono y recostándose a la pared.

Cada fibra de mi ser se encontraba tensa, como si cada músculo estuviera anudado en un nudo apretado. El pulso se me aceleraba, el corazón me golpeaba el pecho con fuerza, y la sensación de que todo se desmoronaba me envolvía.

—A ver... Lo de Manon fue un accidente porque cuando lo hice no pensé que afectaría demasiado el cargo a Alex.

—Mentira —escupe—. ¿Quieres que te escuche y me mientes en la puta cara?

—¡Maldita sea! Si quiero el puesto de Alex y haría lo que sea para robárselo...

—¿Qué? —escuché una voz detrás de mí, proveniente de la puerta. Me giré tan rápido como las piernas me lo permitieron, pero todo pareció difuminarse ante los ojos.

—Alex... —murmuro casi sin voz— ¿Qué carajo haces tú aquí?

—Eso no interesa ahora... ¿Así que harías lo que fuera para quitarme el cargo?

—No es lo que piensas. Céline me estaba preguntando...

—Parece que nadie piensa lo correcto contigo —insinúa Céline deteniéndose en el espacio que me separaba de Alex—. ¿También vas a negar lo que todos acabamos de escuchar?

—¿Qué es lo que buscas Céline? —pregunto con rabia en la mirada.

—Ya te dije, cariño.

—Eres una zorra desgraciada. Eres una...

—Creo que ya escuché lo que tenía que oír —murmura Alex dándose la vuelta.

—¡No, espera! —grito corriendo para impedir que se vaya.
Salí de la sala para intentar de alguna forma explicarle las cosas.
—Por favor, déjame explicártelo.
—¿Qué tienes que explicarme —cuestiona con aguaceros en los ojos.
—Es que las cosas no son así. Yo quería tu cargo y lo sabes porque te lo dije el día que te conocí... pero...
—¡Basta Louis! —murmura con dificultad y noté como dos lágrimas bajaban por su mejilla
—. Ya comprendo... Todo siempre fue actuación ¿no? Follarme y enamorarme como un completo imbécil para luego clavarme un cuchillo en la espalda.
—Claro que no... Yo jamás...
—¿Jamás qué? ¿Me harías daño? —comienza a secarse las lágrimas—. Por un momento pensé que lo que sentías por mí era honesto y ahora me doy cuenta de que nunca lo fue.
—Alex, lo que siento por ti es de verdad...
—Lo que sientes por mí es falso. En las semanas que hablamos por mensajes después de la muerte de tu madre me contaste sobre lo complicado que era tu familia, de lo manipuladores que podían ser... Parece que no eres muy diferente a ellos.
Sus palabras me perforaron el pecho.
—Te pido que pares —apenas logré escuchar—. No te preocupes, podrás quedarte con el cargo después del proyecto de Paris. Te lo regalo con lazo si quieres.
Se giró rápidamente y lo perdí de vista. Una oleada de confusión y desesperación me envolvió, dejándome en un estado de trance. ¿Cómo podía estar sucediendo todo esto? Esta misma mañana estábamos inmersos en la felicidad, y ahora, parecía que todo se desmoronaba entre las manos.

Me dejé caer sobre el sofá al regresar a casa. Mis ánimos se habían arrastrado conmigo, y lo último que deseaba era enfrentarme nuevamente a la mirada llena de dolor de Alex. Me sentía como un cerdo.

Soy un cerdo.

Un maldito cerdo asqueroso que solo sabe manipular.

El sonido de la puerta me hizo asomarme levemente del sofá, encontrándome con el rostro de Sophie. Se sentó a mi lado en silencio y arrastró la pesada caja que había traído de la casa de mi madre.

—¿Y esto? —su voz sonaba calmada, suave. Iba revisando sobre tras sobre.

Suelto un suspiro largo y espeso.

—Cartas de mi padre —murmuro apenas. Su expresión sorprendida me recordó que no le había contado al respecto. Me senté como pude y le expliqué todo, notando con amargura las letras de mi padre en esas cartas que aún no había podido leer.

—¿Y qué piensas hacer?

—No hay nada que pueda hacer —resoplo, volviéndome a acostar.

—Escríbele —exige en un tono suave. Su calma me estresaba y yo me desmoronaba por dentro.

—¿Cómo le voy a escribir si no sé nada de él?

La veo revisar sobre tras sobre antes de mirarme a los ojos.

—Todas las cartas vienen de la misma dirección. Podrías intentar enviar alguna a esa misma y esperar lo mejor.

—Eso suena como un cuento de fantasía, y no tengo la cabeza para crear nuevas expectativas —me levanté de golpe y me crucé de brazos—. No tengo fuerzas para eso, Sophie. No quiero volver a crear una luz de esperanza para encontrar a mi padre y que vuelva a decepcionarme.

Mi amiga se levantó y me abrazó por la espalda. Sentí que el equilibrio me traicionaba y comencé a llorar con rabia atrapada en la garganta.

—Hay algo más que no me estas contando pero... Escríbele, Louis.

Tras un largo silencio asentí derrotado y comencé a redactar un pequeño texto en una hoja de papel. Lo guardé dentro de un sobre, y prometí enviarlo al día siguiente a primera hora.

Quizás era otra vez otra pequeña ilusión absurda para mí. Porque un cerdo como yo no me merecía finales felices, ni con mi familia ni con Alex.

Alex

Jugada de moral

El día irradiaba su luz dorada sobre la ciudad, y aprovechando el fin de semana libre, llamé a Claudia. Han transcurrido escasas semanas desde su regreso a Lisboa, y, extrañamente, apenas hemos intercambiado palabras. Charles, por su parte, no deja de mencionarla en nuestras conversaciones durante los cafés, lo que despierta en mí la sospecha de que algo está sucediendo.

—¿Me escuchas? —pregunto, esperando que su rostro deje de estar congelado en la pantalla de la llamada.

—¿Qué tal, Alex? —responde ella desde el otro lado—. ¿Cómo va todo?

—Dejémonos de rodeos, —replico—. ¿Qué está pasando entre Charles y tú?

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho él?

—No son muy buenos ocultando cosas, Claudia.

Aprovecho el breve silencio que sigue para recostarme en el sofá.

—Sigo esperando, —insisto, y ella suspira, como resignada a revelar lo que tanto ha estado ocultando.

—Bueno, cuando estuve visitándote hace algunas semanas, —comienza—, Charles me invitó a desayunar juntos, luego almorzamos... el día se convirtió en noche y luego cenamos...

—¿Y qué hicieron aparte de comer? —mi pregunta está impregnada de la confianza que hemos construido a lo largo de los años de amistad.

—Pues... follamos...

—Vale, cosas de adultos responsables. Pero tú estás ahora en Lisboa y él sigue mencionándote en las conversaciones... ¿están en una relación a distancia o cómo?

—¿Sigue hablando de mí? —puedo percibir su emoción en el tono de su voz— ¿Qué te dice de mí?

—Concéntrate en mi pregunta, Claudia.

Ella suelta una risa y yo la acompaño, porque parezco peor que un detective a la fuerza. Muy malo.

—No hay mucho que decir, Alex. Hemos intercambiado mensajes, solo eso. No diría que estamos juntos porque yo no creo en las relaciones a distancia y tampoco le pediría a él que dejara su vida para venir a vivir aquí por mí.

Asiento y me quedo callado por demasiado tiempo.

—¿Sigues ahí?

—Sí, disculpa.

—¿Tú qué harías en mi lugar? —consulta y miles de pensamientos me recorren la mente—. ¿Le pedirías a esa persona que dejara su trabajo, su vida por estar contigo? ¿No te parece un acto egoísta?

—Se me hace muy complicado responder a eso —admito.

—¿Por qué?

De pronto, la garganta se me convierte en un campo de batalla mientras lucho por lograr expresar alguna oración, algo que explique cómo me sentiría en esa posición. Pero en cambio, de pronto me siento triste.

—Es que... por una parte es egoísta pedirle a alguien que deje su carrera, su rutina, su gente, sus costumbres por estar conmigo. Eso lo acepto —tengo la mirada completamente perdida en la ventana—. Pero por otro lado pienso, la vida es tan corta que no sabemos hasta cuándo estaremos aquí. ¿Por qué dejar que el dinero, la ambición o cualquier cosa evite estar con quien realmente amamos?

»Cuando dejamos a alguien para seguir un sueño profesional y obtenemos el puesto que tanto queríamos, ¿será que eso llenará la soledad de no tener al lado a quien amamos? ¿Todo habrá valido la pena? ¿Cada sacrificio...

—Buen punto —admite.

—No sé qué haría en tu lugar, porque la verdad es que no quisiera estarlo. Pero si sienten cosas fuertes, quizás deberían hablarlo y ver qué opinan cada uno de eso.

—Creo que debería hacerlo —se distrae antes de continuar—. Tocaron la puerta, ¿hablamos otro día? Tienes que contarme lo que ha pasado con Louis.

Acepto con un trago amargo y me despido de mi mejor amiga antes de darme cuenta de que el tema me ha dejado demasiado melancólico sin darme cuenta.

Cuando me senté frente al escritorio el lunes, las manos temblaban sin control, como si estuvieran bajo un frío intenso. No lograba calmarlas, a pesar del aire cálido de la oficina. Un nudo gigante se formó en la garganta, sofocándome la respiración y haciendo que todo a mi alrededor se desvaneciera, como si estuviera viendo a través de un velo. Me sentía perdido, abandonado, enfrentando lo que me había prometido evitar. Un dolor punzante en el pecho amenazaba con salir disparado, mientras los ojos retenían las lágrimas que querían escapar. No podía permitirme derramarlas aquí, no delante de todos.

Estar en la oficina me hacía escuchar constantemente las palabras hirientes de Louis.

«Haría lo que sea para robárselo»

Lo que sea...

Louis había estado jugando conmigo durante meses. Me pregunto cuándo comenzó su plan. No me dejaré atrapar en un juego que solo lastimará más mis sentimientos. Sin embargo, los recuerdos de nuestra noche siguen pasando como destellos, impidiéndome ver claramente la pantalla frente a mí.

De repente, recuerdo el calor de sus dedos recorriéndome el cuerpo desnudo y sus besos subiéndome desde las piernas hasta la boca húmeda. Pero, me doy algunos golpecitos en la cabeza para borrar esos recuerdos que, de ser placenteros, se han transformado en una tortura.

Necesito olvidar eso.

Necesito olvidarlo a él.

¿Pero con qué fuerzas puedo hacer desaparecer todo este dolor que se me extiende por cada centímetro de la piel? Las sensaciones que experimenté con Louis persisten, imborrables en solo unos pocos días.

Una vez más, caí en un juego iluso donde creí haber encontrado a alguien diferente, a ese amor que anhelo en los pensamientos y que cada día espero ver aparecer, aunque a veces prefiera no admitirlo.

—¡Señor Santos! —exclama una voz amarga a mi lado— ¿Le importaría reunirse conmigo ahora mismo como teníamos agendado? —el sarcasmo era palpable en cada palabra, cargado de una ironía incisiva que punzaba—. Veo que las mañas se contagian en esta oficina como un virus.

—Cla... claro —susurro, mi voz apenas audible.

A regañadientes, seguí a la señora Manon hacia su cubículo, cada uno de sus pasos resonando en los oídos como un tambor ensordecedor, un estruendo constante que amenazaba con anular cualquier otro sonido.

La luz naranja que se filtraba por las ventanas me recordaban su cabello.

«Louis»

Los recuerdos de sus gestos cariñosos aún me bailan en la mente, como destellos fugaces que se resisten a desaparecer. Su aroma persiste en el aire, un eco de su presencia que parece seguirme a donde quiera que vaya.

—Siéntese —indica la directora tras cerrar la puerta a mis espaldas—. ¿Qué le pasa hoy? Lo veo perdido.

—Todo está bien —añado mientras tomo asiento, notando que ella se detiene frente a la mesa que nos separaba.

—Como usted diga. Como bien sabe, estamos cada vez más cerca de la conclusión del proyecto de París y es el más trascendental que nos otorga la reputación valiosa que nuestra empresa mantiene —eleva una ceja y me mira con una expresión que no me molestó en descifrar — ¿Está usted prestándome atención?

—Claro que sí, Manon —mentí sintiendo el dolor de cabeza cada vez más fuerte.

—Prefiero que continúe llamándome de Señora en lugar de solo por mi nombre. El respeto es importante... y no existe ese tipo de confianza entre nosotros.

Asentí, aunque sin darle demasiada importancia a su petición.

—Como sabe, para los premios, todos los Managers de cada departamento deberán asistir acompañados por todos los miembros del directorio. No crea que una vez entregados los proyectos finales estaremos sin trabajo. Hay muchas cosas que organizar y entrevistas de suma importancia que atender. Por eso le daré algunas tareas para que las estudie antes de nuestro viaje.

—¿Viaje? —pregunto con la voz apagada, casi sin poder articular correctamente la palabra.

—Veo que hoy está con falta de comprensión y amnesia momentánea. Sí, Señor Santos. Como acabo de mencionar, los Managers de cada departamento asistirán a los premios. Por el momento, sigue siendo usted el Manager del departamento de historias juveniles. Así que deberá reunirse con Helmut para aprender cómo responder correctamente a las entrevistas. No es algo que me agrade, dado que todos sabemos que la comunicación no es su fuerte, pero podrá mejorar eso hasta que llegue la fecha.

»También necesito que dentro de su equipo elija a una persona para que lo acompañe en el viaje. Claramente, muchas cosas pueden salir mal y, desafortunadamente, tenemos experiencia con eso, por lo que necesitará a alguien que lo acompañe —estiró la mano y levantó una carpeta enorme de su escritorio—. Tendrá que elegir entre la señora Dubois y señor Van Damme. La decisión es suya... Pero un último consejo antes de que se retire. Aprenda a ser más estratégico... Se acerca el primero de julio.

¿Llevar a Louis? Suena como el mejor escenario posible, si tan solo no hubiese decidido clavarme una daga en el pecho al mostrar sus verdaderas intenciones. Por otro lado, la actitud de Céline es muy cuestionable. ¿Por qué me había enviado un mensaje para que fuera a la sala de

reuniones donde hablaba con Louis? Parece algo premeditado. Tengo que elegir entre dos personas en las que no tengo ni un mínimo de confianza, lo que complica aún más esta situación delicada.

—Tiene hasta la mitad de Julio para informarle a la señora Audrey a quien llevará para organizar todo. Hasta entonces, puede retirarse, Señor Santos, y díglele a la Señora Bakker que puede entrar.

Con las palabras ahogadas en la boca, me levanté de esa silla, sintiéndome derrotado en todos los aspectos. Al abrir la puerta, me encontré con Camille al otro lado, su rostro mostraba ansiedad y preocupación. En ese momento, podría haberle respondido a la señora Manon tantas cosas, pero la mente estaba tan turbada que no tenía espacio para eso.

—¿Estás bien? —murmura Camille con evidente preocupación.

—Sí —digo apenas, mirándola a los ojos con un gesto apagado.

—Si no te sientes bien, sería mejor que te vayas a casa, Alex, y continuas trabajando desde allí.

Le regalé una sonrisa que no convencía a nadie y me aparté para que pudiera entrar en el calabozo de la bruja. Me encaminé hasta el ala este y me dejé caer derrotado en la silla del escritorio. Estaba exhausto y con ganas de salir corriendo.

Mientras respondía algunos emails sentí una sombra detenerse frente a mí y, al alzar la mirada, experimenté un choque eléctrico en la boca del estómago. Me negué rotundamente a caer una vez más en sus ojos estrellados, a pesar de que parecieran lucir como estrellas húmedas en la oscuridad, con ese matiz rojizo en su cabello. No podía permitirme caer en ese círculo vicioso nuevamente.

—Alex... Por favor, déjame explicarte las cosas —ruega Louis frente a mí.

—Por favor, si no tienes nada importante sobre algún proyecto, déjame trabajar en paz —anuncio, evitando mirarlo a los ojos, aunque el nudo en la garganta me estaba volviendo loco.

—Alex, lo nuestro no puede acabar así.

—¡Baja la voz! —exijo levantando la mirada, consciente de que podía notar la rabia que me reflejaba los ojos—. No hay ningún *nosotros*. Por ahora, soy el Manager de este departamento y te exijo que te sientes a trabajar y dejes de molestarme con tus problemas personales.

La mirada de Louis mostraba total impacto por mi tono, pero a pesar del dolor que me inundaba por dentro, no podía caer en su trampa de nuevo. Podía inventar mil y una excusas, pero nada cambiaría lo que había escuchado salir de su boca.

—Es que las cosas no son como las escuchaste y no digas que no hay un *nosotros* porque sí lo hay —insiste con sus palabras resonándome en la mente como un eco persistente. Los latidos del corazón parecían acelerarse de golpe, como si fuera a salirme del pecho en cualquier momento.

No podía, así que me levanté de la silla, recogí el portátil y algunas carpetas, las metí en la mochila sin siquiera mirarlo, a pesar de sentir su desesperación rogando por una mirada.

Caminé hacia el centro de la oficina y me aclaré la garganta para evitar que mi voz se quebrara.

—¡Chicos! —exclamo, llamando la atención de todos en la oficina. El sonido de mi voz áspera resonó en el espacio mientras trataba de mantener la compostura—. Debo tratar algunas cosas personales, así que trabajaré desde casa el resto de la semana. Si necesitan algo, podemos hablar por llamada o mensaje.

Me despedí, escapando de la oficina con rapidez. El aire cálido me golpeó el rostro al salir, pero el dolor persistía, apretándome el pecho como una garra afilada. No importaba lo lejos que

estuviera de todo aquello, la sensación aguda seguía clavándose en lo más profundo de mi ser.

Al regresar a casa, me dejé caer pesadamente sobre la cama, sumido en un llanto desconsolado. Las lágrimas, saladas, ardían con intensidad al encontrarme con una chaqueta azul posada sobre la cama. La tomé y al acercarla a el rostro, el perfume impregnado en la tela avivó los recuerdos. El aroma despertó vívidas imágenes de momentos compartidos con Louis. No podía evitar pensar en él, el chico de cabellos rojos que había despertado tantas emociones en mí, ahora solo asociadas con un profundo dolor.

El hombre del que me había enamorado como un idiota.

Aquel que nunca me había hecho sentir presionado a hacer algo, sino que siempre respetó mi espacio y mis decisiones. Con él, todo se sentía tan natural y familiar, como si no estuviéramos controlando nuestras acciones, sino simplemente dejando que fluyera lo que parecía una reactivación de lo que una vez vivimos. Era una historia conocida, porque cada murmullo, mirada o caricia era como recordar que alguna vez lo había amado, quizás en otra vida.

Las siguientes semanas de marzo y junio volaron tan rápido que apenas advertí que la próxima semana marcaría el inicio de julio, un periodo que auguraba la inminente batalla absurda por mi cargo. Cada vez que recuerdo esta ridícula competencia por un puesto que ya es mío, siento que la piel me arde. He cuestionado tantas cosas de mi vida últimamente que en ocasiones desearía tomar la maleta y regresar a Lisboa. Sin embargo, no puedo permitir que los demás se lleven la victoria. No solo me sentiría miserable conmigo mismo, sino que tampoco deseo tener a mi madre tan cerca de mí. Sé que es terrible, y cargo con una culpa absurda por ello, pero es la cruda realidad de mis emociones.

Existe la posibilidad de que sea despedido tras el proyecto de París, no tengo dudas al respecto, pero tampoco me quedaré de brazos cruzados. Louis quería una guerra por el cargo de Manager, pues guerra tendrá. Me repito esa frase una y otra vez para no perder el ímpetu mientras me dirijo con pasos fuertes hacia la oficina de la señora Manon para presentarle mis propuestas.

Aunque ha sido difícil hacerme entender, Louis y yo hemos dejado de hablar fuera del horario laboral y de temas ajenos al proyecto. Soy su Manager y eso es lo único que justifica algún contacto entre nosotros. No existen segundas oportunidades ni malentendidos que puedan hacerle comprender algo que ya no existe, ni nunca existirá. No sé hasta cuándo seguiré pasando noches sin dormir, llegando a casa solo para ser acompañado por Sebastián en las horas solitarias. Antes no me molestaba eso, pero ahora parece que me cuesta aceptar esa realidad como si cada noche me faltara oxígeno. Aunque la ciudad ya casi no está fría, mi corazón permanece congelado por el dolor que experimenté después de entregarme ciegamente a Louis. Lo peor de todo es que lo sabía, algo dentro de mí me instaba a ir con calma y no precipitarme, aunque mi instinto y la cordura me suplicaban dejarme llevar.

Toco la puerta con dos golpes, aguardando la confirmación de la directora antes de entrar. Su voz ronca me da permiso y entro, intentando controlar el ritmo de la respiración que me golpea con fuerza. Trato de hacer el mayor esfuerzo para evitar desmayarme en plena oficina.

—Buenos días —anuncio acercándome un poco— he traído las propuestas que me pidió.

—¿Cuáles propuestas? —cuestiona sin siquiera voltear a verme.

—Las que me pidió para asegurar mi posición —intento ignorar el disgusto en mi voz.

—Pero el primero de julio es el próximo martes, ¿cuál es la prisa?

—No hay prisa, solo prefiero anticiparme.

—¿Miedo a arrepentirse, es eso? —pregunta, moviendo sus ojos hasta detenerse en mí. Permanezco en silencio, sin moverme.

—Siéntese un momento, Señor Santos.

Como si fuera parte de un experimento de laboratorio, obedezco y me siento, manteniendo una expresión impasible ante la tensión que se siente en el ambiente. Se levanta y prepara dos cafés con su máquina. Demora un poco pero luego deja dos tazas llenas de café oscuro sobre la mesa.

—Debo confesarle que en estos últimos meses le he... digamos que he desarrollado cierta apreciación.

El rostro debió reflejar mi sorpresa, ya que no esperaba ese tipo de comentario. Menos en este momento.

—Lo que quiero decir es que he notado su crecimiento profesional. Ha manejado todas las tareas asignadas, algunas con cierta mediocridad, si me permite decirlo, pero en general han sido exitosas. ¿Capta lo que quiero decir?

«Ni siquiera tú misma sabes que mierda que estás diciendo», pienso para mis adentros.

No respondo.

—Lo que intento decirle —me mira con una expresión inexpresiva, mezclando su café con una cucharilla de metal dorada— es que me recuerda un poco a mí cuando era joven —y percibo un atisbo de luz en su mirada, aunque muy tenue—. Era demasiado ingenua y sacrifiqué muchas cosas confiando mucho en la gente, hasta que un día desperté y comprendí que nada en esta vida es justa. Usted los últimos meses ha sido más... serio, ambicioso y con una actitud fría.

«Caemos en el veneno o nos convertimos en seres frágiles que terminan por irse» recuerdo las palabras de Camille.

—Lo siento, Manon —susurro, acentuando su nombre—. Pero he observado cómo te relacionas con la gente. En la forma en que te expresas y cómo has manejado todo y a todos en esta compañía, utilizando todo a tu favor para escalar de *Echo* a esta empresa sin importar las consecuencias... Eres fría y manipuladora, siento un asco completo al verte cada día. Al ver cómo has utilizado todo para llegar a dónde estás ahora, me doy cuenta de que jamás quisiera ser como tú.

Una pequeña sonrisa se le dibujó en el rostro, aunque percibí en ella un matiz sádico que parecía otorgarle cierta satisfacción.

—El verdadero signo de debilidad es no aprovechar las oportunidades cuando se presentan ante nosotros —comenta.

—En ese caso, prefiero ser considerado débil a convertirme en alguien tan odiado y temido.

—Pero si ya ha dado pasos en esa dirección, Señor Santos. Actúa como si fuésemos diferentes, pero no somos las caras opuesta a una moneda. Somos iguales.

—¿Disculpa? —fruncí el ceño con disgusto— Jamás pasaría por encima de los demás para obtener algo.

—Pero si ya lo hizo —termina sonriendo y en sus ojos noto malicia—. Primero me dice que jamás le faltaría el respeto a alguien o subiría por encima de nadie, pero le recuerdo que subió por encima de mí cuando defendió a Camille cuando iba a ser despedida. ¿O cree que nunca me enteré de los *emails* que le envió al directivo metiendo quejas sobre mi forma de tratar la situación? —Su sonrisa era cada vez mayor y mi cuerpo estaba completamente paralizado.

»Segundo, cuando obtuvo el trabajo de Camille por ese fin de semana, todo era una prueba, para descubrir sus verdaderas intenciones. Usted firmó con su sello todos sus trabajos, de modo que en los ojos del directivo consideraron que usted realizó gran parte de esos manuscritos

cuando tanto usted, como yo sabemos, apenas agregó comentarios a algo que ya estaba finalizado.

Me faltaba el aire y apenas lograba respirar.

—Tercero y para resumirme trabajo, hoy me demuestra una vez más que no hay límites para sus movimientos calculados. Puede ver en mi escritorio su propuesta para mantener su posición. Piensa que soy ingenua al no percatarme de que cada director tiene una copia de estas ideas en sus correos. Desde el primer día le advertí que se mantuviera en su sitio. Pero parece que la ambición le gana terreno más de lo que yo había previsto, por eso me trae esto antes de que su oponente haga lo propio. Usted es ambicioso y no es tan ingenuo como demuestra ser.

Todo a mi alrededor se desdibujaba en un torbellino mientras sus palabras se mezclaban entre zumbidos que me atormentaban los oídos. La habitación parecía retorcerse y apenas lograba descifrar lo que decía.

—No diga que jamás se convertiría en alguien como yo cuando usted mismo ya lo es. La única diferencia entre nosotros es que yo clavo el cuchillo de frente, en cambio usted lo hace a espaldas.

Bajé la mirada, sintiendo el peso del desánimo aplastándome, incapaz de mirar el café que se enfriaba sobre la mesa.

—Ese siempre fue tu plan —murmuro con un tono apenas audible.

—Hable más alto —exige con frialdad.

—Esto es lo que te consume con satisfacción, ¿verdad? Controlar a las personas y manipularlas con tus mentiras —la voz apenas lograba ocultar la frustración que sentía—. ¿Qué buscas con todo esto, Manon? Podrías haberle dado mi cargo a Louis antes de mi llegada, pero no lo hiciste. Y ahora alimentas esta absurda disputa entre nosotros, avivando un odio innecesario. ¿Para qué? ¿Para tu diversión, mientras ves a los demás salir heridos?

—Respóndame esa pregunta usted mismo —su respuesta emergió con veneno entre dientes y empujando la taza de café a mi dirección—. ¿Con qué objetivo envió sus propuestas a todo el directorio? ¿Para que usted quedara como héroe a mi espalda? Admito que es difícil sorprenderme, pero usted se ganó ese placer.

—Jamás hice eso con intenciones de manipular a alguien, solo lo hice para asegurarme de que todos estuvieran al tanto de tus jugadas absurdas. Piensas que todo gira a tu alrededor, pero todos en esta oficina te detestan.

—Logro vivir con eso, pero ¿y usted? ¿Logra vivir con la culpa de lo que ha hecho? Señor Santos, no está mal ser ambicioso y conquistar lo que tanto queremos. Cuando deje de fingir ser una víctima y asuma todos los matices de su ser, venga a verme, y lo discutiremos, yo invito el café —con un guiño, se levantó y abrió la puerta detrás de mí—. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer y usted proyectos por cerrar.

Me levanté con furia de la silla y salí disparado de la oficina. Las piernas no respondían, solo se movían hasta que me encontré fuera del edificio. El teléfono comenzó a sonar; era mamá. Dudé, pero acabé contestando, cediendo a la incertidumbre.

—¿Qué tal, mamá?

—Cariño, solo llamaba para agradecerte por los chocolates que trajo Claudia hace unos meses. Mis amigas han quedado fascinadas con esas delicias ¿sabes? Estuve hablando con tu padre sobre ir a visitarte, pero volvió peor de lo que se fue a Suiza. ¡Ay, no! Tu padre es un caso serio, cada día lo soporto menos, ¿sabes? Suele ser poco... ¿Cómo le dices tú? ¿Poco empático, no? Bueno, no viene al caso. El punto es que íbamos a visitarte, pero acabo de darme cuenta de una desgracia horrenda, por eso te llamaba.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Claro que sí, cariño. Pero tu madrina viene de Londres la próxima semana, y resulta que no tengo nada para ofrecerle. Me muero de vergüenza, ¿sabes? Entonces pienso en qué hacer, y se me ocurrió que... cariño, ¿podrías enviarme algunas cajas de chocolates y dulces para cuando llegue tu madrina? Me sentiría tan mal si llega y no tengo nada, ¿sabes?

—Sí, mamá. Sé a qué te refieres. No necesitas terminar cada frase con un ¿sabes?

—¡Ay, cariño! ¿Por qué tan amargado? Eso te afecta mucho y...

—¿Chocolates, solo chocolates? —mi voz se tornó ácida—. ¿Me llamas solo para eso? No para saber de mí ni nada.

—Por favor, Alexandro, no empieces con tus dramas que me comienza a doler la cabeza, ¿sabes?

—Mamá... —tragué amargo—, enviaré las cajas de chocolates. Pero deja de llamarme solo para pedirme esas mierdas. Ahora te dejo, debo volver al trabajo. Saludos a papá.

Colgué el teléfono con un suspiro profundo, las yemas de mis dedos aún marcadas por la tensión del agarre. La ira se arremolinaba en mi interior, una mezcla ardiente de frustración y desesperación. Cada latido de mi corazón resonaba con furia mientras luchaba por contener la tormenta de emociones que rugía en el pecho. Era como si el cuerpo estuviera a punto de estallar en mil pedazos, incapaz de contener la mezcla abrumadora de sentimientos que me consumía en ese momento.

El ardiente aliento de mediados de julio se me deslizó sobre la piel, trayendo consigo el ansiado calor que mi ser tanto anhelaba. El verano finalmente había llegado, y con él, surgían transformaciones sutiles en mi personalidad. No era la misma persona que había pisado por primera vez esta empresa a comienzos de enero. Habían transcurrido más de seis meses y mi actitud se había moldeado en el trayecto. Louis quedó relegado al pasado. Los escasos momentos que compartimos a solas en reuniones donde Céline no asistía, o en el desafortunado ascensor empeñado en unirnos, se tiñeron de un silencio abrumador. No sé si fueron los cambios estacionales, pero el verano se acoplaba a mi existencia como si estuviera destinado a marcar un hito crucial en mi vida.

Aunque su mero nombre aún eriza la piel, admito que nuestra separación fue lo mejor para ambos. A pesar de los días interminables en los que su ausencia me consume y las noches en las que mis dedos anhelan su presencia bajo las sábanas, lucho por apartar esos pensamientos. Y creo que lo he logrado. He intentado sofocar el amor y la atracción que persisten en mi interior, enterrándolos en el pasado donde habitaba mi vulnerabilidad y falta de claridad en las metas.

La relación con Manon ha dejado de estar tensa y para mi sorpresa, nos encontramos algunas veces para debatir ciertos temas mientras el aroma del café impregna nuestras conversaciones. Camille me ha detenido en los pasillos con frecuencia, cuestionándome sobre mi cercanía con la directora. Está claro que le afecta que yo vislumbre un futuro más prometedor en la empresa que ella misma.

Mis interacciones se han vuelto meticulosas, cada palabra medida, cada gesto cuidadosamente pensado. Ya no puedo seguir fingiendo ser una víctima. No cuando todos me han jodido tanto. La calidez que solía acompañar mis relaciones ha cedido terreno a una reserva fría y profesional. Sin embargo, en un giro inesperado, he desarrollado una comunicación sólida con la directora.

He forjado a cambiar mi vida, en las últimas semanas he hecho ejercicios y he dejado las excusas para el Alex del pasado.

Durante las últimas semanas, he estado inmerso en sesiones constantes con Helmut, un hombre alto y de tez morena, dedicado a brindarme formación para mejorar mis habilidades de respuesta y comunicación en las futuras entrevistas que sostendremos en París. Estas sesiones han sido en compañía constante de Manon, cuyas recomendaciones he notado que son increíblemente beneficiosas.

—Excelentes resultados en su último informe, Señor Santos —menciona la directora antes de solicitar dos cafés en el comedor. El lugar se encontraba desolado, una situación que, por alguna razón, prefería.

—Gracias, Manon —respondo—. He tenido que hacer algunos ajustes que no han sido bien ejecutados por el equipo, pero estamos en el camino correcto. Nada nos detendrá a obtener ese premio... al menos en la categoría juvenil. Eso te lo aseguro.

—¿A qué se refiere exactamente? —exige con curiosidad reflejada en sus ojos.

—No es nada en particular, solo que he notado a Camille muy estresada últimamente, manteniendo reuniones frecuentes con Helga —la Manager del departamento de Terror—, como si estuviera... desesperada por obtener ayuda —respondo mientras alzaba una taza de café del mostrador.

La realidad no era esa. Sino que la había escuchado en las últimas semanas hablar muy mal de mí con Vanessa —miembro de su equipo— y con Helga. Me jodia la falsedad por detrás de mi espalda. Así que yo le seguía el juego.

—¿Helga? Nadie me ha informado sobre eso.

—Pues considera que ahora estás al tanto.

—Camille nunca me ha parecido que da la talla, eso lo sabe todo el mundo pero eso a tener que pedir ayuda constantemente a otros managers... realmente esa mujer deja mucho que desear.

Asentí concordando.

—¿Ya ha decidido con quién de su equipo irá a París? —indaga la directora, sosteniendo una taza humeante de café—. Quedan apenas unos días para que le dé un nombre a Audrey. ¿Por qué ha demorado tanto en dar un nombre?

—Pienso que la respuesta es evidente —insinúo—, Será Céline quien me acompañe.

La mirada de Manon se llenó de curiosidad.

—¿Y por qué no llevará al señor Van Damme?

—¿A Louis? —respondo, observándola asentir—. Porque considero que Céline está más preparada.

Nos aproximamos al imponente ventanal que permitía la entrada de la cálida luz del sol.

—Interesante argumento —comenta sin añadir nada más, indicándome claramente que prefería retener sus comentarios en ese momento. Sorpresivamente.

—¿Por qué? —insisto.

—Resulta curioso que quiera llevar a Céline al viaje cuando la idea original fue del señor Van Damme.

—Sí, pero tampoco me siento cómodo sabiendo que llevaría a alguien que está luchando por quitarme el cargo —replico con cierta tensión en el cuello.

—Interesante —susurra con una sonrisa.

—Ve directo al grano, Manon —exijo, ya sintiendo la tensión acumulada en los músculos.

—Disculpe, Señor Santos —deja la taza usada sobre la mesa a su lado—. Encuentro fascinante su perspectiva y la manera en que enfrenta esta situación en particular. Veo puntos

válidos en su argumento, pero hay un pequeño detalle que, claramente, usted desconoce.

La curiosidad me devoraba por dentro, como un fuego lento que crecía en el pecho, mientras los recuerdos de Louis comenzaban a dar vueltas en la cabeza. En mi casa, su chaqueta aún guardaba su olor, una presencia reconfortante en las noches en las que su ausencia se hacía más intensa y me quedaba dormido abrazándola.

—¿Cuál?

—El señor Van Damme nunca presentó su propuesta.

Louis

El sobre blanco perla

La noche estaba cálida.

—Sigo pensando que deberías invitarlo a cenar —insiste Sophie mientras Julien ajustaba el televisor para ver una película.

—¿Pero cómo lo voy a invitar a cenar si han pasado como dos meses y no quiere saber nada de mí? —Estaba de pie, abriendo la ventana por el calor que comenzaba a sofocar la sala.

—Hay personas que tardan en procesar las cosas. Quizás, ahora que las aguas están más calmadas, sea el mejor momento para hablar —murmura Julien, sentándose al lado de Sophie.

—He intentado de todo, pero es imposible acercarme a él. Además, su actitud ha cambiado mucho en estas últimas semanas —comparto, robándole la bolsa de palomitas a Sophie—. Le aterraba la presencia de Manon, y de repente son como mejores amigos ahora. Incluso lo he visto responderles mal a algunos compañeros del equipo, e incluso a Camille. Parece como si se hubiera transformado en alguien completamente diferente.

—Pero ¿no se supone que va a París para presentar el proyecto en el que han trabajado tanto? —indaga Julien, y yo asiento—. Bueno, quizás esté cargado de estrés por eso.

—No lo sé... Pero tampoco creo que invitarlo a cenar sea buena idea... menos aquí en casa.

—Es que Alex me cae bien, y siento que deberían dejarse de estupideces —susurra Sophie antes de arrebatarme la bolsa de palomitas y mirarme desafiante.

—Veré si logro hacer algo.

La pantalla frente a nosotros se sumió en la oscuridad antes de dar paso a la película que habíamos elegido tras un largo debate. Intenté con todas las fuerzas ignorar cada escena de romance que se desarrollaba en la pantalla, pero me hacían retorcerme internamente. Odiaba la forma en que cada gesto de amor reflejaba una sombra de lo que solía ser mi relación con Alex. O lo que pudo llegar a ser.

No pude evitar sentir una punzada de melancolía al recordar la noche en que lo sentí mío, donde recorrí su piel tantas veces con mis labios y la forma en que su risa se mezclaba con la mía. Esa misma noche cuando abríamos nuestro corazón sin importar sentirnos vulnerable. Pero ahora, cada mirada cómplice en la pantalla parecía un reflejo distorsionado de lo que solíamos tener.

—Deberías hablar con él, en serio —insiste Sophie al acabar la película, ofreciéndome una mirada llena de complicidad—. Quizás hay algo que no sabes, algo que ha cambiado su perspectiva

—Lo he intentado... Cada vez que lo hago, parece que chocamos en medio de una tormenta —suspiro, jugueteando con el borde de la ventana—. Pero si hubiera sido al revés y esas palabras hubieran salido de su boca, me sentiría igual de traicionado.

—Porque te metiste en la cabeza estúpida que tienes, hacer esa mierda por alguna razón absurda.

—¡Lo sé, maldita sea! —exhalo con pesadez—. Al principio, fue algo que me pasó por la mente, cuando no lo conocía lo suficiente. Pero después de todo lo que hemos pasado y los sentimientos que comencé a tener por él, jamás actuaría para lastimarlo o perjudicarlo.

—Lo que me estás diciendo, deberías decírselo a él —se acercó a la ventana y me acarició la espalda.

—No estoy seguro de si él siquiera querría hablar conmigo. Las cosas están tan tensas entre nosotros que apenas cruzamos palabras sobre el trabajo.

—¿Sabes si irás a París con él? Quizás sea una buena oportunidad para aclarar las cosas.

—Dudo mucho que me lleve en el viaje —suspiro, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir—. En este momento, lo que más me duele no es solo perder la oportunidad de ir al viaje, sino haberlo perdido a él.

—No lo has perdido, Louis —musita, apretándome el hombro—. Simplemente cometiste un error, uno muy estúpido... y ahora debes esforzarte para recuperar su confianza.

—¿Y cómo se supone que haga eso?

—Tú lo conoces mejor que yo. Ya se te ocurrirá algo.

La rutina sigue inmutable, ya sea en invierno o verano. A pesar de la repetición constante de mis días, anhele un cambio. Mientras el sol me baña la piel con su calor abrasador, he recorrido apartamentos con la esperanza de encontrar uno propio. Continuar viviendo en casa de mi mejor amiga y durmiendo cada noche en un sofá, me llena de temor. Es hora de dar estructura a la vida de alguna manera. No puedo esperar ascender a Manager para progresar, porque eso implicaría perjudicar a Alex. El mero recuerdo de su nombre me deja un amargor profundo, consciente del daño que le he infligido.

Comprar una casa en esta economía es un desafío, pero lucho por no sumergirme en esa espiral tóxica. Siento que mi salud mental ha mejorado en los últimos meses; he logrado controlar el consumo de alcohol y las noches de llegar a casa completamente borracho se han desvanecido en la brisa cálida que me acaricia el rostro al anochecer.

La oficina, en contraste con el cálido abrazo del sol, sigue inmutable en su monotonía. Aunque Alex evita entablar conversaciones conmigo, su ausencia resuena como un eco persistente. A veces, sorprendo su mirada perdida en mí y un destello de anhelo se despierta en mi interior, aunque él aparta la vista antes de que pueda hacer algo. He intentado incontables veces acercarme, valiéndome de cualquier excusa relacionada con el trabajo o el proyecto, pero apenas intento cambiar el tema, Alex se vuelve increíblemente serio y corta la conversación. Extraño su risa cálida y la manera en que me perdía en la profundidad de sus ojos oscuros. Sentir esa ausencia es doloroso, aunque solo lo reconozca en la intimidad de mis pensamientos.

Mientras la dinámica incómoda con él persiste en la oficina, es imposible pasar por alto a Céline, quien me ha dejado completamente sorprendido con su actitud. Su manipulación fue una puñalada por el culo, y aunque aun no comprendo cuál era su verdadero objetivo, su determinación fue evidente. Era obvio que su ambición se centraba en ser la elegida para ir a París con Alex. Consciente de que eso sería altamente beneficioso en la esfera directiva, especialmente en un proyecto de tanta relevancia para la empresa. Debo admitir que logré lo que quería.

Peleó y salió victoriosa.

Mis sentidos se desorientan al encontrarme con Alex y Charles frente al edificio. La vista se nubla brevemente y un mareo se me apodera de la cabeza. El mismo odio persistente brota cuando los contemplo juntos, como si el tiempo no hubiera atenuado mi resentimiento desde el día en que lo conocí. Sus risas resuenan a mi alrededor, y no puedo evitar envidiarlo por no ser yo quien provoca esa alegría en él. Su cabello, todavía medio largo y repleto de rizos, despierta el deseo de acariciarlo nuevamente con las yemas de los dedos. Las notas cálidas y amaderadas de su fragancia se cuegan en el aire, evocando recuerdos que luchan por abrirse paso en la mente. A pesar de todo, me obligo a continuar caminando, enfrentando el torbellino de emociones que se agita en mi interior.

Con fuerza y un empujón, desplazo la pesada puerta de vidrio para ingresar al edificio. Algunos compañeros se deslizan hacia el ascensor en el fondo del pasillo, pero no llego a tiempo para unirme a ellos. Con un gesto, presiono el botón y aguardando el próximo ascensor. Siento como mi pie martilla el suelo intentando calmar los nervios. El reflejo de mi cuerpo se proyecta frente a las puertas metálicas: un pantalón de jean oscuro y, sin darme cuenta esta mañana, la camisa rojo ladrillo de Alex me acompaña. Durante mucho tiempo, fingí no tenerla, y ahora, de repente, me presento en la oficina vistiéndola. Es como si de forma desesperada quisiera captar su atención. Aunque seguramente una parte de mi lo hace desesperadamente.

Las puertas del ascensor se deslizan suavemente, revelando un sutil susurro al abrirse, y entro, alzando la mirada para encontrarme con mi reflejo en el techo de vidrio. Sin apartar la vista, marco el botón para la primera planta, con la intención de tomar un café antes de dirigirme a al escritorio. Evito conscientemente mirar hacia la entrada, donde sé que está Alex junto al imbécil de Charles.

Cuando me dispongo a sumergirme en mi propio reflejo, un movimiento repentino interrumpe mi autorreflexión. Las puertas se cierran rápidamente con un golpe sutil, y en ese instante, mi mirada se desvía hacia abajo. Los ojos se sorprenden al encontrarse con su rostro, una pequeña y sutil sonrisa dibujada en sus labios. Es un gesto tan leve y familiar que me desconcierta. No logro recordar la última vez que dirigió su sonrisa a mi dirección.

—Buenos días —escuchan mis oídos y la piel me vibra—. ¿Cómo estás?

El aire que intenta entrarme a los pulmones se ahoga haciéndome toser sorprendido por su aparente simpatía. Habían pasado semanas desde que no escuchaba su voz preguntar por mí.

—Bi... bien —murmuro.

—Me alegro. Anoche cené en el restaurante coreano que fuimos con tus amigos y mi amiga Claudia cuando vino a visitarme. Si que se come rico ahí...

Las puertas se abrieron en el primer piso y de golpe pulse el botón para que las se cerrasen de nuevo.

—Qué lástima que fuiste.

—¿Que? —su cara demostraba desconcierto.

—Ehh... Me refería a que me hubiese gustado invitarte a cenar a ese restaurante —mis palabras emergieron con dificultad, percibí su mirada inexpresiva—. Para discutir algunos detalles finales del proyecto de París, claro.

—Claro... —contesta en tono juguetón y el pecho se me calienta—. En dos semanas me toca ir a París y con tantas cosas por ajustar, dudo que tenga tiempo para una cena... para discutir sobre el proyecto, claro.

—Claro, claro —admito, suprimiendo el nudo se me forma en la garganta.

Las puertas volvieron a abrirse, pero esta vez en el piso nueve y Alex comenzó a salir.

—Pero igual, gracias por la invitación.

—Claro.

Los ojos siguieron su figura alejándose por el pasillo, cada paso suyo marcando una distancia que se sentía como un abismo creciente. Observé hasta que las puertas del ascensor finalmente se cerraron, encerrando su presencia en un espacio ajeno al mío. La mirada queda fija en aquel acero que separaba nuestros mundos, mientras un sutil cosquilleo en el estómago se transformó en un hueco punzante.

Después de interminables reuniones con Céline, Alex y Manon, los dolores de cabeza se intensificaban hasta resultar intimidantes. Las últimas semanas habían sido como una tortura, un peso insoportable de trabajo sobre los hombros. Los cálidos vientos del verano arrastraban los días, y mañana sería el día en que Alex, acompañado de Manon y la inevitable presencia de Céline, partirían hacia París. Me sentía como una vela cuya mecha se extinguiría pronto, agotada. No lograba encontrar motivación en ningún aspecto de mi vida. Nunca había cultivado relaciones sentimentales significativas y ahora que había vivido una, me sentía tan vacío.

La búsqueda de un apartamento para comprar se volvía frustrante, provocándome el deseo de simplemente rendirme. Mis lazos familiares se habían disuelto por completo una vez más. No había tenido contacto con Jaqueline desde que me pidió que firmara los papeles para que ella se quedara con la cafetería que, por alguna siniestra razón, nuestra madre dejó a mi nombre.

Al finalizar el almuerzo, ascendí a mi planta y me refugié en la biblioteca, el único lugar donde encontraba verdadero consuelo. La atmósfera acogedora de la biblioteca envolvía mis sentidos: el sutil aroma a libros viejos y madera pulida, la suavidad del aire fresco mezclado con el sonido tenue de las páginas.

Me dirigí hacia mi sección favorita y comencé a explorar en busca de una obra que me atrapara entre sus líneas. Para mi sorpresa, divisé a Alex, sentado en el sillón que solía ser mi refugio, completamente absorto en la lectura de un tomo grueso. Mi curiosidad se avivó, invitándome a acercarme a él.

—¿Qué lees? —investigo y da un salto sobresaltado, dejando caer el pesado libro al suelo—. ¡Disculpa!

Me agaché para ayudarlo a recoger el libro.

—Leía algunos viejos poemas —sisea, con destellos en sus ojos y la voz ligeramente apagada.

—¿Qué tan lejos llegarías por un final feliz? —susurro aprovechando nuestra poca distancia y mirándolo directamente a los ojos

—¿Qu.. Qué?

—¿Qué caminos, en sombras, recorrerías, como errante en busca de su destino? ¿Hasta dónde el dolor se desvanecería y el ansiado final hallaría su camino?

»¿Sería en el ocaso, en la noche oscura, donde el alma clama por paz, donde llegarías, sin tregua ni medida, buscando redimir toda tu alma?

—Parece que no soy el único fan de poesía —comenta, intentando ocultar una sonrisa.

—Pues el final feliz se vuelve esquivo, un espejismo en el yermo del hastío, y persistes en tu viaje, cautivo, anhelando un destino más sombrío.

—Entonces ¿no crees en los finales felices? —se aventura.

—Creo en un *nosotros* felices.

Nuestros ojos se sumergieron en un baile eterno y profundo, danzábamos entre nuestros labios y las miradas penetrantes. El iris oscuro de Alex parecía reflejar mi esencia, como si

encontrara la entrada a su corazón herido. Cada latido del corazón me resonaba como un tambor, convirtiendo cada segundo en una eternidad. Sin darme cuenta, me aproximé lo suficiente para volver a sentir su aroma, una mezcla sutil de su perfume y la tenue fragancia de los libros viejos que nos rodeaban. Me pregunto qué ocurriría si...

Alex retrocedió.

Un silencio profundo se adueñó de nuestro entorno, la biblioteca permanecía desierta, todos almorzaban en el comedor. Los ojos de Alex brillaron intensamente y algunas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

En su mirada interpreté lo mucho que me extrañaba y deseé que pudiera ver lo mismo en mis ojos.

Abrió su boca, pero no dijo nada. Solo se acercó un poco, rompiendo la distancia.

Imité sus movimientos y con los labios besé sus mejillas húmedas. No podía soportar ser la causa de su sufrimiento mientras nuestros alientos se entrelazaban y nuestras respiraciones se sincronizaban.

Nuestros corazones parecían bailar al unísono en medio de ese silencio compartido. Una corriente eléctrica de emociones inundaba el espacio entre nosotros. Me sentí tentado a decir algo, cualquier palabra que pudiera aliviar el peso que cargaba, pero el silencio parecía más reconfortante en ese instante. En un gesto silencioso, bajé los labios de sus mejillas y baile con el roce de sus labios. Estaban húmedos, fríos y extrañaba la sensación que causaban en mi interior.

En sus labios se entretejían la compasión y el dolor, una mezcla tan palpable que temía que en cualquier momento se apartara y huyera. Contrariamente a mi expectativa, su cercanía se intensificó y me envolvió en un abrazo reconfortante sobre los hombros. Sentí la electricidad tan característica que nos pertenecía recorrerme el cuerpo al sentir nuestros cuerpos encontrándose nuevamente en un vínculo íntimo. El beso que siguió fue un torbellino de emociones, intenso, suave, excitante y urgente, como si la frustración misma se hubiera materializado entre nosotros, nuestras lenguas en lucha entrelazándose en un baile cargado de anhelos contenidos y deseos reprimidos.

Cada contacto parecía un intento de regresar el tiempo, una corriente de sensaciones que recorría la piel y despertaba cada fibra de mi ser. Este beso superaba todos los recuerdos, incluso los de aquella noche en la que sus labios eran más cuidadosos y delicados, ahora reemplazados por una urgencia compartida y una conexión ardiente.

En medio de ese abrazo, nuestras respiraciones se sincronizaron entre pequeños gemidos, creando una sinfonía silenciosa que hablaba por sí misma. Murmuraba mi nombre entre soplos y yo comencé a hacer lo mismo con el suyo.

Sentí cómo la tensión se disipaba gradualmente, dejando paso a una calma, un respiro necesario tras la tormenta. Sus dedos acariciaban mi espalda con suavidad, trazando las líneas de mi tatuaje que parecía recordar con exactitud y despertaba sensaciones que creía olvidadas, mientras mis dedos jugaban con las cuervas de su cabello. Cada roce, cada contacto, cada sensación parecía revelar un lenguaje propio, un relato de afecto y anhelo compartido. Nuestros gemidos me llenaban los oídos e ignoraba por completo lo que sucedía fuera de esa biblioteca.

Mi única atención era él.

El susurro de nuestros alientos se calmó, dejando en el aire una delicada expectativa. Nos separamos ligeramente y el contacto visual se convirtió en un eco de emociones compartidas. Nuestros ojos se encontraron en un silencio elocuente, como si en ellos se reflejara todo lo que habíamos compartido en ese breve lapso de conexión profunda.

Con suavidad, nuestros labios volvieron a aproximarse, como si fueran imanes que se buscaban instintivamente. Necesitaba recuperar el tiempo que estuve sin sentirlo mío. Su lengua estaba hambrienta y la mía preparada para la suya. La distancia entre nosotros se desvaneció, y el suave roce de sus labios contra los míos desencadenó una oleada de sensaciones. El tiempo se desvanecía, dejándonos suspendidos en un momento que parecía infinito, donde el palpar de nuestros corazones hablaba un lenguaje de entendimiento y anhelo compartido.

Cuando nuestros labios sedientos se despidieron físicamente, me quedé hipnotizado por la profundidad de sus ojos color noche, mientras delicadamente retiraba un rebelde mechón de su cabello que caía sobre su frente. El brillo cómplice en nuestra mirada nos regaló una sonrisa compartida antes de ponernos de pie.

—Tengo un montón de trabajo pendiente antes del viaje —musitó, luchando por contener una sonrisa que bailaba en su rostro— Bonita camisa —añadió con un guiño juguetón.

—Yo también —sentía un nudo que comenzaba a formarse en la garganta. Hice una pausa, empujando con suavidad ese nudo que amenazaba con subir por la boca. No quería nuevamente distancia entre nosotros—. Espero que tengas un viaje increíble.

—Gracias... Louis —pronunció con una calidez que resonó en el eco de su voz.

Esa despedida parecía contener más de lo que las palabras podían expresar. Entre las breves frases, se escondían deseos no confesados y emociones a flor de piel, como si nuestras despedidas estuvieran impregnadas de la esperanza de un reencuentro futuro.

Vi a Alex desplazarse a mi lado, perdiéndose en el largo pasillo hasta que su figura se diluyó en la distancia.

No tengo claro dónde quedamos después de este momento compartido, esos besos que encendieron algo en nuestro interior. Tal vez estos días de separación sean una pausa necesaria, un espacio para reflexionar sobre lo que hemos desencadenado entre nosotros.

Al regresar a mi escritorio, me encontré con un espacio completamente vacío. Era como si cada avance que lográbamos era seguido por un revés que nos separaba una vez más.

Ese día, Céline trabajaba desde casa, al igual que algunos miembros del equipo que aprovechaban el buen clima para hacerlo. La oficina parecía habitada por almas errantes, ninguna relacionada con el proyecto de París, sino más bien integrantes de otros proyectos liderados por Lukas, quien también se encontraba ausente, trabajando desde Croacia.

Al abrir el portátil e intentar acceder a los archivos finales del proyecto de París, el corazón se me detuvo en seco y pensé que iba a morir en ese preciso momento. Me encontré con carpetas vacías en el servidor. La sorpresa se convirtió en desconcierto al ver que otras carpetas, con materiales o versiones anteriores, también estaban vacías. Verifiqué la conexión a internet y otros posibles problemas, pero todo parecía normal. No lograba entender por qué faltaban los archivos, considerando que apenas unas horas antes había estado trabajando en ellos. Además, el *chat* de la empresa estaba sin servicio, imposibilitándome comunicarme con alguien del equipo.

Me levanté con prisa y caminé rápidamente hasta la planta cinco, donde se encontraba el equipo de tecnología. Toqué la puerta varias veces hasta que alguien abrió, confirmando mis sospechas con la mirada preocupada y los murmullos a mis espaldas. Algo estaba claramente sucediendo con nuestras redes.

Me pidieron paciencia, asegurándome que estaban trabajando con premura para resolverlo. Cerraron la puerta abruptamente, ocultando el zumbido frenético que escapaba de la sala, y me vi obligado a regresar a mi planta con una sensación de impotencia flotando en el ambiente.

Al retornar al lado este de mi planta, noté que la oficina estaba inusualmente desierta. El aire era más denso, como si la tensión se hubiera filtrado entre los rincones vacíos. Los pocos directores que permanecían hablaban en tono bajo, aunque su preocupación era palpable en cada gesto. Decidí no interrumpir, consciente de que tampoco podrían ofrecer alguna solución.

Regresé a mi silla y alcancé el teléfono sobre la mesa, sintiendo el frío del aparato bajo los dedos temblorosos. Con cada marcado, el sonido del tono de llamada parecía resonarme en la cabeza, aumentando la ansiedad. La espera se volvía eterna, mi respiración entrecortada cargada de urgencia.

Los archivos finales debían ser enviados hoy, pero no estaban en ninguna parte, y ninguna versión anterior podía ser reajustada rápidamente.

—¿Alex, qué está pasando? —cuestiono, luchando por mantener la calma a pesar del torrente de nervios que me invadía.

—Hay un problema grave, Louis. Todos los archivos del proyecto de París... se han esfumado. El original, las copias, cualquier versión en la que hayamos trabajado, han desaparecido de los servidores. No queda rastro en la base de datos. Estoy trabajando desde casa pero el equipo completo está revisado los respaldos, pero no hay nada. Necesito que revises tus cosas, tu escritorio, cualquier lugar donde pueda haber algo.

—¿Y las versiones impresas? —pregunto con desesperación en mi voz—. Hemos impreso tantas, deberíamos tener al menos la última en algún lugar.

—No las tenemos —su voz reflejaba temor—. Al final de cada semana, todas las copias impresas se eliminan y el papel se recicla. Si hubo impresiones, todas han desaparecido, Louis, todas.

—Estoy revisando mi computadora, pero no encuentro nada —los ojos se movían frenéticamente por el monitor, abriendo carpeta tras carpeta en búsqueda de alguna versión—. Todas están vacías... ¿Qué vamos a hacer? ¿Reescribir todo desde cero?

—Es imposible... No podemos escribir más de seiscientas páginas en... tres horas. El archivo final debe enviarse antes de las siete, y si no lo hacemos, no solo nuestro departamento se hundirá, sino todos. Todos los manuscritos han desaparecido.

Los dedos tecleaban furiosamente mientras exploraba cada archivo en mi ordenador, buscando desesperadamente cualquier pista que nos pudiera ayudar en este momento crucial.~

«Echo»

—Han sido los de *Echo*.

—No hay forma de probar eso.

—¿Y Céline ha encontrado algo? —indago, mi voz crispada por la ansiedad.

—Nada —replica con la voz entrecortada—. Está en casa y la cobertura donde está es mala. Solo nos comunicamos por mensajes y ella está tratando de encontrar una manera de recuperar los archivos, al igual que el resto de los equipos.

En ese momento, unos gritos resonaron al fondo de la oficina. Me levanté bruscamente para acercarme y descubrí a Manon en un estado de desesperación, consciente de que nuestras posiciones pendían de un hilo.

—Si encuentras algo, llámame —anuncia Alex antes de colgar.

No había una solución rápida a este problema. Todos los respaldos estaban vacíos, una situación imposible de comprender. Sin archivos, no había proyecto; sin proyecto, no había premio y sin premio...

La reputación y el prestigio de nuestra empresa, además del impacto económico que representaban estos premios, se encontraban en riesgo. La idea de no viajar a París y la

perspectiva de que la prensa difundiera que habíamos abandonado o rechazado participar este año, después de cinco victorias consecutivas, resultaba absurda e impactante.

Mientras la directora y el directorio intentaban compartir ideas, yo paseaba en círculos intentando pensar en algo. Entonces, una chispa de inspiración encendió la mente. Recordé que Julien, aunque no era un hacker, era un programador. Tal vez podría ayudarnos de alguna manera.

Saqué el teléfono del bolsillo y llamé a mi amigo antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que él no trabajaba en nuestra empresa y, por lo tanto, no tenía acceso al sistema, pero confiaba en su capacidad para brindar asistencia al equipo de tecnología.

Han pasado largos minutos y estoy de vuelta en el escritorio. Manon se desespera en otra planta sin saber qué hacer, Julien comienza a abrir ventanas negras en el ordenador y escribe códigos que están más allá de mi comprensión, incluso si intentara con todas las fuerzas. Los minutos transcurren y cada *tic—tac* del reloj agita los nervios, creando un eco de desesperación en la mente.

Media hora después, Julien se inclina hacia atrás, su rostro reflejando temor.

—Han sido infectados por un virus tan potente que ha borrado toda su información, tanto la reciente como la antigua. Va a ser extremadamente complicado recuperar esos datos.

—¿La han podido robar?

—Es probable.

—¡Maldita sea! —exclamo y las manos temblorosas se aferran con fuerza el teléfono.

Pero entonces, en un susurro cargado de esperanza, Julien añade algo que resuena en el pecho.

—He logrado recuperar la versión de ayer. Debes agradecer los años que pasé aprendiendo cómo los hackers sortean los sistemas de seguridad.

Me acerco con brillo en los ojos, la ilusión me palpita bajo la piel al confirmar que efectivamente es la versión concluida anoche. Aunque carece de las alteraciones del trabajo matutino, es lo suficientemente sólida. Abrazo a Julien, expresándole mi gratitud, y marco el número de Alex con la urgencia palpitante en mi voz. Le relato la noticia mientras envío los archivos de todos los manuscritos por *email*. Cada archivo tarda en cargar debido a su peso, pero al menos logramos recuperar todos los manuscritos de los diferentes equipos.

El reloj en la computadora ya marca las seis y media cuando recibo un mensaje de Alex. Confirmando que, tras una rápida reunión con el directivo, han logrado enviar todos los proyectos finales a París. Me desconcierta cómo ha sido posible esto cuando se supone que tenemos un sistema de protección sólido. Todo apunta a que alguien dentro del equipo ha colaborado para permitir que este virus penetrara y destruyera nuestra seguridad para robar toda la información.

Un solo nombre cruza la mente y espero no soy el único en considerarlo.

Ya era tarde, pero las calles aún se veían inundadas por el cálido resplandor veraniego del sol. Exhausto, me dejé caer en la silla, sabiendo que Julien me esperaba en la recepción. Lo había sacado tan rápido de mi piso como pude para evitar que alguien lo encontrara.

Al mismo tiempo que recogía el portátil, las mejillas me comenzaron a arder al recordar cómo esta tarde mis labios se habían encontrado de nuevo con los de Alex. Me pregunto si

nuestro beso había complicado aún más nuestra relación o si finalmente había esperanza para un *nosotros*.

El eco de los pasos silbaba en el pasillo mientras me dirigía hacia el ascensor. Con un gesto, presioné el botón y esperé.

—¡Espera! —un grito rompió el silencio, me giré desconcertado. Era Audrey corriendo hacia mí, tratando de recuperar el aliento.

—Louis, aguarda un segundo —jadeó, extendiéndome un sobre blanco de gran tamaño.

—¿Y esto qué es? —maldita sea, espero que no sea que han descubierto a Julien y me están despidiendo a toda prisa.

Un teléfono comenzó a sonar a lo lejos.

—¡Mierda! Debo atender esa llamada, con todo este drama de los servidores no paran de llamarme como si yo pudiera hacer algo —exclama claramente frustrada y comenzando a retroceder—. Louis, abre el sobre y, si necesitas algo, llámame —se apresuró, corriendo en dirección contraria.

Con el sobre entre las manos, una marejada de interrogantes invadió la mente. Sin embargo, el tiempo apremiaba, y allí me quedé, observando el sobre blanco perla como si fuera un enigma sin resolver. Las puertas se abrieron a mis espaldas y, al adentrarme, decidí abrirlo con cuidado, temiendo dañar cualquier papel que pudiera contener en su interior. El sobre tenía un peso inusual para contener únicamente una hoja, lo que avivó mi curiosidad hasta la médula.

Después de toda la mierda que he enfrentado en los últimos meses, lo último que necesito ahora es perder mi trabajo. Pero... también podía ser alguna carta de mi padre.

Cualquier cosa era posible después de que envié una carta a la dirección de la que habían llegado sus cartas todos estos años.

Al abrir el sobre, deslicé los dedos sobre los papeles y sentí un pequeño corte en mi índice, viendo cómo una gota de sangre teñía parte del papel.

—¡Mierda! —reclamo, llevándome el dedo a la boca para detener la sangre.

Con la ayuda de la otra mano, extraje los restantes documentos y comencé a leer.

Tuve que sujetarme a la pared del ascensor para no caer al suelo cuando descubrí que entre los papeles había un pasaje de avión con destino a París para mañana a las ocho de la mañana. Todo al alrededor empezó a dar vueltas mientras trataba de procesar lo que acababa de descubrir. Me invadió una mezcla de confusión y asombro. ¿Cómo era posible? Pensaba que Alex había optado por Céline, sobre todo después de que ella misma se encargara de difundir la noticia por toda la oficina.

Justo esta misma tarde había confirmado que los managers solo podían llevar a una persona en ese viaje. ¿Qué hacía un pasaje a París en mis manos?

Una maraña de preguntas y emociones tumultuosas me revolvían la mente, dejándome sin aliento. El ansia de respuestas me invadió, pero antes de poder reaccionar, las puertas del ascensor se deslizaron abriéndose en la recepción de la planta baja. Me percaté que Julien me esperaba sentado en el sofá y una vibración me recorrió la piel, el teléfono comenzó a sonarme en el bolsillo. Sacándolo, me encontré con un mensaje de Alex que encendió mi curiosidad.

—¿Audrey habló contigo?

Alex***Entre nubes***

Los pasos repican a lo largo del aeropuerto mientras avanzo avivadamente hacia mi puerta de embarque. Casi todo el equipo abordará este vuelo, incluyendo a todos los Managers, a excepción de los directivos que ya se encuentran en París desde anoche. He tenido que pedirle a Charles que cuide de Sebastián durante estos días, y aunque me aterra la idea de dejarlo con otra persona, confío en que al menos sabrá cuidarlo. Mi relación con Charles es bastante buena y pacífica. Creo que es una de las cosas positivas que Bruselas me ha ofrecido en estos últimos meses.

Han pasado más de seis meses desde que comencé una nueva vida y, a pesar de ser poco tiempo, lo siento como una eternidad. Como viajamos un sábado para organizar todas las cosas y acomodarnos en el hotel cerca del lugar donde se presentarán los premios y las conferencias, he decidido ir más ligero. He dejado de lado los pantalones para los próximos días y he optado por *shorts* castaño oscuro con una camisa corta de color beige. Me doy cuenta de que repito tanto ese color que comienzo a preguntarme si tiene algún significado en mi vida.

El aeropuerto está abarrotado de gente, seguramente algunos llegando y embarcándose en aventuras para descubrir algo nuevo. Me consume el temor por lo que pueda suceder en París, especialmente cuando al final del largo pasillo diviso la figura de Louis y una oleada de calor recorre la piel, evocando el recuerdo de sus labios sobre los míos. Ayer fue un día explosivo para ambos. Perdimos archivos cruciales que necesitábamos enviar, y si no fuera por su ayuda, dudo que hoy estaría aquí. Me resisto a aceptar que su beso de ayer fue lo que cambió mi decisión para llevarlo como apoyo a París en lugar de a Céline.

Tuve que llamar varias veces para convencer a Audrey de cambiar el pasaje de Céline por el de Louis. He enviado algunos mensajes a Céline pidiéndole disculpas por haber cambiado de opinión. Ella hace un trabajo increíble, eso es innegable, pero Louis fue quien concibió la idea inicial y ha sido de una ayuda inestimable todos estos meses. Insisto, no fue por el beso de ayer.

Su sola presencia despierta un torbellino de sensaciones que intento sofocar en lo más profundo de mi ser, consciente de lo poco saludable que resulta este deseo. Está ahí de pie, imponente, envuelto en unos pantalones azul marino con rayas blancas, y una camisa del mismo tono. La visión de esos colores desencadena un eco de memorias, un eco que quiero silenciar.

«Haría lo que fuera para robarle el cargo» recuerdo con su voz.

Siento el palpitar acelerado del corazón, un tamborileo errático que parece querer seguir el compás de mi conflicto interno. La tentación de despojarlo de esa vestimenta y buscar el calor de su piel resurge con una intensidad embriagadora. Pero no. No quiero eso.

¿Pero si no llevó adelante sus propuestas con Manon, eso significa que sus intenciones cambiaron? Maldita sea, sus dilemas y cambios de pensamiento me confunden aún más. ¿Acaso algo cambió cuando descubrí sus verdaderos deseos o ya había cambiado de opinión antes? Sea lo que sea que haya sucedido, no se puede ignorar el hecho de que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para desarmarme, sobre todo cuando su voz lo delataba.

Al aproximarme, le dirigí una sonrisa tímida a Louis mientras saludaba al resto del grupo. Capté algunas sonrisas forzadas, especialmente de Camille, quien estaba junto a Vanessa. Era evidente que nuestra amistad había perdido fuerza en los últimos tiempos. Desde que empecé a pasar más tiempo con Manon, comencé a notar aspectos que antes había pasado por alto. Me agrada mucho Camille, especialmente como amiga, pero en el ámbito laboral, siendo ambos Managers, no puedo evitar reconocer que en ocasiones no desempeña bien su función. ¿Está mal tener esa opinión?

«Caemos en el veneno o nos convertimos en seres frágiles que terminan por irse».

Quizás yo había caído en el veneno y ella terminaría por irse.

Con timidez, me acerqué al hombre de cabellos naranjas. Aunque mis sentimientos hacia él aún eran confusos, sentía la necesidad de expresar mi agradecimiento por su esfuerzo el día anterior. Entre el bullicio del aeropuerto, las luces parpadeantes y la sensación de prisa en el ambiente, las palabras parecían que se me estancaban en la garganta.

—Lo... Louis —murmuro, luchando con mis palabras llenas de nerviosismo mientras lo llamaba por su nombre.

Un anuncio ensordecedor retumbó por encima de nuestras cabezas, interrumpiendo mi intento de comunicación. El altavoz anunciaba el comienzo de abordaje. A pesar del caos a nuestro alrededor, él se giró hacia mí con una sonrisa amable, reconfortante en medio de la agitación.

Nos dirigimos juntos hacia la puerta de embarque, donde presentamos nuestros boletos de pasaje. La fila avanzaba lentamente, y después de unos minutos de espera, finalmente llegó nuestro turno para abordar el avión.

Caminaba apretado en el pasillo, volví a retirar el boleto impreso del bolsillo para confirmar mi lugar. Era al menos la octava vez que lo hacía, pero por los nervios necesitaba confirmar mi pasaje. No tuve elección alguna en cual sería mi asiento, puesto que de eso se encargó Audrey cuando compró los pasajes.

Los ojos recorren fila tras fila, hasta encontrar la número veinte uno. Espero a que el hombre alto en el medio del pasillo termine de guardar su maleta en la parte de arriba para luego hacer lo mismo y arrastrarme entre los asientos hasta quedar en el asiento coledo a la ventana. Veinte uno A.

Desde que era niño, viajar en avión me aterra. He visto innumerables videos en *YouTube* explicando que la turbulencia es normal, que no hay nada malo en ello, pero en cuanto el avión se mueve un ápice más de lo que considero seguro —al menos según mi percepción— el corazón me comienza a galopar.

Desde el rabillo del ojo, veo a Louis desplazarse por el pasillo. Parece que algunas personas lo adelantaron en la fila. Giro para mirarlo, y el corazón se encoge al verlo continuar hacia los asientos detrás del mío. Daría lo que fuera por tenerlo a mi lado en este vuelo... Para discutir notas o conversar sobre el proyecto, solo eso.

Con un estruendo veo a alguien tomar asiento en mi fila junto al pasillo. Una mujer con cabello oscuro, sus auriculares puestos y un gran libro en las manos. Intento girar para ver qué está leyendo, pero no logro distinguir el título.

—Disculpe —escucho una voz dirigida a la mujer y vuelvo mi atención—. Creo que mi asiento es justo en el medio.

La mujer se levanta y una sonrisa se me dibuja en el rostro, imposible de ocultar. Observo cómo se acerca lentamente después de acomodar su mochila bajo el asiento de enfrente. Se quita los auriculares y me mira con la respiración agitada, como si acabara de correr una maratón. Esa

sonrisa suya, tan penetrante, hace que los pensamientos se me tambaleen. La poca luz que entra por las ventanas hace que sus ojos parezcan más claros de lo habitual.

«Contigo siento que respiro sin dificultad» su voz se hace presente en los pensamientos.

—Parece que el destino se empeña en juntarnos —señala Louis con tono burlón.

—Así parece —menciono, aún nervioso y sin poder apartarle los ojos de encima.

—¿Todo bien?

—S... sí —balbuceo, sacudiendo la cabeza sorprendido—. ¿Por qué?

—Si no dejas de mirarme así, pensaré que quieres otro beso.

—¡¿Qué?!

El rostro me ardía y la piel me quemaba de lo caliente que me sentía después de sus palabras. Claro que no quería otro beso. Lo de ayer había sido... un impulso y ya está. No significaba que volveríamos a estar juntos. Insistiré las veces que sean necesarias: no existe un *nosotros*.

Con el rabillo del ojo lo vi colocarse de nuevo los auriculares y entendí que la breve conversación había terminado.

Lo odié por eso.

Me acomodé en el asiento, levantando el libro que tenía sobre las piernas, *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen. Planeaba leer lo máximo posible para evitar cualquier tentación con Louis.

El avión rodaba hacia la pista de despegue, y los nervios me desgarraban por debajo de la piel. A pesar del miedo a volar y tal vez porque soy masoquista, amaba la experiencia de mirar por la ventana y observar el mundo exterior. Pasé la página de mi libro y los ojos danzaron antes de quedarse fijos en Louis. Hago el mayor esfuerzo del mundo por no voltear a mirarlo; no vaya a ser que me ofrezca otro beso.

Tras unos segundos me giré por completo, tal vez, solo tal vez anhelaba ese maldito beso.

Observé que estaba con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo, susurrando la letra de la canción que escuchaba. Mis ojos se concentraron en sus labios para saber cuál canción era.

Solo curiosidad.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando el avión empezó a acelerar. Los dedos se aferraron con fuerza a la mano de Louis, buscando algún ancla en medio de la inminente ascensión. El estruendo del motor se intensificó, rugiendo como una bestia que luchaba por liberarse de la tierra.

Louis soltó una carcajada mientras el viento silbaba alrededor de la cabina. Pero en el rostro, el miedo se reflejaba como un frío palpable.

—¿Te da miedo volar? —duda, sintiendo mi apretón y tratando de romper la tensión.

—No—hables—ahora... —susurro, apretando los párpados con fuerza.

—¿Crees que si hablamos el avión no despegará? —su tono juguetón no lograba disipar mi ansiedad. Estrangulé su brazo con más fuerza y él soltó un chillido—. Está bien —aceptó deslizando la mano que sujetaba su brazo y tomándola con la suya.

Abrí los ojos y confirmé mis sospechas. Estábamos agarrados de la mano, la palma sudorosa y el pulso acelerado transmitiendo más que nuestras palabras. El rugido del motor menguó lentamente a medida que el avión encontraba su estabilidad en el aire. El sonido de las alas cortando el viento se convirtió en un murmullo constante que acompañaba el trayecto.

Observé el libro en el suelo, entre los pies, luego de mi ataque de pánico. Sabía que inclinarme para recogerlo o cambiar de posición podría significar soltar su mano. El frío comenzaba a colarse en la cabina, pero su mano cálida me ofrecía refugio. Es absurdo intentar negar lo que siento por quien me sostiene la mano con tanta firmeza.

«El señor Van Damme nunca presentó su propuesta»

Recuerdos fragmentados me torturan la mente: sus destrezas prácticas, su calidez humana, el magnetismo de su cabello naranja rojizo que me hipnotizaba, aquellos ojos estrellados que desataban mis anhelos, sus labios que despertaban una sed instantánea.

—Louis —pregunto, comenzando a urdir alguna excusa para conocer más de él— como estoy nervioso, ¿te importaría jugar algo para distraerme?

—¿Un juego? —indaga intrigado, y su curiosidad despertó la mía— ¿En plan, cartas y eso o... quieres ir al baño a liberar tensiones?

—¡Nada de eso! —suelto mi mano y le doy un golpe—. No tengo cartas, pero pienso que... —tragué un nudo pesado— podíamos hacernos preguntas para distraernos.

—¿Preguntas? —entrecierra sus ojos y me mira fijamente— ¿Si tuvieras que elegir otro color de piel, ¿cuál sería? ¿Naranja o Violeta?

Suelto una carcajada que tuve que taparme la boca con la mano libre para no llamar la atención.

—No me refiero a esas preguntas —reí un poco más— Pero diría que violeta.

—Naranja sin duda.

—¿Cómo tu cabello? —Asiente con una sonrisa—. Bueno, me toca a mí. ¿Cuál es tu mayor temor?

—¡Joder! ¿En serio me estás preguntando eso? —Asentí, sintiéndome un estúpido—. Es un tema complicado, pero... diría que morir solo me aterra.

—¿Por qué?

—He estado solo gran parte de mi vida y quizás debería estar acostumbrado a eso, pero me aterra pensar en que mi último respiro sería así... sin nadie.

Algo se vació en mi interior. Era como si aquellas palabras me hubiesen destruido.

—Si está en mis manos, no estarás solo.

—¿Cuándo muera?

—Nunca... Siguierte pregunta.

Se ríe y se pone a pensar unos segundos.

—¿Tienes hermanos? —indaga.

—Siempre tuve el deseo de tener un hermano —confieso, mirando hacia la ventana jugando con las manos. Acercó la suya y volvió a sujetarme—. Pero, mis padres nunca tuvieron tiempo para mí, mucho menos para otro hijo.

—Mi hermana Jaqueline —continúa, y cuando giré hacia él, noté su mirada perdida, como si estuviera reviviendo varios recuerdos al mismo tiempo que hablaba—. Cuando éramos niños, era mi cómplice en todo. Yo ayudaba en la cafetería de mi madre y siempre que horneaba algo, le guardaba un poco.

—Lamento que ya no hablen —comento, bajando la mirada.

—Como te llegué a comentar por mensajes hace tiempo, todo está mejor así.

Un silencio incómodo llenó la cabina, el aire se volvió denso.

—Lo siento —se sacudió la cabeza— creo que te toca a mí hacer la pregunta... ¿número favorito?

Me tocaba a mí, pero ignoré eso.

—¿Número favorito? —fruncí el ceño— ¿Para qué sirve eso?

—Yo qué sé —ríe.

—He notado que dejaste de salir por las noches con el grupo de Lukas, ¿se pelearon?

—No, no es por eso —ríe— simplemente, digamos que cambié mis preferencias.... Bueno — me mira y parece que en sus ojos veo algo distinto—. Tengo un problema, no quisiera hablar de ello. Pero estoy esforzándome por superarlo.

Apreté su mano con cariño.

—¿Quién es Charles? —continúa.

—¿Charles? ¿Mi amigo Charles? —asiente con seriedad en su rostro—. Pues eso, mi amigo.

—¿No es tu novio?

—¿Novio? —suelto una carcajada—, Charles es hetero, Louis. Además, creo que tiene algo con mi amiga Claudia o tenían, la verdad ya no se.

No podía ocultar su sonrisa y sus dedos comenzaron a bailar sobre la piel de mi mano.

—Bueno me toca, ¿te gustan mis besos?

—¡Louis! —vuelvo a apretarle la mano y soltó un gemido de dolor—. Me toca a mí.

—Perdona, pero tienes que responder. Fuiste tú el de la idea del juego.

¿Cómo podía preguntarme eso ahora, después de todo lo que ha pasado entre nosotros? No podía quitarme de la cabeza la imagen de su rostro tan cerca del mío y el sabor a menta de sus labios.

—Sí —expreso rápido y en voz baja— ¿Postre favorito?

—Cheesecake —declara, ahogando una risa—. Mi turno, pero no es una pregunta. ¿Puedo?

Asentí con los nervios a flor de piel.

—Es más un pedido o una solicitud si quieres ser más elaborado con las palabras. Ya que te gustó tanto, quiero otro beso.

—¡Basta, Louis! La gente de la oficina te escuchará y pensarán cosas.

—¿Qué podrían pensar? —arruga la cara— ¿Que nos gustamos? ¿Dónde está la mentira?

—Sabes que lo nuestro no puede ser, somos demasiado diferentes y lo más probable... ¡No! Lo que sucederá es que terminaremos lastimándonos... aún más.

Subió su mano y me movió el rostro hasta que quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos. No había forma de huir.

—Es normal que eso suceda —susurra, y sentí su aliento a menta—, todos tenemos un pasado, Alex. Algunos son más suaves que otros, y es normal que haya días en los que me hagas daño porque estás enfrentando tus miedos. Habrá otros en los que probablemente te sientas poco amado por mí. Pero al final lo importante es que estemos en el mismo equipo con el mismo objetivo.

—¿Cuál es ese objetivo?

—Amarnos todos los veranos.

Quizás podría haber un futuro entre nosotros. Quizás existiera un *nosotros* a pesar de mi dificultad para admitirlo. Aunque, no tenía dudas cuando lo miraba a los ojos o cuando lo tenía tan cerca.

—Me asusta —admito, bajando la mirada.

—A mí también —añade—, pero hagámoslo a pesar del miedo.

—No puedo, Louis. Quieres mi cargo y no puedo competir en eso. No tengo la fuerza para crear ese tipo de rivalidad entre tú y yo.

—Alex —musitó, acercando su rostro—, quería tu cargo y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para obtenerlo, pero todo fue antes de conocerte, antes de conocer al verdadero tú. Incluso antes de darme cuenta de lo que siento por ti. Es lo que he intentado decirte todo este tiempo, pero no pude.

—¿Por eso no le entregaste nada a Manon?

Soltó un suspiro que me recorrió la piel.

—Por eso, y porque no encuentro sentido en trabajar en una empresa donde no estés todas las mañanas cuando llego.

Las manos me temblaban y él las acariciaba con dedos cálidos, transmitiendo un consuelo silencioso.

—Louis, yo... —mi voz vacilaba, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Él asintió comprensivo, anticipándose a mi inseguridad.

—No tienes que decir nada ahora. Tómate tu tiempo para reflexionar sobre lo que te he dicho.

La voz en la cabina anuncia que estábamos en descenso para aterrizar en la bulliciosa ciudad de París. Los nervios se apoderaron de mí, como si cada palpitar, el corazón me resonara con el rugido de los motores del avión. Sin embargo, con la mano de Louis firme en la mía, una sensación de compañía me reconfortaba en medio de la inminente llegada.

Reflexioné sobre la verdad que se había hecho evidente: no estaba solo. A pesar de meses de sentirme incomprendido, aislado y sumergido en una bruma de melancolía, la conexión con Louis, aunque reciente, era un faro de compañía en medio de la oscuridad emocional. A pesar de mis luchas internas, había encontrado un refugio momentáneo en la calidez de su tacto y la cercanía de su ser. Y él se sentía igual. Éramos dos almas solitarias.

—¿Louis? —susurro, y él detiene su mirada en mis ojos— ¿Crees en el amor a primera vista?

—¿Seguimos con las preguntas? —sonríe, y las pequeñas manchas en su rostro se iluminan—. No en el amor a primera vista, pero sí en esa conexión instantánea que sugiere cuánto podríamos llegar a amar a alguien con solo verlo.

—Suenas demasiado seguro de eso —susurro con el corazón palpitándome casi en la garganta.

—Es lo que sentí cuando te conocí en aquella lavandería. Aunque en ese entonces, no sabía el nombre de lo que sentía. Donde mi alma perdida buscaba desesperadamente encontrar otra.

—¿Entonces somos dos almas perdidas?

—Quizás sí. Aunque en esta época del año, somos dos almas perdidas en pleno verano.

Louis

¿La ciudad del amor?

El aeropuerto de París estaba abarrotado de gente mientras intentábamos salir en grupo, casi como soldados de juguete. Nos dirigíamos al hotel para una reunión con el directivo y ya me dolía la cabeza solo de imaginar los discursos de Manon. Solo al concluir el día tendríamos un breve momento para disfrutar de la ciudad antes de las numerosas entrevistas previas a la entrega de premios del próximo martes.

Siento como si el vuelo me hubiera drogado de alguna manera, aunque quizás haya sido tener a Alex tan cerca de mí. En el momento que esperaba en la fila para abordar, noté que su asiento era el número veintiuno A, en la pantalla de su teléfono. El chico detrás de mí se quejaba de haber conseguido un asiento en el medio en lugar de uno junto a la ventana. Tras conversar un poco, me di cuenta de que su asiento, afortunadamente, era el que estaba al lado de Alex. Le ofrecí mi asiento unas filas más atrás, con ventana incluida, y aceptó rápidamente. Fue una casualidad, forzada.

Compartir aquel momento con él ha derribado algunas de las murallas que tanto le ha costado erigir para protegerse. Desde que lo conocí ha logrado socavar al menos una de las enormes capas de concreto que me envuelven.

—¿Louis? —escucho una voz llamarme al lado—. ¿Estás bien?

—Sí —contesto, desviando la mirada para encontrarme con el rostro de Alex—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es solo que has estado muy callado desde que salimos del avión y pareces perdido. ¿Te sientes mal?

—No, todo está bien, supongo que las alturas me dieron un poco de dolor de cabeza, solo eso.

Hicimos fila para abordar los taxis. Compartí el mismo con él, Camille y Vanessa. A medida que recorriamos las hermosas calles de París, me sumergí en la majestuosidad de la ciudad, permitiéndome absorber la magia que nos envolvía.

Después de algunos largos minutos y algo de tránsito finalmente llegamos a nuestro hotel. Era alto de paredes blancas con algunas flores rojas y violetas con plantas en la entrada. Saqué la mochila del taxi y esperé a que todos sacaran y arrastraran sus pesadas maletas hasta entrar, y encontrarnos a la junta directiva conversando entre ellos en la recepción. Alex se acercó a saludar a Manon mientras notaba que Camille ponía los ojos en blanco y murmuraba cosas con Vanessa.

—¿Todo bien? —investigo acercándome hasta ellas.

—Sí —replica en tono cortante.

—Creo que el Alex de enero jamás se habría imaginado que hoy llamaría a Manon por su nombre y no de señora aquí y señora allá —escupe Vanessa de brazos cruzados.

—Prefería al Alex de enero —resopla Camille con sarcasmo.

—¿Por?

—¡Ay Louis! —interrumpe—, ¿no me digas que no lo ves?

Su tono era afilado.

—¿Ver qué?

—Déjalo Vanessa, hombre enamorado no le gusta ver las cosas.

—¿Perdona? —corto— ¿De qué va todo esto?

Me cruzo de brazos y me detengo en el espacio frente a ambas para bloquear su mirada hacia Alex.

—A ver Louis, Alex está muy diferente... El que yo conocía era amable, nervioso y estaba siempre disponible para ayudar, pero ahora es extremadamente seco y arrogante. Pero tú no lo ves porque estas enamorado. Además ahora esa amistad con Manon me da a entender que quizás todos esos logros están comprados.

—¿Cuáles logros? —mi voz es seca y amarga.

—Sospecho que terminaron contratándolo porque ya era amigo de Manon desde hace antes.

—Camille —digo llamando su atención—. Alex pasó meses defendiéndote de tantas cosas... Evitó que te mandaran a la calle... ¿Cómo puedes hablar de él así?

—Todo ha sido siempre teatro, Louis.

La rabia comenzaba a invadirme al punto en que las cejas parecían tensarse con cada uno de sus comentarios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quizás todo ha sido actuación y no es tan bueno como dice que es... Es que míralo — señala la conversación que mantiene Alex con la directora—. ¿No ves la falsedad vive ahí? — niega con la cabeza— Pero claro que no lo veras, estas más concentrado en besarle el culo que realmente darte cuenta de las cosas.

«¿Perdona?»

—Escucha, Camille —mi voz tiembla con la ira contenida—. Lo que Alex y yo tenemos no es problema tuyo... ¿o que es lo que más te molesta? ¿Qué Alex esté conmigo, le vaya bien siendo manager o que nadie quiera meterte la polla entonces envidias a quien sí se puede comer una?

»El cambio de Alex desde que empezó aquí, para mí, es señal de que se siente más a gusto. ¿Te incomoda su falta de amabilidad? ¿Qué es para ti ser amable? Porque ahora lo etiquetas como arrogante solo porque decidió no continuar ayudándote en tu proyecto. Pero cuando se tomaba el tiempo para ayudarte con tus notas, sacrificando horas extras para hacer su trabajo, ¿en ese momento no te parecía arrogante?

»Hay que tener una cara de mierda como la tuya, Camille, y contigo también, Vanessa — señalo a ambas y confirmo que tienen la boca abierta—. Deberían sentir vergüenza por insinuar algo sobre Alex cuando lo único que ha hecho es ayudar a todos, tanto dentro como fuera de su equipo. Y quizás, en lugar de preocuparte tanto por lo que él hace o deja de hacer, deberías aferrarte a cualquier consejo que te hayan dado para tratar de arreglar tu incompetencia. Deja de arrastrarte, mendigando lastima para que otros te protejan y no termines en la calle por tu ineptitud.

Silencio.

Abriéndome paso entre ambas, emprendí camino hacia donde Alex sostenía una conversación animada con Manon. Sus gestos seguros y su voz resonante contrastaban con el ambiente cargado de tensiones.

Al salir de la sala de reuniones, parecíamos una multitud desbordada y ansiosa por escapar. El aire enrarecido de la sala nos dejó sedientos de libertad. Todos ansiábamos explorar la ciudad antes del encierro del día siguiente, que prometía interminables entrevistas y encuentros sobre el proyecto en el que habíamos invertido tanto esfuerzo. Durante toda la sesión, sentí a Alex bastante cómodo a mi lado. Cada ligero roce de mis dedos sobre su pierna parecía despertar un gesto que clamaba por más, y sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y deseo.

En el avión, horas atrás, había confesado lo que sentía, pero su respuesta se había perdido en el silencio. Aunque su sonrisa sugería cierta complicidad, su gesto dejaba traslucir el persistente miedo en su interior. Temía que ese temor se convirtiera en un obstáculo insalvable para nuestra felicidad. En última instancia, la existencia de un "nosotros" depende de nuestra lucha conjunta, y no estaba seguro si él estaba dispuesto a emprender esa batalla por nosotros, al menos no en este momento.

Recorriamos la recepción del hotel, envueltos en la quietud de la noche Parisina. A pesar de la hora, el ambiente nocturno se hallaba impregnado de una misteriosa tranquilidad. Alex, a mi lado, parecía sumido en sus pensamientos, y aunque su semblante intentaba enmascarar sus emociones, algo en su mirada revelaba una mezcla de inquietudes. En ocasiones, nuestros hombros se rozaban, generando una suave electricidad que despertaba en mí el deseo de acercarme más, aunque también respetaba su espacio. Cada detalle de este lugar parecía reflejar nuestras propias incertidumbres: la belleza de la noche se entremezclaba con la complejidad de nuestras emociones no expresadas.

La mayoría de las personas habían salido directamente del hotel a conocer la ciudad. En compañía de Alex nos movimos hacia el ascensor, nuestros pasos en armonía resonaban en el silencio de la recepción. El aire estaba impregnado de una tensión sutil que nos envolvía al acercarnos al elevador. Nuestros dedos rozaron al mismo tiempo la superficie del botón, y en el instante en que nuestras pieles se encontraron, una chispa invisible pero tangible pareció encenderse entre nosotros. En ese breve roce, todo lo demás pareció desvanecerse en el hotel, quedando solo su presencia y la electricidad que zumbaba entre nuestras manos.

El ascensor finalmente llegó, las puertas se deslizaron con suavidad y entramos juntos. Con un gesto, Alex deslizó su tarjeta sobre el panel y permitió que marcáramos el piso seis. Un palpar rápido y entrecortado me resonó en el pecho al sentir su proximidad. Las luces tenues del ascensor delineaban su rostro en la penumbra, revelando un brillo fugaz en sus ojos que parecía reflejar la misma excitación que sentía en ese momento. El silencio entre nosotros parecía cargado de palabras no dichas, creando una atmósfera cargada de anticipación y una química indescriptible.

—Bueno —murmura Alex con timidez— creo que me iré a mi habitación.

—¿Cuál te ha tocado? —moría de curiosidad.

Alex gira su llave y lee el número:

—604 ¿y tú?

Una sonrisa tonta se me dibuja en el rostro y él sonríe también en respuesta.

—Me ha tocado la 605 —afirmo haciendo una pausa para intentar controlar las palabras y no decir algo fuera de lugar. Comenzamos a caminar el corredor y tuve que ahogar las ganas de besarlo contra la pared.

Suelta un bostezo y comienzo a reír.

—¿Te iras a dormir ya?

—¿Tu si?

—¿Por qué lo preguntas? —indago— ¿Acaso pensabas en organizar una pijamada secreta?

Niega ocultando una sonrisa.

—Aunque la idea no suena nada mal —admito intentando controlar la respiración— ¿Por qué no salimos a cenar?

—¿Ahora? —asiento— Cla... claro. Solo déjame descansar un poco de esta reunión ¿y nos vemos en... una hora?

—En una hora te toco la puerta —le ofrecí una sonrisa pícara.

Nuestras siluetas proyectadas en las tenues luces que dibujaban sombras misteriosas en la alfombra. Las manos envidiaban en volver a sentir la textura de su piel. El deseo de robarle un beso a Alex en ese pasillo desierto me carcomía por dentro. Ningún espectador presenciaría nuestro amor, seríamos solo nosotros. ¿A qué sabrían sus labios en este país? Tal vez igual, pero necesitaba descubrirlo.

—En una hora —me recuerda con una sonrisa que destellaba nerviosismo, abriendo su puerta.

—En una hora —repito con el eco de su sonrisa y el corazón me late con demasiada fuerza al entrar a mi habitación. La puerta se cierra tras de mí y el silencio resuena con mis propias incertidumbres.

El empañamiento en el espejo del baño empezaba a desvanecerse mientras mi reflejo se aclaraba. En el rostro, la incertidumbre, el miedo y la emoción se entrelazaban. Entre Alex y yo, parece que jugamos una partida de persecución cuyo destino desconozco. Un juego que erige murallas de concreto cada vez más densas alrededor de nuestros corazones, construyendo laberintos impenetrables. La sombra de la soledad, el vértigo del riesgo, y el temor de ser heridos de nuevo, nos envuelven como cadenas.

Me pregunto hasta qué punto permitimos que el miedo domine nuestras vidas.

A lo largo de muchos años, evité las relaciones amorosas como si fuera alérgico a ellas. Optaba por lo desechable en lugar de invertir demasiado tiempo en algo que no parecía valer la pena. Esa era la narrativa que solía repetirme durante esos extensos años, pero lo que no valía la pena era yo mismo. Me volví pesimista y manipulador porque así lo hicieron conmigo. Sin embargo, Alex... Ha logrado cautivarme de una manera que no vi venir.

Desde ese día en la lavandería.

Sobre la cama, la escasa colección de ropa se despliega al lado de la diminuta mochila. Esta noche, la cena despierta en mí la incertidumbre de qué vestir para la ocasión. Nunca me preocupo de estas cosas sin sentido, pero hoy es diferente.

Opto por una camiseta blanca que me saca una sonrisa de solo verla, y la combino con un pantalón corto castaño. Las manos rebuscan entre el desorden disperso en el suelo las zapatillas blancas que se esconden entre la maraña de trapos. Los nervios, como diminutos alfileres, me pinchan la piel mientras me preparo para salir.

Me acerco a la mesa de noche y levanto el teléfono para guardarlo cuando comienza a vibrar con una llamada de Sophie. Atiendo rápido, preocupado por si algo está sucediendo.

—¿Está todo bien? —cuestiono con nervios.

—Claro —confirma ahogando una risa—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—¿Cómo sabes que estoy nervioso?

—No lo sé, Louis. ¿Quizás porque estás en París con el hombre que te vuelve loco?

Suelto una carcajada.

—Le ha tocado la habitación de al lado —confieso.

—¿Cómo? Pensé que compartirían habitación.

—¡¿Qué?! —me siento sobre la cama antes de caerme de lado al imaginarme pasando varias noches en la misma habitación con él—. ¿Por qué haríamos eso en un viaje de trabajo?

—La verdadera pregunta sería: ¿Por qué no hacer eso en un viaje de trabajo? Sería más excitante.

—Voy a ignorar tus comentarios por ahora —necesitaba cambiar el tema, aunque claro que me imaginaba todo lo que haríamos en esa cama, ducha o hasta de pies—. Mejor cuéntame qué te dijo el médico.

Escucho un largo y profundo suspiro escapar de sus labios.

—Nada nuevo... —su voz tiembla un poco—. Lo mismo de siempre. Las probabilidades de quedar embarazada son muy pocas.

Siento un nudo intenso en el pecho.

—Sophie...

—No hay nada que puedas decir que me haga sentir mejor. De verdad.

—Quisiera poder hacer algo, porque me duele verlos pasando por esto.

—No hay nada que hacer cuando el problema soy yo y...

—Deja de decir eso —interrumpí en un tono serio—. Entiendo tu frustración, pero no tienes control sobre esto. Para ya de una maldita vez con eso.

Mi mejor amiga se sumió en el silencio.

—Sophie... Muchas mujeres atraviesan situaciones similares. Aunque no soy mujer y no puedo sentir completamente tu posición, sí te entiendo. Tal vez deberían ir considerando otras opciones, como la adopción o...

—Eso es lo que Julien me dice —su voz se resquebrajaba—, pero aún me cuesta. No sé qué haría si no los tuviera a ninguno de los dos.

—En eso te jodes, porque ya no nos perderás nunca.

Ambos soltamos una carcajada mientras me levantaba de la cama y me aplico perfume antes de salir.

—Gracias, Louis, de verdad.

—No hay nada que agradecer cuando tú haces más por mí. Pero te tengo que dejar, debo ir a cenar ahora.

—¿Con tus compañeros de trabajo? —investigaba la detective.

—Técnicamente es un compañero de trabajo... —murmuro—, es solo Alex.

—¿Y hasta ahora me lo estás diciendo? Ve a buscar a tu Romeo y Louis... Ya déjense de juegos estúpidos, por favor.

—Está bien, mamá —sonríó y cuelgo, guardando luego el teléfono en el bolsillo antes de salir de la habitación.

A pesar del ardiente calor que envuelve la ciudad a principios de agosto, un escalofrío se me adentra por el cuerpo. Los dedos rozan la puerta de Alex, marcando un compás de ansiedad mientras aguardo esos segundos eternos antes de que se abra.

Alex sale de su habitación con las mejillas encendidas y una timidez que despierta un impulso instantáneo en mí de abrazarlo. Sin pensar, ya lo tenía entre los brazos, sintiendo el ritmo agitado de su respiración en el oído. Sus brazos, tibios como la brisa de verano, me rodearon la cintura, trazando un baile sutil por la espalda.

Empiezo a preguntarme si esto era lo que había estado buscando toda mi vida, si el amor de mi vida —aunque yo no creo en esas cosas— había estado siempre en Lisboa y por eso hasta ahora era que sentía esto. Posiblemente las cosas se alinean de formas que nos llevan

precisamente donde debemos estar, y tal vez nos encontramos en el momento y lugar preciso. Al menos, eso es lo que siento cada vez que nuestras pieles se tocan, aunque sea por un instante, y mis sentidos se pierdan en ese éxtasis compartido.

—Bonita camiseta —dice y sonrío— No sabía que te gustaba tanto *Star Wars*.

—Nada me gusta tanto como tú.

Con una sonrisa compartida, salimos del hotel, paseando por las encantadoras calles de París en busca de un lugar para cenar. Nuestros dedos se rozaban fugazmente mientras charlábamos y mi piel anhelaba su contacto, sintiendo envidia de no poder tener su mano junto a la mía. La mirada se me perdía entre los encantos de la ciudad y la tentación de los labios de Alex.

Entramos en un pequeño restaurante escondido en una de las callejuelas cercanas al *río Sena*; tenía un encanto particular que me obligó a centrarme rápidamente para no perderme de nuevo en la mirada de Alex.

Conforme aguardábamos la comida, Alex me hablaba un poco sobre su amiga Claudia y otros amigos de Lisboa, de quienes había perdido contacto. Sentía el cuerpo cálido pero tenso, la mano danzaba con las servilletas sobre la mesa mientras mi atención se enfocaba por completo en Alex. Sus rizos rebeldes y despeinados, juguetones, enmarcaban su rostro. Ansiaba perderme en esas ondas oscuras.

—He estado pensando y... —murmura Alex, apenas audible, desviando la mirada— lamento sinceramente que hayas perdido contacto con tu hermana. Pude notar en tu voz que es algo que te ha afectado, y lo sé porque tengo padres que... no son precisamente muy... presentes.

—¿No han sido presentes? —indago, buscando su mirada.

—No —hizo una pausa, como si estuviera reuniendo valor para abrirse—. Crecí con mis abuelos porque mis padres son médicos y casi nunca estaban en casa. Es complicado admitirlo, pero mis abuelos se esforzaban más de lo que podían. Eran muy mayores y mi abuela apenas podía caminar por el dolor en sus rodillas, además mi abuelo ocultaba sus dolores de hígado —su voz temblaba, y sentí su dolor.

»Nunca me faltó un abrazo —continúa con una sonrisa triste, de esas que no brillan en sus ojos—. Pero me sentí solo cuando los perdí. Mis padres nunca cambiaron su agenda para estar en casa conmigo. De niño, iba solo al colegio y volvía a casa para prepararme la comida. Apenas los veía por la noche, demasiado agotados para dedicarme tiempo.

El mesero, con su característica serenidad, llegó a nuestra mesa llevando dos platos cuidadosamente dispuestos sobre una bandeja reluciente, interrumpiendo la conversación que había adquirido una profundidad inesperada. Deposito los platos frente a nosotros y su presencia rompió la conexión íntima que se estaba tejiendo entre Alex y yo. Mientras se retiraba con una sonrisa sutil, sentí un leve temor, un miedo sutil e irracional, de que esa pausa en la conversación pudiera hacer que Alex se cerrara de nuevo, sepultando el íntimo momento de apertura que estábamos compartiendo.

—Bueno, mañana comienza la tortura de las entrevistas —comentó, tomando un sorbo de vino tinto.

«Cambiar de tema, entiendo»

—¿Te asustan las entrevistas?

—Helmut me ha ayudado mucho estas semanas con Manon como para decir que no —aclaro su garganta—. Aunque, en el fondo, sé que estaré con los nervios a flor de piel.

—Tú todo lo haces bien —murmuro mirando como su rostro se enciende.

El cielo nocturno se pintaba con estrellas, reflejando el brillo y la profundidad de sus ojos, aquellos en los que me había perdido tantas veces al mirarlos. A orillas del *río Sena*, todo estaba sumido en una calma sorprendente. El agua fluía tranquila y las calles que lo bordeaban se sumían en un silencio casi mágico. Escasos barcos cruzaban su corriente mientras los restaurantes a sus márgenes destellaban, arrojando una luz que teñía el entorno de un aura encantadora. En esa noche oscura, mis emociones danzaban en mi interior.

A medida que caminábamos, la mano, casi sin permiso, se aventuró a buscar la suya, permitiéndome experimentar esa electricidad tan característica que se desataba con nuestro contacto. Los dedos comenzaron a acariciar los suyos en movimientos suaves, gradualmente entrelazándose hasta que nuestras manos se unieron. Percibía el leve temblor en su piel, intentando transmitir mi propio calor a través del roce. Nuestros ojos se encontraban y desencadenaban sonrisas, como si fuéramos dos adolescentes inmersos en su primer amor.

Quizás para mí lo era, tal vez mi primer amor.

Porque, no podía recordar haberme sentido de esa manera con alguien en toda mi vida. Tuve que crecer a pasos agigantados, apenas tuve tiempo para reflexionar sobre lo que significaba el amor. Con una madre que no transmitía el concepto y especialmente después de perder a mi padre en una etapa temprana de mi vida. Recuerdo muy poco de su rostro, así como es difícil recordar lo que se siente en una etapa tan temprana. A lo largo de los años de soledad, salí con diversos chicos y chicas, tratando desesperadamente de llenar un vacío que parecía imposible de colmar. Experimenté tanto, pero ese vacío persistía. A veces, la conciencia me golpea de repente, recordándome lo insensible que fui con aquellos que se abrieron y mostraron sus sentimientos hacia mí. Quizás sea *karma*, sentir ahora esta intensidad con alguien que lucha contra sus propios demonios internos y le cuesta callarlos.

—Entiendo a lo que te referías —confieso, desviando la mirada hacia los árboles que se alzaban sobre nuestras cabezas—. Nunca tuve la suerte de tener abuelos que cuidaran de mí, pero sí unos padres notablemente ausentes. Mi madre era... peculiar, por decirlo de alguna manera, y mi padre... apenas puedo recordar su rostro.

Alex me miró con compasión en sus ojos, leyendo entre líneas el dolor que sentía.

—Nunca me has hablado mucho de tu padre... Solo mencionas a tu madre.

—Es complicado —contesto con un nudo en la garganta que parece arderme el pecho, debilitándome la voz—. Mi padre desapareció cuando era niño y apenas recuerdo su nombre.

—¿Desapareció? —se detuvo en medio de la calle y su mano me apretó ligeramente la piel.

—Sí, simplemente desapareció. Una noche me fui a dormir y al despertar, ya no estaba —hice un gesto con la mano como si hubiera sido un truco de magia—. Después de la muerte de mi madre, encontré algunas cartas de él que nunca había leído en todos estos años. Es una larga historia eso, pero finalmente, decidí responder a una de ellas, enviándola a la dirección desde la que solía enviarlas. Pero hasta ahora, no he recibido respuesta alguna.

—Quizás te responda pronto —menciona Alex, tratando de infundir un atisbo de esperanza.

—O quizás ya haya muerto —mis palabras se me atascaron en la garganta, ahogándome por dentro.

En un gesto inesperado, Alex se acerca rompiendo la fría distancia que nos separa y me abraza con fuerza. Sus manos se mueven con suavidad: una acariciándome la nuca y la otra trazando círculos reconfortantes en la espalda. Aunque el dolor persistiera, su gesto intentaba consolarme, al menos un poco.

Los ojos se me empañaron y un ardor abrasador me invadió las mejillas cuando noté que algunos luceros escapaban. Apreté su cuerpo con más fuerza, buscando consuelo en su abrazo mientras trataba de contener los sollozos que se ahogaban en su hombro. Sus caricias me consolaban de alguna manera y sentí que no me sentía solo.

Con él nunca estaba solo.

—Sé que puede resultar difícil —me susurra con ternura en el oído—, pero quizás aún puedas conectarte con tu padre.

Su abrazo se hizo más firme, como si quisiera transmitirme su apoyo de todas las formas posibles.

—No estoy seguro de ser lo suficientemente fuerte —murmuro con la voz ronca, apenas audiblemente.

—No necesitas seguir haciéndote el fuerte —su voz se desvaneció suavemente.

Los latidos me resonaban con presión, casi hasta la garganta. Alex era aquello que siempre había evitado, lo que juré que no existía. Sin embargo, allí estaba, abrazándome y brindándome su calor mientras mi alma se desmoronaba por completo.

—Eres más de lo que merezco —susurro aún aferrado a su hombro.

—Y tu más de lo que necesito.

Nuestros cuerpos se distanciaron ligeramente hasta que finalmente nuestros labios se unieron en un torbellino de dolor y amor. Sentía el sabor salado en los labios, mezclándose con las lágrimas que empezaban a menguar. Con los brazos rodeaba a Alex con firmeza mientras, con la otra mano, guiaba suavemente su rostro para profundizar el contacto de nuestros labios.

Los besos eran un vaivén de emociones, una danza íntima donde nuestras lenguas se entrelazaban con hambre y deseo. El dolor seguía presente, aunque el calor que me llenaba el alma aliviaba un poco. Anhelaba a Alex con todo mi ser, pero lo que florecía entre nosotros iba más allá de un mero deseo físico. Era un lazo que se tejía con la intensidad del amor y la añoranza compartida.

Me apartó suavemente, dejándome un hueco doloroso en el pecho, palpitando con vacío.

—No puedo seguir así, Louis.

—¿Por qué? —me aferré a sus manos.

—Me duele demasiado besarte, porque después volvemos a alejarnos y construir estas paredes absurdas que nos impiden estar juntos —sus ojos se cerraron y una lágrima se deslizó por su piel—. Estoy exhausto de fingir que no deseo cada parte de ti. Estoy desesperado por estar a tu lado y eso no ha cambiado desde el día en que te escuché cantar muy desafinado, ni siquiera cuando he intentado protegerme todo estos meses para no sentir esto por ti. Pero aquí estoy, sintiendo todo esto.

—Alex, yo elijo estar contigo porque quiero que estemos juntos —afirmo, buscando su mirada ahora llena de lágrimas, mientras el corazón me golpeaba con firmeza en el pecho. Me angustiaba verlo así, consumido por el miedo y el dolor, cuando todo lo que quería transmitirme era amor. Sí, amor. Porque eso era lo que sentía por Alex. Maldita sea, odiaba haberme costado tanto tiempo reconocer lo que el hombre ante mí había encendido en lo más oscuro de mi ser.

—Con todo lo que ha pasado últimamente, y tú queriendo mi puesto, no sé... —expresa Alex, con una preocupación palpable en su voz.

—Alex —aprieto suavemente sus manos para detener su inquietud—. Nunca actuaría de manera que te lastimara. No pondría en peligro tu confianza solo por algo tan superficial como eso. Lo que deseo es estar contigo, sin segundas intenciones, más allá de que me quieras... Porque es lo único que siempre he querido, que alguien me quiera con ese brillo en tus ojos.

Una suave brisa me acariciaba el rostro.

—Creo que lo que siento por ti... Louis... No sé si te amo ya, quizás es estúpido decir que no cuando no he dejado de pensar en ti por tantos meses... creo es eso, Louis... Que te amo —admite, antes de dar un pequeño impulso que llevó nuestros labios a sellar lo que las palabras no lograban expresar.

Nos quedamos ahí, el roce de nuestros labios era la declaración más elocuente. El aire se llenaba de una paz que por fin se filtraba entre nosotros.

Cerramos los ojos, sintiendo el latido compartido y el susurro de un futuro incierto, pero lleno de la promesa de algo más, algo que solo el tiempo tendría el privilegio de revelar.

Lo amo.

Y él, me ama.

Alex

Prix de la Jeunesse Littéraire

Un estruendo me retumbó en los oídos, arrancándome de la cama de un sobresalto. El corazón me galopaba como si quisiera escapar. Al mover las piernas, encontré el cuerpo cálido de Louis recostado a mi lado, sus ojos cerrados en un sueño profundo. No pude evitar contener una risa al darme cuenta de que baboseaba la almohada que abrazaba.

Los golpes en la puerta resonaron una vez más, despertándome todos los sentidos y me apresuré a salir de la cama. Con urgencia, corrí hacia el baño en busca de una bata blanca para cubrirme, sorprendiéndome al descubrir que estaba desnudo. Rápidamente me ate la bata antes de abrir ligeramente la puerta para asomar el rostro.

—¡Señor Santos! —grita Manon desde la puerta—. Son las diez de la mañana. ¿Por qué no está en el vestíbulo? Tenía que estar abajo hace más de media hora. ¿Sabe dónde está el señor Van Damme? Tampoco responde a mis llamadas —comienza a caminar inquieta en el pasillo—. ¡Qué falta de profesionalismo!

—Ma... Manon, me quedé dormido —intentaba murmurar. Entonces escuché la voz de Louis llamándome desde la cama y traté de cerrar aún más la puerta.

—¿Está acompañado? —Abre los ojos sorprendida—. ¿Le parece adecuado traer a alguien a su habitación cuando está aquí por trabajo? Imagine si fuese alguien de *Echo* intentando robar algo a estas alturas.

Sentí un bulto en la espalda y una mano tiró de la puerta, abriéndola más de golpe. Un escalofrío me recorrió la columna por completo.

—¿Pediste comida...? —pregunta y suelta una patada hacia atrás para empujarlo lo más lejos de la puerta.

La directora enarca una ceja y sé que ha entendido todo.

—¿Es en serio? —parece dibujarse una ligera sonrisa en sus labios. Muy pequeña—. Bueno, parece que la información al menos se queda en familia —comenta Manon con sarcasmo, desencadenándose una risa mientras ella rodaba los ojos—. ¡Qué vergüenza me hacen pasar! Quiero verlos abajo en menos de diez minutos.

Los pasos enérgicos y atronadores de la directora golpeaban por el pasillo, a pesar de caminar sobre una suave alfombra.

Tras cerrar la puerta, Louis y yo comenzamos a reír con vergüenza en nuestros rostros. Se acercó un poco y me levantó en sus brazos gruesos, me llevó hasta la cama y ambos caímos abrazados. Sus besos eran como terciopelo sobre mi piel y más dulces de lo que recordaba anoche mientras me besaba cada rincón de la piel.

—¿Crees que aún tengo tiempo de comerte entero? —susurra Louis entre besos.

—Manon nos va a matar —replico con risas.

—Que nos mate —propuso antes de acercar sus labios con más fuerza y besarme con tanta pasión que olvidé en qué momento perdí la bata.

El reloj en el teléfono marcaba las diez y media cuando llegamos corriendo al vestíbulo. La directora me miraba con cara de desaprobación y yo intentaba ahogar la risa que me recorría el cuerpo. Volteé a mirar a Louis a mi lado y traté de susurrar algo tan bajo que solo él pudiera oírme para que Manon no me leyera los labios.

—En el trabajo actuemos como compañeros y ya luego en privado si podemos comernos a besos —propuse.

—Total que luego pueda comerte las nalgas, me parece bien —aclama dejándome con las mejillas ardiendo.

Nos acercamos a la directora, quien estaba de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados.

—A buena hora les dio por acompañarnos —espeta.

—Disculpa, Manon. Creo que el ascensor estaba descompuesto —se apresura a mentir Louis, mientras yo luchaba por contener la risa ante su absurda excusa.

Manon levantó una ceja incrédula.

—Si no conociera su trabajo, le diría que no tiene el don de la creatividad para crear historias convincentes. Háganme el favor y móntense en el taxi ¿Por qué si recuerdan no? Están aquí para trabajar.

—Sí, jefa —balbucea Louis con un saludo militar y comenzamos a caminar hasta la salida.

—Señor Santos —llama Manon—, una palabra antes de irnos —me acerco y dejo que Louis nos espere en la puerta del taxi—. ¿Usted y el señor Van Damme...? —Asiento.

»Ya era de esperar... Aunque digamos que... —nunca la había visto con tanta dificultad en expresarse—, Se ven bien juntos —expresa en tono serio dejándome boquiabierto—. Igual estaré con el ojo bien encima de ustedes dos. Detectaré si existe algún tipo de beneficio hacia el señor Van Damme.

—Tranquila, Manon. Yo sé cuál es mi lugar.

—Lo sé —me guiña el ojo y trato de enfocar la mirada para confirmar que sigue siendo la misma persona—. Ahora vayamos a vender nuestro proyecto. Haga al señor Helmut y a mí orgullosos de haberle dado tanta formación estas últimas semanas —Asiento y creo haber visto una pequeña sonrisa en sus labios.

Los días siguientes pasaron como una brisa de verano. Entre encuentros maratonianos y entrevistas, me sentía exhausto. A pesar de estar en otro país, la fatiga me impedía explorar las calles de París. Desde el sábado, Louis y yo hemos compartido habitación. Parece absurdo desaprovechar este tiempo especial que tenemos para descubrir cosas nuevas. Cada día revela aspectos de él que despiertan un hambre insaciable en mí. Sus muecas al despertarse, el sonido de su respiración mientras vemos películas tarde en la noche; estos momentos han sido una experiencia placentera. Tenerlo a mi lado en París ha sido reconfortante, aunque aún me cueste creer que alguna vez dudé en traerlo.

La luz del sol se cuela por las cortinas, tratando de colarse hasta alcanzarme. No he dormido en toda la noche, los nervios y la ansiedad por los premios que comienzan hoy me mantienen en vela. Los meses de trabajo intenso aún no parecen reales. El peso sobre mis hombros es aplastante. Aunque he entablado una especie de amistad diplomática con Manon, dudo que me perdone si mi equipo no gana el premio.

Me levanto de la cama mientras Louis corre al baño y trato de arreglar el traje que me pondré hoy. Lo veo guindado en el armario y los nervios parecen intensificarse cuando noto su color

azul marino y esa corbata violeta. A su lado está un traje parecido al mío pero su corbata es naranja, igual que el cabello de su dueño.

Han pasado al menos treinta minutos desde que salíamos de la habitación entre risas y besos, cuando él pregunta si aún estamos a tiempo de volver a la cama. Niego entre risas y bajamos a la recepción, donde nos topamos con Camille y Vanessa, luciendo vestidos espectaculares de colores rojo y azul eléctrico. En medio del bullicio, comienza a resonar un taconeo imponente. No necesito voltearme para saber que Manon se acerca hacia nosotros, pero lo hago de todas formas, y parece que el tiempo se detiene, avanzando en cámara lenta.

—No puedo creerlo —murmura Camille, sorprendida.

—¿Qué no puedes creer? —indaga Louis con una ceja arqueada.

—Es que todo le queda bien a esa mujer —confiesa, dejando notar la envidia en su tono—. La odio.

Manon lleva un traje beige impecablemente elegante, y sus piernas largas despiertan un atisbo de envidia hasta en mí. Es difícil no desear que la ropa te siente tan bien como a ella. Nos saluda a todos con su tono característicamente serio y luego nos subimos a nuestros respectivos taxis para dirigirnos hacia el lugar donde se llevarán a cabo los premios.

El imponente edificio blanco de estructura de vidrio se alzaba majestuoso cuando salí del taxi, Louis estaba a mi lado para prevenir los inevitables tropiezos. Bajo nuestros pies, una alfombra roja se desplegaba hasta la entrada principal, una exageración de pompa y ceremonia para unos simples premios literarios.

—¿Estás bien? —cuestiona Louis mientras avanzamos por la alfombra—. Estás muy callado hoy.

—Sí —admito, tropezando levemente como he predicho—, solo son los nervios.

—No tienes por qué estar nervioso. Como líder del equipo, has hecho un trabajo fenomenal —susurra con ternura, y su voz me reconforta, tentándome a sellar sus labios con los míos. Acepto sus palabras reconociendo la necesidad de esa calidez para contrarrestar el miedo que amenaza con subirme por la garganta.

—Tal vez tú habrías hecho un mejor trabajo —confieso con voz temblorosa y Louis se detiene abruptamente.

—No digas eso —declara, girándose y posando sus manos en mis hombros—. No permitas que los nervios distorsionen la realidad, Alex. Has hecho un trabajo increíble y debes estar orgulloso. Si otros hubieran logrado lo mismo, no importa. Debes enorgullecerte de haber enfrentado todo lo que te lanzaron.

Extendí mis brazos ligeramente, buscando sus labios para un beso rápido, tratando de no llamar demasiado la atención. Aunque la verdad era que todos parecían saber sobre nosotros, prefería no ser tema de discusión.

El sol de la tarde se colaba a través de las nubes dispersas, bañando el entorno en una luz dorada que reflejaba en el cristal del edificio, otorgándole un brillo casi mágico. El aire fresco de la tarde llevaba consigo el aroma a flores de jardín, mezclándose con el perfume suave y dulce que Louis llevaba.

El mundo parece desmoronarse a mi alrededor cuando Manon se precipita hacia mí, el pánico desfigurando su rostro. Era la primera vez en que sus ojos irradiaban tal terror. Un nudo se forma en la garganta al verla plantarse frente a nosotros, la boca entreabierta sin emitir sonido. Busco respuestas en su mirada desesperada, un grito mudo que parece ahogarse en la atmósfera cargada.

—Señor Alex.... Estamos... —La directora susurra y sus palabras parecen gotas heladas que me caen sobre la piel, apretando la mano como si temiera perder el equilibrio—, estamos fuera del concurso.

El corazón me golpea el pecho como un tambor desbocado, una marejada de vértigo me abruma la mente.

—¿Fuera del concurso? —mi voz suena distante, luchando por entender—. ¡Manon, dime algo más!

—¡Vengan! —la directora toma la delantera, arrastrando a Louis y a mí. Camille espera en el corredor de brazos cruzados y su rostro refleja un desconcierto similar al nuestro, antes de que nos conduzcan a una habitación amplia y sombría, donde figuras inquietantes aguardan entre sombras, entre ellos personas del directivo, Helga y otros Managers de distintos departamentos.

El parpadeo intermitente de las luces de la habitación envía destellos fantasmales por el ambiente, exacerbando la atmósfera cargada de ansiedad. El pecho se me contrae con cada latido, las manos me tiemblan con una incontrolable urgencia.

—Camille —indica Manon con seriedad, pero se percibe miedo en su voz—. Espéranos aquí con los demás —Recoge su portátil de la mesa y se vuelve hacia mí y señala a Louis—. Ustedes dos, vengan conmigo.

Seguimos a la directora hasta una habitación adyacente, notablemente más reducida que la anterior. Al entrar, Manon cierra la puerta de un golpe seco que resuena en la estancia.

—¿Deberíamos...? —mi voz vacila, señalando nerviosamente hacia las sillas.

—No me importa si se sientan o se quedan de pie. Hay mucho de lo que hablar. —Su tono es gélido y su voz cortante, recordándome lo imponente que puede ser. Me parece que la educación profesional quedará a un lado.

«Mierda».

—Les di una oportunidad en mi equipo para triunfar... —comienza, su mirada como un haz de fuego que me perfora todas las defensas del cuerpo—. Y ahora les estoy dando una última oportunidad para que tengan la decencia de decirlo en mi cara.

—¿Decir qué, Manon? —interviene Louis.

—¿A qué te refieres? —añado, tratando de romper el ambiente incómodo.

Se acerca a la mesa y abre su portátil de un tiro y gira su pantalla hacia nosotros.

—Estamos descalificados del concurso porque *Echo* ha presentado sus proyectos finales antes que nosotros, y son exactamente iguales a los que nosotros enviado después.

—¿Cómo es posible? —mi voz tiembla mientras el mundo parece tambalearse a mi alrededor—. Enviamos siempre los archivos finales con un día de antelación.

—Exactamente —concuerta con frialdad—. Pero de alguna manera, *Echo* entregó todo horas antes de que nosotros enviáramos los archivos.

«Si quiero el puesto de Alex y haría lo que sea para robárselo» recuerdo las palabras de Louis en mis adentros.

¿Pero a que costo?

—¡No puede ser! —exclama Louis.

—¿Seguro? —Manon se acerca con su mirada fija en Louis—. Te ofrecí oportunidades para crecer en la empresa, pero terminaste siendo el maldito espía de *Echo*.

Un puñal pesado me atraviesa el pecho y siento que me desangro.

—¿Qué estás diciendo? —grita Louis, su voz llena de indignación, mientras yo lucho por encontrar palabras.

—¿Tú sabías de esto? —la directora me mira con desprecio.

—No sé qué está pasando —me levanto torpemente de la silla, mareado—. Eso es imposible, Manon. Louis no haría algo así...

—¿Ah no? Entonces, explícame esto —señala la pantalla de su monitor. Nos acercamos y comienzo a leer lo que parecen correos comprometedores intercambiados por Louis—. Y como si eso fuera poco, también tenemos las cartas que escondías en tu escritorio —abre una carpeta y lanza al menos unas diez cartas con el logo de *Echo* sobre la mesa—. Es que eres tan... imbécil que ni siquiera supiste ocultarlo bien. Has estado vendiendo nuestra información a *Echo* durante años, y estos cheques están todos a tu nombre.

—¡Yo nunca haría eso! —Louis pierde la compostura, intenta buscar ayuda con su mirada, pero no puedo mirarlo a los ojos. Las pruebas, insinúan que él ha estado vendiendo nuestra información a la competencia.

—Eso... Eso explicaría por qué los servidores fallaron y solo tú pudiste solucionarlo —agrego, con la voz apenas audible.

La directora mueve algunas cosas en la computadora y se proyecta una grabación de la oficina. En la pantalla, se ve a Louis con a alguien en su escritorio. Intento acercarme a la pantalla y parece ser Julien manipulando su computadora en lo que parece ser el día que perdimos todo.

—¿Qué es esto Louis?

—Alex... ¿Cómo puedes siquiera pensar que yo haría algo así?

—En este momento no sé qué pensar —de repente formamos un triángulo en la habitación, ninguno confiando plenamente en los otros. Las pruebas sobre la mesa, las grabaciones y en los correos acusan a Louis de ser el espía de *Echo*. ¿Por qué me cuesta tanto aceptar lo que mis propios ojos ven?

—¿Cómo descubrieron estas cosas? —indaga Louis con desesperación.

La puerta se abre como si fuese un teatro y una voz pronuncia palabras que desequilibra mi mundo.

—Fui yo quien encontró todo esto, Louis —espeta la mujer.

Giro sobre los talones y los ojos se me abren como platos al verla junto a Manon.

—¿Céline? —interrogo, incrédulo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo justo —se lleva la mano al pecho en un acto de dolor—. Después de que cancelaran mi vuelo a París en el último momento, regresé a la oficina para devolver algunas cosas... En la recepción, me pidieron entregarle una carta a Louis. Jamás abriría un sobre que no me perteneciera, pero al ver el nombre de *Echo* en la carta... —la punzada en el pecho se intensifica—, como pueden entender tenía que comprender lo que estaba sucediendo así que al abrir la carta... Encontré todo lo que ustedes mismos han leído.

—¡Maldita sea! —grita Louis—. ¡Fuiste tú!

—Exactamente —confirma Céline—. Es lo que acabo de decir. No podía quedarme callada tras ver esta situación. ¡No es justo, Louis!

Una sensación de náuseas me revuelve el estómago, mientras la boca se me comienza a llenar de agua, la urgencia por vomitar me consume.

—¡Basta ya! —la directora interrumpe la discusión entre Céline y Louis que he dejado de escuchar mientras los nervios me asfixian—. Has logrado lo que tanto querías —dirige una mirada llena de desdén a Louis—. Ahora hemos perdido la oportunidad de ganar cualquier premio este año. Y en cuanto a ti —se vuelve hacia mí y un escalofrío me recorre la columna al sentir sus ojos clavados en los míos—. Esperaba que fueras lo suficientemente capaz para detectar esta situación, pero parece que tus sentimientos se interpusieron sobre tu profesión.

—Nunca pensé que fueras capaz de hacer algo así, Louis —susurra Céline detrás de Manon.

—Te juro que me las vas a pagar —amenaza Louis.

—Quien va a pagar serás tú —apunta la directora y me da más miedo que haya comenzado a tutearnos—. Esta misma noche regresamos a Bruselas y comenzarás un proceso legal. Esta situación no se quedará así, y en cuanto a ti, Alexandro... —hace una pausa, su mirada es implacable—, reflexionaré sobre tus consecuencias.

Asiento sin saber qué más hacer. Siento un asco y desprecio total, tanto por Louis como por mí mismo. No logro entender cómo pude confiar en él de esta manera. A pesar de que conmigo nunca se comportó así. Solo fue una mentira más. El pecho me arde con dolor y sé que así se siente cuando no solo te rompen el corazón, sino cuando te destrozan el alma.

—Alex, por favor —murmura Louis acercándose.

Levanto la mano de golpe para evitar que se acerque y lo miro con desprecio.

—Y pensar que pude confiar en ti... Me das asco en este momento.

Antes de que me mienta en la cara, salgo de la habitación a toda prisa y me detengo cuando noto que estoy en la calle frente al imponente edificio. El dolor y el pánico han desatado una tormenta dentro de mí, y actúo sin control alguno. Cada paso se siente como un escape, pero la mente sigue atrapada en un torbellino de emociones indomables. El corazón me golpea el pecho con una fuerza desmedida, como si intentara escapar de su jaula de costillas.

Me doy cuenta de que estoy allí, en la acera, pero la mente sigue atrapada en un caos interno. El entorno se desdibuja, apenas capto los sonidos de la calle y las luces parpadeantes. Todo se diluye en una neblina borrosa, como si estuviera atravesando el mundo con un velo sobre los ojos.

—¡Alex! —escucho su voz acercándose tras de mí y el corazón se me comprime aún más.

—¿Qué quieres? —mi tono es frío, tratando de contener la avalancha de emociones.

—Por favor, tú no —ruega, su rostro está empapado en lágrimas—. No me importa tanto que los demás desconfíen de mí, porque ellos no me conocen como lo haces tú. Ellos no saben lo que lucho cada día y todo lo que he logrado superar. Puedo aceptar que ellos sean así y que no me crean, pero tú no. Tú que me amas y representas tanto para mí en este momento. No me hagas esto.

Intento con todas las fuerzas ahogar las lágrimas que amenazan con escaparse de los ojos.

—Deja de decir que te amo... Confié tanto en ti, Louis. Te creí en tantas ocasiones, pero parece que nada fue suficiente para ti. ¿Para qué querías mi posición? —mi voz se vuelve más firme para evitar romper en llanto—. ¿Para qué querías mi cargo si ya tenías el mejor puesto posible? Cobrando desde adentro para luego vender información y ganar aún más afuera.

—¡Te he dicho que no fui yo, joder! —insiste Louis desesperadamente— ¿Por qué no me crees?

—¿Por qué debería de hacerlo? —cuestiono retrocediendo un paso—. ¡Maldita sea, Louis! Había pruebas. ¡Pruebas!

—Pero son falsas.

—Falsas como tu amor, como tus intenciones con la gente.

Me odio más por hablar de esta manera, pero son los nervios de toda la situación que controlan las palabras que escupo con los labios.

—No me hables así, Alex.

Y el tono que dice me perfora el alma completa y me destruye lo poco que me quedaba. Abro la boca para decirle algo, decirle que al menos lo sigo amando aunque eso sea la cosa más absurda en estos momentos. Que me cuesta ignorar ese hecho.

—Louis...

—¿Está todo bien aquí? —cuestiona Céline acercándose con pasos lentos.

—S...si —aclaro, acercándome un poco a Louis—. Si realmente me amas como dices, desaparece de mi vida.

Me alejo, dejándolo solo con Céline, y me pierdo entre las calles desoladas de París.

Louis

Un Futuro Incierto

Las lágrimas me arden mientras lucho por recuperar el control de mis emociones, tratando de contener el deseo de dejarme caer en plena calle y llorar aún más sobre el suelo.

—¿Estás bien, Louis? —pregunta Céline a mis espaldas.

Trago el llanto y giro para mirarla directamente a los ojos.

—¿Por qué lo hiciste? —mi voz apenas es un susurro, cargado de derrota.

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Te advertí que no te entrometieras en mi camino —su risa suena como un eco gélido— pero ahora tendrás que enfrentar un proceso legal.

—Eras tú... la espía de *Echo*.

—¿Te has dado cuenta hasta ahora? —riela con desdén— Encima de estúpido eres lento.

—¿Por qué haces tanto daño?

—Porque para ganar, se deben cortar cabezas. En tiempos de guerra, todo está válido.

«Todo vale en la guerra y en la sangre». Las palabras de Manon me resuenan en la mente.

—Tú también —señalo—. Intentabas arrebatarme el puesto a Alex y estabas implicada en la absurda competencia que Manon organizó.

Asiente con frialdad.

—Y nada de esto habría sucedido si el maldito de Alex no fuera tan bueno en lo que hace.

—Todo este odio, Céline —aprieto los puños con fuerza, acercándome un paso más—. Toda esta amargura y codicia no te llevarán lejos —mis ojos se clavaron en los suyos— Puede que ahora hayas ganado, pero no te durará mucho.

—Sí, sí —su tono es burlón y su postura refleja desprecio y triunfo—. Aprende a luchar con fuerza si quieres llegar a algún lado en esta vida.

Pero no tengo ganas de pelear, ya no.

—No todo en esta vida se reduce al trabajo. Cuando estés en la cima pero completamente sola, verás si sacrificar tanto valió la pena.

Solo soltó una risa despectiva, dejándome con la certeza de que nuestro enfrentamiento había alcanzado su límite. La directora apareció por detrás y tocó volver al hotel a recoger mis cosas antes de irnos.

El aire en el avión estaba cargado, lleno de tensiones y murmullos. Me hallaba en el fondo de la aeronave, mientras observaba a Manon y Alex conversar unos asientos más adelante. Anhelaba acercarme solo un poco para captar sus palabras, desesperado por entender qué tramaban. Pero el bullicio del avión y la distancia hacían que eso fuera imposible.

Un peso de culpa se me asentaba en el pecho, un sentimiento de culpabilidad por algo que no había cometido. Jamás tuve relación alguna con *Echo*, sin embargo, aquí estaba, señalado por Céline por algo que ella misma orquestó. Había pruebas, aunque falsas, que me incriminaban en

esta atroz situación. Me faltaba la evidencia concreta para desmentir a Céline y revelar toda la verdad, y eso me sumía en un abismo de incertidumbre.

El miedo por mi futuro me paralizaba. No había tenido tiempo de hablar con Sophie o Julien, ni de buscar su apoyo. El día había sido un caos vertiginoso, y apenas había advertido que ya estaba a bordo de este vuelo.

La inquietud me carcomía, transformando cada minuto en una agonía. ¿Cómo podía enfrentar esto? ¿Cómo podía probar mi inocencia cuando las cartas estaban tan injustamente marcadas en mi contra?

Tenía el asiento del pasillo, apenas divisaba parte del perfil de Alex. Su mirada, después de escuchar esas acusaciones, me dejó desorientado. Pude percibir el dolor en sus ojos y eso me hirió aún más profundamente, saber que no creía en mi inocencia. Pero ¿cómo podría hacerlo cuando todas las pruebas apuntaban a mí con dagas cubiertas de veneno? Quizás eso era: un desastre andante, culpable de todo, igual que cuando mi padre se marchó para nunca regresar. ¿Quién querría estar con alguien como yo? ¿Quién desearía compartir su vida con un destructor de todo lo que toca?

El sonido del despertador resonó en la habitación, interrumpiendo una noche de insomnio que parecía no tener fin. Me incorporé del sofá con la pesadez de una losa sobre los hombros, arrastrando cada paso hacia el baño. La ducha helada intentó ocultar los rastros de miedo y pánico en el rostro, pero el reflejo en el espejo me delataba: la tensión me marcaba cada línea del rostro.

Salir de casa se convirtió en una tarea titánica después de las palabras de Sophie y Julien, intentando infundir esperanza en un mundo que parecía desmoronarse a mi alrededor. ¿Cómo podía estar bien después de ser acusado de vender información confidencial a otra empresa? Caminar se convirtió en mi única tabla de salvación, opté por dejar de lado el autobús, como si el movimiento constante pudiera disipar la nube densa que pesaba en la mente.

Pero no lo hizo.

El edificio de la oficina se alzaba ante mí como una guillotina, una sentencia en cada paso hacia su entrada. Miradas cargadas de desprecio, compañeros que alguna vez pensé que confiaban en mí, ahora me clavaban con sus juicios silenciosos. En ese momento, en medio de las acusaciones, su indiferencia se volvió una losa más pesada que la culpabilidad misma. En esos instantes es cuando se revela quién verdaderamente cree en ti.

Y nadie cree en mí.

Al adentrarme en la oficina y encaminarme hacia el ala este de mi planta, una sensación familiar de pesar me envuelve, rememorando aquella mañana fatídica en la que desperté y mi padre ya no estaba. Solía llevarme a la escuela antes de irse a la cafetería con mamá. Algo en lo más profundo de mí captó un cambio sutil, como cuando repentinamente adviertes que un cuadro hermoso en la pared ha quedado torcido sin razón aparente.

El mío se había caído y el cristal estaba hecho añicos en el suelo.

Mi padre era un ancla vital en los días en los que mi madre me trataba como a un enemigo. Nuestros paseos matutinos hasta la escuela, cuando Jaqueline aún era demasiado pequeña para acompañarnos, representaban los únicos momentos en los que podíamos estar a solas. A veces, nos permitíamos una pequeña travesura y nos desviábamos hacia el parque, robándole al día al menos diez minutos para jugar juntos.

El sonido de los pasos resonaba en el pasillo solitario, evocando el eco de la risa de mi padre. Era una risa cálida, contrastando con la gélida sensación que ahora habitaba en el pecho.

Al llegar al escritorio, me encontré con Alex, sentado en su mesa acompañado de Manon y otros directivos. Todos de brazos cruzados. Eran depredadores, esperando ansiosos por su presa en bandeja de oro. Dejé mis pertenencias sobre la mesa, pero antes de poder sentarme, la directora me interrumpió con gesto imperioso, indicándome que los siguiera hasta una sala enorme a la que rara vez tenía acceso. Se ubicaba en el ala oeste y era imponente, con una mesa larga y numerosas sillas que parecían dispuestas de manera absurda, como si estuvieran aguardando a un ejército.

Al entrar en la sala, el peso del ambiente parecía tangible. Me senté frente a Alex, aunque su mirada permanecía fija en algún punto indescifrable del horizonte, como si temiera enfrentar mis ojos.

Deslicé la mirada hacia él, buscándolo con desesperación, pero sus ojos seguían esquivando cualquier indicio de contacto visual. Su actitud, un contraste de silencio y evasión, dejaba entrever una carga emocional tan densa que se podía sentir físicamente en la habitación.

—Gracias por acompañarnos hoy, Louis —anuncia un hombre alto del cual no sabía su nombre. Se sienta en su silla al lado de Alex, y siento el gruñido de Manon que aún estaba de pie.

—¿Le importa que continúe yo ahora, Helmut? —interrumpe la directora, cruzándose de brazos y el hombre asiente—. Señor Van Damme, no vamos a estar toda la mañana discutiendo por algo que ya sabemos todos. Por eso creo que lo correcto es ir directo al grano.

Asentí derrotado. Si intentaba defenderme diciendo que era inocente o incluso culpar a Céline era completamente una pérdida de tiempo. Nadie me creería, ni siquiera Alex. Él seguía mirando sus dedos nerviosos sobre la mesa, con tal de no mirarme a la cara.

La discusión, que se suponía sería concreta e ir directo al grano, se extendió hasta más de dos horas. Las palabras de Manon y otros directivos me martillaban los oídos y cada una de sus preguntas acusadoras me dejaban desorbitado sin saber qué responder. Insisten en entender por qué lo había hecho. Cuando jamás lo hice, no tenía alguna respuesta. Parecía que evitaba responder cuando la realidad es que no tenía alguna herramienta de cómo defenderme.

—¿Ayer no paraba de defender su inocencia pero hoy no tiene ningún argumento? Necesitamos respuestas claras —insiste Manon, con su tono agudo y firme resonando en las paredes.

—Lo siento, no puedo dar respuestas que no existen —respondo, sintiendo cómo la tensión se acumula en el ambiente—, ya sé que todo apunta a que fui yo y puedo pasar dos horas más defendiéndome, pero nadie me creerá. No tengo ningún tipo de contacto con *Echo*. Ninguno.

—¿Está sugiriendo que no tienes ni la más mínima idea de lo que sucedió? ¿A pesar de tener múltiples pruebas que te acusan? —inquieta el hombre de traje, cuya mirada intensa se clava en mí—. *Emails*, cartas, video de seguridad que muestran que dejaste entrar a alguien externo y controlar nuestro sistema.

—No, no es eso... es solo que... —trato de explicar, pero las palabras se me atascan en la garganta, incapaces de salir.

El silencio que siguió fue agobiante, y cada segundo que pasaba aumentaba mi sensación de impotencia.

—Permítanme continuar la situación ahora sola —indica Manon hacia los restantes del directivo. Todos asintieron y salieron de la sala—. Usted también Señor Santos —dice mirando a Alex, el cual se sorprendió y se levantó en silencio. Dejándonos a Manon y a mí solos.

—Ya no sé qué más pueda decir —susurro derrotado.

Manon se sienta frente a mí y se mantiene en silencio. Comienza a revisar algunas carpetas y extiende ambas hacia mí. Una era amarilla y la otra azul.

—Aquí están las propuestas de Alexandro y de Céline —sus dedos bailaban sobre las carpetas—. Usted no entregó nada. ¿Por qué?

—No valía la pena.

—No estamos para respuestas cortas, señor Van Damme.

Solté un profundo suspiro.

—Mi intención nunca fue herir a Alex y jamás habría hecho algo para lastimarlo. Por eso no entregué ninguna propuesta, porque si hubiese sido ligeramente mejor que la de él estaría afectándolo completamente.

—¿A pesar de que sabría que después de los premios usted sería despedido automáticamente?

Asentí.

—Me confunde mucho que me diga que no quiere afectar la situación del Señor Santos, pero luego vende información confidencial perjudicando por completo no solamente a él, sino a toda la empresa.

Suspiré sin ánimos de defenderme. Ya estaba cansado de repetir constantemente que era inocente.

—Hay varias soluciones para este problema —continúa la directora con seriedad—. Usted queda despedido ahora mismo —primer golpe al pecho—. Comenzará un proceso legal del cual tendrá que pagar una cifra de dinero muy alta para compensar las pérdidas que tuvo la empresa por no haber logrado participar en los premios.

—Pero hablamos de millones.

—Correcto —asegura fríamente y sentí el segundo golpe a sangre fría—. Pero no sería impedimento para usted después de cobrar esas cifras por parte de *Echo*. Su nombre queda completamente marcado en una lista negra que le prohíbe trabajar en alguna empresa editorial en este país o en cualquiera dentro de la Unión Europea. Su vida como escritor o su vida en general acaba de terminarse hoy mismo, señor Van Damme.

La frustración me consumía por completo. Sentí cómo las entrañas se me retorcían ante la impotencia. ¿Cómo podría hacer frente a semejante deuda cuando era totalmente inocente? El peso de las acusaciones injustas me aplastaba los hombros, y las lágrimas brotaban sin control. Me aferré a la mesa, sintiendo el nudo en la garganta crecer con cada segundo.

Miré a la directora con ojos suplicantes, buscando algún indicio de comprensión en su rostro imperturbable. ¿cómo podría luchar contra un sistema que parecía tan decidido a condenarme sin pruebas? Las manos me temblaban mientras intentaba mantener la compostura.

—Pero el Señor Santos no ha parado de insistir en su inocencia desde ayer —levanté el rostro de la mesa, sorprendido ante sus palabras—. No me mire con esa cara, claramente sus sentimientos están entrelazados en este caso —Manon se puso de pie y mi cuerpo temblaba más que nunca—. Señor Van Damme...

—Manon, por favor. No fui yo.

—Váyase a casa y desaparezca de nuestras instalaciones. No dé señales de vida por algunos días —su mirada es firme y un escalofrío me recorre la piel sensible—. Recibirá una carta con la conclusión de su proceso, pero le aseguro que su futuro no es muy prometedor.

La sala se había vuelto un sepulcro, y mis esperanzas de poder esclarecer la verdad se desvanecían. Todo lo que quedaba era la incertidumbre y un futuro oscuro que se desplegaba

frente a mí como un abismo.

Al salir de la sala de reuniones, la figura de Céline se recortaba al lado de la puerta, con una sonrisa despiadada adornando su rostro, sosteniendo mi mochila entre sus manos. Al alzarla, noté que su peso era apenas perceptible. La cremallera se deslizó suavemente bajo los dedos y, al abrirla, el vacío casi tangible confirmó lo que temía: el portátil y las carpetas esenciales habían desaparecido.

Alex tampoco estaba.

La realidad, fría como el acero, me golpeó con fuerza.

Salí del edificio sin mirar atrás, sintiendo el peso de la decepción y la amargura que se mezclaban en el puño que se me formaba en el estómago. Rogaba en silencio que Alex me llamara. Podría haber sido yo quien lo buscara, pero la tensión en el ambiente era opresiva y él me había pedido que desapareciera de su vida.

La atmósfera tensa y densa era como una manta asfixiante. Recordé las palabras de Manon resonando en la mente: desaparecer parecía ser la opción más adecuada. ¿Cómo arruinaba siempre todo, incluso la vida de aquellos a quienes más quería?

Céline había ganado.

Ruidos.

Escuchaba ruidos que resonaban en las paredes y no lograba identificar su origen. Abrí la puerta de la sala y giré el rostro hacia la izquierda, confirmando mis sospechas.

Sophie y Julien.

Me acerqué con pasos ligeros para evitar hacer ruido. El pasillo parecía más largo y estrecho de lo habitual. A medida que me aproximaba a su habitación, el sonido se intensificaba, aunque aún no conseguía comprender bien de qué hablaban.

La puerta de su habitación estaba entreabierta, y aproveché la oscuridad total del pasillo para pasar inadvertido.

—¡Pero habla conmigo, joder! —gritaba Julien, y mis sentidos se agudizaban de preocupación. Me daba cuenta de que Sophie solo lloraba, sin decir palabra—. Si no me dices qué sucede, no puedo ayudarte.

—¡No puedes ayudarme!

—¿Por qué no?

—Porque no sabes lo que es ser mujer y no poder concebir un hijo. Porque no eres tú el problema, soy yo. ¡Yo! La única que no puede permitírnos ser completamente felices. ¡Yo, maldita sea!

—¿Pero cuál es esa felicidad de la que tanto hablas de que no tenemos? —no lograba verlos claramente, pero escuchaba el crujir de la cama, imaginando que Julien se acercaba más—. ¿Crees que porque no tengamos un hijo no soy feliz contigo?

—No —escupe Sophie entre lágrimas que me desgarraban.

—Sophie, yo soy feliz todos los días porque te tengo a ti y no porque desee cosas que no tengo. Quizás deberíamos abandonar esa idea de una puta vez.

Sophie comenzó a gritar cosas que apenas lograba entender, y un estruendo me hizo tambalear cuando ella salió de la puerta, encontrándose con mis ojos. Su rostro estaba húmedo, pero apenas me dedicó una mirada triste antes de seguir caminando hacia la puerta del apartamento. Me levanté del suelo y escuché el portazo que marcaba su salida.

Julien salió de la habitación y me ignoró mientras corría hacia la puerta. Cuando llegué también a la entrada, Julien me informó que ella se había ido.

No logré conciliar el sueño en toda la noche. Sophie no regresó a casa, y Julien se encerró en su habitación. El silencio devora mi interior, y decido no intervenir, ya que no es algo que me corresponde. A pesar de ello, el teléfono descansa a mi lado, esperando que mi mejor amiga responda alguno de los mensajes que le he enviado.

Salgo de la sala y me encuentro con la casa vacía. El eco de mis pasos resuena en la madera y me siento en la cocina mientras tomo el café humeante. Escucho el sonido de unas llaves rodando por la puerta, que luego alguien empuja hasta abrirla. Desde mi asiento, veo fácilmente la entrada del departamento.

Mi corazón se calma al ver el rostro de Sophie entrar por la puerta. Me levanto de golpe, pero no digo nada hasta que ella se sienta frente a mí.

—¿Julien? —pregunta, dando señas de que no quiere hablar.

—Cuando desperté, ya no estaba.

Ignora mis palabras y camina hacia su habitación.

—Necesito que me prestes una maleta.

—¿Para qué? —cuestiono, sintiendo que está a punto de hacer algo precipitado. Algo estúpido.

—Me voy, Louis.

—¿A dónde?

Me acerco y la detengo en el pasillo. Necesito entender qué está sucediendo, pero apenas voy a hablar, la puerta del departamento se abre de nuevo.

—¡Sophie! —exclama Julien, y doy unos pasos para darles espacio—. ¿Dónde estuviste?

—Eso no importa en este momento —su mirada está completamente perdida en el suelo, evitando mirar a nadie—. Recojo mis cosas y me voy.

—¿Cómo que te vas? —Sophie no responde—. ¿A dónde te vas?

—A casa de mi madre.

—¿Por qué haces esto?

Di unos pasos hacia atrás, consciente de que estoy en terreno ajeno y necesito darles más espacio. Vuelvo a la sala, pero aún puedo escuchar sus palabras. Sophie no deja de llorar, y apenas entiendo lo que dice.

—¡Escúchame de una maldita vez! —anuncia Julien—. Jamás renunciaré a ti. ¡Jamás! Puedes irte a casa de tu madre, pero iré detrás del tren hasta alcanzarte. Sé que nuestro sueño ha sido ser padres, pero mi sueño eres tú y sin ti nada más tiene sentido.

Asomo la cabeza por la puerta y los veo abrazándose mientras Sophie llora a todo pulmón en el pecho de su marido.

Alex

Un futuro de Almas perdidas

Siento las sábanas pegadas al cuerpo.

—No puedo dormir.

—¿Sucedió algo? —pregunto, intentando mantener los ojos abiertos. Estoy hundido bajo las mantas, evitando caer en el sueño y hablando por videollamada con mi mejor amiga.

—Hablé con Charles —confiesa, y mis sentidos se agudizan, ignorando el sueño que me estaba cerrándome los párpados—. No he dejado de llorar.

—¿Por qué? Hoy estuve comprando unas cosas con él y no mencionó nada.

—He evitado hablar con él sobre *nosotros*, pero hoy no pude quedarme callada más tiempo y le pregunté qué éramos, porque a pesar de que no tenemos título y estamos en dos países distintos, no he podido seguir saliendo con otros hombres.

—¿Qué te dijo?

—Que tampoco ha querido salir con nadie más, pero que no se siente capaz de dejar su vida por algo que no sabe si llegará lejos.

—Joder...

—Lo sé, y estoy a punto de bloquear su número.

—¿Por qué harías eso?

—Porque ya no estamos... juntos, ¿para qué seguir teniendo su número si él no dejará su vida por mí?

—¿Y por qué no dejas tú todo por él? ¿Por qué tiene que ser él en hacerlo?

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Que te quiero —necesitaba amortiguar de alguna manera lo que estaba a punto de decir—, pero parece que esperas a que otro haga algo para cambiar las cosas. Quieres que sea él quien deje su vida para ir a estar contigo. Si lo quieres tanto como sé que lo haces, ¿por qué no eres tú quien dé el primer paso?

—Porque tengo una vida hecha aquí.

—Y él está creando una en Bruselas, Claudia.

Un breve silencio protagoniza nuestra conversación. Ya el sueño ha salido oficialmente de mi sistema y toda mi atención está en ella.

—No sé si me veo viviendo en Bruselas —admite, su voz es suave, quebrada.

—¿Pero te ves con él?

—Con él sí.

—Entonces piénsalo un poco más antes de tomar alguna estúpida decisión, que te lo digo yo, el rey de las decisiones estúpidas y de la poca lógica.

—Soy la reina entonces.

Soltamos una pequeña risa.

—Además, Charles me comentó que al final del año volverá a Londres o al menos lo está considerando.

—¿A la ciudad que no tiene sol nunca?

—Mujer, ¿te irías por la ciudad o por él?

—Odio cuando eres tú el que habla con lógica.

—Tenemos que turnarnos, no puedo ser yo el que la cague siempre.

—Te amo.

—¿Qué significa eso ahora? —las dudas me carcomen la piel—. ¿Vendrás a Bruselas o te irás con él a Londres?

—Debo meditarlo, no sé qué hacer, solo sé que quiero estar con Charles.

Entonces recordé el anuncio frente a mi antiguo edificio hace meses y del poema que me dedicó Louis.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por un final feliz?

La ausencia de Louis en la oficina ha sido un golpe lacerante y amargo. No tenerlo en su lugar habitual, similar a cuando perdió a su madre, ya había dejado un vacío doloroso. Sin embargo, saber que nunca más lo veré en su escritorio me desgarrar el corazón. Parte de mí lucha contra la idea de reencontrarnos. Tantas cosas han sucedido, tantas heridas se han abierto y apenas están comenzando a cicatrizar. Una parte de mí confía en su inocencia, pero las pruebas presentadas son afiladas y apuntan con precisión.

Mi situación en la oficina se ha vuelto demasiado tensa. La confianza de Manon en mí se ha desvanecido por completo; nuestra comunicación es ahora más fría de lo que podría haber imaginado, superando a como era al inicio. La decisión final que tomó con el directivo fue comunicada hace una semana en carta para Louis. Tuve que firmarla, entre otras cosas, aceptando su destino. Aún me tiemblan las manos, y el corazón se encoge al pensar en el tormento que debe estar sufriendo ahora.

Ha sido despedido sin piedad.

Su nombre está marcado en una lista negra que le prohíbe trabajar en nuestro campo. He luchado fervientemente por defenderlo ante Manon, creyendo que su situación era extraña; no veía cómo saldría beneficiado. La deuda que debe pagar no alcanza cifras millonarias, sino apenas unos pocos miles de euros.

«Contigo siento que respiro sin dificultad».

Tan solo pensar en él me hiere el alma, un dolor que me insta a gritar. Puedo amarlo con locura, sentir su ausencia como un fuego en la piel, pero tal vez lo nuestro nunca debió ser.

Uno de esos amores que solo quedan en lo que pudo ser, si tan solo...

—Señor Santos —anuncia la directora, sacándome de los pensamientos—. Ya es hora de que hablemos.

Asiento y la sigo hasta su cubículo. El pasillo parece extrañamente solitario, aunque podía sentir la mirada de aquellos invisibles ojos sobre la espalda como si fueran arañas.

—Debemos hablar seriamente —exige Manon cuando me siento frente a ella. Sentí cada articulación del cuerpo tensarme con una mezcla de expectación y temor—. Como ya sabe, el señor Van Damme ya no forma parte de nuestro equipo, puesto que ha sido despedido de su cargo, por razones que ya conocemos.

Asiento con dificultad y una bola de preocupación me crece en el estómago.

—Ya conoce las consecuencias que ha traído toda su situación —continúa, su tono es firme y gélido—. Sin embargo, aún no hemos abordado las suyas.

—¿Las mías? —pregunto, desconcertado y todo alrededor de su figura está distorsionado.

—Efectivamente, no puedo pasar por alto que su trabajo como Manager era detectar estos posibles escenarios y ha fallado —hace una pausa, se levanta en silencio y camina hacia el mueble a nuestra izquierda. Extrae unos papeles y regresa a su asiento.

—El señor Van Damme no ha entregado sus propuestas para demostrar quién merecía el cargo que usted posee —continúa—, pero la señora Céline lo ha hecho y, dadas todas las circunstancias y tras una investigación exhaustiva, la conclusión es que *ella* ha tenido mejores resultados que usted.

—¿Perdona? —mi expresión reflejaba una completa discordancia.

—Así como escuchó. Céline me ha demostrado en numerosas ocasiones de qué lado del juego está, además de saber enfrentarse a una guerra y salir victoriosa. En este mundo, solo los fuertes ganan, Señor Santos, y se lo advertí desde el principio.

Sentía la rabia ardiéndome bajo la piel, incluso podía percibir el calor sobre las mejillas.

—¿Entonces qué va a suceder? —interrogo molesto— ¿También seré despedido?

Manon me mira directamente a los ojos, su mirada fría y perversa me corta como un cuchillo y noto como una muy ligera parte de su labio se arqueaba como una sonrisa, pero a pesar de su mirada, no aparto los ojos.

—Después de perder al señor Van Damme, no podemos darnos el lujo de quedarnos sin tantos integrantes en el equipo —se aclara la garganta y acerca una hoja hasta mí—. Céline pasará a ser la nueva Manager del departamento de historias juveniles a partir del próximo lunes, y usted bajará de rango a integrante senior dentro del equipo.

«¿Céline Manager?»

La perspectiva cambió drásticamente.

Parece que el tiempo se me detiene sobre las manos y cada pieza dispersa de este rompecabezas encaja de repente. Recordé aquel mensaje de Céline, la sugerencia de reunirme en la sala de conferencias donde Louis estaba siendo presionado a admitir algo que ya no sentía. Pero yo no había escuchado esa conversación entera, estaba completamente fuera de contexto. Luego, como si se hubieran evaporado, los archivos finales de cada departamento desaparecieron del servidor, una maniobra que Céline había orquestado.

No respondía a las llamadas, pero no era por falta de cobertura, estaba destruyendo nuestros servidores desde su casa o probablemente internamente desde *Echo*. Y antes de París, cuando cambié su nombre de los pasajes de avión por el de Louis, habrá detonado todo. Terminó culpándolo de todo lo que ella misma había hecho. Desde el principio, estaba en el juego de quitarme el trabajo, utilizando a Louis como su peón, y dejándome solo en medio del huracán.

Louis.

Él se aferraba a culpar a Céline aquel día, convencido aunque sin pruebas que respaldaran su acusación. Ella, sin inmutarse, negaba cualquier implicación. Todo este tiempo había estado bailando al son que ella quería, manipulándonos a todos y tejiendo una red de engaños y artimañas para hacerme caer del pedestal.

Hija de puta.

—Necesito su firma aquí —apunta la directora hacia una línea al final de enormes párrafos—, de lo contrario asumirá su nuevo cargo automáticamente.

—¡No voy a firmar nada! —exclamo, mi voz resuena con rabia e indignación. Fue entonces cuando las piezas me comenzaron a encajar aún más en la cabeza. Todo estaba demasiado extraño y eran demasiadas coincidencias. Manon, quien había tenido vínculos previos con *Echo*, estaba orquestando el ascenso de Céline a mi posición. Había sido todo demasiado bien planeado para que desde ningún sitio se encontrara pruebas de que había sido Manon o Céline.

Recuerdo claramente sus palabras cuando empecé en enero: insinuaba que ya tenía a la persona idónea para el puesto. Hizo creer a Louis que él era esa persona, pero en realidad era Céline.

Siempre había sido ella.

Cada conversación, cada risa que llegué a compartir con ella en las últimas semanas había sido un teatro.

—¡Siempre fuiste tú! —mi voz cargada de desprecio cortó el aire—. Todo ha sido un elaborado plan para sacarme de la empresa sin que nadie descubriera tú plan. Con Céline como Manager, será un juego de niños manipular todo a su antojo —me muevo al borde de la silla, las manos me temblaban y la mirada se encontraba fija en Manon, buscando algún atisbo de humanidad en sus frías palabras.

»Eres... eres una hija de puta, Manon. Confíe en ti y te defendí en tantas ocasiones porque creía que eras una persona admirable, alguien que había alcanzado tantas cosas como te llenaste la boca de decir. Pero ahora veo que siempre fue solo un juego de mierda para ti —la voz me temblaba con una mezcla de incredulidad y decepción.

Sus ojos, fríos como el acero, me observaban con un deje de superioridad. Un rastro de sonrisa burlona se formó en sus labios. A pesar de mi frustración, me tomé unos segundos para contemplarla, tratando de comprender cómo alguien podía ser tan maquiavélico. La figura de Manon, erguida detrás de su escritorio, transmitía una sensación de poder que me hizo retroceder por un instante, pero no cedí.

—¡Ay, por favor, Señor Santos, no me aburra con sermones de moralidad! —replica con cinismo—. Firme el maldito papel y retírese.

—No firmaré una mierda y te puedes meter ese papel en el culo o metérselo tu misma a Céline —me levanté de golpe y caminé hacia la puerta, pero las últimas palabras de la directora cortaron el aire gélido de la habitación.

—Finalmente demuestra su verdadera actitud frente a mí, señor Santos.

—Déjate de las jodidas formalidades, Manon —me temblaba el pulso— Señor aquí y señora allá ¿para qué? Si luego no existe ningún tipo de respeto, todo contigo es una fachada.

La directora se levanta de golpe con furia en los ojos, pero con un paso al frente evito que huela mis nervios.

—Si no tiene nada más que decir, váyase a su lugar de trabajo.

Suelto una risa. Irónica y seca.

—¿Sabes que te acabo de decir que te metas ese papel por el culo? Pues metete también tu puta oficina.

—¡Señor Santos!

El latido acelerado del corazón me silbaba en los oídos. El nudo en la garganta me apretó más, dejándome sin aliento mientras salía de ese cubículo, sabiendo que, aunque desafiara su juego, el destino ya estaba marcado.

Salí del edificio a toda prisa, la respiración agitada buscaba desesperadamente más aire, y el corazón me pulsaba con tal intensidad que parecía a punto de romperme el pecho. Había dejado todo en la oficina, una a la que no volvería jamás.

No retrocedí a dar mi renuncia, ya la directora se encargaría de eso.

Los pasos eran como un torbellino descontrolado hasta que los pulmones me imploraron oxígeno extra, y me dejé caer en un banco de madera cercano. Aunque el sol golpeaba el rostro, las lágrimas de rabia aún se me deslizaban por la piel.

Sentí cómo el teléfono vibraba en el bolsillo, un anuncio que interrumpió el pesar que me embargaba en aquel banco solitario. Sin importar las miradas fugaces que pudieran posarse en mí por mostrar mis emociones en público, saqué el dispositivo.

«¿Un hombre llorar en público?» Suenan a pecado mortal a ojos de la sociedad.

La pantalla iluminada revelaba un mensaje de Louis. Al ver su nombre, una corriente eléctrica pareció recorrerme la piel de los dedos, brazos y cuerpo entero presagiando lo que estaba por venir.

—¿Estás ocupado?

—Para otros sí, pero para ti, nunca —respondo sin dudarlo. Louis siempre había sido inocente y no había creído en él. En el hombre que se cansó de demostrarme cuanto quería estar conmigo.

El hombre que amo.

—Me ha atacado de nuevo la anemia y me han traído al mismo Hospital de la última vez. Creo que de esta no me salvo. —sus palabras me resonaron en la mente como un eco ominoso y el terror me acuchillaba el pecho.

Los pies golpeaban el pavimento con furor mientras corría hacia el hospital. El aire luchaba por entrarme en los pulmones, pero el cuerpo estaba más concentrado en llegar.

Casi tropecé varias veces, pero evité usarlo como excusa para ralentizarme. El alma se me hundió en los pies cuando sentí que el teléfono volvía a sonar. Atendí sin pensar demasiado, con la garganta seca y las palabras arrugadas en la lengua.

—¿Cariño? —pregunta y descubro a mi madre del otro lado de la llamada.

—¿Mamá? —la sorpresa hace que baje la velocidad— ¿Qué sucede ahora?

—¡Ay, Alexandro! ¿Qué forma de atenderme el teléfono es esa? Suenas como si te estuviera pasando algo ¿sabes?

—Solo corría, mamá, dime qué necesitas, estoy ocupado. ¿Más chocolates, es eso?

—No, cariño, me gustaría hablar contigo. ¿Sabes? Siento que llevamos tiempo que no hablamos de madre e hijo.

—Nunca lo hemos hecho —interrumpo, sintiendo el calor subirme la piel como escarcha—. Por favor, dime qué quieres, tengo mucha prisa.

No me gustaba hablarle así, porque claramente la educación que me dieron mis abuelos se traducían a que le estaba faltando el respeto a mi madre, pero la realidad es que llevaba años, demasiados como para contarlos, de que ella nunca se importaba por lo que sucede en mi vida, solo cosas superficiales.

—Nunca me llamas para preguntar por mí —continuó—, solo para pedirme cosas para enviarte para tus amigas, porque claramente lo que debería importante realmente no lo hace. Llevo largos meses en la mierda, mamá, en la mierda. Terminé con Esteban y nunca me preguntaste por él, comencé un nuevo trabajo y te comenté que me había mudado y jamás me preguntaste sobre cómo estaba, nada. Solo te preocupan tus malditos chocolates.

—Alexandro, es sobre tu padre que me gustaría hablar.

Me detengo en seco, sintiendo el suelo áspero bajo los zapatos. No quiere hablar sobre mí, y no me sorprende, pero ¿de papá?

—¿Qué... qué sucede con papá? —el miedo me sube por la garganta, como si ya no bastara con lo de Louis— ¿Está bien?

—La que no está bien soy yo —contesta con un tono de ironía.

—Mamá, deja de darle vueltas al asunto y dime qué mierda sucede.

—Se ha ido de la casa —susurra y las piernas comienzan a fallarme.

—¿Cómo que se ha ido? ¿De viaje o algo?

—No, Alexandro, claro que no se fue de viaje, ¿no sabes leer entre líneas?

—No, al igual que tú tampoco has sabido leer entre mis líneas.

Acabo de perder mi trabajo, Louis está hospitalizado y mi madre ahora me viene con esto, ¿Que sigue ahora, que me muera yo?.

—Cariño, de verdad ahora no me salgas con esas cosas que no tengo cabeza para eso ¿sabes?

—claro que lo sé—. Tu padre salió diciéndome que se iba de nuevo a Suiza con los amigos y yo le pregunté que por qué, si estamos en pleno verano, y que él suele hacer eso en invierno, y me dijo, con maleta en mano, que no cree que regrese.

—¿Pero te dijo por qué?

—Que ya no me soporta, ¿te lo puedes creer?

—Claro —digo en voz alta y me percato de que no fue un pensamiento—. A ver, mamá, tú... que no quiero insultarte, pero eres muy egoísta y papá siempre te siguió el juego por muchos años, creo que ya no pudo más.

—Ven a Lisboa —propone y me tiembla el pulso.

—¿Para qué? ¿Qué tengo yo que pintar ahí?

El reloj se llevaba minutos y la incertidumbre de la situación de Louis me desgarraba el pulso.

—Tu padre me acaba de dejar, Alexandro... ¿no te parece que necesito el apoyo de mi hijo en estos momentos? De mi único hijo.

—Mamá... —no tengo la excusa de que mi trabajo me lo impide pero con Louis enfermo... No sé qué hacer, si ser egoísta como lo han sido siempre mis padres o ser fiel a lo que me enseñaron desde niño y ser el buen hijo que siempre quisieron—. Mamá, deja que resuelva unas cosas y veo qué puedo hacer.

—Está bien, cariño —se despide, pero antes de colgar comienza a llamar mi nombre para que no cuelgue—. Una última cosa, no olvides traer unos chocolates.

Cuelgo la llamada sin responder y prefiero no pensar demasiado en toda la mierda que acabo de escuchar. Si fuera otra persona le hubiera propuesto que hacer con esos chocolates, pero como es mi madre... me callo.

Así que trago y empujo todas esas emociones en una pequeña cajita dentro del pecho y comienzo a correr de nuevo camino al hospital.

Louis.

—No puedo perderlo. —repetía sin aliento mientras los pasos acelerados me acercaban al hospital.

Las lágrimas y el desespero se mezclaban en mi interior. Había perdido tanto en este último año que la idea de perderlo a él para siempre resultaba insoportable. Cada latido acelerado del corazón me resonaba con la urgencia de que estuviera bien, de rogarle que no se alejara de mí. Que no...

Entré por la puerta de cristal con un golpe pareciendo un desquiciado, pregunté como un loco en la recepción dónde podía estar Louis internado. Mientras esperaba busqué con los ojos borrosos en la sala de espera por Sophie o Julien, pero el peor escalofrío que había sentido en mi vida me recorrió la columna vertebral cuando una mano pesada y cálida se me detuvo sobre el hombro.

Tenía miedo, más que miedo. Pánico en los ojos cuando miré que en su rostro estaba todo bien de salud, que había sido una simple excusa para que nos encontráramos.

Pero sabía, algo dentro de mí me decía que no era solo una conversación casual la que quería tener conmigo, y lo supe cuando me dijo:
—Necesito hablar contigo.

Louis

Una vida llena de quizás

Me odiaba.

Me odiaba tanto por haberlo engañado, por haberle mentido sobre mi salud. Me odiaba porque llevaba semanas huyendo de mí y no podía continuar sin hablar con él. Porque con Alex todo había sido diferente y no sobreviviría si me odiaba antes de que yo...

Le pedí que me acompañara a un lugar donde pudiéramos hablar sin interrupciones, donde si quería expresarme lo que sentía pudiera hacerlo sin preocuparse de que alguien nos observara. Así que regresamos a donde todo comenzó: la lavandería. Donde fingí que la puerta de la maquina no me habría para que el hombre que llamaba mi atención me ayudara de alguna manera.

A pesar de que nunca supe amar, su jodida presencia, me dijo que quería arriesgarme por él. Porque dicen que cuando lo sabes, es difícil de ocultarlo.

La sorpresa en su mirada me reconfortó un poco cuando entramos en el local y subimos hasta la terraza. Había hablado con el dueño esa misma mañana y aceptó sin problemas. No habíamos hablado desde el hospital e imaginé que en cualquier momento me golpearía por haberle mentido con algo tan importante como mi salud.

—Gracias por acompañarme —susurro después de cerrar la puerta a mis espaldas, notando cómo el cielo comenzaba a teñirse de un rosado oscuro, como si fuera el escenario de una película donde finalmente ocurriría el primer beso.

O quizás el último.

—Eres un imbécil —menciona—. ¿Cómo pudiste mentirme con algo tan delicado como tu salud?

—Lo sé, pero...

—Pensé que de verdad estabas muriéndote, Louis —se acerca y me golpea en el pecho, haciéndome ver cómo en sus ojos surgían dos luceros que amenazaban por desbordarse.

Lo abracé, pero él seguía golpeándome el pecho hasta que finalmente se rindió y terminó derramándose esos ríos sobre la camiseta.

—Necesitamos hablar.

—¿Sobre lo de París? —niego pero el sigue—. Louis, lamento no haberte defendido en ese momento. No hay excusas por mi comportamiento y sé que no merezco que me perdones después de haberte dicho cosas tan horribles...

—Eso ya no tiene importancia, Alex.

Nos acercamos al borde de la terraza. Lo guie a mi lado sujetando su mano nerviosa hasta el muro alto y blanco que me llegaba a la cadera. Desde ahí nos permitía ver el hermoso cielo pintado de colores pasteles.

—Me... Me ha llegado una carta de mi padre.

Su mano apretó con fuerza la mía y en sus ojos brillaban estrellas fugaces.

Deseaba tantas cosas, pero ninguna de ellas, concedería mi mayor deseo.

—¡Eso es increíble! —hace una pausa sosteniendo una sonrisa, pero la libera cuando nota que no se refleja en mis labios—. ¿Qué sucede?

Me costaba respirar, apenas lograba llevarle algo de aire a los pulmones, al lado del corazón que me tamboreaba las costillas. Saqué un papel arrugado del bolsillo del pantalón y se lo entregué.

Él me lo devolvió y pidió que lo leyera en voz alta.

—Louis,

He soñado innumerables noches con la esperanza de ver una carta tuya entre las manos. La falta de noticias tuyas ha sido un dolor constante, una herida que no ha sanado. Hace algunos años cuando estuve en Bruselas nuevamente, busqué a tu madre con la ilusión de saber de ti, pero me negó ofrecirme cualquier información. Incluso me prohibió ver a tu hermana.

No importa cómo hayas encontrado estas cartas ni si el corazón de tu madre ha cambiado. Ahora vivo en Nueva York, lejos de donde alguna vez vivimos juntos. Hay tanto que desearía explicarte, pero las palabras escritas parecen insuficientes y demasiado crueles.

No puedo ir en estos momentos a verte porque he tenido un accidente hace poco, por eso he incluido un boleto de avión para que vengas a verme. Puedes cambiar la fecha si así lo deseas. No te sientas forzado a venir si hay resentimiento en tu corazón. Anhele que, tal vez, podamos recuperar algo del tiempo perdido y que pueda explicarte a fondo lo que sucedió. Piénsalo detenidamente, y si decides algo, mi número está al final de esta carta.

Por favor, Louis, piénsalo.

Aún albergo la esperanza de ser el padre que no fui.

Papá.

Alex me dio una beso en la mejilla y me subió la melancolía por la garganta.

—No sabes lo que feliz que me siento porque puedes volver a ver a tu padre.

Cuando lo veo así, con esa alegría honesta por mí en sus ojos, me hace entender que nunca me equivoqué con él. Que lo que sentí desde aquel, debajo de nosotros, había sido una señal del destino.

Una que era hermosa y cruel al mismo tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—Iré a verlo —digo con dificultad en la voz, casi ronca. Veo que va a hablar pero lo interrumpo—: Me voy a Nueva York, Alex.

—¿Cuándo? —parece que con mi mirada descifra lo que intento decirle— ¿Cuánto tiempo te irás?

—No sé si... no creo que vuelva.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —su voz tiembla con cada palabra.

El nudo en la garganta me aprieta fuertemente cada vez que abro la boca y apenas sale aire.

—Alex... Por mucho tiempo viví una vida llena de oscuridad, donde estaba demasiado perdido. Una mañana después de que Sophie me regañase por llegar tarde esa noche me dijo que quizás necesitaba abrirme al amor, porque según ella el amor lo cura todo. Es muy cursi con esas cosas, pero cada vez que la veo con Julien, como luchan por su amor a pesar de los problemas a los que se enfrentan, noto que no me equivoqué cuando te arrastré casi por el brazo a cantar conmigo.

»Aún recuerdo la letra de la primera canción que cantamos. La coloqué porque me habías dicho que te gustaba, pero quizás era como si leyera nuestro futuro en ese momento. Recuerdo que decía: «*Tenemos el tiempo para tomar el mundo y hacerlo mejor de lo que nunca fue. Eso es lo que dirán de nosotros*».

»No tengo duda de que lo dirán, tuvimos tiempo para sentir el mundo, conocernos y hacerlo mejor de lo que alguna vez imaginé que era posible. Eso es lo que recordaré siempre de ti, en los

días que el frío me recuerde tus manos, el sol me haga extrañar el contacto de tu cuerpo y la noche tus ojos oscuros.

»Luego... «*Si digo un cliché, es porque lo digo en serio. No podemos alejarnos*». Somos un cliché andante —suelto una ligera sonrisa—, donde nuestras almas heridas se conocieron y logramos no sentirnos tan solos.

—Louis...

—Es una canción hermosa ¿sabes? «*Y cuando despiertes, creceremos juntos, así que no te rindas*». Me suena muy egoísta esta parte de la canción. Sé que creceremos juntos aunque estemos separados, pero jamás podría pedirte que lo hagas esperándome. Quiero verte feliz, Alex. Quiero verte de lejos como logras conquistar todo y a todos. Porque...

—¡Ya para de una maldita vez! —interrumpe y se me quiebra el alma—. ¿Qué es esta mierda? ¿Por qué te estás despidiendo? ¿Por qué te vas a Nueva York y no vuelves?

La mirada se me pierde entre el cielo que está casi oscuro.

—Me voy contigo.

—Alex... —la sonrisa se me rompe—. Te amo —digo y me caen lágrimas por las mejillas pero no me las limpio, dejo que sean libres—. Por años no creía en el amor, hasta que entraste por esa jodida puerta con tu pesada caja. No sé qué fue lo que despertó en mí, pero quizás nuestras almas hablaban un idioma que ninguno de nosotros lograba descifrar.

»Me voy porque necesito sanar. Necesito recuperar una parte de mi vida que me fue arrebatada. Soy un desastre en este momento de mi vida y no puedo arrastrarte a este agujero negro donde saldrás más herido que amado. No puedo hacerte eso porque jamás me perdonaría que me vieras con odio por haberte lastimado tanto. Porque sé que serías capaz de estar conmigo a pesar de que no puedo amarte como te lo mereces.

—Jamás podría odiarte —susurra y el corazón me vibra.

—Por favor, perdóname por irme y perdóname por no poder amarte como mereces.

—¿Volveré a verte?

—Espero que si —respondo con pesar.

—¿Volveremos a estar juntos?

—Quizás.

—¿Por qué quizás?

—Porque quizás el amor es eterno, incluso si no estamos juntos toda una vida.

Se acercó con su cuerpo temblando y nuestros labios se despidieron con lo que las palabras no lograban decir. Fue un beso que se aferró a mi memoria con la firmeza de lo eterno. Sería el refugio para las noches en las que el insomnio me asalte, cuando sus pensamientos no me abandonen ni un instante. Sería mi ancla en los momentos de soledad abrumadora, un bálsamo para cada día en el que lamentaré no haber sido capaz de amarlo como él merecía.

Ese beso se convirtió en un pacto silencioso, en una promesa tácita de que, aunque nuestros caminos se separaran, nuestros corazones seguirían entrelazados en un vínculo indeleble. Era el adiós que se convertía en un para siempre, el cierre de un capítulo que, aunque doloroso, dejaba en mí la certeza de que el amor que compartimos trascendería las distancias y el tiempo.

A veces el amor es para siempre, aunque no estemos juntos.

—¿Y qué pasa con *nosotros*? —su tono denotaba desesperación. Sentía su dolor en cada palabra.

—Ya no hay un *nosotros*.

—¿Cómo qué no?

—Alex... nunca dejaré de amarte —la voz se me quebró—, eso lo sabemos tú, yo y cualquier que me vea el rostro. Pero somos dos personas muy rotas, dos almas perdidas que necesitan encontrarse a sí mismas antes de poder amar a otros.

—No... no me dejes —susurra, bajando la mirada mientras el suelo se llena con sus lágrimas—. No me dejes solo, no otra vez.

—Con la presencia que tendrás en mi mente y corazón, nunca estarás solo.

Comprendí que amarlo plenamente significaba no solo desear su felicidad, sino también ser capaz de ofrecer la mejor versión de mí mismo, liberándome de las sombras que oscurecían mi alma. El dolor de separarme de él se entrelazaba con la determinación de encontrar mi propio camino hacia la completitud.

Lo apreté contra el pecho, su piel fría contrastaba con la mía cálida. Su cabeza me descansaba en el pecho mientras nuestras lágrimas eran testigos del dolor que sentíamos. Con los dedos le acariciaba su cabello con suavidad, sintiéndolo entre los dedos.

Una última vez.

Levantó su rostro y nuestros labios se despidieron entre el salado rastro de las lágrimas.

Sus brazos me sujetaban con fuerza durante nuestro beso, como si quisiera retenerme para siempre en ese momento de despedida.

Pero me fui después de eso.

Odiándome.

Odiándome por dejar ir al hombre que amo, solo bajo la oscuridad de la noche.

Las maletas pesaban tanto que apenas logramos cargarlas todas en el carro de Julien. El vuelo salía en menos de dos horas; el tiempo apremiaba y la prisa se apoderaba de mí. En la mente, un torbellino de pensamientos se mezclaba con la sensación de dejar atrás el país que me vio crecer para adentrarme en una nueva realidad.

Había intercambiado algunos mensajes con mi padre y planeaba quedarme en su casa en *Nueva York* durante algunos meses hasta encontrar estabilidad. Los nervios eran palpables, pero también vislumbraba un atisbo de esperanza en la posibilidad de que esta nueva etapa me cambie la vida. Había agotado casi todos mis ahorros para pagar los daños que no causé en la empresa. Seguía pareciéndome una maldita pesadilla tener que enfrentar las consecuencias de algo que no había hecho, pero ya no quedaba nada más por hacer. Necesitaba un nuevo comienzo, y tal vez el futuro me recompensaría por ello.

Sophie llevaba llorando desde la mañana y las emociones nos embargaban a todos, pero sabíamos que era lo mejor para mí. Necesitaba encontrarme y superar todos los obstáculos por mi cuenta.

No podía seguir viviendo en el sofá de mi mejor amiga.

—¿Estás listo? —indaga Sophie, secándose las lágrimas al cerrar la maleta del carro.

—Sí... —murmuro con dificultad—. Sophie... lamento que no estaré para cuando me necesites.

—Si estarás —asegura con una sonrisa que no llega a sus ojos—. No te librarás de mi tan fácilmente.

—¿Cómo están tú y Julien? —pregunto después de certificarme que él está dentro del carro escuchando música.

—Mejor —contesta y su voz parece un susurro—. No es fácil, pero seguiremos luchando contra esas inseguridades juntos.

La aprieto con todas mis fuerzas en un abrazo.

Después de un emotivo adiós en el aeropuerto. Las lágrimas fueron mi acompañante hasta el asiento dentro del avión, donde finalmente me acomodé y dejé que la música me llenara los oídos a través de los auriculares. Cerré los ojos, sumergiéndome en las letras de las canciones.

Horas más tarde, el parpadeo de los ojos me revela un cielo oscuro salpicado de diminutas estrellas, un paisaje que evocaba la imagen de sus ojos. Decidí levantarme entre tambaleos y dirigirme al baño. Con los pies resbalé ligeramente con unas pequeñas botellas de licor que había tomado antes de despegar y continué mi camino sosteniéndome de los asientos debido a una inesperada turbulencia que sacudía el pasillo. El baño que buscaba, en el centro del avión, estaba ocupado, así que consulté en busca de otra opción.

Tropecé con unas piernas extendidas hacia el pasillo. Unas manos cálidas se ofrecieron para ayudarme a levantar del suelo acolchado, y en un instante, mis sentidos se agudizaron mientras el aire de la cabina parecía desvanecerse al reconocer al dueño de esas piernas.

—¿Alex?

En el último suspiro de estas últimas páginas,
la historia de estas almas continuará pronto.

Agradecimientos

Una canción que llegué a escuchar de niño decía: *“Duele el amor, sin ti. Duele hasta matar”*. Y me pregunto hasta qué punto es verdad.

Una última reflexión antes de agradecerte a ti especialmente por haber llegado hasta este punto en la novela. Agradecerte de corazón por haberme acompañado en este camino, por sumergirte en las páginas y por permitir que estos personajes cobren vida en tu imaginación.

Pero sería demasiado egoísta de mi parte no agradecer también a las personas que me acompañaron durante todos los largos meses del desarrollo de esta novela. A mi familia por preguntar siempre cómo seguía el proyecto, por su paciencia y por creer en mí incluso cuando yo dudaba. A mi madre, cuyo amor incondicional es mi mayor fortaleza, siempre presente incluso cuando las palabras fallan. A mis lectores beta, cuyas valiosas opiniones y sugerencias han contribuido enormemente a dar forma a esta historia y a mejorarla en cada paso del camino.

Antes he confirmado con ellos si podía compartir sus nombres, así que aquí van algunos: Verónica, Danielys, María, Juan... Gracias por su tiempo, su dedicación y su honestidad. Sin ustedes, este libro no sería lo que es.

Tampoco puedo dejar al lado a los amigos que me han apoyado desde mi primer libro y que, de alguna manera u otra, siempre me han brindado su cariño y su aliento en todas las etapas de este viaje literario. Agradezco sus palabras de ánimo, sus críticas constructivas y su constante apoyo.

Escribir una novela es un proceso solitario donde nos encontramos con nosotros mismos en la penumbra y debemos enfrentarnos a la autocrítica y al valor necesario para lograr publicarla. Pero también es un proceso en el que contamos con el apoyo y la inspiración de aquellos que nos rodean, aquellos que creen en nosotros y nos alientan a seguir adelante incluso cuando las dudas amenazan con detenernos.

Gracias a ti una vez más por acompañarme en esta aventura, por ser parte de este mundo que he creado y por permitirme compartirlo contigo. Espero que pronto puedas acompañar lo que continuará en la vida de estos personajes, que sigas explorando sus historias y que encuentres en ellas un reflejo de tu propia vida y tus propios sueños.

Gracias.

Acerca del autor

Manuel Figueira dos Reis (1994)

Autor que se aventura en los géneros de las novelas de romance y fantasía, explorando de manera excepcional el mundo del amor a través de sus personajes y tramas. Sus obras capturan las emociones humanas más profundas y las complejidades de la vida, permitiendo que el lector no solo se conecte con sus protagonistas y sus historias, sino que también les roba el corazón.

Su pasión por la escritura surge de haber crecido inmerso en cientos de películas y libros, lo que le inspiró a crear relatos donde el amor no siempre sigue el camino convencional.

MÁS LIBROS DEL AUTOR

